

DAVID HARVEY

La lógica geográfica del capitalismo

NÚRIA BENACH Y ABEL ALBET (eds.)

Icaria  ESPACIOS CRÍTICOS



NÚRIA BENACH Y ABEL ALBET (eds.)

DAVID HARVEY
LA LÓGICA GEOGRÁFICA
DEL CAPITALISMO

Este libro ha sido impreso en papel 100 % Amigo de los bosques, proveniente de bosques sostenibles y con un proceso de producción de TCF (Total Chlorin Free), para colaborar en una gestión de los bosques respetuosa con el medio ambiente y económicamente sostenible.

- © David Harvey
- © Abel Albet, Núria Benach

Diseño de la cubierta: Adriana Fàbregas

Ilustración de la cubierta: Viviendas con paredes de ladrillo y lámparas de carruaje a las que David Harvey se ha referido a menudo para señalar el paisaje gentrificado de South Baltimore

Foto de la contraportada: Núria Benach

- © De esta edición
Icaria editorial, s. a.
Bailèn, 5 - planta 5
08010 Barcelona
www.icariaeditorial.com

ISBN: 978-84-9888-917-8
Depósito legal: B 8914-2019

Primera edición: Junio de 2019

Fotocomposición: Text Gràfic

Impreso en Romanyà/Valls, s. a.
Verdaguer, 1, Capellades (Barcelona)

Printed in Spain. Impreso en España. Prohibida la reproducción total o parcial.

ÍNDICE

Presentación, *Núria Benach* y *Abel Albet* 7

- I. Trayectoria intelectual de David Harvey: el materialismo histórico-geográfico como proyecto, *Abel Albet* y *Núria Benach* 11
 - La geografía como vocación, como formación y como transformación 11
 - La etapa en Bristol y los fundamentos de la geografía teórica-cuantitativa 15
 - El difícil despegue de la geografía marxista 19
 - Marx y la teoría marxista 23
 - París como referente 28
 - Harvey, «geógrafo postmoderno» 31
 - Más allá de lo urbano 34
 - Tras el *bypass* 38
 - Hacer Marx accesible... a través de la geografía 44

- II. Espacio, tiempo y capital. Una conversación con David Harvey, *Abel Albet* y *Núria Benach* 59

- III. Antología de textos 101
 - Del espacio al lugar y viceversa: reflexiones sobre la condición de la postmodernidad, *David Harvey* 101
 - El neoliberalismo como destrucción creativa, *David Harvey* 148
 - El espacio como palabra clave, *David Harvey* 187

Crisis, disrupciones geográficas y el desarrollo desigual
de las respuestas políticas, *David Harvey* 225

IV. Texto inédito 273

Reflexiones sobre una vida académica,
David Harvey 273

V. David Harvey: diálogo abierto entre la abstracción
teórica y la geografía de la urbanización,

Núria Benach y *Abel Albet* 301

La geografía es demasiado importante 302

El método: la abstracción en relación dialéctica
con la realidad tangible 305

Los «límites del capital»: desvelando la lógica espacial
del proceso de acumulación del capital 308

Críticas y debates: el marxismo (y más allá) 317

Ante la violencia neoliberal: más marxismo
(y no menos) 326

Selección de referencias bibliográficas,

Abel Albet y *Núria Benach* 337

PRESENTACIÓN

Núria Benach y Abel Albet

Tras ocho años y trece volúmenes desde la aparición del primero de la colección «Espacios críticos», la ausencia de David Harvey en la lista de autores que forman parte de la colección era notoria. La señalaban muchos de los lectores. También era un nombre ansiado por nuestra editora de Icaria. Y nosotros mismos, como directores de la colección, éramos los primeros en anhelar la elaboración de dicho volumen. No obstante, no era una tarea fácil. Elaborar un libro sobre un autor tan conocido y estudiado como David Harvey era todo un reto. Y los libros de esta colección exigen uno cierto nivel de diálogo y empatía entre autor y editor del libro, que no era fácil de establecer. De modo que el proyecto de ese libro, tan largamente deseado, no acababa de arrancar y no se veía cómo podría llegar a hacerlo. Pero en algún momento logramos que empezara a caminar. Seguramente no nos equivocamos mucho si afirmamos que fue el propio Harvey el que lo consiguió. Cuando le explicamos el proyecto de la colección, y de este volumen en particular, nos respondió con el suficiente grado de interés como para que ya no hubiera marcha atrás. Pero el trabajo de quienes finalmente decidimos asumir el reto no lograba crear el espacio suficiente para dedicarlo a la elaboración del libro. En el otoño de 2015, finalmente, logramos reunirnos con Harvey en su despacho de la CUNY durante dos largas jornadas para comentar el proyecto, grabar la entrevista y acordar la selección de textos. Amablemente accedió, además, a escri-

bir el excelente texto inédito que incluye este volumen. Más de tres años después, el libro, por fin, hace su aparición.

En el camino hemos tenido que tomar muchas decisiones sobre el tipo de libro que estábamos elaborando, máxime cuando existe tanto escrito y traducido de David Harvey y sobre David Harvey. Optamos por mantenernos fieles al espíritu de la colección: poner de relieve aquellas buenas ideas en su contexto con la esperanza y el deseo de que puedan ser utilizadas productivamente en otros contextos. Naturalmente el lector podrá profundizar en ellas directamente de las obras del propio Harvey (la mayor parte de las cuales, afortunadamente, están traducidas al castellano y son fácilmente accesibles) o incluso de los trabajos de aquellos que lo han estudiado. Lo que esperamos de este libro es que pueda servir como una entrada que allane el terreno a aquel lector que posteriormente quiera profundizar más pero que, a la vez, tenga sentido por su propio contenido y que permita conocer mejor al autor y su contexto para comprender mejor sus ideas. También ofrecemos aportaciones de gran valor por sí mismas, como el texto inédito que el autor ha escrito expresamente para este libro y los que han sido traducidos por primera vez al castellano.

* * *

Este libro ha contado con numerosas ayudas que merecen ser destacadas. En primer lugar, y por encima de todo, la del propio David Harvey, que no solo apoyó el proyecto, compartió su diseño y escribió un nuevo texto, sino que nos atendió amablemente cuantas veces lo requerimos. Ha sido un privilegio por el que le estamos enormemente agradecidos. También queremos destacar el apoyo de nuestros compañeros y compañeras de *espais crítics*, con los que no pocas veces hemos discutido muchos de los conceptos que aquí se tratan, y a nuestros estudiantes que, curso tras curso, han puesto a prueba nuestra

capacidad para explicar muchas de las ideas de David Harvey que se presentan en este libro. Estamos convencidos de que esta capacidad habrá aumentado tras elaborar este libro y nos complace pensar que los lectores se podrán beneficiar ahora de ello.

I. TRAYECTORIA INTELECTUAL DE DAVID HARVEY: EL MATERIALISMO HISTÓRICO-GEOGRÁFICO COMO PROYECTO

Abel Albet y Núria Benach

La geografía como vocación, como formación y como transformación

Cuando se pregunta a David Harvey por el origen de su «vocación» geográfica él señala una serie de factores que resultan recurrentes en el imaginario original de muchos geógrafos: largas horas de lectura de mapas que hacían volar su imaginación infantil, la seducción de los topónimos exóticos, su colección de sellos, el excursionismo por los paisajes británicos, las estrategias militares y el fervor patriótico (especialmente considerando el hecho de tener muy a mano todo un imperio —el británico— por dominar y explorar)...¹ Harvey accede a los estudios universitarios de geografía —en el Saint John's College de la Universidad de Cambridge (Reino Unido)— para dar sentido y contenido a aquellas inquietudes que, inicialmente, se ven cumplidas, dado que la mayor parte del profesorado que allí encuentra sigue reproduciendo, en mayor o menor medida, la geografía imperialista y colonialista de antaño: la que había

1. Si bien son abundantes los textos que analizan e interpretan las aportaciones científicas de David Harvey (véase Castree y Gregory (2006) y Jones (2006), además del capítulo final de este libro, así como la selección bibliográfica de obras sobre Harvey que culmina esta misma obra), las publicaciones que presentan sus rasgos biográficos son pocas: en este sentido cabe remarcar el muy significativo texto autobiográfico «Memories and desires» (Harvey, 2002) así como [Anderson] (2000) y, en cierto modo, Castree (2004) y Woodward y Jones (2009).

sido institucionalizada a fines del siglo XIX precisamente para justificar el imperialismo, colonialismo, patriotismo y nacionalismo y dedicada a formar exploradores y explotadores de personas y de recursos de medio mundo.

Harvey, nacido en 1935 en Gillingham (Reino Unido), procede de un contexto familiar en el que se mezclan las estrecheces de la clase obrera con la decadencia de una aristocracia defenestrada y en el que la educación siempre fue vista como una fórmula para conseguir seguridad personal. Su pase por la universidad supone, además de un título, el privilegio de una formación humanística amplia y transversal, con largos y prolíficos debates con colegas y profesores de otras disciplinas. Ello le posibilita no solo una profundización en los conocimientos sino una gran extensión del campo de miras, lo que repercute muy positivamente tanto en la personalidad como en el devenir profesional de Harvey.

Su paso por la muy elitista Universidad de Cambridge también es un choque frontal con lo que él denomina la «arrogancia de clase»: ser uno de los poquísimos estudiantes que provienen de una escuela pública contrasta tan fuertemente con el origen aristocrático del resto de compañeros que supone para él un enorme reto de superación personal —culminado solo gracias al trabajo duro y la inteligencia— y una contundente concienciación de las brechas sociales.²

Según Harvey, el declive del Imperio Británico tras la Segunda Guerra Mundial es proporcional al aumento de argumentos delirantes e insostenibles para justificarlo. Si en la universidad de la década de 1950 se topa con profesores y, en general, con una estructura académica pensada y preparada para defender el orden establecido, pero con planteamientos cada vez menos fundamentados y convincentes, también recibe la

2. Se trata de una situación —y un reto— observado también en la trayectoria de otros científicos sociales como Doreen Massey o Raymond Williams.

inspiración de otros muchos que lo ayudan a ir cuestionando las bases de dicho orden y a canalizar un sentimiento si no rebelde, al menos, de descontento sobre las desigualdades y los desequilibrios de este mundo.

Así pues, su tesis doctoral «Aspects of agricultural and rural change in Kent, 1815-1900», defendida en 1961 en la misma Universidad de Cambridge, no deja de tener un formato y un contenido descriptivo y tradicional, excavando en las raíces de su propio paisaje infantil —el condado de Kent—, con una mirada extremadamente local y localista y partiendo de la profunda inmersión que implicó el trabajo de campo necesario para la elaboración de una tesis de este tipo.³ Con todo, en aquel momento histórico de declive y cuestionamiento, se espera que las élites británicas (y, en especial, las universitarias) ofrezcan respuestas y alternativas, no necesariamente de carácter político. En el caso de la geografía, dicha respuesta se centra, esencialmente, en las posibilidades de la planificación —urbana, territorial, ambiental— fundamentada en metodologías «científicas», es decir, cuantitativas.

Es en este contexto que Harvey entra en contacto con Richard Chorley, Peter Haggett y Tony Wrigley, que por aquel entonces son los pioneros en explorar los métodos cuantitativos y estadísticos como una fórmula para racionalizar y sistematizar los estudios geográficos. Tímidamente, Harvey había incorporado algunas de estas propuestas en su tesis doctoral, de manera que, a pesar de fundarse en un tema y enfoque tradicional, su tesis no dejaba de ser considerablemente innovadora para su época. Ello no es óbice para hacer patente una evidente contradicción: Harvey elabora una tesis de corte clásico y sobre el siglo XIX mientras que los temas emergentes y

3. Lo del «trabajo de campo» también en un sentido literal: su tesis sobre la evolución del cultivo de frutales en la campiña inglesa del siglo XIX se estaba refiriendo, precisamente, a los mismos campos en los que él había estado recogiendo fruta durante su adolescencia para ganarse algo de dinero.

preferentes son la modernización, la planificación racionalista, los métodos científicos...

En este contexto, Harvey necesita un cambio de rumbo y este llega de la mano de una beca de la Fundación Leverhulme para estudiar en la Universidad de Uppsala (Suecia) en 1960. A su llegada al Departamento de Geografía de aquella universidad se da de bruces —casi literalmente— con Gunnar Olsson, en un «accidente fortuito» que provocaría el inicio de una profunda y sincera amistad, que todavía hoy perdura, y a pesar de las enormes diferencias filosóficas que siempre le han separado.⁴ Si bien Harvey nunca cumplió los objetivos por los que Leverhulme le había concedido la beca —explotar las fuentes demográficas suecas del siglo XVIII—, esta es muy bien aprovechada ya que Harvey se dedica a reunir información e ideas que le permiten plantear las directrices que le llevarán a emprender líneas de investigación ya dotadas de nuevos fundamentos filosóficos y utilizando metodologías innovadoras. Tras la estancia en Suecia, un año impartiendo clases en la Penn State University (Estados Unidos) con Peter Gould como mentor confirma esta traza.

Sin embargo, las inquietudes propias de un joven de su época no se traducen, todavía, en ninguna forma de activismo: su proyecto político, intelectual y profesional apunta más bien a unas formas de conocimiento bajo el paraguas del positivismo. La tendencia se dirige, en su caso, a la aplicación racional de ese conocimiento para afrontar las tareas de transformación de la sociedad y del territorio a través de la «ingeniería social» —según palabras de Olsson— pero no de ningún referente político o ideológico.

Junto con Richard Chorley, Peter Haggett, Edward Ullman, William Garrison, Brian Berry, Dick Morrill y Torsten

4. Harvey habla con mucha calidez de su amistad con Olsson: «todavía hoy seguimos juntándonos y hablando de mil temas. Normalmente intento ir a Suecia: nos sentamos durante tres días, andamos mucho por el bosque y bebemos un montón de aguardiente y cerveza, comemos arenques... Es estupendo».

Hägerstrand, entre otros, Harvey contribuirá a crear las bases de lo que estaba llamado a ser la estructura de una geografía formal, teórica y cuantitativa, y que, en el caso de Harvey, significaría la elaboración de *Explanation in Geography*, ya en Bristol.

La etapa en Bristol y los fundamentos de la geografía teórica-cuantitativa

Entre 1961 y 1969 Harvey es profesor en el departamento de Geografía de la Universidad de Bristol, precisamente en el momento en que es uno de los mayores epicentros de la entonces rompedora geografía teórico-cuantitativa, liderada allí por Barry Garner, Michael Chisholm y, más tarde, Peter Haggett. Es desde aquel departamento de donde surgen libros esenciales como *Locational Analysis in Human Geography* y *Geography: A Modern Synthesis*, ambos de Peter Haggett, o *Rural Settlement and Land Use* —basado en las ideas de von Thünen— de Michael Chisholm. Harvey ya conocía a Chorley y a Haggett de su etapa de estudiante en Cambridge —sus más claras influencias formativas, según su opinión—, pero es en Bristol donde se sumerge de lleno en ese ambiente que identifica como una etapa muy productiva desde el punto de vista del aprendizaje acerca de la filosofía de la ciencia que posteriormente le permitiría enfrentarse a cuestiones como la relación entre las leyes universales y las particularidades. De hecho, *Explanation in Geography* (Harvey, 1969) es producto de los cursos sobre método geográfico, técnicas estadísticas y cuestiones similares que Harvey impartió en Bristol. Aunque a menudo no sea suficientemente valorado, uno de los grandes temas sobre las que trata este libro es la diferencia que existe entre el método científico, por un lado, y las cuestiones éticas, por el otro. Así, mientras que *Explanation in Geography* remite a la exploración del potencial de los métodos geográficos neoposi-

tivistas y sus abstracciones (Johnston, 2008), para Harvey está claro que esto solo tiene que ser una parte del todo y que, la otra parte, la filosofía de la geografía, debe implicar cuestiones de ética, moralidad, etc. La mirada teórica de Harvey entronca perfectamente con el interés por la aplicación de los métodos cuantitativos a la planificación urbana y regional que, en aquel mismo momento, se está dando en determinados departamentos de geografía de los Estados Unidos —como el de la Universidad de Washington, con William Garrison y Dick Morrill—, a veces aplicando dichos métodos a las problemáticas de los transportes y la movilidad, por ejemplo, el equipo de Ned Taaffe de la Universidad de Ohio.

Si bien es cierto que los métodos estadísticos aportan seguridad y fiabilidad a los procedimientos y los postulados de la planificación territorial, para Harvey está claro que dicha planificación no debe reducirse a reunir datos y realizar cálculos más o menos complejos, sino que también tiene que plantear cuestiones sobre los sistemas de distribución y redistribución. Es por ello por lo que no le resultará «antinatural» —según su propia expresión— pasar de tratar aspectos cuantitativos a debatir sobre problemas de justicia social y analizar cuestiones éticas. Lo que para Harvey es una transición lógica, para muchos de sus lectores es una especie de incomprendible ataque de locura: ¿cómo es posible pasar de producir el texto más esencial de la geografía teórico-cuantitativa (*Explanation in Geography*) a editar una obra crucial para el análisis marxista del territorio (*Social Justice and the City*, 1973) en tan reducido periodo de tiempo?⁵ Es cierto que cuando está terminando de redactar *Explanation in Geography*, Harvey ya ha empezado a trabajar la vertiente ética del análisis territorial,

5. Por ejemplo, la célebre polémica sobre la «relevancia social» de la geografía mantenida con Brian Berry se inscribe en este momento y contexto (Berry y Harvey, 1974).

tanto por reconocer la enorme importancia de este componente como, también, por razones políticas, ya que su confianza en el Partido Laborista se torna en desilusión durante la etapa del primer ministro Harold Wilson. Entonces constata que un gobierno socialista, a pesar de disponer de técnicas de análisis y planificación potentes, no es capaz de enfrentarse de manera real y efectiva a los problemas sociales y espaciales. Sea como sea, sorprende que *Explanation in Geography*, entregado a la editorial en 1968, no refleje nada de las grandes revueltas que estaban sucediendo en las calles de medio mundo —«yo estaba demasiado ocupado escribiendo *Explanation*», afirma Harvey— y los manuales de historia del pensamiento geográfico abundan en el hecho de que en apenas tres años «Harvey cambió completamente de forma de pensar», hasta el punto de que, aparentemente, *Explanation in Geography* y *Social Justice and the City* no parezcan escritos por la misma persona.

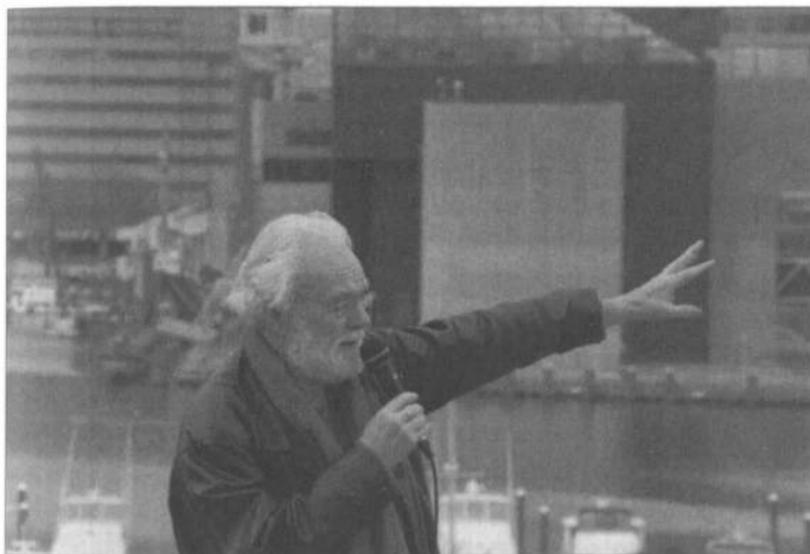
Para Harvey, sin embargo, existe una significativa continuidad entre ambas obras: según él, una lectura atenta de *Explanation in Geography* evidencia que, a pesar de la base eminentemente positivista del libro, ya se intuye una preocupación sobre la relatividad del espacio y del tiempo a partir de abundantes referencias procedentes de la antropología. A Harvey le gusta afirmar que, si bien es cierto que en sus obras posteriores se aleja de los sustratos positivistas que constituyen la base filosófica de *Explanation in Geography*, nunca abandona por completo gran parte de las ideas subyacentes, dado que las ve como algo extremadamente útil para cimentar un buen puñado de cuestiones sobre ética. Es una especie de «pasar página» para poder avanzar hacia un modo de análisis más dialéctico. Un ejemplo: Harvey reconoce que para hacer una buena planificación urbanística o regional se necesitan herramientas cuantitativas que analicen los usos del suelo, la distribución de los ingresos, etc. pero la dimensión ética es imprescindible para afrontar el «¿qué hacer?», para decidir «qué

elementos del territorio cambiar y por qué hacerlo de una manera y no de otra» o, dicho de otro modo, para hacer que la erradicación de la desigualdad social en un paisaje urbano se convierta en objetivo prioritario frente a la construcción de un paisaje urbano propicio a la eficiencia de los flujos de capital. Harvey cuestiona que para ser un «buen planificador» sea suficiente con conocer todos los datos y saber poner en práctica buenas técnicas.

Para Harvey, el marco positivista habría estado constriñendo hasta tal punto a la mayor parte de las ciencias sociales que, hasta la fecha, les había impedido llegar a considerar las cuestiones éticas. Si se le añade un contexto social y político de protestas y convulsiones (desde el mayo de 1968 a los levantamientos de Watts y Detroit, pasando por la guerra del Vietnam o los movimientos feministas y pro derechos civiles, las reivindicaciones raciales, los asesinatos de los hermanos Kennedy, de Martin Luther King, etc.) Harvey, al igual como les sucedió a Richard Peet, William Bunge y a tantos otros en aquel momento histórico, empieza a entender que no es posible abrazar las cuestiones éticas teniendo el positivismo como único marco de reflexión y transformación. Es entonces cuando empieza a escribir sobre sistemas redistributivos (lo que se convertirá en la primera parte de *Social Justice and the City*) y cuando empieza a leer a Marx.

Los Estados Unidos de fines de la década de 1960 son un país que encadena revueltas y más revueltas: incluso las calles de la tranquila Baltimore, donde Harvey llega en 1969 para impartir clases en la elitista Johns Hopkins University, habían sido tomadas por los tanques del ejército para sofocar los disturbios tras el asesinato de Martin Luther King. Es, además, el momento culminante de la lucha por los derechos civiles y contra las guerras de tipo imperialista. Harvey siente una profunda desafección ante la incapacidad explicativa y transformativa que tienen tanto el marco positivista imperante como

buena parte de las escasas teorías sociales prevalentes. Es en este contexto, a la búsqueda de alternativas explicativas válidas, cuando Harvey empieza a leer textos originales de Marx, lo que no deja de ser una rareza —ante las enormes dificultades existentes en los Estados Unidos para obtener textos de este autor— e incluso un reto —ante la persecución y estigmatización de cualquier atisbo marxista o simplemente izquierdoso en la academia y en la calle— (Merrifield, 2002; Sheppard y Barnes, 2019).



Harvey impartiendo una charla en Federal Hill (Baltimore) en el contexto del movimiento *City from Below* (abril de 2009). Foto de ClaytonConn (<https://indyreader.org>).

El difícil despegue de la geografía marxista

Harvey organiza un grupo de lectura de textos marxistas con ocho o nueve de sus estudiantes, compartiendo impresiones y

conclusiones, pero reconociendo, al final del primer año, que nadie, ni Harvey ni los estudiantes, ha entendido prácticamente nada de lo leído. Al año siguiente decide volver a empezar, pero convirtiendo el grupo de lectura en una docencia sistemática: él mismo se aplica, desde entonces, la máxima que afirma que «aprendes mucho mejor cuando enseñas». Tras cinco años de «enseñar Marx» reconoce haber empezado a entender algo de la teoría marxista... y de la viabilidad de su aplicación práctica. De hecho, le lleva diez años de duro esfuerzo llegar a comprender a Marx: es el tiempo que tarda en escribir *The Limits to Capital* (1982), obra que se convertirá en el mejor exponente de su manera de comprender a Marx.

Que en los Estados Unidos de aquel entonces el marxismo es una fuente de interpretación prácticamente inédita lo demuestran un par de anécdotas que el mismo Harvey refiere habitualmente. Durante los primeros tiempos de su estancia en aquel país le es encargado un informe sobre las condiciones de la vivienda en Baltimore, para el que utiliza los conceptos marxistas de valor de uso y valor de cambio como una manera de aproximarse al tema e interpretarlo: una vez presentado dicho informe a los banqueros, a los promotores inmobiliarios, a los funcionarios municipales y a la misma Federal Housing Administration, todos ellos quedan convencidos de que su enfoque contiene una forma inteligente y cargada de sentido común de plantear la cuestión de la vivienda (y no «esa basura economicista de la oferta y la demanda», según palabras de uno de los grandes propietarios de suelo urbano): nunca supieron que se trataba de un análisis abiertamente marxista. Más tarde la anécdota se repite cuando, en un seminario con banqueros, Harvey utiliza las tesis de Engels y «el problema de la vivienda» para denunciar que «la burguesía solo tiene una solución a sus problemas con la vivienda: los traslada a otro sitio»: es precisamente el vicepresidente para asuntos inmobiliarios del Chase Manhattan Bank quien más

acérrimamente defendió a Harvey al reconocer que aquel era exactamente el problema que tenía Nueva York por aquel entonces: «¿saben? —reconocería el vicepresidente—, establecimos todo esto para mejorar este vecindario y después de cinco años de inversiones descubrimos que la gente a la que queríamos ayudar ya no vivía allí». El citado banquero le preguntó a Harvey de quién había sacado esa gran idea y cuando él le respondió que de Engels... se interesó por saber... si ese tal Engels era docente en la Brookings Institution. La ignorancia combinada con los prejuicios.

Harvey admite que ayudó muchísimo a la «causa marxista» el hecho de que en aquel momento ya existiese un núcleo de geógrafos radicales que se reunía en Clark, aunque lo cierto es que dicho grupo no se autorreconocía como marxista por, precisamente, desconocer los textos de Marx.⁶ Muchos de los integrantes del mencionado grupo posteriormente han afirmado que aprendieron acerca de Marx a partir de las lecciones y los escritos de Harvey. También remarca que, por entonces, ciertos factores circunstanciales facilitaron la expansión y consolidación de una geografía marxista. Así, llegar a un departamento interdisciplinar —de «Geografía e Ingeniería Ambiental», y no propia y estrictamente «de Geografía»— facilita las cosas: Reds Wolman —una autoridad en hidrología y geomorfología y una figura respetada en la universidad, además de director del departamento—, tiene una ideología conservadora y alejada de cualquier atisbo izquierdoso, pero resulta ser una persona sensible a las innovaciones y, sobre todo, al trabajo interdisciplinar, lo que lo convierte en protector incondicional de jóvenes como David Harvey o, posteriormente, Neil Smith, que aterrizan en la universidad con ideas revolucionarias pero

6. De entre los integrantes del grupo, James Blaut sí que se identificaba como marxista y pronto también lo haría Richard Peet, aunque este último inicialmente se alineaba más bien con la corriente anarquista.

interesantes.⁷ Wolman no ejerce ningún tipo de presión para que la docencia y la investigación se ajuste a un modelo ideológico determinado, ni tan solo a un modelo disciplinar convencional, de manera que Harvey puede desarrollar su actividad académica con plena libertad en las formas y en el contenido, algo que no habría ocurrido en un departamento de geografía más tradicional (Harvey, 2002).

Sea como sea, no cabe duda que contribuye a «estar a salvo» el hecho de que a su llegada a Baltimore Harvey ya es un profesor prestigioso, dado que *Explanation in Geography* le había otorgado un notable reconocimiento, además de la estabilidad en su posición universitaria,⁸ tanto en la academia y en la disciplina geográfica como fuera de ellas. La legitimidad obtenida tras *Explanation in Geography* hace muy difícil que personas o instituciones abiertamente antimarxistas tengan argumentos sólidos para descalificar a Harvey quien, a pesar de su ideología radical, no puede ser acusado de académico indisciplinado o poco serio. Además, Harvey nunca deja de publicar a diferencia, afirma él, de muchos radicales de su misma época, que renuncian a ello, ya que entiende que es una estrategia útil tanto para diseminar las nuevas ideas y propuestas como para consolidar su posición académica: él mismo admite que quizá a las instituciones no les gustaba lo que estaba publicando, pero no podían acusarlo de no ser productivo. Solo Neil Smith, en su extrema radicalidad y gracias a su estrecha

7. Son numerosas las anécdotas que tanto Harvey como Smith cuentan acerca de su relación con Wolman: Smith y Wolman en «barricadas» distintas durante una misma huelga; Wolman reconociendo a Smith que «no tengo ni la menor idea de lo que estás haciendo, pero estoy seguro de que, sea lo que sea, será muy bueno y estoy seguro de que lo puedo avalar»; apoyo total de Wolman a Harvey («es un académico serio») ante su persecución ideológica y política (único de los cuatro profesores de la Johns Hopkins que no serían depurados de la universidad tras su posicionamiento en la coalición contra la guerra de Vietnam), etc.

8. Harvey entra en la Johns Hopkins University en 1969 como profesor titular y en 1973 es nombrado catedrático.

amistad con Harvey, le echaría en cara, abiertamente, el hecho de aceptar el «compromiso burgués».

La actitud firme y convencida de Harvey, apoyada en la seguridad concedida por su posición académica consolidada junto con la entusiasta colaboración de media docena de estudiantes, propicia que los postulados de una geografía radical marxista empiecen a propagarse por diversas universidades norteamericanas.

Marx y la teoría marxista

Harvey reconoce que su cometido como geógrafo y, según él, el que debería sostener todo científico social, siempre ha sido «intentar comprender el mundo para transformarlo» y que, para comprenderlo, se hace imprescindible poseer un marco conceptual claro y potente. Esta certeza en relación con el marco teórico ya está presente en la famosa frase de *Explanation in Geography* «por nuestras teorías nos conoceréis», pero tras terminar de redactar el libro se da cuenta de que, hasta la fecha, él mismo no se ha identificado con ninguna teoría sino que más bien ha estado trabajando a partir de particularidades o ideas tomadas de prestado: a pesar de estar familiarizado con el pensamiento económico y con los argumentarios sociológicos, ninguno de ellos le parece suficientemente satisfactorio como referente conceptual. Es en el pensamiento de Marx donde encuentra la inspiración, pero es consciente de que la razón de todo no es solo comprender a Marx, sino comprender a Marx en relación con la urbanización y al desarrollo geográfico desigual, los dos grandes temas que mueven el interés de Harvey. *The Limits to Capital* se convierte así en un libro único, dado que la lectura que Harvey hace de Marx viene guiada por su interés en los procesos sociales, políticos y económicos que se dan en las ciudades, así como los desequilibrios y desigualda-

des que se dan entre las regiones y los ciudadanos del mundo (Castree, 2008).

Para Harvey está claro que no hay manera de concebir la urbanización sin entender la renta, los precios del suelo y de la propiedad, las finanzas, las inversiones, el capital fijo... Harvey encuentra en Marx una teoría que lo ayuda a descifrar la dinámica de la urbanización, pero al mismo tiempo que interpreta la teoría está reconociendo otros aspectos teóricos necesarios para comprender la urbanización... lo que resulta, a su vez, en un nuevo proceso dialéctico constante. Según Harvey, la teoría de Marx debe ser «funcional», debe ayudar a entender los procesos de urbanización y de desigualdad territorial, pero a su vez estos no tienen que ser planteados simplemente como una comprobación de la teoría marxista. Así, lo que es «útil» de la teoría de Marx queda definido por el interés de Harvey en la urbanización y la desigualdad territorial y no por la teoría en sí misma... hecho que sitúa a Harvey en el marco de la geografía y lo distancia —y a menudo confronta— de marxistas teóricos o economistas marxistas empeñados en debatir (en abstracto) acerca de temas (abstractos) como la teoría de la caída de la tasa de beneficio⁹ u otros aspectos puramente técnicos que, según Harvey, poco ayudan a explicar la dinámica de la urbanización y, en general, del territorio. El planteamiento de Harvey es, más bien, el contrario: es a través del análisis de la dinámica de la urbanización como será posible entender lo que está sucediendo en los niveles de la macroeconomía política, habitualmente presentados a través de estudios eruditos y sofisticados, tan cargados de datos y de tecnicismos que solo resultan comprensibles para unos pocos «expertos» y para los propios economistas, pero siempre lejos de la ciudadanía.

9. Precisamente este es uno de los temas en los que Harvey se ve envuelto en un agrio debate con economistas marxistas (y no marxistas).

The Limits to Capital se plantea, pues, como una dialéctica constante entre Marx y la espacialidad de la sociedad, enfoque que nunca antes había sido asumido por ningún estudioso marxista, quizá ante la notoria dificultad de encontrar una interpretación espacial adecuada a partir del ideario marxista: hasta el momento de editarse ese libro, bien pocas cosas habían sido publicadas acerca de los mercados financieros y no había nada escrito sobre el espacio y la producción de espacio,¹⁰ sobre las relaciones entre el espacio y el tiempo, acerca de los problemas en la inversión de capital fijo, acerca del capital financiero... Mientras que la primera parte de *The Limits to Capital* resulta, aparentemente, bastante convencional —dedicada a repasar lo que muchos textos de economía política ya decían sobre Marx—, la segunda y tercera partes se ocupan de aspectos tremendamente relevantes y que convierten este texto en algo especial, inédito (García-Herrera, 1984).

Si en los años 1970 y 1980 *The Limits to Capital*¹¹ es, para muchos geógrafos, una especie de guía imprescindible para entender los paisajes turbulentos del capitalismo moderno, y una demostración del potencial del conocimiento geográfico para producir una explicación ordenada y sistemática del mundo, es significativo remarcar las múltiples dificultades que sufre su difusión. Es evidente que todo lo que destila regusto marxista no lo tiene fácil en el mundo académico norteamericano de la época debido a la censura política y al control institucional todavía vigente cuando el libro aparece publicado, pero Harvey reconoce que quienes también le ponen muchas e inesperadas dificultades, incluso un significativo rechazo, son los mismos

10. Harvey recuerda que Henri Lefebvre ya había publicado *La producción del espacio*, pero lo identifica como un estudio sobre el Estado y el espacio, no sobre la economía política y el espacio.

11. El autor ha repetido en múltiples ocasiones que, para una comprensión global del proyecto, *The Limits to Capital* debe leerse en paralelo con *Paris, Capital of Modernity* (2003a). De hecho, ambos tenían que ser, inicialmente, una única obra.

marxistas: en aquel entonces él piensa que plantear la cuestión sobre lo espacial en Marx y proponer una «geografía de la acumulación de capital» puede tener un notable impacto positivo en el pensamiento marxista contemporáneo, pero en realidad genera, más bien, un considerable rechazo ya que la respuesta general entre los marxistas, incluso entre los marxistas más influyentes del momento, es de un cierto menosprecio¹² con afirmaciones del estilo «la geografía... nada bueno e interesante puede aportar». Las propuestas marxistas planteadas desde la geografía —y por un geógrafo— vienen a remover demasiados principios esenciales incluso para el mundo pretendidamente revolucionario de los estudios y los estudiosos marxistas, lo que explica, según el mismo Harvey, el aparente escaso impacto inicial de *The Limits to Capital*. Harvey llega a decir que muchos economistas marxistas ni tan solo se molestaron en leer dicho texto ni siquiera después de una década de su aparición, a pesar de que su contenido está más cerca de la economía política que de la geografía: de ahí, quizá, el resentimiento que ocasionalmente Harvey ha expresado en relación con algunos economistas marxistas.¹³

El rechazo también llega de la parte de muchos filósofos marxistas, que perciben en Harvey una especie de intruso, aunque él mismo nunca se ve como una «autoridad en Marx», al estilo de los filósofos especializados, porque no se considera a sí mismo como un estudioso de los textos de Marx en el sentido más hermenéutico. Así, por ejemplo, Harvey dedica

12. No es el caso de los comentarios recibidos de Henri Lefebvre y de Manuel Castells.

13. Hubo muchos problemas para publicar el libro: tres editoriales de los Estados Unidos rechazaron editarlo por consejo de economistas marxistas. Solo cuando Frederic Jameson hizo una crítica extremadamente positiva del libro, este se reeditó (Verso, 1999) y empezó un camino de éxito coincidiendo, además, con la generalización de los movimientos alterglobalizadores, Seattle, el repudio creciente al neoliberalismo y al capitalismo financiero, el *crack* de 2000-01, la aparición de un marxismo menos dogmático, etc.

poco esfuerzo a analizar el origen y las influencias previas de las ideas de Marx (Hegel, los griegos clásicos, etc.), sino que, simple y directamente, adopta sus argumentos e inmediatamente busca elaborar explicaciones que lo ayuden a entender lo que ocurre en el París de la Comuna o del Segundo Imperio, en Baltimore o en Nueva York, en la China, en el Brasil o en la Europa de hoy.

The Limits to Capital consolida definitivamente a Harvey como el referente imprescindible no solo para la geografía urbana radical sino para el estudio del espacio y de lo geográfico desde un componente marxista. A pesar del tiempo transcurrido desde su aparición, esta sigue siendo su obra esencial y de entre las más referenciadas, debido al posicionamiento que expresa en relación con el marco teórico marxista, por la profundidad de su contenido, y por la apertura que en su momento supuso para la ciencia geográfica. *The Limits to Capital* es el producto de diez años de trabajo duro y, según sus propias palabras, enloquecedor: en diversas ocasiones el autor ha expresado su decepción porque inicialmente no tuvo el impacto deseado, esperado (y merecido), atribuyendo la causa de ello al escaso eco encontrado tanto en las voces hostiles como en las supuestamente próximas. Con todo, cabe reconocer las dificultades intrínsecas para asimilar el libro: se trata de un texto denso, complejo, difícil de leer... dista lejos de ser un manual divulgativo o informativo. No obstante, Harvey lo considera una gran experiencia de aprendizaje, un cimiento sólido, el fundamento que le permitirá escribir gran parte de lo publicado con posterioridad. A través de *The Limits to Capital*, Harvey reconoce haber aprendido «el funcionamiento del método de Marx»: cómo ser dialéctico, cómo trabajar a través de las categorías y cómo usarlas de una manera fluida. La dialéctica no está —no tiene que estar— solo en la entelequia de la teoría marxista sino en el debate entre la evolución de la realidad urbana y territorial y la misma comprensión de la

teoría, la manera en que enseña la teoría, la manera en que se reflexiona sobre ella. Para Harvey, la teoría marxista no solo es útil para entender el mundo —lo que sería propio de una geografía marxista— sino para explicar por qué es necesario entenderlo y cuál es el sentido de hacerlo (Harvey, 2002; [Anderson], 2000).



Durante la primera quincena de junio de 1996 Harvey impartió diversos seminarios en la Universitat de Girona, invitado por la Càtedra Ferrater Mora. En la imagen, algunos de los colegas y amigos de Harvey que también participaron en dichos seminarios: de izquierda a derecha, en primera fila, David Harvey, Neil Smith, Rafel Llussà, Mireia Folch-Serra, John Paul Jones III; en la fila de atrás, Joan Nogué, Cindi Katz, Joan Vicente, Geraldine Pratt.

Foto procedente del archivo de Joan Nogué y Joan Vicente.

París como referente

Si el objetivo al escribir *The Limits to Capital* fue explorar una estructura teórica que ayudase a comprender la urbanización, la aplicación de dicha «teoría» daría lugar a dos libros

(*The Urbanization of Capital y Consciousness and the Urban Experience*, ambos aparecidos en 1985) con los que se configura una propuesta esencial para el desarrollo de una geografía (urbana) marxista: esta especie de trilogía permite combinar el análisis teórico sobre la mirada espacial en Marx y su «traducción» práctica en la interpretación de los procesos de urbanización bajo el capitalismo. En ellos Harvey pretende combinar, en un mismo marco, los principios de la economía «vertical», la influencia del espacio y del tiempo y los procesos de urbanización: se trata, una vez más, de intentar llevar a la práctica una correlación entre el ámbito teórico y el aplicado. Este será, según afirma Harvey, su interés recurrente a lo largo de toda su trayectoria: repetir el mismo ejercicio —dar referentes teóricos al estudio del territorio, dotar de praxis contextualizada a la reflexión teórica— en ámbitos, trasfondos, tonos y épocas diferentes.

*Consciousness and the Urban Experience*¹⁴ presenta un primer gran esbozo de su estudio acerca del París decimonónico como aproximación efectiva e inmediata —para tocar «de pies en el suelo»— al análisis marxista del proceso de consolidación de la ciudad capitalista e industrial (Merrifield, 2002).¹⁵ A muchos de los lectores les sorprendió la intensa y extensa dedicación de Harvey a esta ciudad¹⁶ y a este momento histó-

14. Esta obra contiene el capítulo «Money, time, space and the city», del que el autor se siente especialmente satisfecho.

15. En 2003 el ensayo sobre París sería editado en un volumen separado (*Paris, Capital of Modernity*) mientras que el resto de *Consciousness and the Urban Experience* sería reeditado en 1989 como *The Urban Experience*. De todos modos, el interés por París se inicia en 1979 con el artículo «Monument and myth».

16. En 1976-77 Harvey disfrutó de una beca del Guggenheim Memorial que le permitió realizar su primera larga estancia en París. Allí se relacionó con la gente vinculada al *International Journal of Urban and Regional Research*, con Manuel Castells al frente —con quien sostuvo una relación tensa—, así como con Enzo Mingione, Ray Pahl, Chris Pickvance, Jean Lojkin y, especialmente, con Edmond Préteceille y Christian Topalov. Dado que la mayoría de ellos pertenecían al Partido Comunista Francés y este había prohibido a todos sus miembros relacionarse con norteamericanos, Harvey se citaba con ellos en secreto en restaurantes burgueses porque, le decían, «nuestros camaradas del partido nunca vendrán a comer a un sitio como este».

rico, pero es interesante la justificación que Harvey da ya que, además de permitirle contextualizar históricamente los textos originales de Marx y estudiar uno de los grandes episodios revolucionarios del siglo XIX (la Comuna), Harvey alega una cuestión metodológica hasta cierto punto sorprendente. De niño odiaba profundamente las novelas de Charles Dickens que le obligaban a leer, pero a los 35 años las redescubre y empieza a devorarlas con deleite y con una mirada totalmente distinta, no solo como una forma de captar la atmósfera urbana del primer momento de la ciudad industrial sino como un método o estilo diferente para expresar las propias reflexiones acerca de la teoría marxista. Así, Harvey recuerda que, mientras el capítulo primero del volumen uno de *El Capital* de Marx está lleno de datos y tecnicismos, el segundo capítulo («El fetichismo de la mercancía») posee un estilo de redacción completamente diferente caracterizado por un enorme realismo y concreción para regresar, en el capítulo siguiente, al estilo contable y abstracto. Las diferencias entre ambos capítulos son tales que parecen escritos por dos personas distintas, hasta el punto de que muchos estudiosos de Marx consideran «El fetichismo de la mercancía» como una especie de aberración o, en el mejor de los casos, una anécdota, ajena a la línea central del pensamiento de Marx. Cuando Harvey escribe «Monument and myth» (Harvey, 1979) se lo imagina «a la manera de Dickens» o «a la manera de “El fetichismo de la mercancía”», ya que cree que para un acercamiento efectivo al tema no es apropiado (únicamente) un estilo frío y racional, contable y puramente teórico. Harvey reconoce haber aprendido (también) de Marx cómo de importante —además de ser una cierta forma de *divertimento*— puede llegar a ser cambiar de estilo, de tipo de escritura, de enfoque, de tono... para reflejar un mismo contenido. Por estas razones, estilísticamente, «Monument and myth» resulta tan diferente de *The Limits to Capital*.

Harvey, «geógrafo postmoderno»

La redacción y publicación de *The Condition of Postmodernity* (1989a) se lleva a cabo en paralelo con los análisis que el autor está haciendo sobre París, con los que se establece un diálogo interno interesante, a la vez que propicia que Harvey continúe siendo referente obligado para los estudios e interpretaciones sobre los procesos de urbanización.¹⁷ Con todo, *The Condition of Postmodernity* supone un contraste considerable, en muchos sentidos, con los textos vinculados a *The Limits to Capital*. Por un lado, Harvey reconoce que fue un libro «fácil» de escribir, comparado con la dureza y las dificultades de sus obras precedentes, hasta el punto de admitir ante su editor que estaba escrito «como una broma».¹⁸ Ante su estructura aparentemente sencilla, sería considerado un libro también «fácil» de leer y de interpretar, hasta el punto de convertirse en un *best seller* —de largo, su libro más citado y famoso— y uno de los libros más citados y referenciados en las ciencias sociales de la época. Además, tuvo el acierto de aparecer en un momento en el que prácticamente no había textos que ofrecieran una interpretación directa y clara sobre las causas y los efectos del postmodernismo y de la postmodernidad, así como explicaciones razonadas sobre la cambiante integración entre la economía política, las transformaciones culturales, y el espacio-tiempo (Woodward y Jones, 2008).

En un momento en el que la geografía está adquiriendo mayor centralidad por los cambios asociados tanto a la post-

17. Este libro es uno de los principales productos de su período (1987-93) en la Universidad de Oxford, Reino Unido, donde ocupa la Cátedra Halford Mackinder. De dicha estancia Harvey destaca los seminarios impartidos junto con el economista Andrew Glynn y con el filósofo Jerry Cohen (autor de *Karl Marx's Theory of History*, obra no muy del agrado de Harvey).

18. A lo que su editor respondió con un «deberías escribir bromas con más frecuencia».

modernidad (la globalización y todo lo a ella asociado está haciendo que en el territorio aparezcan nuevas realidades y que muchos de los elementos antiguos se transformen radicalmente) como al postmodernismo (incluyendo el llamado «giro espacial» o reinsertión del espacio en la teoría social), y va siendo más conocida y «usada» —o al menos considera de una forma distinta— por el resto de científicos sociales, *The Condition of Postmodernity* contribuye decisivamente a evidenciar cómo la perspectiva geográfica puede insertarse en un debate general y ser considerada como un campo de estudio que puede hacer contribuciones decisivas, trascendentes e impactantes. El libro entusiasma a todo el mundo, especialmente los no-geógrafos, y «globaliza» definitivamente a Harvey al proyectarlo desde la esfera de un reducido grupo de geógrafos, sociólogos y antropólogos hasta llegar a una audiencia amplia en las humanidades y las ciencias sociales en general (Albet, 1995; Folch-Serra, 1997).

Con todo, el «precio de la fama» se traduce en una serie de paradojas, algunas de las cuales algo hirientes. Una de ellas es la aparición de críticas que hacen patente una banalización del saber y de las aportaciones de Harvey hasta alcanzar un clímax, que incluso puede llegar a considerarse divertido, por el que se etiqueta a Harvey como «geógrafo postmoderno» por el simple y superficial hecho de identificar a la persona con el título del libro (¿sin siquiera leerlo?) cuando, de hecho, el autor pretende, precisamente, desnudar la vacuidad del postmodernismo y denunciar las nuevas-viejas estrategias del poder bajo la etiqueta de la postmodernidad.¹⁹

19. La «globalización» del libro de Harvey unido a la rapidez y generalización de los debates y las publicaciones académicas y no académicas generaron —en su momento y todavía hoy— una enorme cantidad de bibliografía mucha de la cual rezuma oportunismo basado, a veces, en abiertas malinterpretaciones de sus ideas: Harvey reconoce que se trata de una dinámica que ha alcanzado unas dimensiones imposibles de controlar y, pues, de rebatir, y sobre las que no puede (ni quiere) invertir más tiempo y esfuerzo del debido.

Otra de las paradojas viene a focalizarse en el hecho que, si bien el libro contribuye decisivamente a que Harvey y la geografía sean más conocidos fuera del propio ámbito disciplinar, gran parte del énfasis no se traduce en una consideración del trabajo previo fundamental de Harvey (como, por ejemplo, todo lo aportado en *The Limits to Capital*), sino muchas veces justo al contrario (Castree, 2004). En este sentido, Harvey reconoce que, por ejemplo, llega un momento en el que el «giro espacial» empieza a ser considerado de una manera distinta, cuando no abiertamente contraria, a la que Harvey propone de manera que incluso, con frecuencia, llega a ser utilizado para socavar las perspectivas teóricas en las que ha estado implicado durante años. Así, Harvey denuncia que a pesar de haber pasado gran parte de su vida intentando integrar la comprensión espacial en Marx, acaba descubriendo que el trascendental concepto de «giro espacial» es utilizado, precisamente, como un medio para rechazar a Marx, erradicar el análisis dialéctico, abandonar el materialismo histórico y abrazar el post-estructuralismo foucaultiano. Si bien Harvey reconoce y asume parte de las críticas recibidas —muchas muy fundamentadas y con un considerable rigor y nivel de razonamiento—, se resiste, como hicieron muchos científicos sociales en las décadas de 1980 y 1990, a abandonar el discurso marxista que, según él, continúa permitiendo evidenciar y denunciar aspectos extremadamente importantes de nuestra realidad social y espacial. Y, sobre todo, se resiste a abandonar la metateoría (de hecho, este viene a ser uno de los argumentos esenciales de *The Condition of Postmodernity*), precisamente por entenderla como la base necesaria de toda interpretación.

Con todo, a pesar de ser una obra malinterpretada, *The Condition of Postmodernity* se convierte en un texto crucial tanto para la geografía como para el resto de las ciencias sociales, ya que contribuye decisivamente a que geógrafos y no geógrafos entiendan mucho mejor el decisivo papel del espa-

cio, especialmente en los convulsos tiempos postmodernos ([Anderson], 2000).

Más allá de lo urbano

Las publicaciones elaboradas hasta el momento dejan clara la forma de proceder de Harvey: trabajar a cierto nivel teórico y con ciertas abstracciones (*The Limits to Capital*) hasta el punto de que se hagan evidentes los análisis de determinados aspectos de la realidad tales como los procesos capitalistas de urbanización. Con todo, un repaso riguroso a *The Limits to Capital* evidencia que, si bien la comprensión del hecho urbano es tratado de manera exhaustiva, otros temas cruciales han quedado poco o nada desarrollados y tampoco han encontrado suficiente acomodo en las páginas de *The Condition of Postmodernity*. Entre dichos «cajones vacíos» destaca el estudio de la teoría del Estado —a pesar de que esta era una cuestión candente en los debates de las décadas de 1970 y 1980—, la reproducción social, la política de la diferencia identitaria, el feminismo, el medio ambiente, el imaginario utópico subyacente al activismo social... En buena parte, uno de los grandes objetivos de *Justice, Nature and the Geography of Difference* (1996) es intentar suplir dichas carencias o déficits, en una apuesta que para muchos es vista como una respuesta ante las críticas de haber dedicado escaso (o parcial) interés a dichos temas y, para otros, como una expansión de sus intereses teóricos y prácticos (Castree, 2004; Carlos, 2008).

Así, aunque en los años 1970 escribe algo sobre temas ambientales, Harvey admite que, por una especie de acuerdo tácito entre él y Neil Smith —inmerso este último en el estudio del desarrollo desigual y la producción de la naturaleza, la naturaleza como una estrategia de acumulación, etc.—, prácticamente no se ha dedicado a este enfoque en sus propios términos

y que, de hecho, se ha estado sirviendo de las ideas de Smith. Durante la década de 1990, probablemente el movimiento político más vigoroso y mejor orientado es el debate ecologista y ambiental: Harvey decide intentar integrarlo, también, en el argumentario de *The Limits to Capital* y construir así, además, una comprensión más sólida del aparato conceptual geográfico a partir de los temas del espacio, el lugar, y el medio ambiente. El resultado más destacable de ello es un artículo publicado en *Socialist Register* (Harvey, 1993) además de lo expuesto explícitamente en *Justice, Nature and the Geography of Difference*.

En este libro también está muy presente el interés por denunciar el ya entonces creciente rol otorgado a las identidades —ya sean locales, nacionales o de cosmovisión— y su perversa potencialidad si son utilizadas como políticas de exclusión y, así, de injusticia y desigualdad. Harvey busca hacer todo ello, además, evitando una estrategia puramente apologética de su propio posicionamiento —y más ante las numerosas críticas recibidas desde que publica *The Condition of Postmodernity*— por lo que intenta aprovechar la ocasión para presentar la dimensión geográfica como una oportunidad óptima de comprender el mundo desde una perspectiva marxista, histórica, geográfica y materialista y todo ello de manera más articulada.

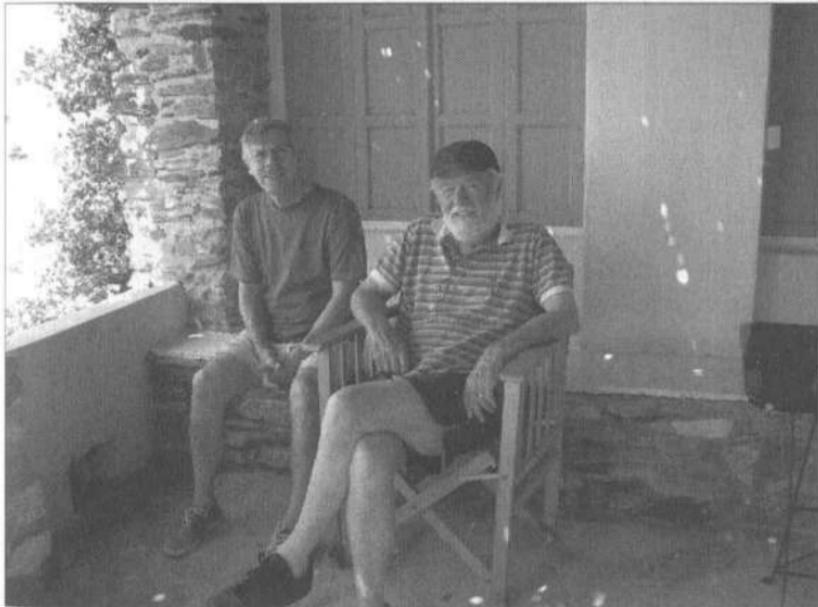
En línea con todo ello y para, en este contexto, hacer frente a las cuestiones de «¿cómo miramos el espacio y el lugar?, ¿cuál es la relación entre ellos? y ¿cómo se les analiza?», la experiencia de Raymond Williams es de gran inspiración para Harvey. Williams, como crítico cultural, es capaz de presentar determinados aspectos a través de ensayos mientras que otros temas parece que solo los pueda tratar en forma literaria: sus novelas no solo no están separadas de la crítica social, sino que son parte integral de ellas. Ello conduce a Harvey al argumento del «particularismo militante» y, de allí, a tratar los aspectos políticos del conjunto.

Pero a la vez que Harvey intenta ser más explícito sobre la validez del modo dialéctico de argumentación, también busca reconocer la existencia de diferentes formas de «ser dialéctico». Así, por un lado, remarca la existencia de un método dialéctico «tradicional», «lógico», que, de hecho, es el que Harvey expresa en *The Limits to Capital* al presentar cómo Marx trata el valor de uso, el intercambio de valor y la producción de valor, cómo se internaliza la tensión entre ellos y, posteriormente, cómo se externaliza dicha oposición. Junto a esta vía lógica-tradicional, Harvey se embarca en la búsqueda de una versión de la dialéctica más apta para comprender la idea de proceso: dicha búsqueda surge de la constatación de que el flujo capitalista, tal como se argumenta en el volumen II de *El Capital*, no puede explicarse según la lógica tradicional de la causa-efecto, ya que toda cadena de factores acabaacompañándose con el flujo de capital (Castree, 2007). Esta búsqueda de una dialéctica alternativa para interpretar los flujos capitalistas lleva a Harvey a apoyarse en Alfred North Whitehead y en la obra de Bertell Ollman sobre alienación y dialéctica (Harvey y Smith, 1984).

Para Harvey, *Justice, Nature and and the Geography of Difference* resulta ser uno de los libros más difíciles de escribir especialmente por la gran cantidad de dudas y dificultades que tiene que superar, tantas que él lo considera una obra inacabada, tanto por lo inabarcable de sus objetivos como por considerar el tema y el enfoque de manera abierta, sin una conclusión contundente como las que caracterizan *The Limits to Capital* o incluso *The Condition of Postmodernity*. Harvey reconoce que solo la generosa ayuda, debate y lectura crítica que Neil Smith hace de sus textos y el empujón de John Davey, su editor, le permiten superar la sensación de fracaso en relación con esta obra. Si *The Condition of Postmodernity* es un libro reputado por su enorme difusión y alcance «popular», *Justice, Nature and the Geography of Differences* considerado el más

influyente en las esferas de la academia dado que se abre a todo tipo de posibilidades y un sinfín de nuevas perspectivas que el autor no había planteado en detalle con anterioridad.

Mientras Harvey está preparando el manuscrito de *Justice, Nature and the Geography of Difference* su preocupación principal se centra en qué tipo de pensamiento dialéctico puede interpretar de manera más adecuada la importancia de los flujos y de los bloqueos. Es precisamente entonces cuando la sangre deja de fluir adecuadamente en su cuerpo y su corazón se bloquea: el infarto sufrido en 1996 tiene, según él, consecuencias decisivas no solo en su salud sino en su forma de mirar y comprender el mundo.



Los *Seminars of the Aegean*, organizados por Dina Vaiou y Costis Hadjimichalis en diferentes islas griegas son, según Harvey, un foro excelente donde se combina intenso debate y franca amistad. En la imagen, con Costis Hadjimichalis en Siros (2012). Foto procedente del archivo personal de Costis Hadjimichalis.

Tras el *bypass*

Harvey regresa a Baltimore en 1993 y poco más tarde tiene que someterse a una grave operación de *bypass* coronario de urgencia que comporta un significativo cambio en su vida y en su quehacer académico. Su cardiólogo le dice que, efectivamente, una operación de este calibre trae consigo una serie de implicaciones psicológicas, además de la propia conmoción física: Harvey reconoce que «aprovecha» la circunstancia y desde entonces empieza a tomarse el trabajo de una manera muy distinta. La operación de corazón le hace adoptar una actitud más expeditiva a la hora de escribir, ya que busca evitar tener que dedicar largos años a la elaboración de los textos, tal y como le había ocurrido con *Explanation in Geography* y, sobre todo, con *The Limits to Capital* y *The Condition of Postmodernity*. Así, desde 1996 publica libros con una regularidad casi anual («si tengo que decir algo, será mejor que lo diga pronto») sin que la calidad o el tono se resientan. En todo caso, y según sus propias palabras, a partir de ese momento se siente mucho más libre: «si quiero decir algo, lo digo: no tiene sentido que le dé vueltas o que no me atreva a hacerlo»... de manera que sus textos adoptan un tono más fresco y directo pero también un estilo más preciso. Seguramente el «nuevo marco psicológico» postoperatorio contribuye decisivamente a esta nueva perspectiva pero también la confianza otorgada por el «éxito» de sus obras precedentes: Harvey reconoce que desde entonces el peso de la experiencia útil (y, pues, utilizable), las intuiciones sobre «cómo funcionan o no funcionan las cosas», la seguridad que conceden tantos años de acumular conocimientos y, en especial, lo asimilado al escribir *The Limits to Capital* y durante el estudio del caso de París está muy presente en la configuración de su bagaje intelectual, lo que le permite enfocar sus investigaciones de manera más distendida, disfrutando más, y ni siquiera sufrir ante eventuales críticas y debates por

lo publicado. Según sus propias palabras, en 1996 da un salto que lo lleva a intentar hablarle al mundo «desde dentro», desde su experiencia y vivencias.



Aunque Harvey afirma sentirse más cómodo en espacios alternativos y entre audiencias disidentes, en ocasiones ciertos dirigentes políticos han apelado a sus ideas como referentes destacados: tal es el caso de Álvaro García Linera, vicepresidente de Bolivia, o de José (Pepe) Mujica, presidente de Uruguay. En la imagen, con Mujica durante su visita a Uruguay con motivo de su nombramiento como doctor *honoris causa* por la Universidad de la República en 2015.

Foto: Andrea Sellanes, SMA.

El cambio de estilo se hace evidente no solo en el tono, orientación y contenido de los libros sino también, y muy significativamente, en la proyección de sus ideas. Puede decirse que, desde entonces, sus libros son verdaderos *best sellers* muy usados y referenciados por una audiencia mucho más amplia que no la estrictamente académica. Harvey se convierte en una

referencia habitual para los movimientos sociales e inspiración teórica y práctica para múltiples activismos;²⁰ su trascendencia alcanza a amplias capas de la ciudadanía de manera que es frecuente que periódicos generalistas le dediquen entrevistas y artículos y sus textos sean reseñados y comentados en revistas no académicas, en blogs, en debates públicos...

Ello es causa y consecuencia del proyecto «Reading Marx's *Capital* with David Harvey»²¹ que, en esencia, pretende que las ideas de Marx sean más amigables y comprensibles y, sobre todo, más fácilmente asimilables por una mayor parte de la ciudadanía a través de un plan sistemático de cursos/charlas comentadas sobre marxismo y sobre *El Capital*.²² Harvey afirma que todo empezó un poco por casualidad: al llegar a la City University of New York (CUNY) en 2001, el éxito de sus clases era tan grande que a menudo los asistentes no cabían en ningún aula y tenía que impartirlas en la cafetería. Hacia 2007 algunos de sus estudiantes propusieron grabar y editar dichas

20. A pesar de su avanzada edad, no es extraño verlo participando en múltiples acciones o dando apoyo a actividades e iniciativas populares en Asia o, especialmente, América Latina, e incorporándolas a su obra, como es el caso de las protestas de El Alto en Bolivia (en *Rebel Cities*), la revolución zapatista (en *Global Capitalism*) y tantas otras. Harvey remarca que habitualmente dichas colaboraciones son desinteresadas y que él solo acostumbra a aceptar pago si este proviene de las opulentas instituciones académicas occidentales. Un ejemplo de colaboración más estable, pero igualmente desinteresada y alternativa, se dio cuando en 2013 la República de Ecuador le pidió su ayuda para establecer el Centro Nacional de Estrategias para el Derecho al Territorio, CENEDET, (en el Instituto de Altos Estudios Nacionales), del que sería codirector (2014-17) junto con Miguel Robles-Durán.

21. Véase en <http://davidharvey.org/reading-capital/>

22. El libro *A Companion to Marx's Capital* (vol. 1) contiene una transcripción de dichas lecciones, mientras que *A Companion to Marx's Capital* (vol. 2) incorpora reflexiones y contextualizaciones acerca del capital emergente y del capital financiero (Harvey, 2010a; 2013). En *Marx and Capital and the Madness of Economic Reason* (2017) Harvey presenta cuál es la esencia del capitalismo según Marx y en el contexto de su época. Para ello, disecciona los tres volúmenes de *El Capital* de Marx en términos de la circulación del capital: el volumen 1 dedicado a evidenciar como es el trabajo el que genera las plusvalías del proceso productivo (valorización); el volumen 2, sobre la realización/apropiación de dichas plusvalías; y el volumen 3, acerca del destino de dichas plusvalías en los procesos de distribución.

clases, de manera que empezaron a colgarlas en Internet. La página web <http://davidharvey.org> vendría como consecuencia lógica: reúne la práctica totalidad de la producción pasada y presente de Harvey, de manera que supone un enorme archivo de materiales, textos, conferencias, vídeos y audios,²³ aunque esparcidos por Internet es posible encontrar muchísimos más.²⁴

Harvey se siente feliz con la difusión alcanzada por la web y, sobre todo, con los vídeos de sus lecciones y conferencias, ya que este era, precisamente, el objetivo buscado: utilizar un lenguaje más «normal», más comprensible, pero manteniendo un muy elevado nivel de calidad y autoexigencia en la exposición, que impulse a cada vez más y más gente a atreverse con los libros de Harvey y, en consecuencia, con los textos originales de Marx, en un diálogo intenso pero asimilable para el gran público. Para Harvey este más fácil contacto le sirve como óptimo *feedback* que retroalimenta sus propias ideas al obligarle a conectar con realidades o lugares desconocidos y con ideas o temas quizá inesperados.²⁵

23. Un equipo de voluntarios y estudiantes, de los que Harvey se siente orgulloso, agradecido y en deuda al no conocer los aspectos técnicos del funcionamiento informático, se encargan de mantener la web y de seguir colgando vídeos y audios. Además, otra red de voluntarios ha ido subtitulando y traduciendo dichos vídeos a diversas lenguas de manera que el proceso de difusión se ha consolidado y proyectado por todo el planeta alcanzando a más gentes de distintos lugares, intereses y trasfondos (centros cívicos, institutos de secundaria, asociaciones y movimientos sociales, etc. además de universidades). Ciertas versiones de sus charlas ilustradas con dibujos animados tienen millones de descargas/visualizaciones.

24. Son numerosísimas las entrevistas realizadas a Harvey y reproducidas en audio, video o transcritas en revistas: ello da idea no solo de su gran popularidad y reconocimiento sino también de su anhelo, paciencia y tesón para que las ideas lleguen a un público lo más amplio posible.

25. Harvey narra como una «experiencia realmente fantástica y emocionante» el encuentro que dicha difusión ha propiciado con gente de todo el mundo, no solo de manera directa con los asistentes a sus conferencias sino también a través de las opiniones y consultas recibidas en forma de cartas, correos electrónicos, etc. Cita el ejemplo de una carta de un estibador retirado del puerto de San Francisco que le escribió una nota conmovedora: «Toda mi vida he querido leer *El Capital* de Marx y nunca había encontrado la manera: finalmente he conseguido entenderlo».

	HECHOS HISTÓRICOS	LIBROS CLAVE	ENCUENTROS LUGARES
	Presidencia Trump		Ecuador
2010	Presidencia Obama		
	Crisis global Guerra en Irak		
2000	11-S		Nueva York
	Creación OMC	A.N. Whitehead	
1990	Consenso de Washington Caída del muro de Berlín Plaza Tiananmén Primera Intifada		A. Glynn
1980	Guerra en Afganistán	P. Dicken <i>Global shift</i> N. Smith <i>Uneven Development</i> F. Jameson <i>La lógica cultural...</i> G. Arrighi <i>Dynamics of Global Crisis</i>	grupo de Baltimore (N. Smith, C. Katz, J.P. Jones, G. Pratt)
1970	Golpe en Chile Asesinato líder Black Panthers en Baltimore Asesinato Martin L. King Mayo 1968 Guerra en Vietnam	C. Dickens K. Marx <i>El Capital</i> F. Engels <i>La situación de la clase obrera en Inglaterra</i> P. Haggett <i>Locational Analysis</i>	Paris AAG Boston grupo de Clark Univ, Baltimore
1960	Muro de Berlín Revolución cubana		Cambridge

CAMPOS DE ESTUDIO	INFLUENCIAS	OBRAS	FASES CARRERA	
neoliberalismo utopías urbanas derecho a la ciudad		<i>Marx, Capital and the Madness... Seventeen Contradictions... Rebel Cities Companion to Marx's Capital</i>	City Univ. of New York	2010
		<i>Spaces of Global Capitalism A Brief History of Neoliberalism Paris, Capital of Modernity The New Imperialism Spaces of Hope</i>	Johns Hopkins	2000
teoría marxista urbanización capitalista	N. Smith	<i>Justice, Nature and the Geography...</i>	Univ. Oxford	1990
	E. Preteceille C. Topalov M. Castells	<i>The Condition of Postmodernity The Urbanization of Capital Consciousness and the Urban Experience The Limits to Capital</i>	Johns Hopkins	1980
positivismo	B. Ollman G. Olsson	<i>Social Justice and the City</i>		1970
	W. Bunge P. Haggett R. Chorley T. Wrigley	<i>Explanation in Geography</i> tesis doctoral	Univ. Bristol	1960

Seguramente todo ello se explica también, en gran parte, debido a la enorme capacidad didáctica de Harvey. La espontaneidad y facilidad de sus charlas, siempre lejanas a cualquier forma de rigidez, son buena parte del «éxito». Él mismo reconoce que hace ya muchas décadas que dejó de seguir notas o apuntes a la hora de dar sus conferencias: incluso sus charlas de más compromiso acostumbran a ser como peroratas espontáneas en las que los temas van apareciendo en un proceso oral que es, también, creativo. Ello hace que conecte fácilmente con cualquier tipo de audiencia —sea académica o ciudadana, sea de la disciplina que sea— y, pues, incluso reconducir (¡dialécticamente!) el discurso en función de la atención o interés demostrado.²⁶ La edad, los viajes, el cansancio, la insistencia... no parecen condicionar las presentaciones de Harvey que, lejos de comportarse con el divismo que a menudo caracteriza a ciertos intelectuales, acostumbran a ser exposiciones cargadas de lucidez y criticismo, agudeza y actualidad.

Hacer Marx accesible... a través de la geografía

En el último capítulo de *Justice, Nature and the Geography of Difference* ya se intuye lo que acabaría siendo *Spaces of Hope*, su siguiente libro, publicado en 2000. Para muchos es su obra más «extraña» tanto por su contenido (el juego entre la mi-

26. Harvey cuenta la anécdota, acaecida en 2015 en Ramallah (Palestina), acerca de un hombre mayor que asistió a todos los seminarios que él impartió allí y solo al acabar el último de ellos se atrevió a acercarse a él y decirle: «Usted es un profesor de verdad», a lo que Harvey le preguntó: «¿Qué quiere decir usted con eso?». Él le confió: «Bueno, por aquí pasa mucha gente, profesores, que vienen y hablan sobre libros y, ¿sabe?, se puede conseguir un montón de comprensión a partir de los libros y de las cosas, y eso a veces puede ser útil, pero usted habla desde lo más profundo de su interior, y no se trata de los libros, se trata de cómo ha entendido usted el mundo. Eso es lo que debe hacer un profesor». Harvey tomó este comentario con orgullo y reconocimiento, como un maravilloso y profundo cumplido, como una de las cosas más agradables que nunca nadie le había dicho.

croescala del cuerpo y la macroescala de la economía política global) como por su tono (un alegato a luchar por hacer posible la utopía, como único recurso para edificar un mundo con mejores condiciones de vida y de trabajo). El planteamiento de este libro es, ciertamente, complejo y singular, lo que genera advertencias por parte de su editor acerca de potenciales reseñas negativas que no consiguen amedrentar al autor, imbuido de aquel espíritu de libertad surgido tras la operación a corazón abierto. Efectivamente, en su momento el libro tiene una aceptación muy desigual: mientras que en el ámbito hispanoamericano se acoge con gran interés (Zusman, 2003; Constenla, 2004),²⁷ la recepción es menos entusiasta en el mundo anglosajón.²⁸

En cualquier caso, la obra viene a ser un intento de presentar el papel de la imaginación utópica y su función en la estructuración de las actividades políticas. La intención de Harvey es denunciar las propuestas utópicas clásicas por demasiado estáticas a la vez que proponer la idea de un utopismo dialéctico y, pues, no estático, partiendo de una afirmación de Alfred North Whitehead, ya utilizada en *Justice, Nature and the Geography of Difference*, cuando habla de que toda naturaleza —también la humana— trata de la exploración de lo novedoso. Es significativo el eco que estas propuestas tienen en ámbitos y disciplinas alejados de la geografía, lo que en buena parte demuestra que Harvey ya se ha convertido en un referente para todas las ciencias sociales y las humanidades: así, por ejemplo, determinadas corrientes teológicas reciben con interés la noción de utopismo dialéctico, ante la posibilidad de

27. La primera charla sobre Edilia, la propuesta de ciudad ideal, la da Harvey en Barcelona, precisamente durante un seminario sobre utopías. También en Brasil y otros lugares de América Latina este libro ha inducido acciones originales como la cartografía de la propuesta utópica que se plantea en él o diferentes apuestas para implementar las utopías personales.

28. Aunque con reacciones igualmente sugerentes como la lectura dramatizada de parte del libro llevada a cabo en la New School.

entroncar con una concepción dinámica y creativa del paraíso cristiano, entendido como un imaginario capaz de crear, a su vez, nuevos imaginarios.

Con todo, es a partir de *The New Imperialism* (2003b) cuando se hace más patente el cambio de etapa que no solo se traduce en aquella citada mayor productividad —prácticamente un libro por año y numerosos artículos y capítulos además de conferencias, cursos y lecciones por todo el mundo— sino en el nuevo tono adquirido: mayor frescura en la exposición de las ideas y audiencias cada vez más amplias (Carreras, 2004). Sin abandonar nunca la erudición y profundidad, sus libros conectan muy bien tanto con audiencias cultas y académicas como con los grupos activistas y los ciudadanos «de a pie» porque buscan ofrecer pautas de comprensión e interpretación tanto de la realidad más inmediata de la gente como del contexto del propio Harvey. De hecho, él mismo califica sus escritos como una especie de «autobiografía de su entorno político», un relato crítico pero fiel «de lo que (me) está pasando», de la inmediatez.

Así, en *The New Imperialism* Harvey disecciona el «momento presente» pero no se resigna a un simple retrato incisivo acerca de la relación entre el militarismo estadounidense exterior —las guerras en Irak, entre otras acciones— y su política interior, el rol de la economía en las nuevas aventuras imperiales tras la caída del «bloque comunista», o el papel jugado por los neoconservadores. Para exponer y explicar las razones de este «momento», Harvey elabora el concepto de la «acumulación por desposesión» que no solo se convierte en su mayor «éxito» reciente sino en una de las ideas más divulgadas y utilizadas en las ciencias sociales de los últimos veinte años. Según Harvey, si la acumulación originaria propició el establecimiento del sistema capitalista tras desbancar al feudalismo, la acumulación por desposesión tiene por objetivo perpetuar la estructura y las relaciones establecidas

por dicho sistema: para hacerlo posible, desde la década de 1970 el neoliberalismo introduce una serie de cambios en el sistema que se concretan en procesos de privatización, de financiarización, de gestión de las crisis, y de redistribución interna de las rentas. Las repercusiones más amplias, directas y negativas afectan a los sectores sociales ya habitualmente menos favorecidos, dado que son los que reciben el mayor impacto ante la privatización de lo público y de lo comunal: el sistema capitalista se desarrolla ahora no tanto por los beneficios que obtiene de los procesos productivos y reproductivos sino, directa y descaradamente, por la apropiación (desposesión) de lo colectivo, de lo común.

Además de contar con un indudable renombre en el mundo universitario, el concepto de acumulación por desposesión resulta amplia y cómodamente utilizado por personas fuera del ámbito académico por razones muy prácticas: permite entender cosas reales y explicar problemas cotidianos como las crisis, las guerras, la desigualdad, las compañías de crédito, los engaños y la violencia de las empresas, la apropiación de fondos de inversión... ¡y todo ello sin abandonar el análisis marxista! Efectivamente, este libro —como todos los que vendrán a partir de ahora— o la misma idea de acumulación por desposesión responden plenamente a la (nueva) estrategia de Harvey de dotar a los ciudadanos de pautas de comprensión, interpretación y de lucha y transformación de su realidad más cercana: no se trata solo —por ejemplo— de contabilizar las ejecuciones hipotecarias y de lamentar la privatización de la educación y la sanidad, sino de darse cuenta que todo ello es una simple y llana transferencia de riqueza de una parte de la sociedad a otra —de una clase social a otra— y que ello ya nada tiene que ver con la acumulación tradicional —la apropiación de plusvalías durante el proceso productivo— sino con una acumulación derivada de un exprolio y una usurpación en toda la regla.

Entender esta nueva forma de explotación (por desposesión) que introduce el capitalismo a través del neoliberalismo también implica un fuerte empoderamiento por parte de la ciudadanía: no se trata solo de decir que «he perdido dinero» o que ha disminuido «el valor de mi casa y de mi trabajo», sino de entender que existe esta pérdida de dinero y de valor porque alguien se lo ha apropiado con estrategias muy poco éticas. Introducir esta conceptualización también supone un reto filosófico para Harvey ya que, ciertamente, la idea de la acumulación por desposesión es mucho más amplia que la definición de Marx de acumulación primitiva, pero para Harvey la contiene y es más fácilmente comprensible y utilizable por parte de la gente. Es en este sentido que la difusión de este concepto y de los libros de esta etapa se corresponden plenamente con los objetivos de su «proyecto Marx»: *El Capital* y el resto de textos marxistas no son (solo) un cúmulo de complicado e incomprensible material hegeliano sino la base de un aparato conceptual hoy perfectamente útil y utilizable, si uno es capaz de actualizarlo convenientemente. Al igual que muchas personas no son conscientes de que provienen de un geógrafo y están planteadas desde la geografía,²⁹ a menudo tampoco son conscientes que, utilizando dichos conceptos están llevando a cabo un análisis de tipo marxista. Quizá ahí, de nuevo, otro mérito de Harvey: conseguir introducir una mirada marxista... allí donde no se la esperaba (Lladó, 2010).

Resulta fascinante la rapidez con la que se han comprendido, difundido y popularizado estos conceptos pero Harvey prevé una todavía mayor extensión dado que abre las puertas —en parte como respuesta a las críticas llegadas desde el feminismo; (Folch-Serra, 1994)— a que la idea de la acumulación

29. Aunque muy a menudo a Harvey lo etiquetan como sociólogo, economista, historiador o antropólogo, ya sea por desconocimiento o por el hecho de figurar adscrito a la Cátedra de Antropología Cultural de la City University of New York (CUNY).

por desposesión sea aplicada a múltiples grupos y ámbitos: aunque afecta de manera generalizada al «99 %» de la población, es cierto que la desposesión tiene además una dimensión étnica, racial, de género, que hace que determinados colectivos sean especialmente vulnerables.

Tras publicar *The New Imperialism*, ciertas alarmas se encienden cuando Harvey constata que muchos de sus jóvenes estudiantes o bien no comprenden de dónde surge la realidad actual o, mucho peor, la dan por sentada, lógica y «natural». Se plantea, pues, escribir *A Brief History of Neoliberalism* (2005) para entender, relacionar y contextualizar aquellas lógicas que han dado lugar a nuestro presente, lo que a su vez le permite introducir y generalizar el concepto de «neoliberalismo» en el contexto norteamericano. En Estados Unidos, a diferencia de Europa, pocas personas se sienten familiarizadas con dicho concepto dado que es más habitual hablar de «acumulación flexible», como el mismo Harvey había venido utilizando hasta la década de 1990. Al hacer una «historia» del neoliberalismo, Harvey plantea una especie de retrospectiva espacial y temporal, que incluye una revisión sobre la manera en que él mismo ha estado viendo y viviendo la evolución del mundo desde mediados de la década de 1960. Este libro, convertido en un gran éxito editorial, busca ser, pues, una explicación de los acontecimientos que han venido sucediendo desde la década de 1970 y una reflexión acerca de las fuerzas políticas y económicas que han intervenido en su devenir: el golpe de 1973 en Chile, la crisis fiscal de Nueva York, las políticas de Ronald Reagan y Margaret Thatcher, la deriva política y económica china, la deuda mexicana, la ascensión de los «monetaristas» —en detrimento de los «keynesianos»— en el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, etc. A menudo solo en perspectiva histórica, de *longue durée*, es posible comprender muchos aspectos de la realidad reciente y, pues, de la propia experiencia vital del autor.

Además de alguna antología seleccionada y revisada de sus textos,³⁰ el resto de libros publicados hasta la fecha responden plenamente a aquel principio de intentar dar pautas de interpretación y comprensión de nuestra realidad más inmediata, desde un marxismo llano y no dogmático.³¹ En este sentido, utilizando algunas de las nociones fundamentales de la geografía (como espacio, lugar, territorio) en *Cosmopolitanism and the Geographies of Freedom* (2009) Harvey hace un alegato sobre el papel crítico que puede y debe desarrollar la geografía en el desarrollo de una teoría social y de una acción política verdaderamente emancipadoras. Lejos de la tradicional cerrazón de la ciencia geográfica y de los discursos manipuladores del neoliberalismo, Harvey recuerda que la geografía es capaz (puede serlo, debe serlo) de promover un cosmopolitismo que promueva la solidaridad y el universalismo propios de los «nobles ideales de la libertad».

The Enigma of Capital and the Crises of Capitalism (2010b) es una diáfana explicación de los orígenes y las razones de la crisis iniciada en 2008 que incluye, como es habitual en el autor, pistas sobre «¿Qué hacer?» (capítulo 8) para superar sus efectos. En *Rebel Cities: From the Right to the City to the Urban Revolution* (2012) Harvey retoma su interés por la ciudad y lo urbano y, en el marco inmediato de las revueltas vinculadas a OccupyWallStreet y al 15M, propugna que las ciudades vuelvan a asumir el rol —que, por otra parte, siempre han tenido— de liderazgo en las transformaciones revolucionarias:

30. Como es el caso de *Spaces of Capital: Towards a Critical Geography* (2001) y *The Ways of the World* (2016).

31. En *Marx and Capital and the Madness of Economic Reason* (2017) Harvey hace un repaso a la estructura del sistema capitalista a partir de los tres volúmenes de *El Capital* de Marx: sus reflexiones, contextualizadas en la sociedad de fines del siglo XIX, no le impiden reconocer que los cambios económicos, industriales y tecnológicos observados en los últimos 150 años implican necesariamente que el análisis y la aplicación de las ideas de Marx deben ser revisados y actualizados.

como es habitual en él, junto al análisis que le permite denunciar quien ostenta hoy el control de las decisiones sobre la ciudad, Harvey propone pautas de resistencia anticapitalista que permitan la reorganización interna y la consecución de ciudades socialmente más justas y ecológicamente más coherentes. *Seventeen Contradictions and the End of Capitalism* (2014) es uno de los textos más celebrados por los sectores activistas. En él Harvey recuerda que a los movimientos sociales y a las fuerzas políticas que luchan por construir un mundo alternativo les urge disponer de un diagnóstico claro y preciso acerca de la situación presente a la vez que fundamentarse en un marco teórico potente: Harvey ofrece una «caja de herramientas» marxista que resulte accesible y comprensible y, así, potencialmente implementable.



David Harvey es uno de los científicos sociales más influyentes de las últimas décadas. Y lo es desde su inquebrantable posicionamiento como geógrafo, lo que no deja de ser sorprendente si consideramos la tradicional escasa centralidad de esta disciplina en el contexto científico y académico. Ciertamente, Harvey es celebrado y referenciado no solo por geógrafos sino por economistas, sociólogos, antropólogos, arquitectos, planificadores, artistas, historiadores... Para quien sea propenso a la valoración científica de las personas según sea su «impacto» y el número de citas de sus referencias bibliográficas, el caso de Harvey es simplemente impresionante.³² Contabilizar

32. Al considerar los miles de citas registradas (véase la constante actualización en, por ejemplo, Google Scholar, Web of Science, Social Science Citation Index) (Thrift, 2006: 224). Es interesante remarcar que algunos textos «antiguos» de Harvey, como *Social Justice and the City*, siguen permaneciendo muy alto en los rankings de citas. Del mismo modo, es habitual que sus conferencias atraigan a miles de personas en un solo acto, llenando auditorios e incluso estadios.

sus publicaciones es tarea ardua ya que además de cientos de artículos, capítulos y libros —con numerosas traducciones³³ y reediciones—, a menudo sus textos son reproducidos en formatos muy diversos (webs, blogs, etc.), a veces de manera espontánea, por activistas y movimientos sociales. Si el éxito se mide en la cantidad de premios³⁴ y reconocimientos³⁵ estos también son más que remarcables.

A pesar de todo ello, su actitud académica y personal está en las antípodas del aura que, en ocasiones, acostumbra a rodear a ciertas celebridades. Bien al contrario, Harvey parece complacerse de manera especial participando en actividades populares, colaborando con grupos alternativos, en lugares, países y ámbitos desfavorecidos o directamente marginales y, en cualquier caso, lejos del rigor y la rigidez institucional. No se trata, únicamente, de una cuestión vinculada a su carácter y personalidad sino de una forma de implicación y compromiso con el mundo que pretende entender, interpretar y transformar.

33. Sus textos han sido publicados o traducidos, como mínimo, en las siguientes lenguas: alemán, árabe, castellano, catalán, checo, chino, coreano, croata, danés, esloveno, finés, francés, gallego, griego, hebreo, italiano, japonés, neerlandés, noruego, persa, polaco, portugués, rumano, ruso, sueco, tamil, thai y turco.

34. El Outstanding Contributor Award de la Asociación de Geógrafos Americanos (1982), la Medalla de Oro Anders Retzius de la Sociedad Sueca de Antropología y Geografía (1989), la Patron's Medal de la Real Sociedad Geográfica de Londres (1995), y el Vautrin Lud (denominado «premio Nobel de Geografía») en 1995, entre otros muchos, además de ser nombrado miembro de la British Academy (1998) y de la American Academy of Arts and Sciences (2007).

35. Hasta la fecha ha sido homenajeado con doctorados *honoris causa* por las universidades de Roskilde (Dinamarca) en 1997, Buenos Aires (Argentina) en 1997, Uppsala (Suecia) en 2000, Ohio State (Estados Unidos) en 2004, Lund (Suecia) en 2008, Kent (Reino Unido) en 2008, Bristol (Reino Unido) en 2012, de la República, en Montevideo (Uruguay) en 2015, London School of Economics and Political Science (Reino Unido) en 2015, y el Goldsmith College de Londres (Reino Unido) en 2015.



Harvey en Atenas (2012) durante una conferencia en un espacio ocupado.
Foto procedente del archivo personal de Costis Hadjimichalis.

Referencias bibliográficas

- ALBET, Abel (1995). «Justícia social, postmodernisme i medi. David Harvey disset anys després», *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 27; pp. 117-131.
- [ANDERSON, Perry] (2000). «Reinventing geography. An interview with David Harvey», *New Left Review*, 4; pp. 75-97 [trad. cast.: «Reinventar la geografia. Entrevista con David Harvey», *New Left Review*, 5; pp. 107-126; 2000].
- BERRY, Brian J. L. y David HARVEY (1974). «D. Harvey, *Social justice and the city*: Review and discussion», *Antipode*, 6(2); pp. 142-149.
- CARLOS, Ana Fani Alessandri (2008). «De la “geografía de la acumulación” a la “geografía de la reproducción”: un diálogo con Harvey», *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 270(143).

- CARRERAS, Carles (2004). «2003, l'any de David Harvey», *Revista de Geografia*; 3; pp. 149-154.
- CASTREE, Noel (2004). «David Harvey», en: Phil Hubbard, Rob Kitchin y Gill Valentine (eds.). *Key Thinkers in Human Geography*. Londres: Sage; pp. 181-188.
- CASTREE, Noel (2007). «David Harvey: Marxism, capitalism and the geographical imagination», *New Political Economy*, 12(1); pp. 97-115.
- CASTREE, Noel (2008). «*The Limits to Capital* (1982): David Harvey», en: Phil Hubbard, Rob Kitchin y Gill Valentine (eds.). *Key Texts in Human Geography*. Londres: Sage; pp. 61-70.
- CASTREE, Noel y Derek GREGORY (eds.). (2006). *David Harvey: A Critical Reader*. Londres: Blackwell.
- CONSTENLA, Xosé (2004). «La condición de la Geografía: una introducción a la obra geográfica de David Harvey», *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 44; pp. 131-148.
- FOLCH-SERRA, Mireia (1994). «La polèmica feminista i postmodernista al voltant de David Harvey: un assaig crític», *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 24; pp. 59-73.
- FOLCH-SERRA, Mireia (1997). «Estancia de David Harvey en Girona, del 3 al 14 de junio de 1996», *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 30; pp. 197-201.
- GARCÍA HERRERA, Luz Marina (1984). «A propósito de *The Limits to Capital* de David Harvey», *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 4; pp. 117-130.
- HARVEY, David (1969). *Explanation in Geography*. Londres: Edward Arnold y Nueva York: St. Martin's Press (reimpresión, Nueva Delhi: Rawat Publications, 2003) [trad. cast.: *Teorías, leyes y modelos en geografía*. Madrid: Alianza Editorial, 1983].
- HARVEY, David (1973). *Social Justice and the City*. Londres: Edward Arnold y Baltimore: Johns Hopkins University Press (nueva edición con una introducción de Ira Katnelson, Londres: Basil Blackwell, 1992; edición revisada: *Social Justice and the City*. Athens: University of Georgia Press, 2009) [trad. cast.: *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid: Siglo XXI, 1977].
- HARVEY, David (1979). «Monument and myth», *Annals of the Association of American Geographers*, 69(3); pp. 362-381.

- HARVEY, David (1982). *The Limits to Capital* . Oxford: Basil Blackwell y Chicago: University of Chicago Press (edición revisada -1999- y con una nueva introducción: Londres/Nueva York: Verso, 2007) [trad. cast.: *Los límites del capitalismo y la teoría marxista* . México DF: Fondo de Cultura Económica, 1990].
- HARVEY, David (1985a). *Consciousness and the Urban Experience. Studies in the History and Theory of Capitalist Urbanization, 1.* Oxford: Basil Blackwell y Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- HARVEY, David (1985b). *The Urbanization of Capital. Studies in the History and Theory of Capitalist Urbanization, 2.* Oxford: Basil Blackwell y Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- HARVEY, David (1989a). *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Change.* Oxford: Basil Blackwell [trad. cast.: *La condición de la posmodernidad: investigación sobre los orígenes del cambio cultural* . Buenos Aires: Amorrortu, 1998].
- HARVEY, David (1989b). *The Urban Experience.* Oxford: Blackwell y Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- HARVEY, David (1993). «The nature of environment: The dialectics of social and environmental change», *Socialist Register*, 29; pp. 1-51.
- HARVEY, David (1996). *Justice, Nature and the Geography of Difference.* Oxford: Wiley-Blackwell [trad. cast.: *Justicia, naturaleza y la geografía de la diferencia* . Quito: IAEN, 2018 y Madrid: Traficantes de Sueños, 2018].
- HARVEY, David (2000). *Spaces of Hope* . Berkeley: University of California Press y Edinburgo: Edinburgh University Press [trad. cast.: *Espacios de esperanza.* Madrid: Akal, 2005].
- HARVEY, David (2001). *Spaces of Capital: Towards a Critical Geography.* Nueva York: Routledge y Edinburgo: Edinburgh University Press [trad. cast.: *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica.* Madrid: Akal, 2007].
- HARVEY, David (2002). «Memories and desires», en: Peter Gould y Forrest R. Pitts (eds.) *Geographical Voices: Fourteen Autobiographical Records* . Syracuse: Syracuse University

- Press, 149-188 (Una versión reducida apareció publicada como «Memories and desires», en: Stuart Aitken y Gill Valentine (eds.). *Approaches to Human Geography* . Londres: Sage, 2006; pp. 184-190).
- HARVEY, David (2003a). *Paris, Capital of Modernity* . Nueva York: Routledge [trad. cast.: *París, capital de la modernidad* . Madrid: Akal, 2008].
- HARVEY, David (2003b). *The New Imperialism* . Oxford: Oxford University Press (edición revisada y con un nuevo epílogo: Oxford: Oxford University Press, 2005) [trad. cast.: *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal, 2004].
- HARVEY, David (2005). *A Brief History of Neoliberalism* . Oxford: Oxford University Press [trad. cast.: *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal, 2007].
- HARVEY, David (2009). *Cosmopolitanism and the Geographies of Freedom*. Nueva York: Columbia University Press [trad. cast.: *El cosmopolitismo y las geografías de la libertad* Madrid: Akal, 2017].
- HARVEY, David (2010a). *A Companion to Marx's Capital* . Nueva York/Londres: Verso (en 2018 se reedita, juntamente con *A Companion to Marx's Capital, Volume 2*, como *A Companion to Marx's Capital, The Complete Edition*. Nueva York/Londres: Verso) [trad. cast.: *Guía de El Capital de Marx. Libro Primero* . Madrid: Akal, 2014].
- HARVEY, David (2010b). *The Enigma of Capital and the Crisis of Capitalism* . Londres: Profile Books y Oxford: Oxford University Press [trad. cast.: *El enigma del capital y las crisis del capitalismo*. Madrid: Akal, 2012].
- HARVEY, David (2012). *Rebel Cities: From the Right to the City to the Urban Revolution*. Nueva York/Londres: Verso [trad. cast.: *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Madrid: Akal, 2013].
- HARVEY, David (2013). *A Companion to Marx's Capital, Volume 2*. Nueva York/Londres: Verso (en 2018 se reedita, juntamente con *A Companion to Marx's Capital*, como *A Companion to Marx's Capital, The Complete Edition*. Nueva York/Londres: Verso) [trad. cast.: *Guía de El capital de Marx. Libro Segundo*. Madrid: Akal, 2016].

- HARVEY, David (2014). *Seventeen Contradictions and the End of Capitalism*. Londres: Profile Books y Oxford: Oxford University Press [trad. cast.: *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*. Quito: IAEN, 2014 y Madrid: Traficantes de Sueños, 2014].
- HARVEY, David (2016). *The Ways of the World*. Londres: Profile Books, 2017, y Oxford: Oxford University Press, 2016 [trad. cast.: *Senderos del mundo*. Madrid: Akal, 2018].
- HARVEY, David (2017). *Marx, Capital and the Madness of Economic Reason*. Londres: Profile Books y Oxford: Oxford University Press.
- HARVEY, David y Neil SMITH (1984). «Geography: From capitals to capital», en: Bertell Ollman y Edward Vernoff (eds.). *The Left Academy. Marxist Scholarship on American Campuses* (vol. 2). Nueva York: Praeger, 99-121.
- JOHNSTON, Ron (2008). «*Explanation in Geography* (1969): David Harvey», en: Phil Hubbard, Rob Kitchin y Gill Valentine (eds.). *Key Texts in Human Geography*. Londres: Sage; pp. 25-32.
- JONES III, John Paul (2006). *David Harvey: Live theory*. Nueva York: Continuum.
- LLADÓ, Bernat (2010). «David Harvey: estètica i política urbana», en: Jordi F. Fernández (ed.). *De l'estètica a la política*. [Terrassa]: Grup d'Estètica i Política Segle XXI y Amic de les Arts i Joventuts Musicals; pp.101-125.
- MERRIFIELD, Andy (2002). «David Harvey. The geopolitics of urbanization», en: Andy Merrifield, *Metromarxism. A Marxist Tale of the City*. Nueva York: Routledge; pp. 133-155.
- SHEPPARD, Eric y Trevor J. BARNES (2019). «Baltimore as truth spot: David Harvey, Johns Hopkins, and urban activism», en: Trevor J. Barnes y Eric Sheppard (eds.). *Spatial Histories of Radical Geography: North America and Beyond*. Oxford: Wiley; pp. 183-210.
- THRIFT, Nigel (2006). «David Harvey: A rock in a hard place», en: Noel Castree y Derek Gregory (eds.). *David Harvey: A Critical Reader*. Londres: Blackwell; pp. 223-233.
- WOODWARD, Keith y John Paul JONES III (2008). «*The Condition of Postmodernity* (1989): David Harvey», en: Phil Hubbard, Rob

- Kitchin y Gill Valentine (eds.). *Key Texts in Human Geography*. Londres: Sage; pp. 125-134.
- WOODWARD, Keith y John Paul JONES III (2009). «Harvey, D.», en: Rob Kitchin y Nigel Thrift (eds.). *The International Encyclopedia of Human Geography*, vol. 5. Oxford: Elsevier; pp. 24-27.
- ZUSMAN, Perla (2003). «Entre el Imperialismo y la Utopía. David Harvey en España», *Asociación de Geógrafos Españoles. Temas de actualidad* [http://age.ieg.csic.es/temas/03-05-david_harvey.htm].

II. ESPACIO, TIEMPO Y CAPITAL. UNA CONVERSACIÓN CON DAVID HARVEY

Abel Albet

Núria Benach

Entrevistamos a David Harvey durante dos largas jornadas del mes de octubre de 2015. En su amplio despacho de la CUNY, que había pertenecido a su malogrado discípulo y amigo Neil Smith, Harvey respondió gentilmente a nuestras preguntas, mientras reflexionaba extensamente sobre los principales temas que le han preocupado en su larga trayectoria.

—Una vez afirmó que la geografía era «demasiado importante para dejársela a los geógrafos» y por la misma razón, añadió, era importante no dejársela a las empresas multinacionales ni a los ejércitos...

—La razón por la que dije (y sigo creyendo) que la geografía es demasiado importante para dejársela a los geógrafos es porque con frecuencia los geógrafos aceptan el espacio y el tiempo como algo dado y consideran el mapa como algo fijo cuando en realidad no lo es: cuando intentas analizar los procesos, a través de los cuales se modifican tanto el espacio como el tiempo, tienes que salir fuera de la geografía y fijarte, por ejemplo, en la dinámica de la acumulación de capital y plantear la pregunta de ¿por qué en la historia del capitalismo la tecnología del transporte ha sido de tanto interés para las empresas capitalistas? La razón se encuentra en la aceleración, la aniquilación del espacio por el tiempo: es un aspecto crucial de la naturaleza de la acumulación. Y creo que espacio y tiempo no se pueden entender sin tener una teoría de la acumulación de capital: cuando comprendes

eso, entonces comprendes por qué el espacio y el tiempo no son categorías fijas, sino que están en movimiento constante dependiendo de los procesos históricos que las afectan.

—¿Por qué los geógrafos o la geografía no han sido capaces de afrontar esto? ¿Quizá porque el sistema capitalista nos ha abotargado con una versión de la geografía para tenernos en -tretenidos? «Ocúpate solo de hacer mapas de localización, o encárgate de recoger datos y olvídate del debate real sobre la geografía, el espacio, los capitalistas...». ¿Quizá se ha vetado una geografía crítica o interpretativa... precisamente por su enorme potencial?

—Ante todo, creo que debemos preguntarnos quién ha estado apoyando y financiando el conocimiento geográfico en los últimos dos siglos: está claro que la geografía ha tenido una tremenda importancia militar y en la empresa colonial. Así que creo que siempre ha sido difícil que exista lo que podríamos llamar una «geografía crítica». Un ejemplo: algunos de los que eran «grandes textos» cuando yo empecé a dedicarme a la geografía (esencialmente obras descriptivas) todavía hoy siguen dominando la disciplina.

Además, en la historia de la geografía hubo algunas divisiones muy desafortunadas. Supongo que la más famosa se produjo entre los geógrafos franceses cuando Lucien Febvre dijo algo así como: «Bueno, geógrafos, vosotros tratáis del entorno y nosotros nos ocupamos de la temporalidad». Así que se separó el espacio y el tiempo (que para mí son inseparables), y con ellos se separaron la historia y la geografía: desde entonces los historiadores se ocuparon del cambio y los geógrafos solo se encargaron de hacer descripciones de lo estático.

—*Fue como separar cosas y procesos.*

—Resulta interesante que, más tarde, historiadores más reflexivos, como Fernand Braudel, tuvieron que recuperar la

geografía para producir sus excelentes geografías históricas, así como el pensamiento sobre los sistemas mundiales (en las obras de Immanuel Wallerstein y Giovanni Arrighi, entre otros).

—*El ejército, el estado, el colonialismo... han sido los principales productores de geografía...*

—Cuando yo era estudiante en Cambridge excepto un par de profesores el resto habían estado en el ejército o en el Servicio Colonial, lo que no quiere decir que, en su visión del mundo, todos ellos fueran unos despreciables imperialistas. Mi tutor de entonces sentía un gran afecto paternalista por los habitantes de Ceilán: los traía a Cambridge y allí los ayudaba. El imperialismo colonialista implicó saqueos y violencia a la vez que una gran recogida de información (que, de hecho, era puro orientalismo) que condujo a la creación de grandes archivos que contribuirían a generar una determinada comprensión del mundo: cuando yo era estudiante, si quería conocer algo de cualquier parte del mundo, los manuales del Almirantazgo Británico eran los más completos e imprescindibles. Así que ese era el mundo del conocimiento geográfico y, por supuesto, ese era a grandes rasgos el mundo contra el que me acabé rebelando.

—*La geografía sigue siendo, en múltiples ámbitos, una ciencia conservadora... ¿Hasta qué punto los nuevos movimientos sociales y políticos y las renovadas desigualdades pueden presionar para construir una geografía más comprometida?*

—El auge de la geografía crítica a finales de la década de 1960 y en la década de 1970 condujo al desarrollo de un tipo alternativo de geografía... lo que dio pie a una gran batalla. Hoy por hoy, en el contexto norteamericano existen espacios abiertos para la geografía crítica. Creo que gran parte de este espacio ha ido cambiando porque siempre se plantea la pre-

gunta de «¿qué critica la geografía crítica?». Yo soy crítico con el capitalismo. Otras personas pueden decir: «bueno, hay cosas más importantes de las que ocuparse, como las cuestiones de género, discriminación sexual, racismo y un largo etcétera. Y creo que esos son temas muy importantes, pero me parece que a veces se convierten en un sustituto de la crítica al capitalismo. A mi entender, si se pierde la crítica al capitalismo se pierden o desdibujan el resto de críticas.

—Su célebre frase antes citada también nos conduce a un par de cuestiones relacionadas con la naturaleza del conocimiento geográfico. La primera tiene que ver con algo que usted ha dicho y escrito acerca de que, si los conceptos de espacio y de lugar entrasen de lleno en la teoría social, la transformarían de tal modo que quedarían afectadas sus proposiciones centrales.

—Bueno, en primer lugar, cabe recordar que ningún proceso social o natural ocurre fuera del espacio y del tiempo. Y no es posible comprender ningún proceso particular sin entender sus condiciones ambientales y su contexto. Espacio, tiempo, lugar, ambiente... son elementos de los que habitualmente se ocupa la geografía y que siempre deberían estar presentes en todos los análisis acerca de nuestro entorno. Es habitual que la teoría social se abstraiga del espacio, del tiempo, del ambiente... y no hay nada malo en ello, excepto que cualquier forma de abstracción es una forma de violencia hacia todo aquello de lo que se abstrae. Por eso, en cierto sentido creo que toda teoría social ejerce una violencia contra nuestra comprensión del mundo. Ahora bien, creo que el poder de la abstracción es terriblemente importante, de modo que nunca plantearía que los teóricos sociales dejen de hacerla. Lo que planteo es que siempre deberían ser conscientes de las consecuencias que conlleva hacerlo. La economía es un ejemplo clásico ya que mayoritariamente se demuestra bastante ciega ante la violencia que ella misma ejerce por su manera de teorizar. No estoy di-

ciendo que toda la economía sea así: ciertamente nos ha enseñado algunas cosas importantes y en esto incluiría la economía de Marx cuando nos plantea aspectos sobre la dinámica de la circulación, por ejemplo. Pero en un proceso que resulta ser muy dialéctico, la economía, a la vez que revela, también oscurece al ejercer aquella violencia.

Como geógrafos, estamos muy acostumbrados a esto cuando pensamos en las características de un mapa, que nos enseña algo que de otra manera no sabríamos. Al mismo tiempo oscurece cosas. Por ejemplo, los primeros cartógrafos europeos que dibujaron mapas de América reprodujeron muy bien el entorno físico, pero ignoraron el hecho de que había pueblos indígenas viviendo allí. Hoy seguimos dibujando mapas de las cosas observables, pero en la actualidad el comportamiento de la mayoría de las personas está movido por las emociones, no tanto por las cosas observables. Así que los mapas nos muestran ciertas verdades al mismo tiempo que mienten. Y no estoy diciendo que por eso nunca deberíamos utilizar mapas, porque obviamente ahora usamos muchos más mapas, a menudo en forma de Sistemas de Información Geográfica.

Lo único que pretendo es generar una conciencia de todo lo que se viola cuando abstraemos. Y soy muy consciente de ello porque como marxistas usamos un montón de teoría. Yo utilizo constantemente abstracciones y siempre se me critica de que ejercen una violencia sobre el género y sobre otros muchos aspectos, lo sé. Continuamente estoy ejerciendo algún tipo de violencia, pero digo, «bueno, eso es lo que hace la abstracción».

Me gusta repetir a los estudiantes que nunca tengan miedo de las abstracciones: es la manera que uno tiene de profundizar, de aprender cosas que de otra manera no sería posible percibir. Tener miedo a las abstracciones, como les ocurre a muchos estudiantes, implica renunciar al poder de interpretación que uno tiene. Al mismo tiempo, cuando se utilizan uno debe ser

consciente de la violencia que se ejerce contra la realidad que se intenta comprender.

—*Su frase también nos lleva a pensar, pues, que el conocimiento geográfico no debería quedar confinado a una única disciplina, a la propia geografía...*

—Como decía, no existe ninguna acción fuera del tiempo, del espacio y del entorno, y por eso creo que el conocimiento geográfico debería estar siempre presente en la teoría social y no descansar en ninguna disciplina en especial a pesar de la centralidad de la geografía para tratar de todo ello. Con todo, debo reconocer que la geografía sea probablemente una de las disciplinas académicas menos respetadas (para expresarlo con suavidad), lo que ha conllevado consecuencias bastante catastróficas en diversos ámbitos como la concepción de las políticas sociales, de la geopolítica, etc.

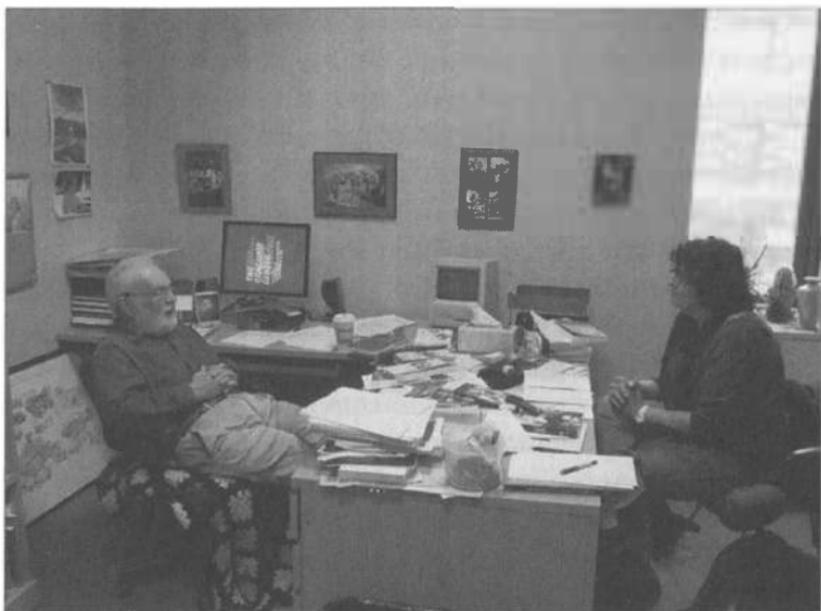
De hecho, esta era una de mis objeciones al tipo de geografía que aprendí cuando era joven: era una disciplina tan particularista, que no se te permitía desarrollar abstracciones. No podías decir cosas como «compresión espaciotemporal» y cosas por el estilo. No podías ver cómo ocurrían esas cosas porque estabas muy comprometido con la particularidad; no existían aspectos universales, solo particularidades, lo que significa por supuesto que las particularidades estaban escondiendo los aspectos universales. En mis primeros años de formación los aspectos universales que estaban siendo ocultados eran el imperialismo, el colonialismo, el militarismo...

Así que creo que esta dialéctica entre lo concreto y lo abstracto, lo particular y lo universal, es muy importante para mí, tanto que he estado trabajando con ella durante la mayor parte de mi vida. Con ello he podido entender que el tiempo y el espacio no son naturales y que deben comprenderse socialmente porque el minuto, el segundo, el nanosegundo y la temporalidad dependen de nuestro ser social. Incluso las abs-

tracciones, que se construyen fuera del tiempo y del espacio, siempre plantean la cuestión de con qué tipo de tiempo y de espacio están relacionadas. Así, por ejemplo, ante la teoría de la acumulación del capital, una de las cosas que diría sería que no se trata de analizar la acumulación de capital en un momento y lugar concretos sino de situar el análisis en una noción preexistente de tiempo y espacio.

Si uno se plantea la pregunta ¿qué tipo de tiempo y de espacio se construye a través de aquella dinámica de la acumulación de capital? vemos que desde el siglo XVI nuestro sentido del tiempo y del espacio ha ido cambiando radicalmente, en parte a través de las innovaciones tecnológicas, pero también porque la acumulación de capital permite enfocar la cuestión de su temporalidad y su espacialidad de una manera muy distintiva. Ahora vivimos nuestras vidas en una temporalidad especial que está definida en su mayor parte por dicho proceso, que en muchos aspectos es inconsistente con nuestros tiempos y espacios emocionales, y por eso debemos comprender que el tiempo y el espacio no son una categoría fija que se pueda aplicar al proceso social.

Dicho de otro modo, existe una dialéctica con el proceso social que se está analizando. ¿Por qué actúa de la manera en que lo hace? ¿Por qué está interesado el capitalismo en la aceleración? Bueno, sencillamente porque si muevo mi capital más rápido que tú, consigo una tasa de beneficio más alta y te derroto en la competición. Por eso, los capitalistas siempre están interesados en moverse todo lo rápido que puedan, porque de ahí deriva su beneficio. Lo que significa que vivimos en un mundo, o durante los últimos 300 o 400 años hemos estado viviendo en un mundo de aceleración perpetua. Y ahora, cuando vemos la velocidad con la que se realizan las transacciones informatizadas en los mercados de capital, surge la pregunta: ¿debería regularse la temporalidad? ¿se deberían prohibir las transacciones de alta frecuencia y de alta velocidad?



Harvey en su despacho de la CUNY con Núria Benach, durante la entrevista (octubre de 2015). Anteriormente este despacho había sido ocupado por Neil Smith, discípulo y gran amigo de Harvey, hasta su fallecimiento en septiembre de 2012. Foto: Abel Albet.

—A propósito de la abstracción como medio para producir conocimiento, el hecho de trabajar con abstracciones implica un grado muy elevado de responsabilidad y a veces se hace difícil entender el olvido del espacio (¿la poca responsabilidad?) por parte de muchos economistas y de todas las teorías sociales. El espacio siempre ha estado ahí, pero parecería que ahora incluso es más importante que nunca.

—Es cierto que el espacio siempre ha sido importante y que ahora lo es más que antes, pero lo que ha cambiado es cómo es de importante. En parte porque las dinámicas del espacio relativo han ido modificándose durante los últimos 200 años. Las relaciones espaciales han sufrido una revolución una y otra vez, y esto nos lleva de vuelta a la cuestión de por qué se

revolucionan nuestras relaciones espaciales y quién lo hace y cuáles son las consecuencias de todo ello. Las relaciones espaciales ahora son diferentes, pero siempre han sido importantes y en un doble sentido.

Como señalé en alguno de mis escritos, en la actualidad es tan fácil moverse por el espacio (en especial para el capital financiero) que las diferencias espaciales, por pequeñas que sean, resultan ser aún más significativas. El capital financiero siempre está buscando nuevas ventajas espaciales de la misma manera que lo está haciendo con la temporalidad. Hoy tiene medios para evaluar dichas ventajas, pero este no era el caso hace 100 años, cuando la organización espacial consistía en conferir un montón de monopolios locales: en algunos pueblos, el cervecero y el panadero ejercían un monopolio porque no había manera de traer la cerveza o el pan de 30 millas de distancia y tenerlo para el desayuno. Pero todo esto ha desaparecido, la dinámica espacial es diferente, pero creo que es tan importante ahora como lo ha sido siempre. Solo es diferente, lo que ha cambiado es la importancia que le damos.

—Internet ha tenido (y tiene) un papel decisivo en la transformación de las formas y los contenidos de nuestras relaciones espaciales, de ahí la importancia de saber quien mueve sus hilos: no se trata ya solo de nuestras redes de contactos o de los flujos de capital sino del «Internet profundo» (donde se mueve el tráfico clandestino de armas, de personas y de tantas otras cosas). Ahí se deciden buena parte de nuestras espacialidades: si cada vez es más difícil saber quien está detrás de todo, también es más difícil controlarlo y cambiarlo...

—Sí, es cierto. Hay un artículo interesante en el *Financial Times* (por cierto, soy un gran seguidor del *Financial Times* porque creo que intentan presentar una «cierta verdad» acerca de lo que está pasando) sobre por qué es imposible detener el blanqueo de dinero, a pesar de todas las regulaciones y los grandes planes

de intervención. Los bancos centrales tienen unas estructuras muy elaboradas para supervisar todas las instituciones financieras, pero lo cierto es que no tienen ninguna forma de controlarlas. Ahora mismo adquirir suelo urbano es uno de los medios favoritos para el blanqueo de dinero de manera que mucho de lo que hoy se construye en muchas ciudades no tiene nada que ver con las necesidades de la población. La urbanización se dedica, cada vez más, a crear entornos en los que sea posible blanquear dinero. Y ello, sin que los estados puedan controlarlo.

Pero, hasta cierto punto, este siempre ha sido el caso. Mitterrand, por ejemplo, intentó imponer controles de capital a los franceses e incluso propuso cambiar el uso de las tarjetas de crédito: la primera consecuencia fue que casi se produjo una revolución. No se puede impedir que el dinero cruce la frontera hacia Suiza, ¿cómo hacerlo? De vez en cuando se puede atrapar a alguien con un maletín... Pero ¿cuántos maletines consiguen pasar? ¿qué vas a hacer? Estoy totalmente de acuerdo en que es Internet quien lo ha hecho posible. Aunque se han puesto algunos medios para monitorizar lo que está ocurriendo (como la National Security Administration, etc.) la cantidad de datos que deben ser revisados y los procedimientos de revisión resultan en una especie de juego del gato y el ratón, en el que, francamente, el ratón siempre consigue escapar, y tú te quedas ahí sentado, completamente sorprendido por lo que está ocurriendo.

El dinero fluye bien por el espacio, pero hay otros nuevos aspectos que también afectan a la espacialidad y que son igualmente muy interesantes, como las movilizaciones masivas de personas que se dan en los últimos años como las de Daisy Park, Terrier Square, Occupy, los indignados, o tantas otras ocasiones.

— Sí, pero toda esta gente no se habría reunido en un mismo lugar si no hubiese sido por Internet: ahí hay una especie de paradoja...

—Es cierto, sí: Internet los ha llevado allí, pero la verdadera relevancia y el impacto político solo se produce cuando la gente sale a la calle... Porque puedes tener una mayoría de gente en Internet diciendo tal cosa y no ocurrirá nada, pero si todas esas personas que quieren que ocurra algo salen a la calle... Creo que existe una relación interesante entre Internet y el activismo político. Además, si en Internet dices que debemos salir a la calle, te pueden poner en la cárcel por «incitar a la revuelta»; de nuevo se trata del juego del gato y el ratón, pero hay un montón de hackers anónimos, a veces muy sofisticados, que saben cómo eludir el acoso al que están perpetuamente perseguidos por el poder político. Pero, como en el caso del blanqueo de dinero, no creo que exista ningún medio por el que el poder político pueda nunca controlar todo y a todos...

—*Háblenos un poco acerca de su trabajo académico en torno a los textos de Marx.*

—Siento un respeto muy profundo por los increíbles trabajos académicos sobre Marx que están en marcha, analizando los manuscritos originales y diferenciando lo que Engels dijo en los volúmenes dos y tres. Están apareciendo muchos análisis muy importantes, pero al mismo tiempo también quisiera decir que el buen marxista siempre intentará cambiar el marco disponible para satisfacer las condiciones de su propio tiempo. Incluso Marx y Engels afirman esto mismo sobre la versión de 1872 del *Manifiesto Comunista*: dicen que en realidad deberíamos reescribirlo todo de nuevo en función de las circunstancias contemporáneas, pero nosotros acostumbramos a considerarlo solo como un documento histórico... lo que resulta ser muy extraño, porque en realidad en 1848 tuvo un impacto muy escaso. Su gran impacto llegó después de la edición de 1872 cuando de repente empezó a ser utilizado masivamente de una manera similar al *Capital*, por ejemplo, que fue escrito en la década de los 70 y publicado en la década de 1880, y tuvo

una vida posterior que fue mucho más importante que su trayectoria inicial.

Creo que deberíamos estar preparados para cambiar algunas cosas, para ser innovadores y creativos con los materiales de Marx y no tener miedo de mezclar cosas.

—¿En qué sentido el contexto de los años 1980 (cuando, entre otros factores, se cuestiona abiertamente el Estado del bienestar) puede explicar la necesidad de plantear nuevos temas a resolver, de buscar nuevas respuestas, de indagar nuevas interpretaciones sobre lo que está pasando a través de Marx?

—El capitalismo de los años 1960 y 1970 en realidad no se ajustaba mucho al aparato teórico planteado por Marx, de manera que resultaba bastante difícil interpretar lo que estaba ocurriendo entonces exclusivamente a partir de lo contenido en *El Capital*. No solo se trataba de que el Estado del bienestar era omnipresente, sino que, en general, había mucha intervención del Estado. Por ejemplo, incluso en un país como Francia, la mayor parte de las grandes industrias estaban nacionalizadas, eran propiedad del Estado. Por ello me pareció sorprendente que, a medida que avanzaban las décadas de 1980 y 1990, el volumen 1 de *El Capital* parecía tener cada vez más sentido. Así, en los años 1990 fue mucho más fácil explicar lo que estaba ocurriendo en el mundo a partir de Marx porque el capitalismo de libre mercado estaba en la calle, tal como lo había descrito un siglo antes *El Capital*. Y lo que estaba ocurriendo entonces era la organización del sistema industrial, en los talleres de Bangladesh e Indonesia y en las *maquilas*, etc. tal y como había mostrado en el volumen sobre el capital mundial.

Lo que sucedió en los años 1990 me resulta muy interesante porque señala algo que creo que es muy importante que comprendamos: fue entonces cuando se empezó a asumir una sociedad capitalista que funciona perfectamente sin una gran intervención del Estado. Lo único que hace el Estado es ga-

rantizar el dinero y la propiedad privada y todo ese tipo de cosas. Cuando en esa década el capital empieza a organizarse de una manera diferente, se hace también necesario analizarlo e interpretarlo de una manera diferente. Como consecuencia de aquel peso notorio de las industrias estatales en la Francia de los años 1960 y 1970, Paul Sweezy y los comunistas franceses utilizaron a menudo el concepto de «capitalismo monopolista de Estado» que tenía mucha fuerza pero que ahora ya no tiene mucho sentido mantenerlo: yo creo que las cosas han cambiado mucho, el neoliberalismo es muy diferente y, por lo tanto, ahora tenemos que analizar lo que está ocurriendo en el mundo de las finanzas de manera muy diferente.

Me gusta realizar esta lectura detallada de Marx, imaginando el contexto en el que escribió, porque me resulta fascinante penetrar en su interesantísima mente: ¡hacerlo me ha reportado algunas buenas ideas! Existe el mito de que Marx tenía una teoría que lo explicaba absolutamente todo, lo que es una especie de fantasía porque no creo que él imaginase nunca que eso era lo que estaba haciendo (aunque es posible que tuviera momentos de megalomanía y creyera que lo estaba explicando todo, no lo sé). Pero el caso es que no lo hacía. Tenemos que usar sus textos e ideas de manera amplia y expansiva. En lugar de decir «esta es la visión del mundo» (que ni siquiera entonces lo era), debemos afirmar que solo es *una cierta* visión del mundo.

—De hecho, esta fue su intención al elaborar los «manuales» sobre Marx, ¿no es así?

—Estuvo muy bien hacer aquellos manuales, pero tras la crisis de 2007 quise escribir un texto que hablase un poco del trasfondo de la misma, lo que me llevó a publicar *The Enigma of Capitalism*. Allí de nuevo aproveché para incluir un capítulo sobre cómo evoluciona el capital: para poder tratar acerca de la vía relacional (relación con la naturaleza, concepciones mentales del mundo, aparatos productivos, etc.) me serví de la famosa

nota a pie de página que Marx introdujo en su capítulo sobre la maquinaria y el sistema industrial.¹ Utilicé este marco para hablar sobre la capitalización del sistema orgánico y para recordar que este tiene que evolucionar en todas aquellas dimensiones. También destacué la dimensión institucional: el capitalismo tiene que evolucionar institucionalmente, en términos de concepciones mentales, en términos de relaciones sociales y de clase... Asimismo, tiene que evolucionar en términos de vida cotidiana (las relaciones con la naturaleza y con la tecnología). Se trata, en conjunto, de lo que Marx denominó la «teoría del cambio evolutivo», teoría que creo que no ha sido efectivamente comprendida por la mayor parte de lectores de *El Capital*.

Y digo esto porque en su momento recibí muchas críticas con relación a este tema. Trabajé muchísimo para interpretar la susodicha nota a pie de página y puedo confirmar que aquí Marx se está refiriendo a las transformaciones del sistema industrial, y de cómo este sistema ha provocado la redefinición de la relación con la naturaleza y de las concepciones mentales del mundo. Si en los siglos XV y XVI la producción se consideraba una especie de arte porque comportaba un cierto misterio e iniciación (todo el proceso productivo se aprendía en su totalidad y desde cero, de manera que era el reflejo de determinadas habilidades), con la aparición de la industria moderna las máquinas permiten la segmentación de los procesos y, con ella, la consiguiente compartimentación y especialización. Además, la generalización de la tecnología reduce la elaboración de los productos a un simple momento mecánico, repetitivo, inconexo con el conjunto: se trata de una concepción mental totalmente diferente a la anterior.

Es así como llegamos a la producción de máquinas por máquinas, y cosas como esas, de las que Marx empezó a ha-

1. Se refiere a la nota a pie de página del capítulo 15 de *El Capital*, vol. 1, en el que Marx hace referencia a la teoría de la evolución de Darwin (véase David Harvey. *El enigma del capital y las crisis del capitalismo*. Madrid: Akal, 2012, p. 126).

blar. Esto resultó ser algo muy importante para mí ya que me permitió poder afirmar que la evolución de la sociedad capitalista tiene que ver con la evolución de todos estos elementos, que pueden verse reflejados, por ejemplo, en la realidad del neoliberalismo. Nuestras concepciones mentales del mundo han cambiado, y gran parte de ellas se basan ahora en que internalizamos las expectativas del orden liberal de manera que nos convertimos en nuestros propios sujetos liberales. Y no podemos volver la vista atrás a un mundo de solidaridades: solo podemos ver formas de organización e instituciones que son características del neoliberalismo y las consideramos naturales, cuando en realidad todas ellas se han inventado en los últimos 30 o 40 años, o son transformaciones de instituciones preexistentes que se convierten en algo diferente.

Esto lo vemos muy claramente en términos de lo que es la universidad hoy en comparación de lo que era en los años 1970: es algo completamente diferente. Unos pocos viejos como yo decimos que entonces las cosas eran mucho mejores: podíamos hacer esto y aquello... Ahora, irónicamente, casi se ha convertido en una factoría fordista en la que todo el mundo predica el postmodernismo. ¡Quién se lo iba a imaginar!

O también al mirar atrás y ver cómo ha cambiado nuestra relación con la naturaleza desde 1970: hoy tenemos una manera completamente diferente de hablar de ella y de formularla. O todavía más: fijémonos en las tecnologías actuales frente a las de 1970 e intentemos explicarle a la gente cómo era el mundo antes de las fotocopiadoras...

—*¿Pero, qué podemos hacer? Aunque quisiésemos volver a ese momento... ya no podemos.*

—No, lo que tenemos que hacer es pensar en la producción de un mundo socialista analizándolo y planteando las preguntas sobre la relación con la naturaleza, sobre las relaciones sociales, sobre las concepciones mentales del mundo que serían

necesarias. Y no se puede llegar a la idea de que lo único que se necesita es cambiar las concepciones mentales de la gente y todo cambiará, porque eso no ocurre. Pero, a la vez, no se puede cambiar el mundo sin cambiar las concepciones mentales. Así que quizá debamos plantearnos cosas del estilo: «bueno, ¿qué es lo que la gente plantea (por ejemplo) en el campo de la solidaridad económica?» Están pidiendo unas relaciones sociales diferentes. Muchos están planteando una relación alternativa con la naturaleza. Quieren sistemas institucionales distintos, y en algunos casos no desean ningún sistema institucional en absoluto (lo que es estúpido desde mi punto de vista), pero es sobre eso acerca de lo que están tratando. Como consecuencia, inventan estructuras de gobernanza que supuestamente no son fijas (pero que en realidad lo son: en última instancia siempre lo son). Y si nos preguntamos de qué va el movimiento socialista en el momento presente, pues veremos que está intentando cambiar (en) todas estas dimensiones: las de las relaciones sociales, la vida cotidiana, los aparatos de producción, qué tipo de producción, cómo se tiene que organizar la producción... Así pues, una economía de la solidaridad resulta ser un conjunto de propuestas que actúan en todas estas dimensiones simultáneamente; es como decir que todo esto es lo que queremos reconfigurar. Y el gran tema es cómo conseguimos que este tipo de reconfiguración sea general en lugar de limitada.

—*¿Así que esta es la nueva definición de «revolución»?*

—Bueno, creo que una de las cosas que se deriva de Marx sobre esto es que las revoluciones y las evoluciones son parciales y parceladas. Hay una revolución en proceso, que está en marcha, que tiene un movimiento muy lento. Una revolución no es un momento. Creo que el gran error de la Revolución Rusa fue decir: «de acuerdo, ya se ha hecho la revolución, ahora ya está», en lugar de hablar de una co-evolución de las concepciones mentales y de todo lo demás.

Esto me parece importante porque también cambia la manera en que pensamos acerca de la evolución potencial desde el capitalismo en el que nos encontramos ahora mismo hacia una forma diferente de capitalismo, que actualmente algunas personas intentan establecer partiendo desde el mismo capitalista. Por ejemplo: si se analiza todo lo publicado sobre el «capital consciente», se ve que en el fondo lo que se está planteando no es sino un capitalismo ético y su funcionamiento potencia para, de hecho, intentar persuadir a la gente de la legitimidad del capitalismo y de la supuesta bondad de la «virtud burguesa», facilitando el camino a su relanzamiento. Pero frente a ello, creo importante recordar que, en la actualidad, la mayor parte del capitalismo se basa en el robo, la mentira, el saqueo, la desposesión y todo tipo de cosas parecidas.

—¿Hasta qué punto la conceptualización que usted hace de la «revolución» contiene un sentido lefebvriano?

—Bueno, no creo que yo quiera mantener un sentido lefebvriano en mis ideas; quiero decir que siempre me ha parecido fascinante leer a Lefebvre porque siempre está lleno de ideas, pero francamente, no tengo ni idea de lo que supone todo su aparato conceptual.

Por ejemplo, una de las cosas que, por supuesto, he intentado argumentar durante mucho tiempo es que los movimientos sociales urbanos, si lo quieres llamar así de manera genérica, son, con mucha frecuencia, aspectos de una lucha de clases. Para mí, diferenciar lucha de clases en el puesto de trabajo de lucha de clases en la ciudad es una distinción inútil. Gramsci, hacia 1919, habla de que la organización de los consejos patrióticos es terriblemente importante, pero tiene que complementarse con la organización en los barrios. Y él empieza a hablar sobre por qué la organización en los barrios puede ser incluso más significativa que la organización en las fábricas, porque en la fábrica acabas teniendo una compren-

sión sectorial y parcial de lo que es la lucha de clases, una lucha de clases confinada en un sector particular. Para Gramsci, el barrio tiene una clase obrera que está formada por —esta es su lista— trabajadores del transporte, barrenderos y oficinistas de banca y afirma que, desde el punto de vista marxista, se obtiene una idea mejor de cuáles son las condiciones de toda la clase obrera si se analiza por barrios, de lo que resulta que la organización por barrios es mejor que la organización en consejos de fábrica. En cualquier caso, deberían combinarse ambas formas de organización. Gramsci también dice que deberíamos llegar a una situación en la que necesariamente todo el mundo, toda la clase obrera en uno u otro momento, estuviese en condición de trabajar o de militar juntos, a través de todos estos sectores.

Esto siempre ha sido muy importante para mí, y nunca he comprendido por qué Manuel Castells, cuando empieza a tratar acerca de los movimientos sociales urbanos, los define como no clasistas y, por lo tanto, no encajables en el marxismo. Aunque Castells estableció la categoría del consumo colectivo (que me parece muy interesante), para mí es más interesante tener en cuenta la idea de que existe una política de producción, pero que también existe una política de realización. Hoy, gran parte de la desposesión tiene lugar en el momento de la realización, no en el momento de la producción y, por eso, los capitalistas incluso pueden conceder aumentos de salario a los trabajadores... dinero que la clase capitalista va a recuperar en la política de realización a través de los propietarios, de las compañías de tarjetas de crédito y del capital mercantil. Aunque sea muy importante, actualmente la mayoría de los marxistas no hablan de la política de realización, pero quieran o no tienen que afrontarla al analizar temas como la vivienda.

Siempre me ha interesado destacar esto y por ello el concepto de «acumulación por desposesión» me parece útil a la

vez que problemático. La política de desposesión puede afectar no solo a la clase obrera sino también a la clase media. La clara distinción de clase (entre capitalista y trabajador) que existe en el punto de producción, no funciona en términos de política de realización porque, por ejemplo, las personas que especulan con el valor de la vivienda y extraen valor de la especulación inmobiliaria, están chupando la sangre a la clase media igual que a la clase trabajadora y, de hecho, a veces incluso pueden llegar a infringir un daño considerable a las clases altas. La lucha contra la desposesión no sigue la estructura típica de «trabajo contra capital», lo que hace que sea difícil de tratar. Pero, por otro lado, precisamente porque puede unificar a gente que, en caso contrario, se definiría de manera diferenciada como clase obrera y clase media, a su vez está creando la base para una eventual alianza anticapitalista a través de la política de realización, que se puede encontrar representada, por ejemplo, en las protestas callejeras (lo vimos en las manifestaciones de los indignados, en los levantamientos brasileños de 2013 o en los del parque Taksim Gezi en Estambul). Así, existen diferentes alianzas de clase que surgen de la política de realización.

Pero al mismo tiempo no deja de ser una política de realización de clase porque es una clase la que realiza la extracción; es una clase de rentistas, aunque creo que todavía no hemos analizado suficientemente las actividades de los propietarios, de los rentistas, y de todos los demás. Me gustaría decirle a la izquierda marxista que deberíamos pensar en términos de dichas unidades, y reconocer que no son lo mismo. De ahí que la idea de contradicción sea, creo, muy significativa. Existe una unidad contradictoria entre la política de realización y la política de producción y es por ello por lo que no se puede congelar la noción de lucha de clase sobre la base de cierta concepción de clase obrera.

— Los términos de producción y apropiación de las plusvalías han cambiado.

—Un vistazo a lo que ocurre en la calle permite darnos cuenta de que existe un amplio abanico de actividades que producen valor. Tradicionalmente hemos pensado en los obreros del sector del automóvil como trabajadores que están produciendo valor y plusvalía, pero deberíamos tener presente que la gente que trabaja haciendo hamburguesas en un McDonald's también están, de hecho, produciendo valor y plusvalía. Ello genera una pregunta interesante sobre quién se apropia de la plusvalía.

Ahora mismo, si vamos a los restaurantes que hay por los alrededores y le decimos al encargado del restaurante: «Estás explotando a todos tus trabajadores», seguramente estaremos en lo cierto: muchos de ellos son indocumentados y sus salarios son escandalosamente bajos. Pero hay grandes probabilidades que dicho encargado nos responda: «Llego a las seis de la mañana. Tengo que prepararlo todo. Lo hago. Estoy aquí hasta las diez de la noche. ¿Me dices que los exploto a ellos? ¿Qué crees que estoy haciendo? Estoy trabajando hasta reventar en este lugar». Y te preguntará: «Bueno entonces, ¿quién se lleva el valor y la plusvalía?». Y el encargado del restaurante te contestará: «Bueno, el propietario del local me ha estado subiendo sistemáticamente el alquiler» —y conozco muchos restaurantes locales que han tenido que cerrar porque el propietario ha doblado arbitrariamente el alquiler— «y he necesitado un congelador nuevo, o una cocina nueva, y he tenido que pedir un préstamo al banco con quien tengo una gran deuda contraída». Hoy puede decirse que en el negocio de restauración en Manhattan se produce una gran cantidad de valor y plusvalía, pero gran parte se va hacia el «lado equivocado» o hacia los bancos: los productores directos no consiguen mucho. Otro ejemplo. Hace poco leí en el *Financial Times* que la tasa de beneficio de Foxconn, la empresa que produce los ordenadores Apple en Shenzhen, China, es del 3 % mientras que Apple, por su parte, consigue el 27%. En la práctica, pues,

gran parte del valor y la plusvalía que se produce en China la realiza Apple en los Estados Unidos y en el resto del mundo donde vende sus ordenadores.

De modo que es el capital mercantil el que está apropiándose del valor. ¿Quiénes son los más ricos en la actualidad? Wal-Mart. Wal-Mart está consiguiendo incrementar sus tasas de beneficios a costa de ejercer una presión increíble sobre sus productores directos, que se ven obligados a sobrevivir con unas tasas de beneficio muy muy bajas. Así que el capitalista mercantil lo consigue, los propietarios lo consiguen, los bancos lo consiguen, pero los productores...

Veamos entonces cual era el punto de vista de Marx: él creía que, al final, los productores industriales dominarían el mundo de las finanzas, del comercio mundial y de la propiedad inmobiliaria. La teoría del capital está construida alrededor de dicha presunción, pero está claro que eso no es lo que está ocurriendo. Mucha gente dice que la clase obrera ha desaparecido porque ya no tenemos grandes fábricas. Pero mira a toda esta gente en Manhattan trabajando, haciendo comidas y cosas para la gente. Las cafeterías hacen cosas. Un ejemplo muy grave que ahora mismo está sucediendo aquí en Manhattan son los salones de uñas, donde la gente se hace la manicura, casi todos regentados por coreanos: para empezar el negocio solo se necesita una habitación tan grande como esta y un par de trabajadoras, casi siempre ilegales, que con frecuencia llegan de Corea y son alojadas en sótanos. Aunque no se necesita ninguna habilidad especial para trabajar en este sector, en muchas ocasiones las trabajadoras no cobran nada durante seis meses o incluso un año «en concepto de formación», y al cabo de dicho periodo las despiden y entran otras nuevas. Es algo muy escandaloso. Alguien del *New York Times* se infiltró para trabajar durante un año en esos salones y después publicó una columna en el periódico, explicando cuáles eran las condiciones: muchas mujeres a las que no se les ha pagado

ningún salario en algunos casos durante años y que en realidad son prisioneras en un sótano. Se trata de trabajo esclavo que está ocurriendo ahora mismo en el Upper East Side. Así se está produciendo, también, un valor y una plusvalía: tantas mujeres en el Upper East Side que se están haciendo las uñas a bajo precio gracias al trabajo de otras mujeres que realizan su labor en terribles condiciones laborales.

Y Marx señala que cualquier empleado en el transporte también está produciendo un valor y una plusvalía, así que todos los conductores de camiones de reparto de ahí fuera están produciendo valor y plusvalía. De hecho, estamos aquí en Nueva York y estamos contemplando una gran, gran colmena de producción de valor y plusvalía, que es fundamental para la reproducción de la vida urbana.

—La ciudad entendida por su valor de cambio, y no por su valor de uso...

—La gente que coloca andamios y los vuelve a desmontar está produciendo valor, plusvalía. O los que construyen edificios, o la gente cavando el pavimento para Verizon, para las compañías telefónicas y las compañías eléctricas, están produciendo valor, plusvalía. Solo tienes que quedarte en una esquina y mirar todo lo que se hace a tu lado y decir: «Eso está produciendo valor, eso está produciendo valor, eso está produciendo valor». Pero ¿dónde demonios se va toda esta plusvalía? No se va a estos trabajadores, porque sabemos perfectamente que toda esa gente está muy explotada. Cualquier pequeño análisis demuestra que el valor se va hacia los propietarios (que están obteniendo muchas de estas plusvalías), hacia los bancos y hacia los capitalistas mercantiles.

La perspectiva que nos propone Marx nos empuja a preocuparnos por descubrir quien produce el valor y la plusvalía y a denunciar quien se la apropia. Efectivamente, el capital industrial sigue apropiándose de muchas plusvalías: las fáabri-

cas que se han ido a Bangladesh y la tecnología instalada en la producción de automóviles hacen que solo se necesiten 5.000 trabajadores en lugar de 25.000 trabajadores, y si los automóviles no bajan de precio... ¡alguien se queda con el valor! Eso es lo que ocurre con las industrias tradicionales, pero existe un montón de valor y plusvalía que se está produciendo en y alrededor de las calles de nuestras ciudades, fuera de las fábricas, que está influyendo decisivamente en nuestra sociedad.

Pero la tradición marxista se ha sentido muy incómoda con esta visión porque, para muchos marxistas, la fábrica está en el centro de su concepción mental del mundo. Ahí es donde, para ellos, se supone que se encuentra la vanguardia. Pero un breve repaso demuestra que en la actualidad la vanguardia no ha actuado demasiado bien, en parte porque casi siempre ha estado organizada alrededor de sus propios intereses sectoriales, en oposición a los intereses de la clase obrera en su conjunto.

De modo que creo que en realidad hay más posibilidades de que la clase obrera en su conjunto establezca movimientos realmente transformadores si piensan en organizar a toda la ciudad, unir a todo el mundo, y empezar a preguntarse ¿cuáles son las estructuras de explotación que vemos a nuestro alrededor aquí, en la ciudad de Nueva York, ahora mismo? Y en consecuencia ¿cómo nos organizamos? Es entonces cuando eso se convierte en un gran problema para el capital. Si todos los trabajadores de distribución en la ciudad de Nueva York se pusieran en huelga mañana, ¿qué íbamos a hacer? El lugar se convertiría en un desastre. Pero, claro, los trabajadores están divididos y no actúan conjuntamente. Se necesita trabajar más esta cuestión: todavía hay mucho por hacer. Estamos viviendo en un entorno muy diferente al de hace unas pocas décadas, pero parte de la izquierda tradicional aún intenta imponer una estructura que en realidad es inapropiada para comprender lo que está pasando en la actualidad.

Por nuestra parte creo que hay trabajo por hacer para redefinir la clase obrera, las estructuras de explotación que nos rodean ahora mismo, las políticas de dicha explotación. ¿Se trata de desposesión? ¿Se trata de extracción de rentas? ¿Se trata de los bancos y de las finanzas, y de todo este tipo de cosas? Estas son cuestiones muy profundas, y creo que es un hecho claro que la mayoría de las grandes revueltas que han ocurrido durante los últimos 15 o 20 años han tenido una base urbana más que una base fabril. Obviamente hemos visto algunos movimientos rurales en diversas partes del mundo (el MST [Movimiento de los Sin Tierra] es muy activo en Brasil, por ejemplo) que siguen actuando con fuerza, pero muchas de las iniciativas han sido urbanas. Incluso en Egipto, ¿qué estamos viendo? Un levantamiento urbano en El Cairo.

¿Quién se ha unido a los chicos de clase media que empezaron todo esto? Bueno, fue gente de los barrios. ¿De qué se quejaban? Se quejaban del hecho de que algunas personas se estaban volviendo extremadamente ricas y los estaban dejando atrás. Y después, en un momento u otro, algunos miembros de la clase trabajadora se unieron a ellos. Esto es lo que ocurrió de repente en el parque Taksim Gezi.

En Baltimore existe una organización llamada United Workers, y se trata de una organización de derechos humanos, no de un sindicato. Se identifica a sí misma como una organización de derechos humanos porque pueden hacer mucho más desde el punto de vista político en tanto que organización de derechos humanos de lo que podrían hacer como sindicato, porque se tendrían que someter a la ley sindical, y esto resulta ahora mismo poco ventajoso para organizar a los trabajadores en lugares muy diversos. Y se organizan geográficamente: intentaron ocupar todo el puerto y lo rodearon y dijeron: «Queremos que esta área de aquí sea una zona de justicia social». Lo que equivalía a decir que queremos que todo el mundo empleado en esta zona tenga un salario mínimo, una

atención sanitaria adecuada, un salario mínimo vital, cuidados sanitarios normales y todo lo demás. En realidad, tienen una estrategia geográfica.

—Sí, parece que los movimientos sociales entienden este poder de la geografía.

—Sí. Aparentemente son mucho más territoriales que otros movimientos en épocas anteriores. Pero incluso, históricamente, si algún movimiento obrero fabril tuvo éxito, lo tuvo porque habían conseguido un apoyo increíble de las organizaciones vecinales. Una de las formas que la recuperación de las fábricas en Argentina adoptó para protegerse, fue la de convertir dichas fábricas en centros culturales, en centros vecinales; cuando regresa uno de los propietarios y reclama: «eh, ¡quiero que me la devolváis!», se presenta todo el vecindario y dice: «¡ni hablar!».

En *Rebel Cities* pretendí decir algo al respecto y también en relación con el valor de lo comunitario, aunque probablemente no llegué lo suficientemente lejos con este tema.

—A menudo muchos de estos movimientos sociales urbanos no tienen como meta tomar el poder: no confían en el Estado, o en las estructuras administrativas locales como un buen lugar para intervenir. En España hay algunos movimientos para los que la solidaridad y lo comunitario es un buen camino.

—Es legítimo que un montón de personas que toman las calles no quieran tomar el poder estatal y no se fíen del Estado, tienen buenas razones.

—Pero, por el otro lado, algunos de estos movimientos, supuestamente indignados, han accedido al gobierno de muchas ciudades españolas (incluso algunas de las más grandes). Parecen dos estrategias diferentes o quizá sean complementarias.

—Así conseguimos tener una alcaldesa radical en Barcelona y otra en Madrid. Pero ¿qué pueden hacer? ¿Cómo lo pueden hacer?

—Sí, *¿qué pueden hacer? Porque está claro que el poder que tienes, el poder de cambiar las cosas, es la lucha desde las calles. Puedes empezar a perderlo todo cuando estás al mando, cuando encabezas el ayuntamiento.*

—No necesariamente. La cuestión es qué se puede hacer. Si fuese Murray Bookchin diría que, en realidad, tomar el poder a nivel municipal está bien porque puedes empezar a reorganizar el poder local...

—*Desde abajo, sí, con la gente.*

—Sí, con la gente. No deberías ir más arriba. El poder nacional no es bueno. Quiero decir que no puedes ocupar el poder del Estado, pero puedes reconstruir las estructuras de gobernanza tomando los gobiernos locales. Por ejemplo, tanto Seattle como Los Ángeles han aprobado en la actualidad ordenanzas sobre salarios mínimos, y este tipo de cosas son bastante importantes. Creo que se podría hacer bastante en cuestión de viviendas asequibles y demás.

—*Esto también está conectado con la idea (suya y de Lefebvre) de que el único lugar desde el que se puede empezar a cambiar el sistema capitalista es luchar desde la ciudad. Pero, por supuesto, estamos limitados en nuestra capacidad, y hay un montón de fuerzas que intentan detener eso. Se trata de una contradicción muy interesante porque todos pensamos que la única manera de cambiar un sistema es partiendo de la ciudad, pero entonces resulta que es el lugar en el que es más difícil hacer nada.*

—Sí, la cuestión que estaba proponiendo es cómo organizas la ciudad cuando crees que la gente no sabe demasiado bien cómo hacerlo.

—A lo largo de la mayor parte de su trayectoria, su obra (teórica y empírica) se ha fundamentado, esencialmente, en el contexto geográfico de las áreas metropolitanas de América del Norte y Europa. ¿Cómo cree que se han recibido sus ideas en el llamado «sur global»? Y, como la otra cara de esta misma pregunta, ¿qué piensa sobre las contribuciones que se han realizado precisamente desde este sur global? Hay mucho que aprender de ese sur global...

—Bueno, básicamente estoy escribiendo sobre el capital, y la acumulación de capital, y en la medida en que la acumulación de capital se está produciendo en el sur global y en cualquier otro sitio, creo que lo que digo es potencialmente relevante sea donde sea y cualquiera que sea la acumulación de capital. Por supuesto, el marco institucional siempre es diferente según cada país, o incluso dentro de los Estados Unidos: Texas no es igual que California ni que la ciudad de Nueva York. Se trata de un mundo federalizado de diferencias geográficas y existen un montón de peculiaridades. Obviamente, como soy un geógrafo quiero hablar de estas singularidades, pero, a la vez, también me interesa analizar las similitudes.

Paso bastante tiempo en América Latina. Los brasileños, por ejemplo, con frecuencia se alegran de contarme cuan diferente es Brasil y, ciertamente, algunos de mis ideas vienen de allí. Pero después voy a otras partes y veo cosas similares: los mismos condominios, el mismo caos en los transportes, una enorme especulación inmobiliaria con viviendas, etc. Hace poco he estado en Ramallah, donde está teniendo lugar un boom de la construcción, edificándose viviendas que quedan vacías, como en Turquía...

Todo ello permite plantear las preguntas básicas acerca de por qué está ocurriendo esto y por qué el lugar principal de la acumulación de capital se encuentra ahora mismo en la construcción urbana. ¿Por qué el 50% del crecimiento de China desde 2007-08 se ha debido a la inversión en entornos cons-

truidos, y el 25 % de la misma es simplemente vivienda? ¿Y por qué la única manera de que pueda sostenerse la acumulación de capital es mediante la construcción de locuras como las urbanizaciones de los países del Golfo?

Existe, por ejemplo, un flujo constante de estudiantes que vienen desde Brasil para asistir a mis seminarios aquí en Nueva York. Creo que todos ellos son conscientes de la relevancia general de mis ideas, pero obviamente están preocupados por las estructuras institucionales específicas que existen en su país y por las situaciones que sufren sobre su propio terreno. En este sentido, creo que todos ellos utilizan de manera creativa todo lo que yo puedo decir sobre la dinámica de la acumulación de capital. Eso es lo que me gusta que haga la gente, tal y como yo mismo hice al interpretar, al menos parcialmente, lo que estaba ocurriendo en el París del Segundo Imperio al referirme a la teoría de la acumulación de capital en la crisis de 1848 que se acabó resolviendo, en parte, mediante la reconstrucción de París y la absorción del excedente de capital laboral. Cuando entonces te fijas en la crisis fiscal de Nueva York de 1975 puedes afirmar que en realidad aquí hay algunos paralelismos que se extienden a lo largo de un centenar de años.

En la India, por ejemplo, muchas personas usan el concepto de acumulación por desposesión porque es relevante para lo que está ocurriendo allí: en términos de la insurgencia maoísta y todo lo que ella implica, el concepto «está vivo». No pretendo que el marco teórico marxista que propongo sea considerado como una especie de teoría universal, pero sí que sea algo útil, algo que le sirva a la gente para interpretar su entorno más inmediato, ya sea el mercado inmobiliario de São Paulo de Santiago de Chile o de cualquier otro sitio.

Ahora mismo, el *apartheid de facto* que está sufriendo Palestina está marcando su realidad de una manera muy específica. Evidentemente me interesa analizar cómo se está produciendo dicha situación porque me preocupa, pero al mismo

tiempo me resulta fascinante ver que, aun en la situación específica de una Palestina rodeada de altos muros, la dinámica de la acumulación de capital sigue adelante con sus circuitos hasta el punto de saltarse dichos muros, que no impiden especular con el valor del terreno y de las propiedades.

Obviamente, hay temas con los que no estoy familiarizado y que me son difíciles de comprender. Hay gente que me dice «No sabes nada del movimiento indígena, así que ¿qué estás haciendo en Ecuador?», y mi respuesta es que no conozco lo suficiente para ser capaz de escribir en serio sobre lo que está ocurriendo en relación con este movimiento y por ello confío en lo que estén haciendo otras personas. Espero poder aprender de otras personas sobre esto, es lo que debería ocurrir en discusión y en diálogo.

— *Ser sensible con esto es importante y no es muy habitual en muchos académicos del norte...*

—Creo que muchas de mis ideas se usan ampliamente en Sudáfrica, en Brasil, Argentina, la India... Recibo invitaciones para dar conferencias en todo el mundo, hay multitudes que acuden a escucharme. En Fortaleza (Brasil) estuve en un gran estadio hablando ante unas 3.500 personas. Creo que eso está bien, pero me gustaría tener la esperanza que en lugar de gente diciendo «¿qué sentido tiene escuchar a Harvey si no conoce cosas concretas de nuestras circunstancias locales?» haya más personas pensando que hay algo útil que podemos aprender y utilizar en términos de nuestro propio análisis.

— *Sus audiencias son multitudinarias y sus lectores se cuentan por miles, pero ¿existe una «escuela Harvey»? Neil Smith, Erik Swyngedouw... están entre sus seguidores más directos, pero ¿quién más incluiría entre sus discípulos?*

—No creo que haya una *Harvey School*, realmente no. Si existe, no la conozco y, en cualquier caso, no me gustaría te-

nerla. Las personas que han sido mis alumnos normalmente salen por ahí y hacen sus propias cosas.

Lo que he intentado hacer con *Companion to Marx's Capital* y con los demás libros, con las conferencias, era abrir una puerta y después que la gente pudiese pasar por ella y salir y hacer lo que quisiera con el espacio que se abre al otro lado. Por eso, en realidad no quiero que se me asocie con la idea de que tengo una «escuela» ni que formo parte del sistema académico en el sentido tradicional: intento apartarme de los marcos cerrados y solo pretendo abrir puertas.

—*Ser capaz de inspirar, de ayudar a la gente en lugar de crear y reclutar seguidores...*

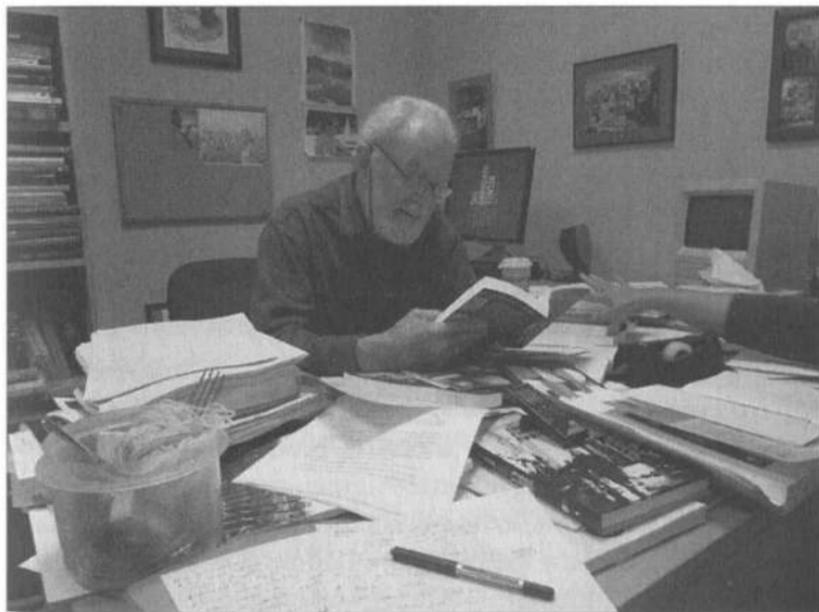
—Sí. Tienen que ir a la suya, deben recorrer su propio camino y creo que eso está perfectamente bien. No espero que nadie se tome mi visión particular de Marx como «la» respuesta. Solo los introduzco en ella y ellos descubren lo que quieren. Sí, creo que me gusta esa idea.

—*Y, viceversa, ¿qué personas (además de Karl Marx) han influido en usted? ¿Qué libros (además de El Capital) resultaron cruciales en algún momento de su carrera?*

—Cuando me instalé en Baltimore por primera vez fue muy chocante para mí: me estaba mudando al país más rico del mundo, de largo en aquella época, y me tuve que enfrentar a condiciones urbanas que eran muy sorprendentes. En Gran Bretaña habíamos tenido nuestros suburbios, pero nada como aquello, a lo que había que añadir la discriminación racial. Fue una verdadera conmoción ver paisajes urbanos asolados, más de 40.000 viviendas abandonadas y personas viviendo en sitios infestados por las ratas (literalmente: una vez entré en casa de alguien y las ratas corrían por todas partes). Pero por supuesto existe esa historia divertida sobre la actitud de los británicos, en especial cuando se mudan a los Estados Unidos: o se mue-

ven demasiado a la izquierda o demasiado a la derecha. Yo me fui muy a la izquierda. Algunos de mis colegas se fueron muy a la derecha.

El grupo de personas con las que estuve inicialmente en Baltimore fue importante para mí. Por aquel entonces, compramos y arreglamos un edificio abandonado que había sido una biblioteca y lo convertimos en un centro de acción progresista que contenía salas para reuniones y una biblioteca con revistas de izquierdas. Nuestro colectivo era reducido pero muy unido y muy implicado en el activismo político local: nos solíamos reunir allí como mínimo una vez al mes. Espero escribir alguna cosa pronto acerca de este centro.



Harvey en su despacho de la CUNY durante la entrevista, consultando el volumen de la colección «Espacios Críticos» dedicado a Neil Smith (octubre de 2015). Foto: Abel Albet.

Estaba Nancy Hartsock, y también Donna Haraway participó durante un cierto tiempo; Chapello estuvo en las fases iniciales. Tanto Nancy como yo estábamos fascinados con el libro de Bertell Ollman sobre la alienación, que es una interpretación relacional de la dialéctica de Marx. Bertell, que después escribiría algunos libros sobre la dialéctica, fue muy importante para mí. Yo leí *El Capital* con este grupo de Baltimore y junto a algunos estudiantes. Dick Walker, por ejemplo, era uno de ellos. Y, por supuesto, estaba Neil Smith. Creo que llegó hacia 1978 o así. Yo sigo guardando los diarios que Neil escribió a su llegada a los Estados Unidos, cuando vino a Filadelfia, sobre su viaje iniciático por América del Norte. En ellos Neil confiesa que, en realidad, no se siente nada impresionado con *Social Justice and the City* sino que está fascinado por Jane Jacobs.

Cuando llegué a los Estados Unidos hubo un período en el que para mí fue importante Doreen Massey y el grupo del que formaba parte, el New Research Centre. Después, por supuesto, vino la «conexión Clark» con Jim Blaut, Dick Peet, Ben Wisner y David Stain: supuso la formación del Grupo de Estudios Socialistas en la *Association of American Geographers* Y Bill Bunge, por supuesto.

—¿Cuál fue el papel que jugó Bill Bunge en aquel momento? No era un académico muy convencional...

—Lo conocí en 1968, antes de mudarme a los Estados Unidos, y fue muy interesante. Alguien me dio su número de teléfono, fui a Detroit, lo llamé, acudió inmediatamente a la estación de autobuses y me recogió. Habló conmigo durante tres días ininterrumpidamente. Me mostró sobre el terreno todo lo que estaba ocurriendo en Detroit, justo tras producirse el gran levantamiento de 1967. Tenía mucha relación con ciertas personas de la comunidad afroamericana y por aquel entonces estaba empezando su trabajo de «exploración geográfica»

con muchas ideas fascinantes. A través de los datos del censo sobre mortalidad infantil reflejaba la inmensa desigualdad interna de Detroit; decía: «fíjate: estos datos son el equivalente de Guatemala y estos otros de Suecia». Recuerdo que tenía un montón de propuestas innovadoras, así como nuevos métodos de investigación. Un ejemplo: descubría una parcela vacía en algún lugar, tomaba tres yardas cuadradas y medía la cantidad de cristales rotos que podía encontrar, y repetía el ejercicio en diferentes zonas; por supuesto en las áreas burguesas no había cristales rotos, ni en el centro de la ciudad... y entonces decía: «bueno, ¿sabes?, cuando los niños juegan con esto se pueden producir cortes muy serios...». Tenía formas innovadoras e impresionantes de comprender la ciudad y aprendí mucho de él. Además, ¡era muy buen pianista de jazz!

Bill Bunge podía ser hipercrítico con cualquiera e incluso llegar a cierta paranoia si te veía como su enemigo o algo así, de manera que podía llegar a hacer algunas cosas bastante locas. Para él estaba claro que no se podía escribir nada «desde fuera»: para explicar lo que estaba ocurriendo en un lugar, teníamos la obligación de intentar comprenderlo desde dentro y que si se iba explicar algo que implicaba a alguien, como era el caso de la comunidad afroamericana, tenías que hacerlo de manera que fuera aceptable para dicha comunidad, sin un juicio configurado desde el «exterior». Esta postura general moral fue algo que a mí me resultó ejemplar y que yo quería, hasta cierto punto, emular; fue un rasgo muy influyente para muchas personas.

Por supuesto las expediciones geográficas se formaban alrededor de dicha filosofía. Él solía decir: «¿Sabes?, no puedes bajar a esta parte de la ciudad y mirar a la gente como si fueran animales en un zoo. Debes comunicarte con ellos a nivel de igualdad y darte cuenta de que tienes mucho que aprender y que ellos te pueden enseñar tanto como tú les puedes enseñar a ellos».

—*Aquella investigación participativa, la manera en que realizaban esos mapas sorprendentes, tan poderosos, tan comunicativos... todo ello ahora parece una especie de trabajo perdido, o al menos olvidado hasta hace poco: ¿existe alguna clave para entender por qué se perdió todo esto a principios de la década de 1970?*

—Supongo que una parte fue porque era duro hacer eso y, a la vez, mantener cierta legitimidad académica. Quiero decir que las expediciones geográficas se establecieron en diversos lugares (hubo una en Vancouver que duró bastante tiempo) pero muchas de las personas implicadas en dichas expediciones, si tenían puestos académicos, los perdieron. Y si no tenían puestos académicos, no los iban a conseguir precisamente debido a ese tipo de activismo. Así que creo que con las expediciones geográficas era muy difícil hacer este tipo de trabajo y a la vez conseguir un puesto en una universidad.

Además, la tendencia mayoritaria en la geografía radical probablemente se alejaba de hacer ese tipo de cosas. Es posible que yo tenga una parte de la culpa de esto. Yo creía que era necesario desarrollar un cuerpo teórico y desarrollar un bagaje de textos escritos. Personalmente me preocupaba la existencia de una cierta legitimidad para el análisis radical y ¿cómo se iba a construir esta legitimidad? Bueno, en mi opinión, no se iba a construir a través de un trabajo de expedición geográfica. Y les decía a mis estudiantes que esperaba que fueran académicamente activos en todo tipo de formas, pero que si al final del día se planteaban cualquier duda acerca de lo que estaban haciendo, yo les decía que al menos pudiesen presentarse ante la gente con algunos trabajos académicos que fueran potentes y respetables. Ello plantea una cuestión de temperamento, porque algunas personas no quieren hacer esto. Tuve estudiantes de licenciatura que no consiguieron graduarse porque no querían enterrarse en el mundo académico; de hecho, creo que

algunos se fueron de la universidad porque no querían participar en ese juego. Por ejemplo, uno de los chicos que tenía un empleo en Syracuse University, Bob Colenutt, se fue y se convirtió en un activista en Londres, que era lo que quería hacer y creo que era bueno en ello. Nunca le dije a nadie que había fracasado ni nada por el estilo, porque no todo el mundo tiene el temperamento para gestionar todas las tonterías que implica la academia.

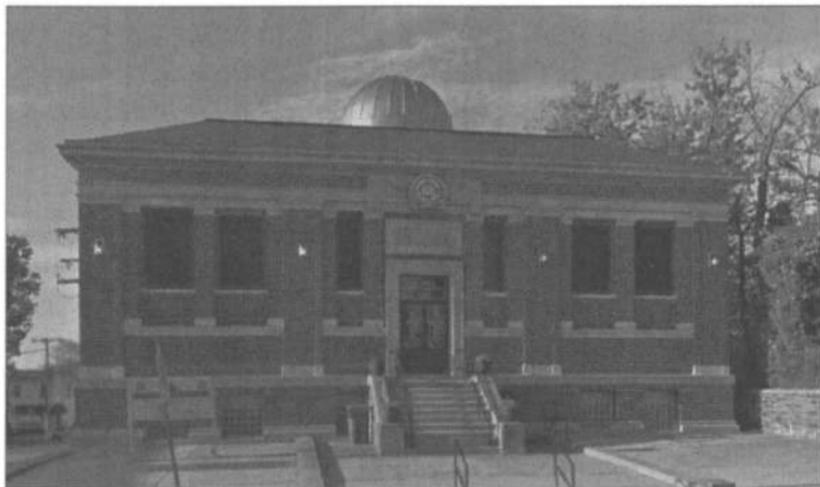
— *En el fondo se trata de la difícil relación entre comprador - activista y trabajo académico. Usted ha afirmado que no es un activista. ¿Qué piensa de esa tensión entre activismo y academia?*

— Puedo dar una respuesta bastante corta sobre esto. Creo que, como académico, debo ser un activista dentro de la academia. Antes solía tener esta discusión con Neil. Él se rindió al cabo de poco tiempo, pero yo solía decir que básicamente uno de mis papeles (parte de mi práctica política) debe ser intentar crear y mantener un espacio abierto en la academia donde se pueda desarrollar el trabajo radical que me preocupa a mí y a otros como yo, para que se pueda respetar ese trabajo, al menos hasta cierto punto.

Pretender no involucrarte en el activismo es, en sí mismo, un gran malentendido de lo que es la academia. Francamente, durante los últimos diez o quince años, este activismo se ha convertido en una acción de resistencia, porque todo en la academia está conspirando para cerrar estos espacios. Mantener estos espacios libres y abiertos ya es, en sí mismo, creo, un papel muy importante, e implica luchar por cosas y asegurar cosas, intentando crear posibilidades para los estudiantes. Creo que esto es ser activista, o al menos es un aspecto del activismo.

En segundo lugar, no soy un activista en el sentido de que salga ahí fuera y me organice en las calles, etc. No soy así, pero las personas que están organizándose en las calles con frecuen-

cia aparecen y me dicen si puedo ayudar. Y generalmente intento ayudar, si puedo. A veces eso implica que debo salir a la calle, como lo hice en Baltimore en la década de 1970 durante la campaña de control de alquileres o la lucha por el salario vital y en otras muchas luchas en las que me he implicado.



Edificio que fue sede del Progressive Action Center (PAC) en el 1443 de la Gorsuch Avenue de Baltimore. En 1982, Harvey y un grupo de activistas integrados en el Research Associates Foundation (RAF) reconvirtieron esta biblioteca abandonada en un centro cívico que, además de llegar a contener un considerable fondo de revistas y documentación crítica, servía de catalizador para muy diversos activismos. Se mantuvo activo hasta 2010 si bien la RAF prosigue sus actividades [<http://rafbaltimore.org/about/>].

Foto: extraída de Google Maps Street View.

Antes he mencionado aquel centro de acción progresista de Baltimore cuyo edificio, por cierto, vendimos hace poco: ahora es una fundación que ofrece pequeñas ayudas a activistas políticos en la región de Baltimore. Este centro estaba situado fuera del campus lo que causaba cierta incomodidad a algunos estudiantes, pero lo convertimos en biblioteca y en un lugar donde todas las organizaciones comunitarias de la izquierda

tenían un espacio accesible y asequible. En los años 1980 albergamos a los Comités de Solidaridad con América Latina, a los Socialistas Democráticos, a varios grupos políticos incluyendo movimientos ecologistas y organizamos redes solidarias con huelguistas y de apoyo a múltiples iniciativas. Celebramos un montón de actividades educativas para la comunidad local invitando a conferenciantes, líderes sindicales y comunitarios, etc. Yo mismo impartí allí clases sobre *El Capital* abiertas a quien quisiera asistir.

O aquí mismo, en el Centre for Place, Culture and Politics de CUNY. En la etapa en que Neil Smith lo dirigió, quería mantenerlo accesible al mayor número de personas y cuando posteriormente yo asumí el cargo intenté continuar atrayendo tanta gente como fuera posible desde las organizaciones comunitarias y activistas (y ahora Ruthie Gilmore sigue con esa misma línea en términos de programación de actividades). Algunos activistas dicen que aquí se sienten totalmente en casa, que pueden venir aquí y sentarse con nosotros, traer a gente, debatir... creo que hemos conseguido derribar lo que a veces parece una gran barrera entre «ellos» y «nosotros», entre activistas y académicos.

—*Pero ya sea en persona o como inspirador, usted está presente en muchos activismos...*

—De alguna manera me arrastran al exterior y me sacan a la calle para convertirme en «otro cuerpo más en la calle». Siempre disfruto con ello, pero ahora mismo, por supuesto, mi activismo es mayoritariamente académico. Me dedico a difundir una especie de evangelio, viajando alrededor del mundo dando conferencias. En los últimos años he pasado largas temporadas en Ecuador. Están interesados en crear una economía del conocimiento y pensé que valía la pena que yo estuviese allí para ver qué podía hacer para ayudarles en eso. No tengo muy claro que pueda funcionar, pero intentaré

contribuir todo lo que pueda. En mi estancia en Ecuador no recibo ninguna compensación económica y lo mismo ocurre en la mayoría de las charlas que imparto. Los únicos lugares en los que pido que me paguen un montón de dinero es si voy a Princeton o Columbia o Harvard o algún sitio así: no voy allí a menos que me paguen algo de dinero, pero a otros lugares voy cuando puedo y a cambio de nada. Creo que la teoría de mis libros y el activismo de mis charlas no son, eso espero, antagónicos entre ellos. Me gustaría pensar que algunos de mis escritos son útiles. Lo interesante de este tipo de cosas es que nunca sabes quién lo recoge y a quién influye, por qué y dónde.

En cualquier caso, siempre tengo presente lo que Giovanni Arrighi (que ejerció una notable influencia en mí en los años posteriores a mi llegada a Baltimore) decía al respecto: «Nunca iré a una organización para decirles lo que tienen que hacer». Y yo, como Giovanni, asumo que cuando desde cualquier organización o grupo político me dicen «Bueno, tenemos este problema. ¿Qué hacemos con él?» yo siempre contesto que ellos conocen su situación mucho, mucho mejor que yo y que tienen una idea mucho más clara de lo que quieren hacer y cómo quieren hacerlo de la que pueda yo tener. Así que no tiene sentido que intente aconsejar en nada. Otra cosa es si ellos quieren conocer cuál es su contexto, cómo se relaciona lo que están haciendo con cuestiones más amplias como, por ejemplo, lo que está ocurriendo con la economía en general o lo que está sucediendo en otros lugares: ahí sí que probablemente les pueda ayudar. Y si quieren reflexionar sobre lo que están haciendo en relación con estas cuestiones más amplias, entonces estaré encantado de sentarme y hablar con ellos, ya que se convierte en una experiencia de aprendizaje mutuo. A veces te remites a una experiencia en, por ejemplo, la India y de repente encuentras a alguien intentando hacer algo un poco parecido en São Paulo y dices: «Bueno, ellos hicieron esto y

¿habéis pensado en esto?». Así que a veces también puedes conectar cosas.

Debo reconocer que yo he conseguido un montón de buenas ideas haciendo eso mismo. Así que no se trata de que yo vaya y diga algo así como: «Oh, solo lo hago como una especie de favor para vosotros». No: se trata de un favor para mí, que consigo ideas mejores a través de la conversación, porque ahí fuera hay muchísimas ideas fértiles. Algunas parecen un poco incoherentes, pero cuando empiezas a reflexionar sobre ellas pueden ser muy sugerentes.

— *Muchos movimientos sociales y urbanos usan sus ideas para crear un cuerpo de pensamiento...*

— No puedo olvidar a aquel sociólogo hablando sobre la revuelta de 2013 en el Parque Taksim Gezi de Estambul cuando decía: «Bueno, por supuesto, en el inicio de la revuelta una de las personas más influyentes fue David Harvey». Y yo pensé: «Oh, Dios mío». En el primer aniversario de la revuelta apareció un artículo en un periódico turco de derechas alertando sobre el peligro de los agitadores extranjeros y publicaron una gran imagen mía presentándome como uno de estos agitadores y advirtiendo que era muy probable que yo entrase en el país. El artículo citaba un texto mío en el que yo afirmaba: «Al final, son los cuerpos en la calle lo que marcan realmente una diferencia política». Y así me presentaron: como un agitador extranjero que estaba animando a la gente a salir a las calles a protestar. Todo el mundo me preguntaba: «Pero ¿qué has hecho?». Y yo pensé: «¡Dios mío! La próxima vez que vaya a Turquía, probablemente me perseguirán y me pegarán un tiro en una esquina».

— *Las revueltas populares, las «primaveras» revolucionarias, los indignados... ¿habrán servido de algo?*

— Resulta interesante que incluso movimientos relativamente pequeños y bastante inocentes, como *Occupy*, provo-

casen una reacción tan militarizada y casi instantánea. En un par de ocasiones me he encontrado con gente de Wall Street a quienes he planteado este tipo de cuestiones, y la respuesta que he obtenido de algunos de ellos, es que la mayoría sabe que puede acabar en la cárcel... de manera que están aterrorizados por *Occupy*. Saben que si la retórica de *Occupy* se hubiese vuelto realmente fuerte y si Obama se hubiese sentido efectivamente presionado por ella, tendría que suceder lo que Ben Bernanke ha dicho ahora en su libro que se debería haber hecho: que algunas personas, dirigentes de bancos, de Wall Street, deberían haber ido a la cárcel. El único país que ha metido a los banqueros en la cárcel es Islandia, y en la actualidad es el único país que ha salido de ello con gran rapidez.

Creo que, por un lado, los financieros saben lo que han hecho, saben perfectamente que es fácil que acaben en la cárcel durante quince años. Y por eso cuando apareció *Occupy*, sacó a la luz determinados temas y planteó ciertas preguntas que, realmente, les aterrorizaban. Esencialmente temían dos cosas: que Obama fuese reelegido (lo que, por supuesto, ocurrió) y que *Occupy* dictase los términos de la discusión y el debate.

Esto segundo también ocurrió... hasta cierto punto. Ahora todo el mundo sabe lo que significa el 1 %, todo el mundo sabe y todo el mundo tiene alguna idea de que hay algo malo en ese 1 %. Al final el movimiento *Occupy* derivó, pero si realmente se hubiese convertido en un frente político y Obama hubiese sido reelegido en base al fuerte oleaje de dicho movimiento político, probablemente no habría habido opción. Excepto si el Ministerio de Justicia enviaba a algunos de esos banqueros a la cárcel. Acudieron a Bloomberg, que es uno de sus amigos, y Bloomberg le dijo a la policía: «Apresad a esa gente». Y eso es lo que ocurrió, tal y como sucedió por todo el mundo, incluso con movimientos de protesta relativamente pequeños (como fue el caso de la revuelta en el parque Taksim Gezi). Un

movimiento de protesta relativamente pequeño se convierte de repente en un movimiento de masas debido a una reacción desmesurada de una clase dirigente muy atemorizada.

Creo que están muy atemorizados porque saben que son muy pocos. Saben que la masa del pueblo podría fácilmente rebelarse, de modo que tienen que evitar que la masa del pueblo se mueva.

— *¿Está diciendo que es posible hacer la revolución?*

— Sí. Pero, por supuesto, los ricos están controlando todo el proceso político, están comprando a los políticos, están controlando los medios... así que es muy difícil. Han corrompido las universidades con bastante efectividad, aunque no en su totalidad, pero han hecho un buen trabajo al donar enormes cantidades de dinero a las universidades siempre que estas impartan las enseñanzas adecuadas. Así vamos. Y, al mismo tiempo, han creado un estilo de vida en el que todo el mundo está tan ocupado que no tiene tiempo. Y creo que, por ejemplo, desde que estoy en esta universidad, la cantidad de papeles burocráticos que hay que rellenar... ¿saben el propósito que tiene?

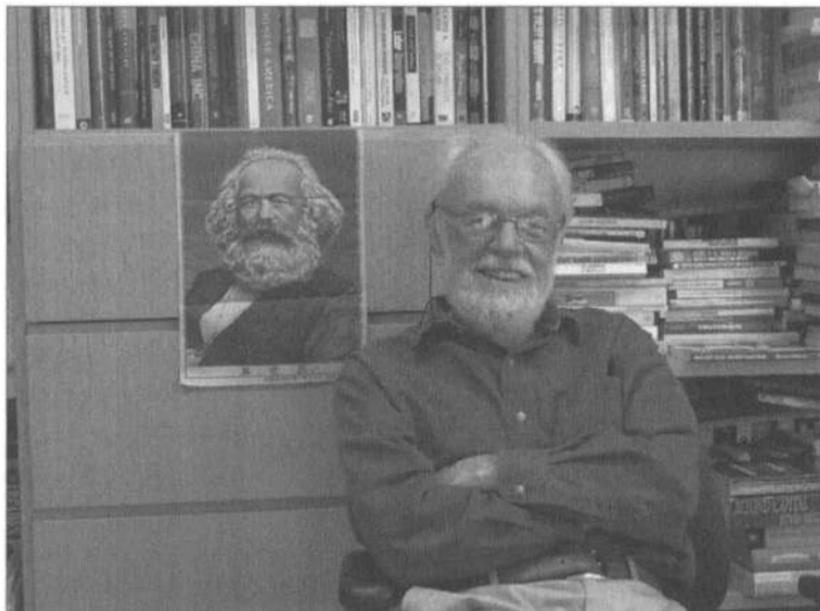
— *Mantenernos sin pensar, ocupados en cosas estúpidas.*

— Desde luego. Y que nos enfademos con problemas que, en realidad, son temas muy muy menores en el gran esquema de las cosas, pero que afectan a nuestra vida. Creo que se trata de un truco muy viejo: Andrew Goetz ha dicho algo realmente interesante sobre que el tiempo libre es una de las cosas más preciosas que se pueden crear. Pero incluso con todas esas innovaciones tecnológicas que supuestamente nos ahorran tiempo, cuando hablas con la gente y le preguntas si ahora tiene más tiempo libre, la respuesta es, sistemáticamente, que no.

También nos tenemos que echar un poco la culpa porque nosotros también hacemos estupideces, como pasarnos horas

sentados buscando en Internet, cuando en realidad deberíamos estar haciendo otras cosas.

— *Muchas gracias. ¿Podemos tomarle una foto con ese colega inspirador?*



Harvey en su despacho de la CUNY durante la entrevista (octubre de 2015).
Foto: Abel Albet.

DEL ESPACIO AL LUGAR Y VICEVERSA: REFLEXIONES SOBRE LA CONDICIÓN DE LA POSTMODERNIDAD*

David Harvey

*Counting the cars on the New Jersey Turnpike
They've all gone to look for America
All gone to look for America
Simon y Garfunkel*

Introducción

En las conclusiones de *The Condition of Postmodernity* (Harvey, 1989: 355) propuse cuatro áreas de trabajo para superar la supuesta crisis del materialismo histórico y del marxismo. Eran estas:

1. El tratamiento de la diferencia y de la «alteridad» no como algo que se deba añadir a otras categorías marxistas más fundamentales (como clase y fuerzas productivas) sino como algo que debe ser omnipresente desde el mismo inicio en cualquier intento de comprender la dialéctica del cambio social.

* Traducido por Núria Benach del original inglés: «From space to place and back again: reflections on the conditions of postmodernity», en: Jon Bird, Barry Curtis, Tim Putnam, George Robertson y Lisa Tickner (eds.). *Mapping the Futures: Local Cultures, Global Change*. Londres: Routledge, 1993; pp. 3-29.

2. Un reconocimiento de que la producción de imágenes y discursos es una faceta importante de la actividad, que se debe analizar como parte de la reproducción y la transformación de cualquier orden social.
3. Un reconocimiento de que las dimensiones del espacio y el tiempo importan y de que existen geografías reales de acción social, así como territorios metafóricos y espacios de poder, que son los lugares de las innumerables diferencias que hay que comprender, tanto por sí mismas como dentro de la lógica global del desarrollo capitalista. En resumen, que el materialismo histórico debe tomarse en serio su geografía.
4. Un reconocimiento teórico y práctico de que el materialismo histórico-geográfico es un modo de investigación abierto y dialéctico, más que un cuerpo de conocimientos cerrado y fijo. La teoría de Marx de un modo de producción capitalista, por ejemplo, no es la afirmación de una verdad absoluta sino un intento de comprender las verdades históricas y geográficas que caracterizan el capitalismo, tanto en general como en sus fases y formas particulares.

Este es el espíritu con el que vuelvo a uno de los temas esbozados en *The Condition of Postmodernity*; intentaré clarificar y profundizar en su importancia para la argumentación general. Quiero examinar con mayor detalle las relaciones cambiantes entre el espacio y el lugar, y explicar, en particular, cómo es posible que la elaboración de identidades ligadas al lugar sea cada vez más importante en un mundo en el que disminuyen las barreras espaciales para el intercambio, el movimiento y la comunicación.

El problema del lugar

Me temo que un punto inicial de clarificación no aclare demasiado. Existen todo tipo de palabras como *medio*, *localidad*,

localización, local, barrio, región, territorio, etc. que se refieren a las cualidades genéricas del lugar. Existen otros términos como *ciudad, aldea, pueblo, megalópolis y Estado*, que designan tipos particulares de lugares. Hay aún otros más, como *casa, hogar, terruño, comunidad, nación y paisaje*, que tienen unas connotaciones tan fuertes con el lugar que resultaría muy difícil hablar de uno sin el otro. *Lugar* también tiene una variedad extraordinaria de significados metafóricos. Hablamos del lugar del arte en la vida social, del lugar de las mujeres en la sociedad, de nuestro lugar en el cosmos, e internalizamos psicológicamente dichas nociones, en términos de conocer nuestro lugar o sintiendo que tenemos un lugar en los afectos o la estima de los demás. Expresamos normas al colocar a personas, acontecimientos y cosas en el lugar adecuado e intentamos subvertir las normas luchando por definir un lugar nuevo desde el que puedan hablar libremente los oprimidos. *Lugar* debe ser una de las palabras con más niveles de significado y más intenciones diferentes de nuestra lengua.

Aunque esta inmensa confusión de significados inmediatamente convierte en sospechosa cualquier definición teórica del concepto de lugar, yo contemplo la generalidad, la ambigüedad y las múltiples capas de significado como una ventaja. Quizá esto sugiera una unidad subyacente que, si la enfocamos de manera adecuada, revele mucho sobre las prácticas sociales, políticas y espaciales, y la interrelación entre ellas. Por ello, aunque me concentraré principalmente en la territorialidad del lugar, la misma amplitud del término me permitirá explorar conexiones con otros significados. Sugeriré, por ejemplo, que aunque el colapso de las barreras espaciales ha socavado antiguas definiciones materiales y territoriales del lugar, el mismo hecho de dicho colapso (la amenaza de la «compresión tiempo-espacio», como lo llamé en *The Condition of Postmodernity*) ha puesto un énfasis renovado en la cuestión de los significados metafóricos y psicológicos que, a su vez, han dado lugar a

nuevas definiciones materiales del lugar por medio de un comportamiento territorial excluyente. Exploraciones de este tipo deberían ayudar a clarificar el espinoso problema de la «alteridad» y la «diferencia» (al que se concede tanta importancia en la retórica postmoderna) porque la identidad territorial basada en un lugar, en especial cuando se conjuga con diferenciaciones de raza, etnia, género, religión y clase, es una de las bases más importantes, tanto para la movilización política progresista como para las políticas reaccionarias excluyentes.

Hay también una lección teórica a extraer de dicha investigación. Permite reflexionar sobre la cuestión de cómo sostener y elaborar una teoría general frente a la particularidad y la diferencia. En este sentido, resulta interesante la experiencia de los geógrafos y las geógrafas. Mientras que el resto de las ciencias sociales se ocupaban de teorías generales centradas en el tiempo, los geógrafos trataban las especificidades del lugar. Es más, la incorporación del espacio a la teoría social actual, del tipo que sea, siempre ha parecido cuestionar su poder. Las innumerables contingencias, especificidades y «alteridades» con las que se encuentran los geógrafos y las geógrafas pueden ser (y con frecuencia lo son) consideradas por su parte como una debilidad fundamental (me atrevería a decir «deconstrucción») de toda forma de metateoría científica social. No resulta difícil detectar la principal fuente de esta dificultad. Ninguno de nosotros puede elegir nuestro momento en el tiempo y, al ser determinante, el tiempo resulta más accesible para las teorías de la determinación. Pero disponemos de una serie de posibilidades por lo que se refiere a localización, y dichas opciones son importantes porque la fijeza potencial de la configuración espacial (un edificio, una ciudad) permite que dicha opción tenga el efecto aparente de congelar el tiempo (aunque solo sea durante un instante). El efecto consiste en fragmentar y romper los procesos del cambio temporal, que se pueden concretar con más facilidad. Este

tipo de argumentos han entrado recientemente en la teoría literaria. Kristin Ross (1988), por ejemplo, sigue a Feuerbach al sugerir que «el tiempo es la categoría privilegiada de los dialécticos, porque excluye y subordina allí donde el espacio tolera y coordina». La inferencia, por supuesto, es que la geografía no está abierta a la teoría universal y es el dominio de la especificidad y la particularidad. No obstante, mi propio punto de vista es que, aunque se ha puesto demasiado énfasis en lo universal a expensas de la comprensión de la particularidad, no tiene ningún sentido decantarse ciegamente hacia la otra dirección para penetrar en ese opaco mundo de diferencias supuestamente inconmensurables en el que geógrafos y geógrafas se han debatido durante tanto tiempo. El problema consiste en reescribir la metateoría, en especificar los procesos dialécticos específicos en el tiempo-espacio en lugar de abandonar todo el proyecto. En este sentido debería ser útil un análisis del papel del lugar en la vida social.

El primer paso consiste en insistir en que el lugar, sea cual sea su aspecto, al igual que el espacio y el tiempo (véase Harvey, 1990), es un constructo social. La única cuestión interesante que se puede plantear aquí es: ¿mediante qué proceso(s) social(es) se construye el lugar? Intentaré penetrar en este problema considerando dos respuestas bastante diferentes y después integrándolas para sugerir una resolución conceptual del problema.

La economía política del lugar y su construcción bajo el capitalismo

Empiezo con una consideración sobre la trayectoria histórica de la expansión geográfica del capitalismo a través de la construcción de los lugares propiamente dichos. Como ya he escrito extensamente sobre este tema (Harvey, 1982; 1985), aquí ofreceré un breve resumen.

El capitalismo está necesariamente orientado al crecimiento, es tecnológicamente dinámico y tiende a las crisis. Temporalmente puede en parte superar las crisis de sobreacumulación de capital (capacidad productiva ociosa más fuerza de trabajo desempleada) a través de la expansión geográfica. Hay dos aspectos en este proceso. El primero es que el exceso de capital se puede exportar de un lugar (región, nación) para construir otro lugar dentro de un marco existente de relaciones espaciales (por ejemplo, la historia reciente de la inversión japonesa de excedentes de capital en el desarrollo inmobiliario de otros países). El segundo es que las relaciones espaciales se pueden revolucionar a través de cambios tecnológicos y organizativos que «aniquilan el espacio a través del tiempo». Dichas revoluciones (el impacto de las autopistas, los canales, el ferrocarril, los automóviles, la contenerización, el transporte aéreo y las comunicaciones) alteran el carácter de los lugares (aunque solo sea en la relación entre ellos) y por ello interactúan con las actividades de construcción de lugares.

En ambos casos surgen nuevas redes de lugares (constituidos como capital fijo incrustado en el territorio) alrededor de los cuales se forman nuevas divisiones territoriales del trabajo y concentraciones de personas y de fuerza de trabajo, nuevas actividades de extracción de recursos y mercados. El paisaje geográfico resultante no está solo desigualmente desarrollado, sino que está fuertemente diferenciado. La «diferencia» y la «alteridad» se *producen* en el espacio a través de la simple lógica de la inversión desigual de capital y la proliferación de la división geográfica del trabajo. Hay tensiones en este proceso. Para empezar, es necesariamente especulativo (como todas las formas de desarrollo capitalista). Las empresas de construcción de lugares con frecuencia van mal o se ven inmersas en fraudes especulativos. Charles Dickens utilizó la historia de un mítico Nuevo Edén en *Martin Chuzzlewit* como denuncia humorística de un proceso que continúa hasta la actualidad,

como sucede con los jubilados que se dirigen al lugar de su jubilación en la soleada Florida y descubren que se encuentra en medio de un pantano. Thorstein Veblen (1967) planteó, y creo que básicamente estaba en lo cierto, que todo el modelo de poblamiento de los Estados Unidos debería contemplarse como una enorme empresa de especulación inmobiliaria. Decir, por tanto, que la construcción de lugares es una condición en la lógica de la producción de espacio del capitalismo no significa que el patrón geográfico esté determinado de antemano. En gran medida es una solución *a posteriori* a través de la competencia entre lugares.

La segunda dificultad surge de la tensión inevitable entre la inversión especulativa en el desarrollo inmobiliario y la movilidad geográfica de otras formas de capital. Los que han invertido en la primera deben asegurarse de que surjan actividades que hagan que sus inversiones sean rentables. Con este propósito, las coaliciones de empresarios intentan crear actividades en estos lugares. De aquí la importancia de la política de «máquinas de crecimiento» locales del tipo que describen Logan y Molotch (1987) y de las alianzas de clase locales para promocionar el desarrollo económico en los lugares. La «red de contactos sociales» que tiene lugar en y a través de los lugares para procurar ventajas económicas puede ser extremadamente intrincada, pero al final siempre se puede encontrar algún tipo de coalición, por muy cambiante que sea. Pero dichas coaliciones no pueden tener siempre éxito. La competición entre lugares genera ganadores y perdedores. Las diferencias entre lugares hasta cierto punto se convierten en antagónicas.

No obstante, la tensión entre fijeza y movilidad estalla en crisis generalizadas cuando el paisaje formado en relación con cierta fase de desarrollo (capitalista o precapitalista) se convierte en una barrera para continuar con la acumulación. Entonces se tiene que remodelar el paisaje gracias a nuevos sistemas de transporte y comunicaciones, y de infraestructuras físicas,

nuevos centros y estilos de producción y consumo, nuevas aglomeraciones de fuerza laboral y de infraestructuras sociales modificadas (incluyendo, por ejemplo, sistemas de gobierno y de regulación de los lugares). Los lugares viejos tienen que devaluarse, destruirse y volver a desarrollarse al tiempo que se crean lugares nuevos. La ciudad histórica se convierte en un centro histórico; la comunidad minera se transforma en un pueblo fantasma; el viejo centro industrial se desindustrializa; el crecimiento especulativo de ciudades o barrios gentrificados se produce en las fronteras del desarrollo capitalista o sobre las cenizas de comunidades desindustrializadas. La historia del capitalismo está marcada por intensas fases de reorganización espacial. Como intenté demostrar en *The Condition of Postmodernity*, existe una fuerza poderosa que empuja en esta dirección desde 1970, creando una inseguridad considerable dentro y entre lugares.

Ahora puedo aventurar una primera explicación de por qué el lugar ha adquirido cada vez más importancia durante las últimas dos décadas:

1. Las relaciones espaciales se han reestructurado de manera radical desde aproximadamente 1970 y esto ha alterado la localización relativa de los lugares dentro del patrón global de la acumulación de capital. Los lugares urbanos que anteriormente habían tenido una situación segura se han vuelto vulnerables (pensemos en Detroit, Sheffield, Liverpool y Lille); los residentes se ven obligados a plantearse qué tipo de lugar se puede rehacer que pueda sobrevivir dentro de la nueva matriz de relaciones espaciales y acumulación de capital. Nos preocupamos del significado del lugar, en general, cuando la seguridad de los propios lugares se ve amenazada en términos generales.
2. La reducción de los costes de transporte ha hecho que la producción, el comercio, el marketing y en especial el ca-

- pital financiero sean mucho más móviles geográficamente que antes. Esto permite una elección mucho más libre de la localización, lo cual, a su vez, permite que los capitalistas se aprovechen cada vez más de las pequeñas diferencias entre los lugares en lo que se refiere a calidad, cantidad y costes de los recursos. El capital multinacional, por ejemplo, se ha vuelto mucho más sensible a las cualidades de los lugares en su búsqueda de una acumulación más beneficiosa.
3. Los residentes de un lugar (o los propietarios de los activos fijos en el lugar) son cada vez más conscientes de que se encuentran en competencia con otros lugares por un capital extremadamente móvil. La particular mezcla de infraestructuras físicas y sociales, de cualidades del trabajo, de regulaciones sociales y políticas, de la vida cultural y social que se ofrece (todas las cuales son susceptibles de ser construidas) puede ser más o menos atractiva para, por ejemplo, el capital multinacional. Los residentes están preocupados por lo que pueden ofrecer para propiciar el desarrollo y que a la vez satisfaga sus propios deseos y necesidades. Por eso los lugares se diferencian entre ellos y se vuelven más competitivos (y quizás antagónicos y excluyentes entre ellos) con el fin de capturar o retener inversiones de capital. Dentro de este proceso, la venta del lugar, utilizando todos los artificios de la publicidad y de la construcción de imagen, ha adquirido una importancia considerable. «Algún día todos iremos a un lugar mejor», anuncia una enorme valla publicitaria en Croydon, que promocionaba el traslado a Milton Keynes.
 4. En estas últimas dos décadas ha sido difícil encontrar proyectos rentables para absorber el exceso de capital, y una proporción considerable del excedente ha encontrado su salida en la construcción especulativa de lugares. La falta de experiencia en este camino ha quedado clara con la quiebra generalizada de instituciones de ahorro y de cré-

dito en los Estados Unidos (500.000 millones de dólares: más que la deuda conjunta de todo el Tercer Mundo) y la inestable posición de muchos de los bancos más grandes del mundo (incluidos los japoneses) a causa de la sobreinversión en el desarrollo inmobiliario. La venta de lugares y realzar sus cualidades particulares (*resorts* para jubilados o turismo, comunidades con nuevos estilos de vida, etc.) se han vuelto aún más frenéticas.

El objetivo ha sido conseguir que el poder coercitivo de la competencia entre lugares por el desarrollo capitalista sea cada vez más categórico y, de esta manera, restringir aún más el margen para los proyectos de construcción de lugares que estén fuera de las normas capitalistas. Domina la preocupación por preservar un buen ambiente de negocios y por conseguir beneficios del desarrollo especulativo. No obstante, la competencia entre lugares no se centra únicamente en atraer producción. También se trata de atraer consumidores a través de la creación de un centro cultural, un paisaje urbano o regional agradable, y otras cosas por el estilo. La inversión en espectáculos de consumo, la venta de imágenes de lugares, la competencia para la definición de capital cultural y simbólico, la revitalización de las tradiciones vernáculas asociadas con los lugares... todo esto se une en la competencia entre lugares. Señalo de pasada que gran parte de la producción postmoderna, por ejemplo, en los ámbitos de la arquitectura y del diseño urbano se centra precisamente en la venta de lugares como parte integrante de una cultura de la mercancía cada vez más intensa. El resultado es que los lugares que intentan diferenciarse acaban creando una especie de réplica seriada de homogeneidad (Boyer, 1988).

La cuestión que surge inmediatamente es por qué la gente acepta la construcción de sus lugares a través de un proceso así. La respuesta rápida es, por supuesto, que con frecuencia no lo hacen. La geografía histórica de la construcción del lugar

está llena de ejemplos de luchas libradas para una reinversión socialmente justa (que satisfaga las necesidades comunitarias); para el desarrollo de la «comunidad», que exprese valores que no sean los del dinero y del intercambio; o contra la desindustrialización o la expoliación de ciudades a través de la construcción de autopistas (incluso las clases altas se organizan contra la destrucción de sus barrios por parte de las actividades de algunos promotores insensibles). Por eso, Henri Lefebvre (1991) tiene razón al insistir en que la lucha de clases se inscribe en todas partes en el espacio a través del desarrollo desigual de las cualidades de los lugares. Pero también se da el caso de que dichas resistencias no han obstaculizado el proceso general (cuando se niega al capital especulativo la posibilidad de saquear una ciudad, este tiene la costumbre de encontrar rápidamente otro lugar al que acudir).

Pero también hay muchos ejemplos de complicidad popular con las actividades especulativas. Estos surgen habitualmente de una mezcla de coerción y cooptación para el apoyo a proyectos capitalistas de construcción de lugares. La cooptación se organiza principalmente alrededor de:

1. la difusión de la propiedad, lo que proporciona una base masiva para la actividad especulativa (nadie quiere ver cómo se deprecia el valor de su casa);
2. los beneficios que supuestamente se obtendrán del crecimiento (atrayendo nuevos empleos y actividades económicas a la población); y
3. y el simple poder de las técnicas de persuasión procapitalistas (el crecimiento es inevitable y además es bueno para ti).

Por estas razones, las organizaciones sindicales con frecuencia se unen, en lugar de oponerse, a las coaliciones locales para el crecimiento. La coerción surge a través de la competencia entre lugares por las inversiones de capital y el empleo (ac-

cede a las demandas capitalistas o cierra; crea un «buen clima de negocios» o pierde empleos) o, más sencillamente, a través de la represión política directa y la opresión de las voces disidentes (desde impedir su acceso a los medios de comunicación hasta las tácticas mucho más violentas de las mafias de la construcción en muchas ciudades del mundo).

Pero dudo que la compra de lugares por encima de nuestro pensamiento y nuestra política se pueda atribuir simplemente a estas tendencias, por muy poderosas y persuasivas que puedan ser en muchos casos. La generalización de la propaganda cívica, de la política de las máquinas de crecimiento, de la homogeneización cultural a través de la diversificación, difícilmente pueden proporcionar lo que muchos consideran como una base auténtica para identidades unidas al lugar, y no puede explicar la fuerza de los apegos políticos que muchas personas manifiestan en relación con lugares particulares. De modo que ¿dónde podemos encontrar otras explicaciones?

Heidegger y el lugar como el *locus* del ser

«El lugar», decía Heidegger, «es la ubicación de la verdad de Ser». Muchos autores (en especial los que se encuentran dentro de la tradición fenomenológica) se han basado mucho en él y resulta útil entender cómo se desarrolla su argumento. La cita siguiente lo contextualiza:

Todas las distancias en el espacio y en el tiempo se están reduciendo... Pero la frenética abolición de todas las distancias no produce ningún acercamiento; porque el acercamiento no consiste en un acortamiento de la distancia. Lo que nos es menos remoto desde el punto de vista de la distancia, gracias a su imagen en una película o de su sonido en la radio, puede estar muy lejos de nosotros. Lo que está incalculablemente lejos de nosotros desde el punto de

vista de la distancia nos puede ser muy cercano... Todo se amontona en una ausencia uniforme de distancia... ¿Qué es lo que nos incomoda y por eso nos aterroriza? Se muestra y se esconde en la manera en la que todo adquiere presencia, es decir, en el hecho de que, a pesar de la conquista de todas las distancias, la cercanía de las cosas sigue ausente. (Heidegger, 1971: 165)

Nótese la sensación de terror ante la eliminación de las barreras espaciales (el «terror de la compresión tiempo-espacio» que he comentado en otros escritos). Este terror está ineludiblemente presente en la vida cotidiana porque todos los mortales «persisten en el espacio en virtud de su permanencia entre las cosas» y por eso están perpetuamente amenazados por las relaciones espaciales cambiantes entre las cosas. La cercanía física no aporta necesariamente una comprensión o una capacidad para apreciar o incluso para apropiarse adecuadamente de una cosa. Heidegger reconoce que los cambios ocasionados en las relaciones espaciales son producto de la mercantilización y de los intercambios comerciales, e invoca un argumento cercano al de Marx:

el objeto-carácter del dominio tecnológico se extiende sobre la Tierra cada vez con mayor rapidez, sin compasión y completamente. No solo establece todas las cosas como producibles en el proceso de producción, sino que también distribuye los productos de la producción a través del mercado. En la producción autoasertiva, la humanidad del hombre y la realidad de las cosas se disuelve en el valor de mercado calculado por un mercado que no solo se extiende sobre toda la Tierra como un mercado mundial, sino que también, como la voluntad de querer, comercia con la naturaleza del Ser y por eso somete todos los seres al comercio de un cálculo que domina con mayor tenacidad

en aquellas áreas en las que no son necesarios los números. (Heidegger, 1971: 114-115)

Sin embargo, Heidegger reacciona ante todo esto de una manera muy particular. Se olvida del mercado mundial e intenta descubrir las verdades y el significado de la existencia humana a través de la meditación y la contemplación. Se centra en el concepto de «habitar». Lo ilustra con la descripción de una granja en la Selva Negra:

Aquí la autosuficiencia del poder de dejar que la tierra y el cielo, divinidades y mortales entren en una sencilla unidad dentro de las cosas, ordena la casa. Coloca la granja en la ladera de la montaña a sotavento que mira hacia el sur, entre los prados cerca de la fuente. Le otorga el tejado de tejas con un amplio voladizo cuya inclinación resiste bajo el peso de la nieve y que, al llegar muy abajo, protege las habitaciones de las tormentas de las largas noches de invierno. No olvida el altar de la esquina detrás de la mesa comunitaria; deja espacio en la habitación para el terreno sagrado para el parto y el «árbol de los muertos» (porque así se llama el ataúd que se encuentra allí; el *Totenbaum*) y de esta manera se muestra a las diferentes generaciones bajo un mismo techo el carácter de su viaje a través del tiempo. Un arte que, surgido él mismo del habitar, sigue utilizando sus herramientas y modelos como elementos para construir la granja. (Heidegger, 1971: 160)

Habitar es la capacidad de conseguir una unidad espiritual entre humanos y cosas. De aquí se deriva que «solo si somos capaces de habitar, solo entonces podemos construir». De hecho, los edificios «pueden incluso denegar la propia naturaleza del habitar cuando se ansían y adquieren puramente como un fin en sí mismo» (Heidegger, 1971: 156). Aunque existe un

sentido limitado de estar sin hogar que quizá se pueda aliviar sencillamente construyendo un refugio, en el mundo moderno se puede encontrar una crisis mucho más profunda de carecer de un hogar: muchas personas han perdido sus raíces, su conexión con su lugar de origen. Incluso los que permanecen físicamente en su lugar pueden convertirse en sin techo (sin raíces) por el progreso de los medios de comunicación modernos (como la radio y la televisión). «El enraizamiento, la autoctonía, del hombre en la actualidad están amenazadas en su centro». Si perdemos la capacidad de habitar, entonces perdemos nuestras raíces y nos encontramos alejados de todas las fuentes de alimento espiritual. El empobrecimiento de la existencia es incalculable. El florecimiento de cualquier obra de arte genuina, insiste Heidegger (1966: 47-48), depende de sus raíces en un suelo nativo. «Somos plantas que, lo queramos admitir o no, debemos crecer con nuestras raíces de la tierra para florecer en el aire y dar fruto». Privado de dichas raíces, el arte se reduce a una caricatura sin significado de su ser anterior. Por eso el problema es recuperar un lugar viable en el que se puedan establecer raíces significativas. La construcción del lugar se debería centrar en la recuperación de las raíces, en la recuperación del arte de habitar.

Las «excavaciones ontológicas» de Heidegger han inspirado un punto de vista particular para comprender los procesos sociales de la construcción de lugares. Heidegger centra nuestra atención en la manera como los lugares «se construyen sobre nuestros recuerdos y afectos a través de repetidos encuentros y complejas asociaciones» (Relph, 1989: 26). Enfatiza como «las experiencias del lugar necesariamente profundizan en el tiempo y contienen memoria». Se dice que él proporciona «una manera nueva para hablar y cuidar de nuestra naturaleza humana y del medio ambiente», de modo que «el amor al lugar y a la tierra son unos pequeños extras sentimentales que solo se pueden permitir cuando se han resuelto todos los demás

problemas técnicos y materiales. Forman parte del estar en el mundo y, por ello, son anteriores a todas las cuestiones técnicas» (Relph, 1989: 27-29). No obstante, hay algunas dificultades. Como la mayoría de los grandes filósofos, Heidegger es extraordinariamente vago en sus prescripciones, y sus comentaristas han tenido muchas dificultades para deducir el significado correcto de todo esto. Por ejemplo, ¿cuáles deberían ser las condiciones de «habitar» en un mundo altamente industrializado, moderno y capitalista? Él reconoce explícitamente que no podemos volver a la granja de la Selva Negra, pero ¿hacia dónde tendríamos que volver? El tema de la autenticidad (enraizamiento) de la experiencia del lugar, por poner un ejemplo, es complicado. Para empezar, como observa Dovey (1989: 43), el problema de la autenticidad es en sí mismo peculiarmente moderno. No surge hasta que la industrialización moderna nos separa del proceso de producción y aparece un entorno que es una mercancía acabada. Estar enraizado en un lugar, afirma Tuan, es una experiencia diferente a tener y cultivar un sentido del lugar. «Una comunidad realmente enraizada puede tener santuarios y monumentos, pero no es probable que tenga museos y sociedades para la conservación del pasado» (Tuan, 1977: 198). El esfuerzo para evocar un sentido del lugar y del pasado en la actualidad es, con frecuencia, deliberado y consciente. Y ahí se encuentra el peligro. La búsqueda de la autenticidad, que es un valor moderno, queda trastocada por la provisión mercantil de una autenticidad construida, las tradiciones inventadas y una cultura patrimonial comercializada. La victoria final de la modernidad, según sugiere MacCannell (1976: 8), no consiste en la desaparición del mundo no moderno, sino en su preservación artificial y su reconstrucción.

Aun así, parece que existe una aceptación muy extendida de la afirmación de Heidegger de que la autenticidad del habitar y del enraizamiento están siendo destruidos por la difusión moderna de la tecnología, del racionalismo, de la producción

en masa y de los valores masificados. El lugar se está destruyendo, afirma Relph (1976), se vuelve «inauténtico» o incluso un «no lugar» por el simple poder organizativo y la profundidad de la penetración del mercado. La respuesta consiste en construir una política del lugar que se presente entonces como la vía política hacia la tierra prometida de una existencia auténtica. Así, por ejemplo, encontramos a Kirkpatrick Sale, que escribía en el periódico izquierdista *The Nation* (22 de octubre de 1990): «La única visión política que ofrece una esperanza de salvación se basa en la comprensión de, en un enraizamiento en, en un compromiso profundo hacia, y en una resacralización del lugar».

Por tanto, esto nos permite un segundo enfoque de la cuestión inicial. El lugar se está volviendo más importante en la medida en que la autenticidad de habitar se ve socavada por los procesos político-económicos de la transformación espacial y de la construcción de lugar. Lo que mantiene Heidegger, y lo que muchos autores posteriores han sacado de él, es la posibilidad de algún tipo de resistencia o de rechazo a esta simple lógica capitalista (o modernista). De ahí se deduciría que la creciente penetración de la racionalidad tecnológica, de la mercantilización y de los valores de mercado, y de la acumulación de capital en la vida social (o en lo que muchos autores, incluido Habermas, llaman «el mundo de la vida»), junto con la compresión tiempo-espacio, es posible que provoquen un incremento de la resistencia que se centre en la construcción de lugares alternativos (en el sentido más amplio de la palabra). La búsqueda de un sentido auténtico de comunidad y de una relación auténtica con la naturaleza en muchos movimientos radicales y ecológicos es precisamente la vanguardia de dicha sensibilidad. Incluso un crítico socialista tan agudo como Raymond Williams consideraba el lugar como algo más que «solo el sitio de un acontecimiento... sino también la materialización de una historia que con frecuencia está ampliamente

retraída» (Williams, 1979a: 276) y escribió una serie de novelas sobre la región fronteriza de Gales para explorar su significado político y afectivo. Desde luego hay suficiente credibilidad en el argumento heideggeriano para que resulte útil examinarlo con atención, aunque, como espero demostrar, existan grandes razones para rechazarlo en su pura manifestación heideggeriana.

Hacia una resolución de la diferencia

Las diferencias entre las tradiciones marxista y heideggeriana destacan algunas de las supuestas oposiciones entre las formas moderna y postmoderna de pensar y sentir. Para Marx, el análisis del mundo del dinero y de la producción de mercancías, con todas sus intrincadas relaciones sociales y cualidades universales, define una esfera igualmente universal de responsabilidad moral, económica y política que, aunque se caracteriza por la alienación y la explotación, debe rescatarse mediante una estrategia político-económica global. Esto no implica que el mundo experimental cotidiano, que se encuentra por decirlo así, dentro de los confines del fetichismo del mercado, sea irrelevante. De hecho, precisamente el argumento de Marx es que la experiencia es tan auténtica que, dentro de este marco, nos presenta permanentemente la tentación de considerarla como lo único que existe, de manera que fundamenta nuestro «sentido de ser»,* de responsabilidad moral y de compromiso político. Marx (1964) intenta superar dicho marco e intenta, como afirma en sus primeras obras, construir un sentido de «ser una especie»** a través de una política en la que los individuos alcancen toda su individualidad solo a través de la libre

* N. de la t.: *sense of being*, en el original.

** N. de la t.: *species being*, en el original. Se trata de un juego fonético en relación con *sense of being*.

asociación con otros a lo largo de la superficie de la Tierra. Se trata de una retórica evidentemente vaga e inconcreta. Pero sugiere que no podemos volver atrás; que no podemos rechazar el mundo de sociabilidad que se ha alcanzado a través de la interrelación de todos los pueblos en una economía global; que de alguna manera debemos construir sobre este logro y buscar su transformación en una experiencia no alienada. La red de lugares construidos a través de la lógica del desarrollo capitalista, por ejemplo, se debe transformar y utilizar para objetivos progresistas en lugar de rechazarse o destruirse.

La parte más progresista del impulso modernizador se alimentó mucho de este sentimiento (aunque la preocupación por la transformación del lugar haya quedado especialmente silenciada en la tradición revolucionaria marxista). Pero no resulta difícil ver cómo el modernismo se puede convertir en un cómplice de los universalismos del dinero, la mercancía, el capital y el intercambio sin cuestionar en ningún caso la alienación. Se acomodó a una visión del mundo burocrático-corporativa y de capitalismo de Estado, e impuso un lenguaje común (en la construcción de los hoteles Hilton, por ejemplo) de un tipo que inhibió cualquier respuesta a la alienación. De la misma manera, la política internacionalista y obrera que se abstraiga del mundo experimental inmediato de la vida cotidiana en lugares concretos puede perder su influencia y credibilidad.

Heidegger, por otro lado, rechaza totalmente cualquier sentido de responsabilidad moral más allá del mundo de experiencias sensitivas y contemplativas inmediatas. Rechaza cualquier trato con el mundo de la mercancía, el dinero, la tecnología y la producción a través de una división internacional del trabajo. Contrae su campo de visión a un mundo mucho más estrecho y experiencial para plantear preguntas sobre las cualidades innatas e inmanentes de la experiencia de las cosas. Insiste en la irreductibilidad de la experiencia de habitar y de las especificidades del lugar y del entorno. Al hacerlo, evoca

una sensación de pérdida de comunidad, de raíces y del habitar en un mundo moderno que evidentemente cala muy hondo en mucha gente.

Si los lugares son, verdaderamente, un aspecto fundamental de la existencia del hombre en el mundo, si son fuente de seguridad y de identidad para los individuos y para grupos de personas, entonces resulta importante que no se pierdan los medios para experimentar, crear y mantener lugares significativos. (Relph, 1976: 96)

El problema es que dichos sentimientos se inclinan fácilmente hacia una interpretación y una política que son excluyentes, provincianas y comunitarias, cuando no intensamente nacionalistas (de aquí el respeto de Heidegger por el nazismo). Heidegger se niega a ver las relaciones sociales mediatizadas (a través del mercado o por cualquier otro medio) con otras (cosas o personas) como expresión de ningún tipo de autenticidad. De hecho, las relaciones mediatizadas de este tipo se consideran una amenaza a la identidad y a cualquier sentido verdadero del yo, mientras que cualquier cosa que contribuya al desarraigo o tenga aspecto de él se rechaza de plano (¿explica esto su hostilidad a la diáspora y al desarraigo de los judíos?). Es más, la experiencia se vuelve incomunicable más allá de ciertos límites, precisamente porque el arte auténtico y el sentido estético genuino solo pueden surgir de un fuerte arraigo al lugar. Esta visión excluyente se vuelve aún más enfática, dada su visión sobre el poder del lenguaje sobre la vida social. Los lugares se convierten en los sitios de incomunicable alteridad. No puede existir una interrelación en el mundo de la estética o de significados comunicables del tipo que con frecuencia busca el modernismo, incluso en un contexto de fuerte interrelación en el mundo material de la producción y el intercambio.

Desde este punto de vista no resulta difícil entender por qué Heidegger figura con tanta frecuencia en el pensamiento postmoderno como precursor de las ideas sobre la creación de «comunidades interpretativas», juegos lingüísticos fragmentados y otras cosas por el estilo. Y no resulta difícil ver cómo el lado más burdo y comercial del postmodernismo puede jugar con estos sentimientos y comercializar lo tradicional; simular lo auténtico; e inventar patrimonio, tradiciones e incluso raíces comercializadas. Pero, sorprendentemente, existe otro punto en común con Marx. Heidegger insiste en ver las comunidades auténticas como material y físicamente enraizadas en lugares particulares a través del habitar, en lugar de ser solo una construcción, como ocurre con tanta frecuencia en la retórica postmoderna, en los dominios del discurso.

Pero si tengo razón, y el modernismo (tal como se interpreta ahora habitualmente) y el postmodernismo son oposiciones dialécticamente organizadas dentro de la larga historia de la modernidad (Harvey, 1989: 339), entonces deberíamos empezar a pensar en estos argumentos, no como mutuamente excluyentes sino como oposiciones que contienen a su contrario. Marx considera que la experiencia dentro del fetichismo es suficientemente auténtica pero superficial y engañosa, mientras que Heidegger ve ese mismo mundo de intercambio de mercancías y de racionalidad tecnológica como la fuente de la falta de autenticidad de la vida cotidiana que se debe repudiar. Esta coincidencia en la percepción de la raíz del problema (aunque concretada como característica-mente capitalista por Marx y como moderna —es decir, capitalista y socialista— por Heidegger) proporciona una base común sobre la que reconstruir una mejor comprensión del lugar. Entonces, ¿qué ocurre si vemos las diferencias como oposiciones dialécticas inherentes a la condición tanto de la modernidad como de la postmodernidad en lugar de como contradicciones irreconciliables?

La respuesta sencilla es que vivimos en un mundo de tensión universal entre contactos sensitivos e interpersonales en el lugar (con una conciencia intensa de las cualidades de dicho lugar dentro del que se desarrollan las experiencias temporales) y otra dimensión de conciencia en la que reconocemos más o menos la obligación y la conexión material que existe entre nosotros y los millones de personas que, por ejemplo, desempeñan un papel directo e indirecto para ponernos el desayuno en la mesa por la mañana. Dicho de una manera más formal, lo que ocurre en un lugar no se puede entender fuera de las relaciones espaciales que sostiene dicho lugar, de la misma manera que las relaciones espaciales no se pueden comprender independientemente de lo que ocurre en lugares concretos. Aunque esto pueda sonar una verdad banal o trivial, una concepción de este tipo tiene grandes ramificaciones para el pensamiento y la práctica políticos.

Consideremos, por ejemplo, un ensayo reciente de Young (1990). Se inicia con una crítica de algunas tendencias dominantes de feminismo que se han centrado en el ideal de comunidad. El «deseo de unidad o de totalidad en el discurso», se queja, «genera fronteras, dicotomías y exclusiones». Es más, en la teoría política el concepto de comunidad «implica con frecuencia una negación del distanciamiento de espacio y tiempo» y una insistencia en «una interacción cara a cara entre los miembros dentro de una pluralidad de contextos». Pero no existen «fundamentos conceptuales para considerar las relaciones cara a cara como más puras, como relaciones sociales más auténticas que las relaciones mediatizadas a lo largo del tiempo y la distancia». Este es un tema crucial. Porque aunque puede ser cierto que «en la sociedad moderna las principales estructuras que generan alienación y dominio son la burocracia y la mercantilización», de esto no se deriva que todas las relaciones mediatizadas sean alienantes. Al situar «una sociedad de relaciones inmediatas cara a cara como un ideal, los teóricos

comunitarios generan una dicotomía entre la sociedad “auténtica” del futuro y la sociedad “falsa” en la que vivimos, que se caracteriza solo por la alienación, la burocratización y la degradación». La crítica de Young de la tradición heideggeriana es fuerte. «El racismo, el chovinismo étnico y la devaluación de clase... crecen en parte del deseo de comunidad, es decir, del deseo de comprender a los demás como se entienden a sí mismos y del deseo de ser entendido como me entiendo a mí mismo». En los Estados Unidos actuales, afirma, «la identificación positiva de algunos grupos se logra con frecuencia definiendo en primer lugar a otros grupos como los otros, como semi-humanos sin valor».

La solución de Young consiste en sustituir el ideal de la comunidad cara a cara por el de una «ciudad no opresiva», construida sobre las experiencias positivas de la vida urbana en las que las diferencias de todo tipo se encarnen, negocien y toleren en medio de todo tipo de relaciones mediatizadas en el tiempo y el espacio. La «ciudad no opresiva» se define como una «apertura a la alteridad no asimilada». Aunque esta solución sea ingenua vista la dinámica actual de la experiencia urbana, la dirección a la que apunta (la aceptación de la diferencia y la diversidad dentro de una unidad superior) resulta de interés. Presupone la posibilidad de establecer un puente entre las concepciones marxiana y heideggeriana dentro del marco de un nuevo tipo de política radical. Sin embargo, existe otro gran tema que se debe tomar en consideración. Young cita a Sandel:

En tanto que nuestra autocomprensión constitutiva abarca un sujeto más amplio que el individuo solo, ya sea una familia o una tribu o una ciudad o una clase o una nación o un pueblo, en esta medida estas definen una comunidad en el sentido constitutivo. Y lo que hace que esto sea una comunidad, no es solo un espíritu de benevolencia, o la prevalencia de valores comunitarios, ni siquiera de ciertas

«metas finales compartidas», sino un vocabulario común en el discurso y un trasfondo de prácticas y comprensiones implícitas dentro de las cuales se reduce la opacidad de la persona, aunque al final nunca se acabe disolviendo. (Sandel, 1982: 172-173)

Una de las mayores preocupaciones del pensamiento post-moderno es la construcción discursiva de identidades y «lugares» en el orden social por vías que tienen poco o nada que ver, excepto por coincidencia, con la localización física o la expresión territorial. Esto complica el argumento, solo si se inserta una separación insuperable entre cómo las comunidades y los lugares se representan e imaginan, por un lado, y cómo se constituyen realmente a través de las prácticas sociales materiales, por el otro. Pero la insistencia en el papel tanto de la imaginación como del lenguaje tiene la virtud capital de demostrar, como señala Anderson (1983), que las comunidades y los lugares no se pueden distinguir en el reino del discurso «por su falsedad/autenticidad, sino [solo] por el estilo en que son imaginados». Esta conclusión es fundamentalmente contradictoria con la idea de una distinción fácilmente definible entre comunidades o lugares «auténticos» y «falsos». Si Marx (1967: 177-178) tiene razón, y la imaginación y la representación preceden siempre a la producción, entonces la visión de Heidegger se convierte en tan solo un tipo posible de lugar imaginario que espera una encarnación material. Puede que Heidegger invocase un pasado muy remoto y profundo, y la permanencia aparentemente profunda de un lenguaje im-poluto, pero también reconoció que era imposible regresar a un mundo formado por granjas de la Selva Negra y que era necesario seguir adelante, por las vías que en aquel momento parecía que prometía el nacionalsocialismo, para construir un tipo nuevo de comunidad «auténtica», apropiada para aquel tiempo y lugar.

Sin embargo, resulta paradójico que las mismas condiciones contra las que se rebela Heidegger son las que permiten que la búsqueda de una comunidad auténtica imaginada se convierta en una propuesta práctica. La larga geografía histórica del capitalismo nos ha liberado de las limitaciones espaciales de modo que podemos imaginar comunidades independientemente de los lugares existentes y emprender la tarea de construir lugares nuevos para albergar dichas comunidades de una manera que antes era imposible. La historia del pensamiento utópico, desde Tomás Moro y Francis Bacon en adelante, resulta ilustrativa de esta afirmación: el impulso para la construcción y el desarrollo de nuevas ciudades, desde Welwyn Garden City a Chandigarh, Brasilia o el muy comentado plan japonés para Multifuncionópolis en Australia, es testimonio de los frecuentes intentos para materializar dichas ideas a través de la construcción de lugares reales. Sin embargo, la dificultad radica en reconciliar dichas prácticas transformadoras con el deseo de retener la familiaridad, la seguridad y la profunda sensación de pertenencia que puede generar la vinculación con un lugar.

La construcción de lugares a través de las prácticas espaciales

Las prácticas y experiencias materiales implicadas en la construcción y en las cualidades experienciales de los lugares se deben interrelacionar dialécticamente con la manera en que se representan e imaginan los lugares. Esto me lleva de regreso a la «matriz lefebvriana» descrita en *The Condition of Postmodernity* (Harvey, 1989: 220-221) como una manera de reflexionar sobre cómo se construyen y experimentan los lugares como objetos materiales; cómo se representan en el discurso; y cómo se utilizan a su vez como representaciones, como «lugares simbólicos», en la cultura contemporánea (Lefebvre, 1991). El juego dialéctico entre experiencia, percepción e ima-

ginación en la construcción de lugares se convierte entonces en el centro de atención. Pero también tenemos que analizar simultáneamente las relaciones entre la distanciamiento (presencia/ausencia y escala espacial), la apropiación, el dominio y la producción de lugares. Todo esto puede parecer abrumador, en especial cuando se une al hecho de que la matriz solo proporciona un marco en el que operan las relaciones sociales de clase, género, comunidad, etnia o raza. Pero me parece que esta es la única vía para atacar de una manera coherente la rica complejidad de los procesos sociales de la construcción de lugares, mientras encontramos algún tipo de puente entre las preocupaciones expresadas en los enfoques marxiano y heideggeriano. Vamos a ilustrarlo.

Times Square, en la ciudad de Nueva York, se construyó como una simple pieza de especulación inmobiliaria y comercial alrededor de la creación de un nuevo distrito de ocio en la década de 1890. A principios de la década de 1900, el *New York Times* propuso el nombre porque se acababa de mudar a la plaza (al fin y al cabo, el *New York Herald*, su gran rival, estaba ubicado en Herald Square, más hacia el centro). El *Times* organizó la gran celebración de Nochevieja con fuegos artificiales y, posteriormente, con el descenso de la bola, como un acto promocional. Miles de personas acudieron no solo ese día, sino a lo largo de todo el año, para asistir a los espectáculos, ver a la gente, comer fuera, conocer las últimas modas y recoger rumores o información sobre cualquier tema, desde los negocios y las operaciones inmobiliarias hasta las últimas tendencias de ocio, y sobre la vida privada de personas famosas. Muy pronto la plaza se convirtió en el centro de un espectáculo publicitario que atraía por sí mismo a las multitudes. En resumen, Times Square se creó como una representación de todo lo que podía ser comercial, llamativo, promocional y especulativo en la economía política de la construcción de lugares. Se encontraba muy lejos de la morada auténtica en la Selva

Negra y, al menos en la superficie, seguramente se merecería el calificativo del mayor *ersatz*, o como preferirían llamarlo los críticos culturales, «pseudo-lugar» sobre la Tierra. Pero muy pronto se convirtió en el corazón simbólico de la ciudad de Nueva York y, hasta su declive (principalmente bajo el impacto de la televisión) a partir de la década de 1950, fue el foco de un sentido de unión y comunidad para muchos neoyorquinos. Times Square se convirtió en *el* lugar en el que se reunía todo el mundo para celebrar, llorar o expresar la rabia, alegría o temor colectivos. Producida y dominada por la economía política, el pueblo se apropió de ella de una manera completamente diferente. Se convirtió en un lugar auténtico de representación con un papel distintivo en la imaginación, aunque como espacio de prácticas sociales materiales, tenía todo el carácter de una espectáculo puramente especulativo y comercial. ¿Cómo pudo ocurrir?

Times Square adquirió importancia cuando empezó a tomar forma la moderna Nueva York metropolitana de cinco distritos y suburbios en expansión. Su auge coincidió con un *boom* extraordinario de la especulación inmobiliaria; con la llegada de los sistemas de transporte de masas que cambiaron toda la naturaleza de las relaciones espaciales entre las personas dentro de la ciudad (el metro llegó a Times Square en 1901); con la madurez de los nuevos sistemas de comunicaciones internacionales y nacionales (en especial la radio), del flujo de información y dinero, de la comercialización y mercantilización de la moda y del entretenimiento como bienes de consumo de masas. Se trató de una fase de rápida «compresión tiempo-espacio», como recoge Kern (1983), e incluso muchos neoyorquinos parece que perdieron su sentido de identidad. La tensión del rápido crecimiento urbano mantuvo a los neoyorquinos «a la carrera», socavando perpetuamente las frágiles instituciones de inmigrantes y vecinales que, de vez en cuando, ofrecían una cierta sensación de seguridad y permanencia en

medio del cambio rápido. Lo que parece que fue tan especial en Times Square durante su época dorada fue que era un espacio público en el que se podían mezclar todas las clases sociales: como lugar sin clases (o, más bien, multclasista), tenía el potencial de ser el centro de un sentido de comunidad que reconocía las diferencias pero que también celebraba la unidad. Las clases marginales se codeaban con la aristocracia; inmigrantes de todo tipo podían compartir el espectáculo; y parecía que la democracia del dinero estaba a cargo de todo. Pero en este momento la comunidad no se formó por la interacción cara a cara: se logró mediante el acto de una presencia común ante el espectáculo, un espectáculo que se centraba desvergonzadamente en la comunidad del dinero y en la conversión de todo en un producto. El Times Square de Nueva York representaba, sin lugar a dudas, la comunidad del dinero, pero también se convirtió en una representación de una noción bastante diferente de la comunidad en la mente y el afecto de millones de neoyorquinos que, hasta el día de hoy, se oponen a los planes para transformar y desarrollar este espacio público particular, precisamente por su significado y lugar simbólicos, únicos en la memoria colectiva.

Este mismo tipo de historia se puede explicar desde una dirección totalmente opuesta. La búsqueda de una comunidad auténtica, y en particular de una forma de comunidad que exprese valores alejados de los que se encuentran habitualmente en una cultura capitalista, materialista y altamente monetizada, ha conducido con frecuencia a realizar intentos de construir comunidades y lugares siguiendo visiones alternativas. Pero todos los que han sobrevivido (y ha sido una proporción muy pequeña) casi sin ninguna excepción lo han conseguido mediante la acomodación al poder del dinero, a la comodificación y la acumulación de capital, y a las tecnologías modernas. Los supervivientes también han exhibido su capacidad para insertarse y reinsertarse en relaciones espaciales cambiantes. Esto

es así para grandes revueltas como la revolución islámica fundamentalista en Irán (que camina actualmente por la cuerda floja para reinsertarse en el mundo de la economía capitalista sin aparentar demasiado abiertamente que se acomoda a Satán) como lo fue para los innumerables movimientos comunitarios que se separaron del capitalismo para convertirse, en muchos casos, en la punta de lanza del desarrollo capitalista, como los icarianos franceses que se asentaron en los Estados Unidos (véase Johnson, 1974); la oleada extraordinaria de comunismo y construcción de lugares (incluidos los mormones, los *shakers* y las primeras feministas) que tuvieron su origen en la parte occidental del estado de Nueva York en la primera mitad del siglo XIX; los movimientos anarquistas y sindicalistas que propiciaron asentamientos tan dispersos y alejados entre sí como la Patagonia y Siberia, y que incluso llegaron a inspirar el movimiento de las Ciudades Jardín de Geddes y Ebenezer Howard. Toda esta historia de construcción de lugares sugiere que una política cultural ha estado con tanta frecuencia en el origen de la inspiración de la construcción de lugares como el simple deseo de conseguir un beneficio y una ganancia especulativa. Pero la interrelación de las dos es omnipresente y, en algunos casos, la política cultural parece más un medio para lograr un fin político-económico que un fin en sí misma.

Fitzgerald (1986) proporciona en *Cities on a Hill* una imagen fascinante precisamente de esta intersección en el contexto estadounidense. Los estudios de la apropiación y el dominio consiguiente del distrito de Castro de San Francisco por parte de la comunidad gay, del imperio religioso de Jerry Falwell en Lynchburg y de Sun City (la comunidad de jubilados en Florida), todos ellos ilustran las políticas culturales de la acumulación de capital por caminos diferentes. No obstante, el más extraño con diferencia de los casos estudiados por Fitzgerald se centra en Rajneeshpuram. Fundado en 1981 en una zona escasamente poblada y de ganadería semiárida de

Oregón como una comuna «autosuficiente» de los discípulos de Bhagwan Shree Rajneesh, tenía todas las características de una comunidad New Age desde el punto de vista del estilo de vida, pero también se caracterizaba por un gran uso del dinero, por la alta tecnología y por el internacionalismo mundial basado en la red de discípulos que Rajneesh había formado a lo largo de los años. El rancho costó 1,5 millones de dólares y al cabo de dos años los seguidores de Rajneesh habían gastado más de 60 millones de libras en Oregón, según las cifras de Fitzgerald, y habían avanzado en la construcción de un asentamiento totalmente nuevo, con aeródromo, un gran embalse, una central eléctrica, campos irrigados, viviendas y toda una serie de instalaciones que podían alojar permanentemente a más de 3.000 personas y ofrecer acomodación temporal a varios miles más. Rajneesh menospreciaba a Gandhi y a la madre Teresa por su interés por los pobres. El dinero se convirtió en el camino hacia la buena vida. «La religión es un lujo de los ricos», afirmaba, y disponía de veintinueve Rolls-Royce para demostrarlo. Pero la comuna exigía como mínimo doce horas de trabajo duro a sus residentes y reunía a algunas personas altamente educadas y con frecuencia con un gran talento técnico que trabajaban en una atmósfera de relaciones sociales abiertamente no jerárquicas, y que aparentaban alegría y placer en la creación de un lugar en el que fuera posible realizar el potencial humano para el crecimiento personal. Pero la política excluyente de la comuna era tan fuerte que la condujo a representarse internamente como una isla en medio de un mar de decadencia espiritual y material, y externamente como un cuerpo canceroso extraño insertado en el corazón rural de América. La disolución de la comuna, la deportación de Rajneesh y el arresto de algunos de los dirigentes iluminados que, en unos pocos años, habían convertido la comuna, de meca de la liberación personal y el crecimiento humano, en un campamento armado (implicados en todo tipo de actos

violentos como el envenenamiento de varios funcionarios y la introducción de la salmonela en el suministro de agua de una comunidad vecina), disminuyó muy poco, según Fitzgerald, el intenso sentimiento de afecto que sentían muchos de los que habían pasado por la comuna. Había proporcionado un hogar, aunque fuera temporal, y una serie de experiencias personales por las que se sentían agradecidos. Había satisfecho una necesidad, había cumplido deseos, había permitido que se vivieran fantasías de maneras inolvidables. Pero también había mostrado toda la intolerancia de la diferencia interna, toda la jerarquía sutil y la política excluyente que, como teme correctamente Young, es el producto final inevitable de las políticas comunitarias. Y durante el breve instante de su éxito tuvo todos los atributos de un campo de trabajo con salarios bajos, sostenido por el fervor moral y que permitía que el gurú disfrutara de docenas de Rolls-Royce. Esta no ha sido la primera vez, ni será la última, en que la política cultural que pretende producir un lugar auténtico se utiliza para obtener ganancias financieras a corto plazo.

La lección es bastante simple. Todos los que quieran establecer diferencias en el mundo contemporáneo lo tienen que hacer a través de prácticas sociales que necesariamente se relacionan con el poder mediador del dinero. Al fin y al cabo, este último es un poder social global y universal del que se pueden apropiar personas individuales (de aquí que fundamentalmente el individualismo burgués), y cualquier comunidad «interpretativa» o «política» que intente forjar una identidad distintiva debe acomodarse a él. Es más, en muchos casos (como en todos aquellos investigados por Fitzgerald), la posesión de suficiente poder monetario es una condición necesaria para explorar las diferencias a través de la construcción de lugares. El comentario de Rajneesh de que «la religión es un lujo de los ricos» es, en este sentido, demasiado preciso para resultar cómodo. En resumen, es precisamente la universalidad y

la sociabilidad del poder del dinero lo que permite que todo tipo de alteridades adquieran una existencia independiente y sobrevivan. En sí mismo, no hay nada particularmente erróneo en todo esto (si tenemos los recursos, ¿por qué no debemos ser tan eclécticos como nos sugieren Jencks o Lyotard?), pero nos obliga a considerar la relación entre la producción de la diferencia y la alteridad en el mundo contemporáneo, y la organización y distribución del poder político-económico. Los ejemplos ilustran cómo las políticas culturales en general (y la búsqueda de una comunidad afectiva, en particular) y el poder político-económico se mezclan en los procesos sociales de construcción de lugares. Podemos concluir que resulta inadmisibles intentar examinar lo uno sin lo otro.

Lugar y poder

Escribir sobre «el poder del lugar», como si los lugares (localidades, regiones, barrios, estados, etc.) poseyeran poderes causales, es entrar en el más burdo de los fetichismos; a menos que nos limitemos rigurosamente a la definición del lugar como un proceso social. En este último caso, las cuestiones que se deben plantear se pueden expresar de manera más explícita: ¿por qué y mediante qué medios los seres sociales invierten en lugares (localidades, regiones, estados, comunidades o lo que sea) con poder social; y ¿cómo y con qué objetivos se despliega y utiliza dicho poder a lo largo de un sistema altamente diferenciado de lugares interrelacionados?

La producción y la reproducción de las diferenciaciones de poder son esenciales en las operaciones de cualquier economía capitalista. No existe solo aquella gran división entre el proletariado (redefinido como «recursos humanos», como si fuera más o menos sustituible por petróleo o leña) y la clase capitalista, sino que también existen múltiples y más variables divisiones jerárquicas que inevitablemente surgen con los de-

tales, divisiones del trabajo sociales y territoriales (entre, por ejemplo, obreros industriales, capataces, gestores, trabajadores de los servicios, diseñadores, etc.) así como con aquellos que fragmentan a la burguesía (intereses diferenciados en finanzas, terrenos, producción, comercialización, administración, leyes, ciencia, poderes militares y policiales). Las diferencias que precedieron al orden capitalista (de género, raza, idioma, etnia, religión y las clases sociales precapitalistas) han quedado absorbidas, transformadas y reconstruidas por un sistema social en el que la acumulación de capital está asegurada a través del dominio de la naturaleza y del control sobre el trabajo asalariado. Las formas de dichas reconstituciones merecen un análisis. La conexión entre el auge del «capitalismo de imprenta», como lo llama Anderson (1983), y la transformación de la diversidad lingüística en «comunidades imaginadas» de naciones que fundamentan el Estado moderno, es uno de dichos casos. De manera similar, la táctica burguesa de describir algún segmento de la humanidad (las mujeres o «los nativos») como parte de la naturaleza, depósito de afectos y como inevitablemente caótico e inquieto, permitió que dichos segmentos quedasen subsumidos en el proyecto capitalista general de dominio ordenado y racional y de la explotación naturaleza. El resultado fue la transformación de la opresión racial y de género en formas que no se habían experimentado hasta ese momento. Es más, la dinámica revolucionaria del capitalismo asegura que dichas transformaciones no sean acontecimientos únicos y limitados, sino movimientos continuos y con frecuencia contradictorios dentro de la geografía histórica del desarrollo capitalista, incluso ante la ausencia de una lucha explícita por parte de los oprimidos o de una implicación activa en las políticas de construcción de lugares por parte de los grupos sociales desposeídos (en, por ejemplo, la larga historia de la descolonización o de los intentos por parte de las mujeres (véase Hayden, 1981) para construir tipos alternativos de espacios de vida y trabajo).

Es en este contexto en el que debemos interpretar el cambio de significado de la producción de lugares en todos los ámbitos del orden social. Y si vuelvo, una vez más, a la matriz lefebvriana es porque permite un reconocimiento rápido de las complejidades de dicho proceso. Porque debemos comprender no solo cómo los lugares adquieren sus cualidades materiales (como, por ejemplo, la constelación de fuerzas productivas dispuestas para el uso capitalista o como conjuntos de valores de uso disponibles para sostener formas y cualidades de vida particulares). La evaluación y la jerarquización de los lugares se produce, por ejemplo, en gran parte a través de actividades de representación. Nuestra comprensión de los lugares se organiza aquí a través de la elaboración de algún tipo de mapa mental del mundo que se puede completar con todo tipo de esperanzas y temores personales o colectivos. El otro lado de las vías y los barrios marginales difícilmente ocupan en nuestra mente un lugar paralelo a las costas doradas de Miami Beach. La teoría psicoanalítica explica, por supuesto, que el campo de representación no es necesariamente todo lo que parece ser; que existen todo tipo de representaciones/distorsiones a las que son propensos los lugares. Si la identidad individual está formada por la fantasía, entonces ¿es posible que la identidad que los seres humanos otorgan a los lugares vaya por detrás?

Las representaciones de los lugares tienen consecuencias materiales en la medida en que las fantasías, los deseos, los temores y los anhelos se expresan en comportamientos reales. Los esquemas evaluativos de los lugares, por ejemplo, se convierten en alimento para todo tipo de «gestores políticos». Los lugares en la ciudad caen bajo líneas discriminatorias de las finanzas hipotecarias; las personas que viven en ellos reciben el calificativo de «inútiles» en el ayuntamiento, de la misma manera que gran parte de África se describe como un caso perdido. Las actividades materiales de la construcción de lugares pueden cumplir entonces las profecías de degradación y

abandono. De manera similar, los lugares en las ciudades que se marcan como «sospechosos» o «peligrosos», conducen de nuevo a patrones de comportamiento, tanto públicos como privados, que convierten la fantasía en realidad. En definitiva, las posibilidades político-económicas de la (re)construcción de los lugares están muy influidas por el tono valorativo de la representación del lugar.

En consecuencia, las luchas por la representación se libran con gran ferocidad y son tan fundamentales para la construcción de lugares como los ladrillos y el cemento (véase, por ejemplo, el análisis de Rose (1990) sobre el choque de ideologías en la definición de Poplar en la década de 1920). Y aquí hay tanto aspectos negativos como positivos. La denigración de los lugares de los otros proporciona una manera de afirmar la viabilidad y el poder incipiente del lugar propio. La feroz lucha alrededor de las imágenes y contra-imágenes de los lugares es una arena en la que se funden con frecuencia de una manera indistinguible la cultura política de los lugares, la economía política de su desarrollo y la acumulación de un sentido de poder social en el lugar.

Por la misma razón, la creación de lugares simbólicos no está predestinada, sino que es alimentada y luchada dolorosamente, precisamente por el papel que el lugar puede jugar en la imaginación. Creo que es correcto afirmar que la preservación social de la religión como una institución importante dentro de las sociedades seculares se ha conseguido en parte a través de la creación, protección y promoción exitosa de lugares simbólicos. Pero las imaginaciones no se pueden manipular o domesticar fácilmente para alcanzar objetivos político-económicos específicos. La gente puede definir y de hecho define los monumentos de manera que se relacionan con sus propias experiencias y tradiciones. Los lugares donde cayeron los mártires (como el famoso Mur-des-Fédérés, en el cementerio del Père Lachaise) han capturado desde hace mucho tiempo

la imaginación del movimiento obrero. En cambio, ninguna construcción ceremonial de monumentos (el extraordinario palacio monumental que Ceaușescu levantó en Bucarest, por ejemplo) puede hacer que se ame a un dictador.

No obstante, la fortaleza de la construcción lefebvriana radica precisamente en que se niega a considerar la materialidad, la representación y la imaginación como mundos separados, y en que niega un privilegio particular de un ámbito sobre el otro, mientras que insiste simultáneamente en que solo en las prácticas sociales de la vida cotidiana se registra el significado último de todas las formas de actividad. Por eso permite un examen de los procesos de construcción de los lugares en los que los fundamentos materiales siguen reteniendo su fuerza y prominencia. Pero en el proceso también comprendemos que la movilización política a través de los procesos de construcción de lugares le debe tanto a las actividades en los ámbitos representativos y simbólicos como a las actividades materiales, y que, con frecuencia, se presentan divergencias entre ellas. La lealtad a un lugar puede tener y tiene un significado político, incluso bajo circunstancias en las que las prácticas diarias de las personas en dicho lugar muestran poco sentido de comunidad. Existió parte de todo esto en el levantamiento de la Comuna de París, por ejemplo; mientras que el hecho de que una categoría como «neoyorquinos» pueda tener sentido para los millones de políglotas que ocupan dicho lugar demuestra precisamente el poder político que se puede movilizar y ejercer a través de las actividades de construcción de lugares tanto en la mente como sobre el terreno.

En consecuencia, existe una política de la construcción de lugares que abarca dialécticamente las actividades materiales, representativas y simbólicas que encuentran su sello distintivo en la manera en la que los individuos invierten en los lugares y por ello se otorgan un poder colectivo en virtud de dicha inversión. La inversión puede ser de sangre, sudor, lágrimas y trabajo (el

tipo de construcción de afecto a través del trabajo para construir el producto tangible del lugar). O puede ser la construcción discursiva de lealtades afectivas a través de la conservación de cualidades particulares del lugar y de las tradiciones vernáculas; o nuevas obras de arte conmemorativas (como ocurre con los artefactos en el espacio construido) se convierten en símbolos del lugar. Y es precisamente en este ámbito donde empieza a funcionar la interrelación con el lugar de todos los demás valores políticos de comunidad, de nación, etc.

No obstante, esta actividad continúa en un mundo en el que el objetivo de la «acumulación por la acumulación», sin importar las consecuencias políticas, sociales o ecológicas, sigue sin tener rival ni límites. Y mientras existen incontables signos de la descentralización del poder en los lugares, también actúa simultáneamente un movimiento poderoso hacia la reconcentración del poder en las corporaciones multinacionales y en las instituciones financieras (Harvey, 1989). El ejercicio de este poder ha significado la destrucción, la invasión y la reestructuración de lugares a una escala sin precedentes. La viabilidad de los lugares se ha visto muy amenazada a través de los cambios materiales de las prácticas de producción, consumo, flujo de información y comunicación, junto con la reorganización radical de las relaciones espaciales y de los horizontes temporales dentro del desarrollo capitalista.

La necesidad de reconstrucción de lugares ha creado algunos dilemas para las prácticas espaciales, así como en la manera en que se representan los lugares y se convierten en representaciones. Es en este contexto en el que se vuelven más fácilmente comprensibles los intentos febriles por reconstruir los lugares en términos de comunidades imaginadas, repletas, incluso, con la construcción de lugares de representación (los nuevos monumentos del espectáculo y del consumismo, por ejemplo), o forjando las comunidades imaginadas como una defensa contra estas nuevas prácticas materiales y sociales. Pero la

construcción de murallas excluyentes, implícitas en la nueva política comunitaria (un tema central en muchos pensadores postmodernos como Rorty y Unger), aunque puede intervenir en las relaciones de producción, consumo, intercambio y reproducción, siempre es permeable al poder universalizador del dinero, mientras que simultáneamente se vuelve cada vez más excluyente y, en consecuencia, reduce el poder de la capacidad colectiva para controlar dicho dinero.

Esto me devuelve a la regla que expuse en *The Condition of Postmodernity* (Harvey, 1989). Los movimientos opositores son normalmente mejores en organizar y dominar los lugares que en gestionar el espacio. La «alteridad» y las «resistencias regionales» que enfatiza la política postmoderna pueden florecer en un lugar concreto. Pero quedan fácilmente dominadas por el poder del capital para coordinar la acumulación a través de un espacio universal fragmentado. La política ligada al lugar resulta atractiva aunque dicha política esté condenada al fracaso.

Resulta interesante que este sea el problema central que trata Raymond Williams en su trilogía *Border Country*. Como expresa uno de los personajes en *The Fight for Manod*:

El conjunto de la política pública... es un intento de reconstruir una cultura, un sistema social, un orden económico, que en realidad ha llegado a su fin, ha alcanzado sus límites de viabilidad. Y yo estoy aquí sentado y contemplo esta doble inevitabilidad: que este orden imperial, exportador y dividido está llegando a su final, y que todas sus fuerzas sociales residuales, todas sus formaciones políticas, lucharán hasta el final para reconstruirlo, para reestablecerlo, hundiéndose todo el tiempo a través de una crisis tras otra en un intento imposible por recuperar un mundo familiar. Así que se trata de una inevitabilidad doble: que fracasarán y que no intentarán nada más. (Williams, 1979b: 181)

Entonces, ¿no existe ninguna manera de escapar de esta inevitabilidad?

Conclusión

Los lugares, como el espacio y el tiempo, son constructos sociales y se deben leer y comprender como tales. Existen maneras de presentar una historia materialista de esta geografía literal y metafórica de la condición humana, y de hacerlo de forma que arroje luz sobre la producción de una alteridad espacialmente diferenciada, así como sobre las ideas quiméricas de una política comunitaria aislacionista y los dilemas de una política no excluyente y por ello universalmente emancipadora.

No obstante, he considerado el significado del lugar casi sin mencionar el modernismo y el postmodernismo. En parte, esta táctica ha sido deliberada porque creo que la manera en que ha evolucionado esta oposición oscurece más que aclara los temas fundamentales. Además, la lucha alrededor de dichos conceptos está en gran parte confinada dentro de la «masa cultural» (un término que tomo prestado de Daniel Bell (1979) para referirme a los que trabajan en los medios audiovisuales, el cine, el teatro, las artes plásticas y gráficas, la pintura, las universidades, las editoriales, las instituciones culturales, las industrias de la publicidad y la comunicación, etc.). El postmodernismo no es en absoluto una preocupación para los sindicalistas, los trabajadores sociales, los trabajadores del sector de la salud, los parados o los sin techo. Como la religión de Rajneesh, la postmodernidad parece ser la preocupación de un segmento de las clases privilegiadas. Pero la masa cultural, en parte bajo la bandera del postmodernismo, ha internalizado toda una serie de luchas políticas e ideológicas que tienen un significado general: antirracismo, feminismo, identidad étnica, tolerancia religiosa, descolonización cultural y otros temas similares. El postmodernismo dentro

de la masa cultural se puede considerar desde este punto de vista como una muy bienvenida manera de alcanzar y asumir la realidad de la fragmentación, la diferencia y la alteridad, que durante mucho tiempo han sido el tema central de la economía política y la cultura capitalistas. Pero la preocupación por los «discursos» y las «representaciones» dentro de la masa cultural ha añadido una nueva dimensión a cómo se puede recibir la represión, la opresión y la explotación: una dimensión que, cuando se toma en sí misma, amenaza con perder el contacto con cualquier otra forma de la práctica social pero que, cuando se inserta sólidamente en la formulación lefebvriana, tiene mucho que enseñar. Y, además, creo que es justo añadir que se ha hecho mucho más por resaltar diversas formas de opresión y represión dentro de la masa cultural que en muchas otras esferas de la vida social.

Desde este último punto de vista es posible ver la masa cultural como la sede de un tipo de vanguardia democratizada y basada en las masas de la política del futuro. Incluso si este argumento no fuera cierto, las políticas de la masa cultural seguirían siendo importantes porque definen y circunscriben de manera crucial el orden simbólico, los reinos imaginarios y las formas de representación. El postmodernismo, que afirma que es una fuerza liberadora y deconstructiva dentro de la masa cultural, debe por ello tomarse en serio. Pero esto presenta dos problemas. El primero es que la lucha por el poder dentro de la masa cultural ha conducido inevitablemente al uso de la retórica postmoderna o deconstruccionista de una manera totalmente *ad hoc*, y una gran parte del argumento tiene el sabor del oportunismo intelectual y político (algunos hombres blancos anglosajones más bien de segunda fila han alcanzado el estrellato en sus profesiones a remolque del carro postmoderno). El segundo problema es que la lucha se libra dentro de una configuración de clase relativamente homogénea y privilegiada, de manera que los temas de opresión de clase, a pesar de

que siempre estén en la agenda, de ninguna manera se sienten como algo personal e importante como sería el caso, por ejemplo, entre las obreras industriales en Filipinas o México.

La consideración sobre la posición de clase en todo el debate sobre el modernismo y el postmodernismo conduce a objeciones aún más profundas a las afirmaciones postmodernas. La masa cultural, en virtud de su propia posición de clase, tiene muchas de las características de los trabajadores de cuello blanco que Speier (1986) estudió en la década de 1930. Colectivamente, «solemos carecer del apoyo tranquilizador de una tradición moral que podamos llamar nuestra». Por eso, solemos ser «parásitos de valores», extrayendo nuestros valores de la asociación con otros intereses dominantes en la sociedad. En la década de 1960, la masa cultural extrajo mucha inspiración de su asociación con los movimientos obreros, pero el ataque político que sufrieron y su decadencia cortó los lazos, de manera que la masa cultural pudo formar sus propias preocupaciones alrededor del poder del dinero, el individualismo, el emprendimiento y temas similares (Harvey, 1989: 347-349). Y sus preocupaciones se limitan a sus propios productos-representaciones, formas simbólicas, imágenes, etc.

Todo esto me devuelve al problema del lugar. Uno de los aspectos más poderosos de la política independiente dentro de la masa cultural consiste en centrarse con notable fuerza en el significado y la cualidad de la comunidad, la nación y el lugar. La formación de la identidad de lugar y de la tradición local se encuentran mucho más al alcance de los trabajadores dentro de la masa cultural (desde los autores de novelas y los cineastas hasta los escritores de folletos turísticos), y existen fuertes formas institucionales que asumen dicha formación (desde las universidades que conservan las lenguas autóctonas y mantienen vivo el sentido de la historia local hasta museos, eventos culturales, etc.). Cuanto más explora la masa cultural sus propios valores interiores, más tenderá a alinearse con

una economía política y una política cultural del lugar. De aquí que el aumento de la publicación de libros que tratan precisamente de este tema en los últimos veinte años (véanse, por ejemplo, las obras recientes de Agnew y Duncan, 1989; Davis *et al.*, 1990; Lilburne, 1989; Pred, 1990; Probyn, 1990; Tindall, 1991) y el aumento de toda una serie de actividades políticas de apoyo dentro de la masa cultural a favor de movimientos culturales relacionados con el lugar (incluyendo el papel extraordinario de figuras culturales como Havel en las revoluciones en Europa oriental). A medida que la masa cultural ha dejado de lado su asociación con los movimientos proletarios y ha intentado evitar una posición directamente subordinada a la cultura burguesa capitalista, se ha ido identificando cada vez más con una política cultural del lugar.

No obstante, no todo se puede contemplar bajo una luz positiva. La estereotipación de otros lugares es una de las formas más ruines de desprestigiar desde los medios (basta con leer la descripción de los franceses que hace el *Sun* para comprender lo que quiero decir). La definición del otro de una manera excluyente y estereotipada es el primer paso para la autodefinición. El redescubrimiento del lugar, como muestra el caso de Heidegger, plantea tantos peligros como oportunidades para la construcción de un tipo de política progresista. La deconstrucción y el impulso postmoderno, como demuestra Said en su estudio *Orientalism* (Said, 1978), proporcionan sin lugar a dudas un medio para atacar la atractiva creación de estereotipos sobre otros lugares, pero existe un gran problema de perspectivas, representación y políticas públicas dentro del trabajo general de la masa cultural en este aspecto, que necesita desesperadamente de análisis.

No obstante, el lugar no es para nada un descubrimiento de la postmodernidad. Las políticas del lugar y del terruño, de la identidad local y la nación, de las regiones y las ciudades, han estado siempre presentes y han tenido una gran impor-

tancia en el desarrollo geográfico desigual del capitalismo. El redescubrimiento del lugar, con todas sus múltiples capas de significado, dentro de la retórica de la masa cultural y, a través de ella, dentro de la retórica de la política, es lo que resulta realmente significativo aquí, más que el hecho de que el mundo haya cambiado de cierta manera para que la economía política o la política cultural de lugar sea ahora más importante que en el pasado. Pero de hecho existe un sentido en el que esta última afirmación también es cierta, porque es frente al fuerte periodo de compresión tiempo-espacio y todas las reestructuraciones a las que hemos estado expuestos en los últimos años, que la seguridad del lugar se ha visto amenazada y el mapa del mundo se ha reorganizado como parte de un desesperado juego especulativo para mantener en funcionamiento la acumulación de capital.

Dicha pérdida de seguridad promueve una búsqueda de alternativas, una de las cuales radica en la creación de comunidades imaginadas y tangibles en el lugar. El tema de cómo crear qué tipo de lugar se convierte en un imperativo para la supervivencia tanto económica como política. Hablen con los alcaldes de Baltimore, Sheffield y Lille y descubrirán que esta ha sido precisamente su preocupación durante los últimos años. Y también es aquí donde la política de la masa cultural puede adquirir una importancia considerable. Porque, como insiste Marx, si al final de cada proceso de trabajo obtenemos un resultado que es el producto de lo que imaginamos al principio, entonces el modo en que imaginemos las comunidades y los lugares del futuro formará parte del rompecabezas de lo que puede ser nuestro futuro. Rajneeshpuram existió en la imaginación de alguien y capturó la imaginación de muchos en el movimiento humano potencial que tan duro trabajó para convertirlo en el lugar temporal que fue. Y aunque, como en este caso, exista una diferencia entre la imaginación y la realidad, y toda una serie de consecuencias no intencionadas que se

deben asumir y descartar por el camino, la cuestión de cómo imaginamos el futuro y la seriedad con el que invertimos en él, siempre se encuentra en la agenda.

Desde esa posición, el conflicto entre modernismo y post-modernismo, así como entre políticas culturales y político-económicas del lugar, tiene mucho que enseñar sobre los problemas de creación de lugares. Pero el juego entero solo vale la pena si estamos preparados para aprender y actuar a partir de dichas lecciones. Y una de esas lecciones será seguramente que todos los intentos de construir lugares y erigir comunidades imaginadas deberán, como expresa contundentemente Eric Wolf, «tomar consciencia de los procesos que trascienden los casos separados, yendo a través y más allá de ellos, y transformándolos en el proceso» (Wolf, 1982: 17).

Bibliografía

- AGNEW, John A. y James S. DUNCAN (eds.) (1989). *The Power of Place. Bringing Together Geographical and Sociological Imaginations*. Boston: Unwin Hyman.
- ANDERSON, Benedict (1983). *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres: Verso [trad. cast.: *Comunidades imaginadas* . Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2006].
- BELL, Daniel (1979). *The Cultural Contradictions of Capitalism* . Nueva York: Harper & Row [trad. cast.: *Las contradicciones culturales del capitalismo*. Madrid: Alianza Editorial, 2004].
- BOYER, Christine (1988). «The return of aesthetics to city planning», *Society*, 25(4); pp. 49-56.
- DAVIES, Mike, Steven HIATT, Marie KENNEDY, Sue RUDDICK y Michael SPRINKER (eds.) (1990). *Fire in the Hearth. The Radical Political Economy of Place in America*. Londres: Verso.
- DOVEY, Kimberly (1989). «The quest for authenticity and the replication of environmental meaning», en: David Seamon y Robert Mugerauer (eds.). *Dwelling, Place and Environment. Towards*

- a Phenomenology of Person and World*. Nueva York: Columbia University Press.
- FITZGERALD, Frances (1986). *Cites on a Hill. A Journey Through Contemporary American Cultures* . Nueva York: Simon & Schuster.
- HARVEY, David (1982). *The Limits to Capital*, Oxford: Blackwell [trad. cast.: *Los límites del capitalismo y la teoría marxista* . Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1990].
- HARVEY, David (1985). *The Urbanization of Capital* . Oxford: Blackwell.
- HARVEY, David (1989). *The Condition of Postmodernity*, Oxford: Blackwell [trad. cast.: *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortu, 2008].
- HARVEY, David (1990). «Between space and time: reflections on the geographical imagination», *Annals of the Association of American Geographers*, 80; pp. 418-434.
- HAYDEN, Dolores (1982). *The Grand Domestic Revolution* Cambridge: MIT Press.
- HEIDEGGER, Martin (1966). *Discourse on Thinking* . Nueva York: Harper & Row [trad. cast.: *Serenidad*. Barcelona: Serbal, 1994].
- HEIDEGGER, Martin (1971). *Poetry, Language, Thought* . Nueva York: Harper & Row.
- JOHNSON, Christopher (1974). *Utopian Communism in France. Cabot and the Icarians*. Ithaca: Cornell University Press.
- KERN, Stephen (1983). *The Culture of Time and Space, 1880-1918*. Londres: Weindelnfeld & Nicolson.
- LEFEBVRE, Henri (1991). *The Production of Space*. Oxford: Basil Blackwell [trad. cast.: *La producción del espacio* Madrid: Capitán Swing, 2013].
- LILBURNE, Geoffrey (1989). *A Sense of Place. A Christian Theology of the Land*. Nashville: Abingdon Press.
- LOGAN, John y Harvey MOLOTCH (1986). *Urban Fortunes. The Political Economy of Place* . Berkeley: University of California Press.
- MACCANNELL, Dean (1976). *The Tourist. A New Theory of the Leisure Class*. Nueva York: Schocken.
- MARX, Karl (1964). *Economic and Philosophic Manuscripts of 1844*.

- Nueva York: International Publishers [trad. cast.: *Manuscritos: economía y filosofía*. Madrid: Alianza Editorial, 1974].
- MARX, Karl (1976). *Capital Vol. 1*. Nueva York: International Publishers [trad. cast.: *El Capital, tomo 1*. México: Fondo de Cultura Económica, 1959].
- PRED, Allan (1990). *Making Histories and Constructing Human Geographies. The Local Transformation of Practice, Power Relations, and Consciousness*. Boulder: Westview Press.
- PROBYN, Elspeth (1990). «Travels in the postmodern: making sense of the local», en: Linda Nicholson (ed.). *Feminism/Postmodernism*. Nueva York: Routledge; pp. 176-189.
- RELPH, Edward (1976). *Place and Placelessness*. Londres: Pion.
- RELPH, Edward (1989). «Geographical experiences and being-in-the-world: the phenomenological origins of geography», en: David Seamon y Robert Mugerauer (eds.). *Dwelling, Place and Environment. Towards a Phenomenology of Person and World*. Nueva York: Columbia University Press.
- ROSE, Gillian (1990). «Imagining Poplar in the 1920s: contested concepts of community», *Journal of Historical Geography*, 16; pp. 425-437.
- ROSS, Kristin (1988). *The Emergence of Social Space. Rimbaud and the Paris Commune*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- SAID, Edward (1978). *Orientalism*. Nueva York: Columbia University Press [trad. cast.: *Orientalismo*. Barcelona: Debolsillo, 2016].
- SALE, Kirkpatrick (1990). «What Columbus discovered», *The Nation*, 22 Octubre; pp. 444-446.
- SANDEL, Michael (1982). *Liberalism and the Limits of Justice*. Cambridge: Cambridge University Press.
- SPEIER, Hans (1986). *German White Collar Workers and the Rise of Hitler*. New Haven: Yale University Press.
- TINDALL, Gillian (1991). *Countries of the Mind. The Meaning of Place to Writers*. Londres: Hogarth Press.
- TUAN, Yi-Fu (1977). *Space and Place. The Perspective of Experience*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- VEBLÉN, Thorstein (1967). *Absence Ownership*. Boston: Beacon Press.

- WILLIAMS, Raymond (1960). *Border Country*. Londres: Chatto & Windus.
- WILLIAMS, Raymond (1979a). *Politics and Letters*. Londres: New Left Books.
- WILLIAMS, Raymond (1979b). *The Fight for Manod*. Londres: Chatto & Windus.
- WOLF, Eric (1982). *Europe and the People without History* Berkeley: University of California Press [trad. cast.: *Europa y la gente sin historia*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2005].
- YOUNG, Iris (1990). «The ideal of community and the politics of difference», en: Linda Nicholson (ed.). *Feminism/Postmodernism*. Nueva York: Routledge.

David Harvey

El neoliberalismo es, de entrada, una teoría de prácticas de política económica que propone que la mejor manera de fomentar el bienestar humano es mediante la maximización de la libertad de empresa dentro de un marco institucional definido por el derecho a la propiedad privada, la libertad individual, el libre mercado y el libre comercio. El papel del Estado consiste en crear y preservar un marco institucional apropiado para dichas prácticas. El Estado se debe ocupar, por ejemplo, de la calidad y la integridad de la moneda. También debe ejercer las funciones militares, defensivas, policiales y jurídicas necesarias para asegurar el derecho a la propiedad privada y para apoyar la libertad de los mercados. Además, si no existe mercado (en ámbitos como la educación, la salud, la seguridad social o la contaminación ambiental), este se debe crear, si es necesario mediante la acción estatal; pero más allá de estas tareas el Estado no debe intervenir. La intervención estatal en los mercados (una vez creados) se debe mantener en un mínimo porque puede que el Estado no posea información suficiente para interpretar las señales del mercado (precios), y porque será inevitable que intereses poderosos distorsionen y sesguen la intervención estatal (en especial en las democracias) en su propio beneficio.

Las prácticas del neoliberalismo con frecuencia divergen de este modelo por diversas razones. Aun así, en todas partes ha existido un giro radical, dirigido ostensiblemente por la revolución Thatcher/Reagan en Gran Bretaña y los Estados Unidos de América, en las prácticas y el pensamiento político-

* Traducido por Núria Benach del original inglés: «Neo-liberalism as creative destruction», *Geografiska Annaler B*, 88(2), 2006; pp. 145-158.

económico desde la década de 1970. Estado tras Estado, desde los nuevos surgidos del colapso de la Unión Soviética hasta los estados del bienestar socialdemócratas de viejo cuño como Nueva Zelanda y Suecia, han adoptado, a veces voluntariamente y en otras ocasiones como respuesta a presiones coercitivas, alguna versión de la teoría neoliberal y han ajustado al menos una parte de sus políticas y prácticas. La Sudáfrica post-apartheid adoptó con rapidez el marco neoliberal, e incluso la China contemporánea parece que se dirige en esa dirección. Además, los defensores de las vías neoliberales ocupan puestos de influencia considerable en la educación (universidades y muchos *think tanks*), en los medios, en los consejos de administración y en las instituciones financieras, en organismos clave del estado (ministerios de economía, bancos centrales) y también en las instituciones internacionales como el FMI y la OMC que regulan las finanzas y el comercio globales. En definitiva, el neoliberalismo se ha vuelto hegemónico como un tipo de discurso y tiene efectos generalizados en la manera de pensar y en las prácticas político-económicas hasta el punto que se ha incorporado al sentido común con el que interpretamos, vivimos y comprendemos el mundo.

En efecto, la neoliberalización ha barrido el mundo como si se tratara de una ola de reformas institucionales y de ajuste discursivo, y aunque existe total evidencia de su desarrollo geográfico desigual, no queda ningún lugar que sea totalmente inmune (con la excepción de unos pocos estados como Corea del Norte). Además, las reglas de participación establecidas a través de la OMC (que gobierna el comercio internacional) y del FMI (que gobierna las finanzas internacionales) han colocado el neoliberalismo como un conjunto de reglas globales. Todos los estados que participan en la OMC y el FMI (¿y quién se puede permitir quedar fuera?) aceptan someterse a estas reglas (aunque con un «periodo de gracia» para permitir un ajuste suave) o se enfrentan a graves sanciones.

La creación de este sistema neoliberal ha provocado obviamente mucha destrucción, no solo de marcos y poderes privados o institucionales (como la supuesta soberanía estatal sobre los asuntos político-económicos) sino también de las divisiones del trabajo, relaciones sociales, prestaciones sociales, componentes tecnológicos, formas de vida, apegos a la tierra, costumbres ancestrales, maneras de pensar, etc. Hace falta alguna valoración de los aspectos positivos y negativos de esta revolución neoliberal. A continuación, esbozaré algunos argumentos preliminares para comprender y evaluar esta transformación en el funcionamiento global del capitalismo. Para ello, nos centraremos en las fuerzas subyacentes, los intereses y los agentes que han impulsado el avance de la revolución neoliberal con esta implacable intensidad. Para volver la retórica neoliberal contra sí misma, razonablemente podríamos preguntarnos: ¿en el interés particular de quién el estado ha adoptado una actitud neoliberal y de qué manera estos intereses particulares han usado el neoliberalismo para beneficiarse a sí mismos más que, como pretenden, a todo el mundo, en todas partes?

La «naturalización» del neoliberalismo

Para que cualquier sistema de pensamiento se vuelva hegemónico es necesaria la articulación de conceptos fundamentales que se inserten tan profundamente en el sentido común que se den por supuestos y estén más allá de cualquier cuestionamiento. Para ello no sirve cualquier concepto antiguo. Se debe construir un aparato conceptual que apele casi «con naturalidad» a nuestras intuiciones e instintos, a nuestros valores y deseos, así como a las posibilidades que parecen inherentes al mundo social que habitamos. Las figuras fundacionales del pensamiento neoliberal consideraron sacrosantos los ideales políticos de la libertad individual, como «valores centrales de

la civilización», y al hacerlo tomaron una sabia y acertada decisión porque, efectivamente, se trata de conceptos muy emotivos y atrayentes. Afirmaron que estos valores no solo estaban amenazados por el fascismo, las dictaduras y el comunismo, sino por cualquier forma de intervención estatal que impusiera decisiones colectivas por encima de la libertad de elegir de los individuos. Así llegaron a la conclusión que sin «el poder difuso y la iniciativa asociadas con él (la propiedad privada y el mercado competitivo) resulta difícil imaginar una sociedad en la que se pueda preservar con efectividad la libertad».¹

Dejando de lado la cuestión de si la parte final del argumento es una consecuencia necesaria de la primera, no hay duda de que los conceptos de libertad individual son poderosos y atrayentes por sí mismos, incluso más allá de los territorios en los que la tradición liberal ha tenido una presencia histórica fuerte. Estos ideales impulsaron los movimientos disidentes en la Unión Soviética y Europa oriental antes del final de la Guerra Fría, así como a los estudiantes de Tiananmén. El movimiento estudiantil que sacudió el mundo en 1968 (desde París y Chicago hasta Bangkok y México) estuvo animado en parte por la búsqueda de mayor libertad de expresión y de elección individual. Estos ideales han demostrado una y otra vez que son una poderosa fuerza histórica de cambio.

Por eso no sorprende que los llamamientos retóricos a la libertad nos rodeen por todas partes y llenen todo tipo de manifiestos políticos. Sobre todo en los Estados Unidos de América en los últimos años. En el primer aniversario de los ataques del «11-S», el presidente Bush, por ejemplo, escribió un artículo para el *New York Times* que resumía algunas ideas del documento *US National Defense Strategy* publicado poco después. «Un mundo pacífico cada vez más libre», escribió (mientras los Estados Unidos se preparaban para ir a la guerra

1. Véase la página web www.montpelerin.org/aboutmps.html.

en Iraq), «sirve a los intereses americanos a largo plazo, refleja los ideales americanos impercederos y une a los aliados de América». «La humanidad», concluía, «tiene en sus manos la oportunidad de ofrecer el triunfo de la libertad sobre todas las enemistades inmemoriales» y «los Estados Unidos aceptan la responsabilidad de dirigir esta gran misión». Con mayor énfasis, proclamó más tarde que «la libertad es el regalo del Todopoderoso a cada hombre y mujer en este mundo» y «como la mayor potencia en la Tierra [los Estados Unidos tienen] la obligación de ayudar en la extensión de la libertad».²

Así, cuando se demostró que todas las demás razones para embarcarse en una guerra preventiva contra Iraq eran mentira o cuanto menos insuficientes, la Administración Bush apeló cada vez más a la idea de que la libertad otorgada a Iraq era por sí misma una justificación adecuada de la guerra. Pero ¿de qué tipo de libertad se trataba?, porque, como comentó hace mucho tiempo el crítico cultural Mathew Arnold: «la libertad es un muy buen caballo para montar, pero hay que cabalgar en dirección a algún sitio» (citado en Williams, 1958: 118). Es decir, ¿hacia qué destino se esperaba que fuese el pueblo iraquí montado en el caballo de la libertad que con tanto desprendimiento se le había regalado por la fuerza de las armas?

La respuesta de los Estados Unidos se puso de manifiesto el 19 de septiembre de 2003, cuando Paul Bremer, al frente de la Autoridad Provisional de la Coalición, promulgó cuatro órdenes que incluían «la privatización completa de las empresas públicas, derechos de propiedad completos de los negocios iraquíes por parte de empresas extranjeras, repatriación com-

2. George W. Bush, «Securing Freedom's Triumph», *The New York Times*, 11 de septiembre de 2002, p. A33. *The National Security Strategy of the United States of America* se puede consultar en la página web: www.whitehouse.gov/nsc/nss. Véase también George W. Bush, «President addresses the nation in prime time press conference», 13 de abril de 2004; www.whitehouse.gov/news/releases/2004/0420040413-20.html.

pleta de todos los beneficios extranjeros... la apertura de los bancos iraquíes al control extranjero, tratamiento de las compañías extranjeras como si fueran nacionales y... la eliminación de casi todas las barreras comerciales» (Juhasz, 2004). Las órdenes se debían aplicar en todos los ámbitos de la economía, incluidos los servicios públicos, los medios, las manufacturas, los servicios, el transporte, las finanzas y la construcción. Solo quedaba excluido el petróleo. También se implantó un sistema impositivo regresivo impulsado por los conservadores y llamado impuesto de tipo único. Se prohibió el derecho a la huelga y los sindicatos fueron proscritos en sectores clave. Un miembro iraquí de la Autoridad Provisional de la Coalición protestó por la imposición por la fuerza del «fundamentalismo del mercado libre», describiéndolo como «una lógica falsa que ignora la historia» (Crampton, 2003: C5). El gobierno provisional iraquí nombrado a finales de junio de 2004 no recibió poderes para cambiar o redactar leyes nuevas: solo podía confirmar los decretos ya promulgados.

Está claro que los Estados Unidos intentaban imponer en Iraq un aparato de estado neoliberal en toda su extensión, cuya misión fundamental era y es facilitar las condiciones para una provechosa acumulación de capital por parte de todos los participantes, iraquíes y extranjeros por un igual. En definitiva, se esperaba que los iraquíes montasen en su caballo de libertad en dirección al corral del neoliberalismo. Según la teoría neoliberal, los decretos de Bremer eran necesarios y suficientes para la creación de riqueza y para la mejora del bienestar del pueblo iraquí. Son los cimientos adecuados para que reine la ley, la libertad individual y el gobierno democrático. Por eso la insurrección que siguió se puede interpretar en parte como la resistencia iraquí ante el abrazo del fundamentalismo del libre mercado en contra de su libre voluntad.

No obstante, debemos recordar que el primer gran experimento neoliberal de formación estatal fue Chile tras el gol-

pe de Pinochet, casi treinta años antes del día en que Bremer publicó sus decretos, en el «pequeño 11 de septiembre» de 1973. El golpe, contra el gobierno socialdemócrata democráticamente elegido de Salvador Allende, estuvo respaldado por la CIA y apoyado por el secretario de Estado Henry Kissinger. Reprimió todos los movimientos sociales y organizaciones políticas de la izquierda y desmanteló cualquier forma de organización popular (como los centros de salud comunitarios en los barrios más pobres). El mercado de trabajo se «liberó» de cortapisas regulatorias o institucionales (por ejemplo, el poder de los sindicatos). Sin embargo, en 1973 las políticas de sustitución de importaciones que habían dominado los intentos latinoamericanos de regeneración económica (y que habían tenido éxito en Brasil tras el golpe militar de 1964) habían caído en desgracia. Con la economía mundial en medio de una gran recesión, se necesitaba algo nuevo. Un grupo de economistas norteamericanos, conocidos como «los *Chicago boys*», por su seguimiento de las teorías neoliberales de Milton Friedman, que impartía clase en la Universidad de Chicago, fue convocado para ayudar en la reconstrucción de la economía chilena. Lo hicieron impulsando el libre mercado, privatizando bienes públicos, abriendo los recursos naturales a la explotación privada y facilitando la inversión extranjera directa y el libre comercio. Se garantizó el derecho de las empresas extranjeras a repatriar los beneficios de sus operaciones chilenas. Se favoreció el crecimiento a partir de las exportaciones en lugar de la sustitución de importaciones. La revitalización consiguiente de la economía chilena en términos de tasas de crecimiento, acumulación de capital y altas tasas de beneficio de las inversiones extranjeras proporcionaron las pruebas necesarias para que se pudiera componer el giro hacia políticas más neoliberales en Gran Bretaña (bajo Thatcher) y en los Estados Unidos (bajo Reagan). No por primera vez, un experimento brutal de destrucción creativa desarrollado en la periferia se convertía

en un modelo para la formulación de políticas en el centro (Valdez, 1995).

Estas dos reestructuraciones similares del aparato del Estado en épocas tan diferentes y en partes del mundo tan diversas bajo la influencia coercitiva de los Estados Unidos se deben tomar como un indicio. Sugiere que el largo brazo del poder imperial de los Estados Unidos se encuentra detrás de la proliferación de formas de Estado neoliberales a lo largo del mundo desde mediados de la década de 1970. Aunque haya habido aspectos importantes de ello que han estado en funcionamiento durante los últimos treinta años, esto no constituye de ningún modo toda la verdad. Después de todo, no fueron los Estados Unidos los que obligaron a Margaret Thatcher a emprender la senda neoliberal en 1979, y a principios de la década de 1980 Thatcher fue una defensora mucho más consistente del neoliberalismo de lo que lo fue nunca Reagan. Tampoco fueron los Estados Unidos los que forzaron a China en 1978 a emprender una liberalización que la ha acercado cada vez más al neoliberalismo. Resulta difícil atribuir los movimientos hacia el neoliberalismo en India y Suecia en 1992 a la influencia imperial del poder americano. El desarrollo geográfico desigual del neoliberalismo en la escena mundial ha sido un proceso muy complejo que ha implicado múltiples decisiones y no poco caos y confusión. Entonces, ¿por qué tuvo lugar el giro neoliberal y cuáles fueron las fuerzas que lo impulsaron hasta el punto de convertirse ahora en un sistema tan hegemónico en el capitalismo global?

¿Por qué el giro neoliberal?

Hacia finales de la década de 1960 el capitalismo global estaba deteriorándose. A principios de 1973 tuvo lugar una recesión importante: la primera desde la gran crisis de la década de 1930. El embargo petrolífero y el aumento del precio del petróleo ese

mismo año como consecuencia de la guerra árabe-israelí, exacerbó problemas que ya eran serios. Estaba claro que el «capitalismo integrado» del periodo de posguerra con su énfasis en un acuerdo complejo entre capital y trabajo, sostenido por un estado intervencionista que prestaba gran atención al bienestar social (es decir, el Estado del bienestar) e individual, había dejado de funcionar. El sistema de Bretton Woods, establecido para regular el comercio y las finanzas internacionales, se abandonó por el tipo de cambio flotante en 1973. Este sistema había permitido altas tasas de crecimiento en los países capitalistas desarrollados y había generado cierta difusión de los beneficios (del modo más obvio en Japón, pero también de modo desigual en Sudamérica y algunos países del Sudeste asiático) durante la «edad de oro» del capitalismo en la década de 1950 y principios de la de 1960. Pero ahora estaba exhausto y parecía que se necesitaba alguna alternativa para reemprender los procesos de acumulación de capital (Armstrong *et al.*, 1991). Estaba claro que las reformas debían buscar el restablecimiento de las condiciones apropiadas para la revitalización de la acumulación de capital. Cómo y por qué el neoliberalismo salió victorioso como la única respuesta posible a este problema es una historia demasiado complicada para exponerla aquí. En retrospectiva, puede parecer que la respuesta era inevitable y obvia, pero en su momento creo que es más justo decir que nadie sabía o comprendía realmente con certeza qué tipo de respuesta iba a funcionar y de qué modo. El mundo se movió hacia el neoliberalismo a través de una serie de giros y movimientos caóticos que en realidad solo convergieron en el neoliberalismo como la nueva ortodoxia con el llamado «Consenso de Washington» en la década de 1990. El desigual desarrollo geográfico del neoliberalismo, su aplicación frecuentemente parcial y asimétrica, de un Estado y formación social a otro, demuestra que las soluciones neoliberales son tentativas y las vías complejas en las que las fuerzas políticas, las tradiciones

históricas y los acuerdos institucionales han marcado por qué y cómo se dio realmente el proceso de neoliberalización.

No obstante, existe un elemento de esta transición que merece una atención específica. La crisis de acumulación de capital en la década de 1970 afectó a todo el mundo por la combinación de desempleo creciente e inflación acelerada. El descontento se extendió y la unión de movimientos sociales obreros y urbanos en la mayor parte del mundo capitalista desarrollado parecía que apuntaba hacia la aparición de una alternativa socialista al compromiso social entre capital y trabajo que había sostenido la acumulación de capital durante el período de posguerra. Los partidos comunistas y socialistas estaban ganando terreno en gran parte de Europa, e incluso en los Estados Unidos las fuerzas populares se movilizaban para exigir reformas e intervención estatal en todo tipo de temas, desde la protección ambiental hasta la seguridad y salud en el trabajo o la protección del consumidor ante las malas prácticas empresariales. Esto era una clara amenaza política contra las clases dirigentes, tanto en los países capitalistas desarrollados (como Italia y Francia) como en muchos países en desarrollo (como México y Argentina) pero, además, la amenaza económica a la posición de las clases dirigentes se estaba volviendo palpable. Una condición del acuerdo de posguerra en casi todos los países fue que el poder económico de la clase alta quedase restringido y que el trabajo recibiese una mayor porción del pastel económico. En los Estados Unidos, por ejemplo, la parte de la renta nacional que correspondía al 1 % superior cayó desde el 16 % de preguerra hasta menos del 8 % al final de la Segunda Guerra Mundial y permaneció cerca de ese nivel durante casi tres décadas. Mientras el crecimiento fue fuerte, esta limitación no tenía importancia, pero cuando el crecimiento decayó en la década de 1970, cuando las tasas de interés real fueron negativas, y los irrisorios dividendos y beneficios eran lo único que se podía conseguir, la clase dirigente

se sintió profundamente amenazada desde el punto de vista económico. Las clases dirigentes tenían que moverse con decisión si querían proteger su poder de la aniquilación política y económica.

El golpe en Chile y el gobierno militar en Argentina, ambos fomentados y dirigidos por las élites dirigentes con apoyo norteamericano, proporcionaron un tipo de solución, pero el experimento chileno con el neoliberalismo demostró que los beneficios de la recuperación de la acumulación de capital estaban muy sesgados. El país y sus élites dirigentes, junto con los inversores extranjeros, ganaron, mientras que el pueblo lo pasaba mal. Este ha sido un efecto suficientemente persistente de las políticas neoliberales a lo largo del tiempo como para considerarlo estructural al conjunto del proyecto. De hecho, Duménil y Lévy llegan a afirmar que el neoliberalismo fue desde el principio un proyecto para la restauración del poder de clase en el estrato más rico de la población. Muestran cómo desde mediados de la década de 1980 la proporción del 1 % superior de las rentas subió hasta el 15 % a finales de siglo. Otros datos muestran que el 0,1 % superior aumentó su proporción de la renta nacional del 2 % en 1978 a más del 6 % en 1999. Otra medida muestra que la relación de la cuantía media de los trabajadores con respecto a los salarios de los consejeros delegados aumentó de poco más de treinta a uno en 1970 a más de cuatrocientos a uno en 2000. Casi con toda seguridad, con los recortes de impuestos de la Administración Bush, la concentración de ingresos y de riqueza en los escalones superiores de la sociedad sigue al mismo ritmo (Duménil y Lévy, 2004: 4; véase también Task Force, 2004: 3) y los Estados Unidos no están solos: el 1 % superior de las rentas en Gran Bretaña ha doblado su proporción en la renta nacional del 6,5 % al 13 % durante los últimos veinte años; si miramos más lejos, vemos la extraordinaria concentración de riqueza y poder en una pequeña oligarquía tras la administración de la «terapia de cho-

que» neoliberal en Rusia, y el aumento extraordinario de las desigualdades de renta y de riqueza en China al ir adoptando más prácticas neoliberales. Aunque existen excepciones a esta tendencia (numerosos países del Este y del Sudeste asiático han contenido las desigualdades de renta dentro de límites modestos, tal como han hecho Francia y los países escandinavos), las pruebas sugieren poderosamente que el giro neoliberal está asociado al proyecto de restaurar o reconstruir el poder de la clase alta.

Así, podemos examinar la historia del neoliberalismo como un proyecto utópico que facilita un modelo teórico para la reorganización del capitalismo internacional o como un proyecto político para el restablecimiento de las condiciones para la acumulación de capital y la restauración del poder de clase. A continuación, argumento qué ha dominado este último objetivo. El neoliberalismo no se ha mostrado demasiado eficaz en la revitalización de la acumulación de capital global, pero ha tenido bastante éxito en la restauración del poder de clase. En consecuencia, el utopismo teórico de los argumentos neoliberales ha funcionado más como un sistema de justificación y legitimación de las acciones para restaurar el poder de clase. Los principios del neoliberalismo se abandonan con rapidez cuando entran en conflicto con el proyecto de clase.

Hacia la restauración del poder de clase

Si existió un movimiento para la restauración del poder de clase dentro del capitalismo global, ¿cómo y quién lo hizo? La respuesta en países como Chile y Argentina fue tan sencilla como rápida, brutal y segura: un golpe militar respaldado por las clases altas y la represión feroz de todo tipo de solidaridad creada dentro de los movimientos obreros y sociales urbanos, que tanto habían amenazado su poder. En otros lugares, como en Gran Bretaña y México en 1976, fue necesario la amable insistencia

de un FMI que aún no era ferozmente neoliberal para dirigir los países hacia prácticas (aunque no constituían en ningún sentido un compromiso político) de recortes en el gasto social y en el Estado del bienestar para restablecer el equilibrio fiscal. En Gran Bretaña, Margaret Thatcher tomó en 1979 el bastón neoliberal en venganza y lo blandió con grandes efectos, aunque no consiguió superar del todo la oposición dentro de su propio partido, y nunca pudo atacar con eficacia piezas centrales del Estado del bienestar como el Servicio Nacional de Salud. Es curioso señalar que no fue hasta 2004 que el gobierno laborista se atrevió a introducir una estructura tarifaria en la educación superior. El proceso de neoliberalización ha sido intermitente, geográficamente desigual y muy influido por el equilibrio de clases y de otras fuerzas sociales que se han situado a favor o en contra de sus propuestas centrales dentro de una formación estatal determinada e incluso en el marco de sectores particulares (como la salud y la educación) (Yergin y Stanislaw, 1999).

No obstante, tiene interés analizar cómo se desarrolló el proceso en los Estados Unidos, porque es el caso crucial que influiría en las transformaciones globales que ocurrieron más tarde. En este caso se entrelazaron varios hilos de poder para crear un rito de paso muy particular que culminó con la toma del poder legislativo por parte del Partido Republicano a mediados de la década de 1990, blandiendo lo que era un «Contrato con América» totalmente neoliberal como programa de acción interior. Pero antes de llegar a ese punto se dieron muchos pasos, cada uno de los cuales se basaba en y reforzaba a los demás.

Para empezar, hacia 1970 existía una sensación creciente entre las clases más altas de que el clima antinegocios y antiimperialista que había surgido a finales de la década de 1960 había ido demasiado lejos. En un famoso informe, Lewis Powell (a punto de ser elevado al Tribunal Supremo por Nixon) exigía a la Cámara de Comercio Americana en 1971 que montara una

campana *colectiva* para demostrar que lo que era bueno para los negocios era bueno para América. Poco después se formó una discreta pero muy influyente y poderosa Business Round Table (que aún existe y juega un papel estratégico significativo en las políticas del Partido Republicano). Los Corporate Political Action Committees (legalizados por las leyes de financiación de campañas post-Watergate de 1974) proliferaron y, considerando que sus actividades estaban protegidas por la Primera Enmienda como una forma de libertad de expresión según una decisión del Tribunal Supremo en 1976, se inició la captura sistemática del Partido Republicano como el único instrumento de clase del poder *colectivo* (más que particular e individual) corporativo y financiero. Pero el Partido Republicano necesitaba una base popular. Esto era más problemático pero la solución fue la incorporación de los líderes de la Derecha Cristiana (presentada como «mayoría moral») a la Business Round Table. Una gran parte de una clase trabajadora desencantada, insegura y mayoritariamente blanca fue persuadida para votar sistemáticamente contra sus propios intereses materiales por motivos culturales (antiliberal, negro, feminista y homosexual), nacionalistas y religiosos. A mediados de la década de 1990 el Partido Republicano había perdido casi todos sus elementos «liberales» y se había convertido en una máquina derechista que conectaba los financieros del gran capital corporativo con una base populista entre la «mayoría moral» que era especialmente fuerte en el sur de los Estados Unidos (Edsall, 1984; Court, 2003; Frank, 2004).

El segundo elemento de la transición fue el problema de la disciplina fiscal. La recesión de 1973-75 disminuyó los ingresos fiscales a todos los niveles en un momento de aumento de la demanda de gasto social. Por todas partes apareció el déficit como un problema central. Había que hacer algo con la crisis fiscal del Estado. La restauración de la disciplina fiscal era esencial. Esto dio poder a aquellas instituciones financieras

que controlaban las líneas de créditos al estado. En 1975 se negaron a renegociar la deuda de Nueva York y pusieron la ciudad al borde de la quiebra. Un grupo de banqueros se unieron junto con el poder estatal para disciplinar la ciudad. Esto significó la derrota de las aspiraciones de los poderosos sindicatos municipales, el despido de empleados públicos, la congelación de salarios, los recortes en servicios sociales (educación, sanidad, transportes) y la imposición de pagos a los usuarios (por primera vez se establecieron matrículas en el sistema universitario de la City University of New York). El rescate implicó la formación de instituciones nuevas con derechos preferentes sobre los ingresos de la ciudad para retribuir a los tenedores de bonos: lo que quedaba iba al presupuesto para los servicios esenciales. La humillación final fue la exigencia de que los sindicatos municipales invirtieran sus fondos de pensiones en bonos de la ciudad para asegurar que moderasen sus demandas y evitar la pérdida de los fondos si quebraba la ciudad.

Esto fue como un golpe de las instituciones financieras contra el gobierno democráticamente elegido de la ciudad de Nueva York y fue tan efectivo como el golpe militar en Chile. Gran parte de la infraestructura social de la ciudad quedó destruida y la infraestructura física (por ejemplo, el sistema de transporte) se deterioró gravemente por falta de inversión y mantenimiento. La gestión de la crisis fiscal de Nueva York fue un modelo para las prácticas neoliberales, tanto internas bajo Reagan como internacionales a través del FMI en la década de 1980. Estableció el principio de que, en caso de conflicto entre la integridad de las instituciones financieras y los tenedores de bonos por un lado y el bienestar de los ciudadanos por el otro, se debía favorecer a los primeros. Recalcó la visión de que el papel del gobierno era crear un buen ambiente de negocios más que procurar por las necesidades y el bienestar de la población en su conjunto. La redistribución de los beneficios entre las clases altas se produjo en medio de una crisis fiscal ge-

neral. Queda abierta la cuestión de si todos los agentes implicados en este compromiso fiscal en Nueva York comprendían en aquel momento que se trataba de una táctica para restaurar el poder de la clase alta. La necesidad de mantener la disciplina fiscal es una cuestión importante por derecho propio y no tiene por qué conducir a la restauración del poder de clase. Por eso, no es probable que Felix Rohatyn, el principal banquero comercial que medió en el acuerdo entre la ciudad, el Estado y las instituciones financieras, tuviera en mente la restauración del poder de clase, aunque este fuese probablemente el objetivo de los banqueros de inversión. Casi con toda seguridad sí que era el objetivo del secretario del Tesoro William Simon que, después de ver con aprobación los progresos en Chile, se negó a ayudar a la ciudad y afirmó que quería que Nueva York sufriera tanto que ninguna otra ciudad en la nación se atreviera a asumir obligaciones sociales de esa manera (Alcaly y Mermelstein, 1977; Tabb, 1982).

El tercer elemento de la transición implicó un asalto ideológico a los medios y las instituciones académicas. Proliferaron los *think tanks* independientes financiados por individuos ricos y donantes corporativos (encabezados por la Heritage Foundation) para preparar el asalto para persuadir al público del sentido común de las propuestas neoliberales. Un río de documentos y propuestas políticas, y un verdadero ejército de mercenarios bien pagados y entrenados para promocionar las ideas y los ideales neoliberales, junto con la adquisición corporativa del poder mediático, cambió eficazmente el clima en los Estados Unidos hacia mediados de la década de 1980. El proyecto de «sacarse el gobierno de encima» y de reducirlo hasta el punto de que se pudiera «ahogar en una bañera» se proclamó a todo volumen. En esto los promotores del nuevo evangelio encontraron una audiencia receptiva en el ala del movimiento de 1968 cuyo objetivo era mayor libertad individual, y liberarse del poder estatal y de las manipulaciones

del capital monopolista. Los argumentos libertarios a favor del neoliberalismo demostraron ser una fuerza de cambio poderosa y, en la medida en que el propio capitalismo se reorganizó para abrir un espacio para las iniciativas empresariales individuales y centró sus esfuerzos en satisfacer los innumerables nichos de mercado (en especial los definidos por la liberación sexual) que surgían a causa de un consumo cada vez más individualizado, pudo convertir las palabras en hechos.

Esta zanahoria del emprendimiento y el consumismo individualizado estaba respaldada por el gran palo que blandían el Estado y las instituciones financieras contra la otra ala del movimiento del 68 que aspiraba a la justicia social a través de iniciativas colectivas de solidaridad social. La destrucción de los controladores aéreos por parte de Reagan en 1980 y la derrota de los mineros británicos por Margaret Thatcher en 1984 fueron momentos cruciales en el giro global hacia el neoliberalismo. El asalto contra todas estas instituciones, como los sindicatos y las organizaciones de derechos sociales, que pretendían proteger y promover los intereses de la clase obrera, fue tan amplio como profundo. Además, los recortes salvajes en gastos sociales y en el Estado del bienestar, dejando toda la responsabilidad por el bienestar en manos de los individuos y sus familias, siguió adelante. No obstante, estas prácticas ni se detuvieron ni se podían detener en las fronteras nacionales. Después de 1980, los Estados Unidos, ahora firmemente comprometidos con la neoliberalización y claramente apoyados por Gran Bretaña, buscaron, mediante una mezcla de liderazgo, persuasión (los departamentos de economía de las universidades de los Estados Unidos jugaron un gran papel en la formación de muchos economistas de todo el mundo en los principios neoliberales) y coerción para exportar la neoliberalización por todo el mundo. La purga de economistas keynesianos y su sustitución por monetaristas neoliberales en el FMI en 1982 transformó el organismo (dominado por los Estados

Unidos) en el agente supremo de la neoliberalización a través de los programas de reformas estructurales impuestos a todos los estados (y hubo muchos en las décadas de 1980 y 1990) que necesitaron su ayuda para devolver la deuda. El «Consenso de Washington» que se forjó en la década de 1990 y las reglas de negociación propuestas por la OMC, que fueron establecidas en 1998, confirmaron el giro global hacia las prácticas neoliberales (Stiglitz, 2002).

Pero esta dimensión internacional también dependía de la reanimación y la reconfiguración de la tradición imperial norteamericana. Esta tradición, que llegó a América Central en la década de 1920, establecía un imperialismo sin colonias. Se podían mantener repúblicas independientes bajo la influencia de los Estados Unidos y en la práctica actuaban, en el mejor de los casos, como representantes de los intereses de los Estados Unidos, mediante el apoyo a un «hombre fuerte» (por ejemplo, Somoza en Nicaragua, el Shah de Irán y Pinochet en Chile) y una camarilla de seguidores con asistencia militar y ayuda financiera. Se disponía de asistencia encubierta para facilitar la llegada al poder de dichos líderes, pero en la década de 1970, quedó claro que se necesitaba algo más: la abertura de mercados, de nuevos espacios de inversión y campos despejados en los que los poderes financieros pudiesen actuar con seguridad, implicaban una integración mucho más estrecha de la economía global con una arquitectura financiera bien definida. La creación de nuevas prácticas institucionales, como las establecidas por el FMI y la OMC, proporcionaron vehículos convenientes a través de los cuales se podía ejercer el poder financiero y del mercado. Pero para que esto llegase a ocurrir era necesaria la colaboración de las potencias capitalistas más poderosas, y el G7 propició la unión de Europa y Japón con los Estados Unidos para dar forma al sistema financiero y comercial global de manera que todas las naciones se vieran obligadas a someterse a él. Las «naciones rebeldes», definidas

como las que no se querían adherir a dichas reglas globales, se podían domar con sanciones o incluso con la coerción militar en caso necesario. De esta manera, la estrategia imperialista neoliberal de los Estados Unidos se articuló a través de una red global de relaciones de poder, uno de cuyos efectos fue que las clases altas de los Estados Unidos pudieron extraer tributos financieros y captar rentas del resto del mundo como un medio para aumentar su ya apabullante poder (Harvey, 2003).

El neoliberalismo como destrucción creativa

¿De qué modo se podría afirmar que la neoliberalización ha resuelto el problema de la decadente acumulación de capital? Su capacidad real para estimular el crecimiento económico es deplorable. Las tasas de crecimiento agregado se encontraban alrededor del 3,5 % en la década de 1960 e, incluso durante la turbulenta década de 1970, solo cayeron al 2,4 %. Pero las tasas de crecimiento global del 1,4 % y del 1,1 % de las décadas de 1980 y 1990 (y que casi no llega al 1 % desde 2000) indican que el neoliberalismo ha fracasado para estimular el crecimiento mundial (World Commission, 2004). Incluso si excluimos los efectos catastróficos del colapso ruso y de algunas economías de Europa central tras la terapia de choque neoliberal en la década de 1990, la evolución económica global, desde el punto de vista de la restauración de las condiciones de la acumulación general de capital, ha sido débil.

A pesar de toda la retórica sobre sanar economías enfermas, ni Gran Bretaña ni los Estados Unidos alcanzaron buenos niveles de comportamiento económico en la década de 1980. En realidad, la década de 1980 perteneció a Japón, a las economías de los «tigres» del Sudeste asiático y a Alemania Occidental como motores de la economía global. El hecho de que tuvieran mucho éxito, a pesar de unos acuerdos institucionales radicalmente diferentes, hace que sea muy difícil defen-

der que un simple giro hacia (y mucho menos una imposición de) el neoliberalismo en el escenario mundial sea un paliativo económico obvio. Con seguridad, el Bundesbank alemán había seguido una línea fuertemente monetarista (coherente con el neoliberalismo) durante más de dos décadas, lo que sugiere que no existe una conexión necesaria entre monetarismo y restauración del poder de clase. En Alemania Occidental, los sindicatos seguían siendo muy fuertes y los niveles salariales siguieron siendo relativamente altos al lado de la construcción progresiva del Estado del bienestar. Uno de los efectos fue estimular un alto nivel de innovación tecnológica, y esto mantuvo a Alemania Occidental muy por delante en el terreno de la competencia internacional. El crecimiento impulsado por las exportaciones permitió que el país se convirtiera en un líder global. En Japón, los sindicatos independientes eran débiles o inexistentes, pero la inversión estatal en el cambio tecnológico y organizativo y las estrechas relaciones entre empresas e instituciones financieras (un acuerdo que también se demostró positivo en Alemania Occidental) generaron un crecimiento sorprendente impulsado por las exportaciones, en gran parte a expensas de otras economías capitalistas como el Reino Unido y los Estados Unidos. Este crecimiento en la década de 1980 (y la tasa de crecimiento agregado en el mundo fue menor que la de la turbulenta década de 1970) no dependió, por tanto, de la neoliberalización. Por eso, muchos estados europeos se resistieron a las reformas neoliberales y encontraron cada vez más formas de conservar gran parte de su herencia socialdemócrata mientras se acercaban, en algunos casos con bastante éxito, al modelo de Alemania Occidental. En Asia, el modelo japonés implantado bajo sistemas de gobierno autoritario en Corea del Sur, Taiwán y Singapur también se demostró viable y consistente con una redistribución razonablemente equitativa. No fue hasta la década de 1990 cuando la neoliberalización dio sus frutos, tanto para los Estados Unidos como para el Reino

Unido. Esto ocurrió en medio de un largo e interminable periodo de deflación en Japón y un estancamiento relativo en la Alemania recién unificada. No obstante, es objeto de discusión que la recesión japonesa fuera simplemente el resultado de las presiones competitivas o si fue planificada por poderosas fuerzas de clase en los Estados Unidos, usando todo su poder financiero para someter a la economía japonesa.

Entonces, frente a este resultado desigual cuando no deplorable, ¿por qué nos han convencido de que la neoliberalización es una solución tan exitosa? Por encima y más allá de la continua corriente de propaganda que emana de los *think tanks* neoliberales y que inundan los medios, destacan dos razones materiales. Primero, la neoliberalización se ha visto acompañada por una volatilidad creciente en el seno del capitalismo global. El hecho de que el «éxito» tenga que producirse en algún sitio ha tapado la realidad de que el neoliberalismo es en general un fracaso. La volatilidad extrema implica episodios periódicos de crecimientos separados por fases intensas de destrucción creativa, que habitualmente se describen como graves crisis financieras. Argentina se abrió al capital extranjero y a las privatizaciones en la década de 1990, y durante muchos años fue la favorita de Wall Street, hasta que cayó en el desastre total cuando el capital internacional se retiró al final de la década. Al colapso financiero y a la devastación social siguió rápidamente una larga crisis política. Las crisis financieras proliferaron por todo el mundo en desarrollo y en algunos casos, como en Brasil y México, repetidas oleadas de reformas estructurales y austeridad condujeron a la parálisis económica.

Pero el neoliberalismo ha sido un gran éxito desde el punto de vista de las clases altas. Ha restaurado el poder de clase de las élites dirigentes (como en los Estados Unidos y Gran Bretaña) o ha creado las condiciones para la formación de una clase capitalista (como en China, India, Rusia y otros lugares). Incluso los países que han sufrido intensamente con la neoliberalización

han asistido a una enorme reordenación de su estructura de clases. La oleada de privatizaciones en México con la administración Salinas en 1992 permitió una concentración extraordinaria de riqueza en manos de muy pocos (como Carlos Slim, que compró el sistema telefónico estatal y se convirtió instantáneamente en multimillonario). Con los medios dominados por los intereses de la clase alta, se pudo propagar el mito de que los territorios fracasaban porque no eran suficientemente competitivos (planteando así el escenario para más reformas neoliberales). El aumento de las desigualdades sociales en un territorio era necesario para animar al riesgo empresarial y a la innovación que permitieran aumentar la competitividad y estimulaban el crecimiento. Si se deterioraban las condiciones de las clases inferiores era porque habían fracasado, normalmente por razones personales y culturales, en el aumento de su capital humano (a través de la educación, la adquisición de una ética protestante del trabajo, la sumisión a la disciplina y la flexibilidad laboral, etc.). En definitiva, los problemas particulares surgían por la falta de fuerza competitiva o por fracasos personales, culturales y políticos. En un mundo darwinista, solo los más adaptados pueden y deben sobrevivir. Los problemas sistémicos quedan enmascarados bajo un alud de pronunciamientos ideológicos y bajo una plétora de crisis localizadas.

Si los logros principales del neoliberalismo han sido redistributivos más que generativos, entonces se debían encontrar vías para transferir bienes y redistribuir la riqueza y los ingresos, desde la masa de la población hacia las clases superiores o desde los países vulnerables a los países ricos. En otro lugar he explicado estos mecanismos bajo la etiqueta de «acumulación por desposesión» (Harvey, 2003: cap. 4). Con ello me refiero a la continuación y proliferación de las prácticas de acumulación que Marx había denominado como «primitiva» u «originaria» durante el ascenso del capitalismo. Esto incluye la mercantilización y privatización de la tierra y la expulsión forzosa de

la población campesina (como en México y la India en tiempos recientes); la conversión de diversas formas del derecho de propiedad (por ejemplo, común, colectiva, estatal) en derecho a la propiedad exclusivamente privada; la supresión de derechos comunitarios; la mercantilización de la fuerza de trabajo y la supresión de formas alternativas (indígenas) de producción y consumo; los procesos colonial, neocolonial e imperial de apropiación de activos (incluidos los recursos naturales); la monetarización del intercambio y la fiscalidad, en especial de la tierra; el comercio de esclavos (que continúa, especialmente en la industria sexual); y la usura, la deuda nacional y, lo más devastador de todo, el uso del sistema crediticio como un medio radical de acumulación primitiva. El estado, con su monopolio de la violencia y sus definiciones de la legalidad, juega un papel crucial en el respaldo y la promoción de estos procesos, y en muchos casos ha recurrido a la violencia. A esta lista de mecanismos, podemos añadir ahora una serie de técnicas adicionales, como la extracción de rentas de patentes y de derechos de propiedad intelectual, y la disminución o eliminación de diversas formas de derechos de propiedad común (como las pensiones estatales, las vacaciones pagadas, el acceso a la educación y a la sanidad) conseguidos a lo largo de una o más generaciones de lucha de clases socialdemócrata. La propuesta de privatizar todas las pensiones estatales (encabezada por Chile bajo la dictadura) es uno de los objetivos más deseados por los neoliberales en los Estados Unidos.

Aunque en los casos de China y Rusia pudiera ser razonable referirnos a los acontecimientos recientes con los términos «primitiva» u «originaria», las prácticas que han restaurado el poder de clase en las élites capitalistas en los Estados Unidos y otros sitios se describen mejor como un proceso continuado de acumulación por desposesión que rápidamente ha adquirido importancia bajo el neoliberalismo. He aislado cuatro elementos principales.

1. Privatización

La corporativización, la mercantilización y la privatización de bienes que antes eran públicos ha sido un elemento distintivo del proyecto neoliberal. Su objetivo principal ha sido abrir ámbitos nuevos para la acumulación de capital en dominios que hasta ese momento se consideraban fuera de los límites del cálculo de rentabilidad. Bienes públicos de todo tipo (agua, telecomunicaciones, transporte), servicios de bienestar social (vivienda social, educación, sanidad, pensiones), instituciones públicas (como universidades, laboratorios de investigación, prisiones) e incluso la guerra (como ilustra el «ejército» de contratistas privados que operan al lado de las fuerzas armadas en Iraq) han sido privatizados hasta cierto punto en todo el mundo capitalista. Los derechos de propiedad intelectual establecidos a través del llamado acuerdo TRIPS dentro de la OMC define los materiales genéticos, las semillas y otros muchos productos como propiedad privada. Así se pueden extraer rentas de poblaciones cuyas prácticas han jugado un papel esencial en el desarrollo de dichos materiales genéticos. La biopiratería florece y el saqueo de los recursos genéticos mundiales sigue en marcha en beneficio de unas pocas empresas farmacéuticas. El agotamiento progresivo de los bienes ambientales comunes (tierra, aire, agua) y la proliferación de la degradación del hábitat que no permite más que modos de producción agrícola intensivos en capital han sido también el resultado de la mercantilización de la naturaleza en todas sus formas. La mercantilización (a través del turismo) de las formas culturales, la historia y la creatividad intelectual conlleva una desposesión completa (la industria musical destaca por la apropiación y explotación de la cultura y la creatividad comunitaria). Como en el pasado, el poder del Estado se usa con frecuencia para imponer dichos procesos, incluso contra la voluntad popular. La derogación del marco legal diseñado para proteger el trabajo y el medioambiente de la degradación ha provocado la pérdida

de derechos. La reversión de los derechos de propiedad común conseguidos a lo largo de la dura lucha de clases (el derecho a una pensión estatal, al bienestar, al sistema de salud nacional) hacia el dominio privado ha sido una de las políticas de desposesión más destacadas aplicada en nombre de la ortodoxia neoliberal. Todos estos procesos persiguen la transferencia de recursos, desde el dominio público y popular hacia el dominio privado y de las clases privilegiadas. Arundhati Roy afirma, en relación con el caso indio, que la privatización ha provocado «la transferencia de activos públicos productivos del Estado a las empresas privadas. Los activos productivos incluyen los recursos naturales. Tierra, bosques, agua, aire. Estos son los bienes que le ha confiado al Estado el pueblo al que representa... Arrebatárselos y venderlos a empresas privadas es un proceso de una desposesión salvaje a una escala que no tiene paralelo en la historia» (Roy, 2001).

2. Financiarización

La fuerte oleada de financiarización que se inició a partir de 1980 se ha caracterizado por su estilo especulativo y depredador. El volumen diario total de las transacciones financieras en los mercados internacionales que se situaba en los 2.300 millones de dólares en 1983 ha subido hasta los 130.000 millones en 2001. Este volumen anual de 40 billones de dólares en 2001 contrasta con los 800.000 millones que se estima que serían necesarios para apoyar el comercio internacional y el flujo de inversiones productivas (Dicken, 2003: cap. 13). La desregulación ha permitido que el sistema financiero se convierta en uno de los principales centros de actividad redistributiva a través de la especulación, la depredación, el fraude y el robo. La promoción de acciones, los esquemas Ponzi, la destrucción estructurada de activos a través de la inflación, la liquidación de activos mediante fusiones y adquisiciones, la promoción de niveles de deuda que reducen a poblaciones enteras, incluso en

los países capitalistas desarrollados, a ser esclavas de la deuda, sin hablar del fraude empresarial, la desposesión de activos (el saqueo de los fondos de pensiones y su devaluación con colapsos bursátiles y empresariales) mediante manipulaciones del crédito y de la bolsa, se han convertido en elementos centrales del sistema financiero capitalista. El énfasis en el valor de las acciones al unir los intereses de los propietarios y de los gestores del capital a través de la remuneración de estos últimos con *stock options* condujo, como sabemos ahora, a manipulaciones del mercado que proporcionaron una riqueza inmensa a unos pocos a expensas de la mayoría. El colapso espectacular de Enron fue emblemático de un proceso general que desposeyó a mucha gente de sus medios de vida y de sus derechos de pensión. Más allá de esto, también debemos analizar los asaltos especulativos por parte de fondos de alto riesgo (*hedge funds*) y otras grandes instituciones del capital financiero, porque forman la punta de lanza de la acumulación por desposesión en el escenario global, incluso si supuestamente aportan el beneficio positivo de «extender los riesgos» para la clase capitalista

3. La gestión y la manipulación de las crisis

Más allá de la frivolidad especulativa y con frecuencia fraudulenta que caracteriza a gran parte de la manipulación financiera neoliberal, existe un proceso más profundo que consiste en alimentar «la trampa de la deuda» como medio principal de la acumulación por desposesión. La creación, gestión y manipulación de crisis en el escenario mundial se ha convertido en un arte de redistribución de riqueza desde los países pobres a los ricos. Al subir de repente los tipos de interés en 1979, Volcker aumentó la proporción de ingresos extranjeros que los países deudores debían dedicar al pago de los intereses de la deuda. Empujados a la quiebra, países como México tuvieron que aceptar reformas estructurales. Mientras que proclamaba su papel como el noble líder que organizaba «rescates»

para mantener estable y controlada la acumulación global de capital, Estados Unidos también podía ir abriendo el camino para saquear la economía mexicana a través del despliegue de un poder financiero superior bajo condiciones de crisis local. El complejo Tesoro de los Estados Unidos/Wall Street/FMI se volvió un experto en hacer lo mismo en todas partes. Greenspan, en la Reserva Federal, desplegó la misma táctica de Volcker en muchas ocasiones a lo largo de la década de 1990. Las crisis de la deuda en países concretos, poco habituales durante la década de 1960, se volvieron frecuentes en las décadas de 1980 y 1990. No se libró casi ningún país en desarrollo y en algunos casos, en América Latina, dichas crisis fueron lo suficientemente frecuentes para considerarse endémicas. Estas crisis de la deuda fueron orquestadas, gestionadas y controladas para racionalizar el sistema y para redistribuir los activos durante las décadas de 1980 y 1990. Wade y Veneroso (1998: 3-23) captaron su esencia cuando escribieron sobre la crisis asiática de 1997-1998 (provocada por las actividades de *hedge funds* ubicados en los Estados Unidos):

Las crisis financieras siempre han causado transferencias de propiedad y poder hacia los que mantienen intactos sus activos y están en posición de generar crédito, y la crisis asiática no es una excepción... no hay duda de que las empresas occidentales y japonesas son las grandes ganadoras... La combinación de devaluaciones masivas, liberalización financiera impuesta por el FMI y recuperación facilitada por el FMI es posible que haya precipitado la mayor transferencia de activos en tiempos de paz de propietarios locales a extranjeros en los últimos cincuenta años en todo del mundo, haciendo pequeñas las transferencias de propietarios locales a norteamericanos en América Latina en la década de 1980 o en México después de 1995. Recordemos la afirmación atribuida a

Andrew Mellon: «En una depresión, los activos regresan a sus verdaderos dueños».

La analogía con la creación deliberada de desempleo para generar un excedente de trabajadores con sueldos bajos, tan conveniente para seguir la acumulación, es exacta. Activos valiosos se dejan de usar y pierden valor. Quedan inactivos y durmientes hasta que capitalistas con liquidez deciden apropiárselos e infundirles una nueva vida. El peligro, no obstante, reside en que las crisis se puedan descontrolar y generalizar, o que se produzcan revueltas contra el sistema que las ha creado. Una de las funciones principales de las intervenciones estatales y de las instituciones internacionales es orquestar crisis y devaluaciones de manera que permitan la acumulación por desposesión sin derivar en un colapso general o en una revuelta popular. El programa de reformas estructurales administrado por el complejo Wall Street/Tesoro/FMI se encarga de lo primero, mientras que es tarea del aparato del Estado neoliberal (respaldado por la asistencia militar de la potencia imperial) en el país saqueado asegurarse de que no ocurra lo segundo. Sin embargo, muy pronto empezaron a aparecer signos de revuelta popular, primero con el levantamiento zapatista en México en 1994, y después con el descontento generalizado que surgió con el movimiento antiglobalización que tuvo su bautismo en la revuelta en Seattle.

4. Redistribuciones estatales

El Estado, una vez transformado en un conjunto de instituciones neoliberales, se convierte en el agente principal de las políticas de redistribución, revirtiendo el flujo de las clases superiores a las inferiores propio de la época de hegemonía socialdemócrata. Lo hace en primer lugar mediante un esquema de privatizaciones y recortes en los gastos estatales que sostienen los servicios sociales. Aun cuando la privatización parezca

beneficiosa para las clases bajas, los efectos a largo plazo pueden ser negativos. A primera vista, por ejemplo, el programa de Thatcher de privatización de las viviendas sociales en Gran Bretaña parecía un regalo a las clases bajas, que ahora podían pasar de arrendatarios a propietarios a un coste relativamente bajo, conseguían el control de un activo valioso y aumentaban su riqueza. Pero una vez completada la transferencia, se desató la especulación inmobiliaria, en especial en barrios del centro, la cual acabó expulsando la población pobre a la periferia en ciudades como Londres, y convirtiendo viviendas de clase obrera en centros de una intensa gentrificación. La falta de viviendas asequibles en las zonas centrales provocó la pérdida del hogar para muchos y viajes extraordinariamente largos para los que tenían trabajos en el sector servicios con sueldos bajos. La privatización de los ejidos en México, que se convirtió en un elemento central del programa neoliberal durante la década de 1990, tuvo efectos parecidos para las perspectivas del campesinado mexicano, obligando a muchos residentes rurales a abandonar el campo por la ciudad en busca de empleo. El estado chino ha tomado toda una serie de pasos draconianos gracias a los cuales los activos se han concentrado en una pequeña élite en detrimento de la mayoría de la población.

El Estado neoliberal también busca la redistribución a través de otras medidas como la revisión de la legislación fiscal para primar los beneficios sobre las inversiones en lugar de a los ingresos y salarios, la promoción de elementos regresivos en la fiscalidad (como impuestos sobre las ventas), el desplazamiento de los gastos del Estado y el acceso libre para todos mediante el pago por uso (por ejemplo en la educación superior) y la provisión de un extenso abanico de subsidios y moratorias de impuestos a las empresas. Los programas de bienestar empresarial que existen en la actualidad en los Estados Unidos a nivel federal, estatal y local representan una amplia redirección de dinero público en beneficio de las empresas (directamente,

como en el caso de los subsidios a las empresas agrarias, e indirectamente, como en el caso del sector militar-industrial), de la misma manera que la deducción fiscal por la tasa de interés hipotecaria actúa en los Estados Unidos como un subsidio masivo a los propietarios inmobiliarios con grandes ingresos y a la industria de la construcción. El aumento de la vigilancia y la policía y, en el caso de Estados Unidos, el encarcelamiento de los elementos más recalcitrantes de la población, evidencian un siniestro papel de intenso control social. En los países en desarrollo, donde la oposición al neoliberalismo y a la acumulación por desposesión puede ser más fuerte, el estado neoliberal asume con rapidez el papel de ejercer una represión activa hasta el punto de una guerra de baja intensidad contra los movimientos de oposición (muchos de los cuales se pueden designar ahora convenientemente como «terroristas» para conseguir la asistencia y el apoyo militar de los Estados Unidos) como los zapatistas en México o el movimiento de los campesinos sin tierras en Brasil.

En efecto, según informa Roy, «están asfixiando la economía rural de la India, que es el medio de vida de setecientos millones de personas. Los campesinos que producen demasiado están angustiados, los campesinos que producen demasiado poco están angustiados y los jornaleros agrícolas sin tierras se quedan sin trabajo cuando las grandes granjas y explotaciones despiden a sus trabajadores. Llegan en masa a las ciudades en busca de empleo» (Roy, 2001). En China se estima que la urbanización deberá absorber al menos a quinientos millones de personas en los próximos diez años si se quiere evitar el caos y la revuelta rural. No está claro lo que harán en las ciudades, pero los enormes planes de infraestructura física que están ahora en marcha absorberán el excedente de trabajo liberado por la acumulación primitiva.

Las tácticas redistributivas del neoliberalismo son muy amplias, sofisticadas y frecuentemente enmascaradas por ma-

niobras ideológicas, pero son devastadoras para la dignidad y el bienestar social de poblaciones y territorios vulnerables. La ola de destrucción creativa que la neoliberalización ha lanzado sobre el paisaje del capitalismo no tiene paralelo en toda su historia. Es comprensible que haya provocado la aparición de resistencias y la búsqueda de alternativas viables.

Alternativas

El neoliberalismo ha provocado la aparición de un conjunto de movimientos de oposición tanto dentro como fuera de sus límites. Muchos de estos movimientos son radicalmente diferentes de los movimientos de base obrera que dominaban antes de 1980. Digo «muchos» pero no «todos». Los movimientos obreros tradicionales no han muerto ni siquiera en los países capitalistas desarrollados donde han quedado debilitados por el asalto neoliberal contra su poder. En Corea del Sur y en Sudáfrica surgieron vigorosos movimientos obreros durante la década de 1980, y en gran parte de América Latina los partidos obreros florecen si es que no están ya en el poder. En Indonesia, un movimiento obrero de gran importancia potencial está luchando para que lo escuchen. El potencial de malestar obrero en China es inmenso, aunque bastante impredecible. Además, no está claro si la masa de la clase obrera en los Estados Unidos, que durante la última generación ha votado contra sus intereses materiales por razones de nacionalismo cultural, religión y oposición a múltiples movimientos sociales, permanecerá para siempre atascada en esta política como consecuencia de las maquinaciones, tanto de republicanos como de demócratas. Dada la volatilidad, no hay ninguna razón para descartar el resurgimiento en los próximos años de una política de base obrera con un proyecto fuertemente antineoliberal.

No obstante, la lucha contra la acumulación por desposesión está fomentando el surgimiento de conflictos sociales

y políticos bastante diferentes. En parte por las condiciones diferenciadas que dan origen a dichos movimientos, su orientación política y los modos de organización se diferencian en gran medida de los típicos de la política socialdemócrata. La rebelión zapatista, por ejemplo, no intentó ocupar el poder estatal o alcanzar una revolución política. En su lugar, propuso una política más inclusiva que permease a través de toda la sociedad civil en una búsqueda más abierta y fluida de alternativas que se centraran en las necesidades específicas de los diferentes grupos sociales y les permitiera mejorar su situación. Desde el punto de vista organizativo, intentó evitar el vanguardismo y se negó a adoptar la forma de partido político. En su lugar prefirió seguir como movimiento social dentro del estado, intentando formar un bloque de poder político en el que las culturas indígenas fueran centrales en lugar de periféricas. Por eso intentó realizar algo parecido a una revolución pasiva dentro de la lógica territorial del poder estatal.

El efecto de todos estos movimientos ha sido un cambio en el terreno de la organización política, alejándose de los partidos políticos y sindicatos tradicionales para organizarse en una dinámica política de acción social menos focalizada y que abarque todo el espectro de la sociedad civil. Pero lo que pierden en foco lo ganan en relevancia. Obtienen su fuerza de la implicación en las luchas de la vida cotidiana, aunque al hacerlo les resulte difícil alejarse de lo local y lo particular para comprender la macropolítica de lo que es y trata la acumulación neoliberal por desposesión. La variedad de estas luchas fue y es sorprendente. Incluso resulta difícil imaginar conexiones entre ellas. Formaban y forman parte de una mezcla volátil de movimientos de protesta que recorrieron el mundo y que ocuparon cada vez más los titulares durante y después de la década de 1980 (Wignaraja, 1993; Brecher *et al.*, 2000; Gills, 2001; Bello, 2002; Mertes, 2004). A veces estos movimientos y revueltas fueron aplastados con gran violencia, en su mayor parte por

poderes estatales que actuaban en nombre del «orden y la estabilidad». En otras partes provocaron violencia interétnica y guerras civiles porque la acumulación por desposesión provocó intensas rivalidades sociales y políticas en un mundo dominado por tácticas del divide y vencerás por parte de las fuerzas capitalistas. Estados clientes, apoyados militarmente y en algunos casos con fuerzas especiales entrenadas por los grandes aparatos militares (lideradas por los Estados Unidos, con Gran Bretaña y Francia jugando un papel secundario), encabezaron un sistema de represión y liquidación para aplastar sin piedad los movimientos de activistas que se enfrentaban a la acumulación por desposesión.

Los propios movimientos han producido un gran número de ideas que plantean alternativas. Algunos buscan la desvinculación total o parcial de los aplastantes poderes del neoliberalismo y del neoconservadurismo. Otros buscan la justicia social y ambiental global mediante la reforma o la disolución de instituciones poderosas como el FMI, la OMC y el Banco Mundial. Otros enfatizan el tema de «reclamar los comunes», señalando así la continuidad de fondo con luchas muy antiguas, así como con luchas que se desarrollaron a lo largo de la amarga historia del colonialismo y del imperialismo. Algunos ven una multitud en movimiento, o un movimiento dentro de la sociedad civil global, para enfrentarse a los poderes dispersos y descentralizados del orden neoliberal, mientras que otras miran modestamente hacia experimentos locales con nuevos sistemas de producción y consumo, animados por tipos completamente diferentes de relaciones sociales y prácticas ecológicas. También hay quienes ponen su fe en los partidos políticos más convencionales con el objetivo de conseguir el poder estatal como un paso hacia la reforma global del orden económico. Muchas de estas corrientes diversas se unen en el Foro Social Mundial en un intento por definir lo que tienen en común y construir un poder organizativo capaz de enfrentarse

a las muchas variantes del neoliberalismo y del neoconservadurismo. Aquí hay mucho que admirar y aprender.

Pero ¿qué tipos de conclusiones se pueden derivar del análisis que aquí hemos presentado? Para empezar, la historia del compromiso socialdemócrata y el consiguiente giro hacia el neoliberalismo señala el papel crucial que ha jugado la lucha de clases para frenar o restaurar el poder de clase. Aunque se haya disfrazado con eficacia, hemos vivido durante toda una generación una lucha de clases sofisticada por parte de los estratos superiores de la sociedad para restaurar o, como en China y Rusia, formar un apabullante poder de clase. Todo esto ocurrió en décadas en las que muchos progresistas estaban teóricamente convencidos de que la clase era una categoría sin significado y cuando las instituciones desde las que se había desarrollado hasta ese momento la lucha de clase a favor de la clase trabajadora se encontraban bajo un ataque feroz. Por eso, la primera lección que debemos aprender es que si parece una lucha de clases y actúa como una lucha de clases, entonces le tenemos que dar el nombre que se merece. La masa de la población debe resignarse a la trayectoria histórica y geográfica definida por este apabullante poder de clase o responder en término de clase.

Esta explicación no es un recurso nostálgico de una edad dorada perdida en la que el proletariado estaba en movimiento. Ni tampoco significa necesariamente (si es que lo fue alguna vez) que existe una concepción simple del proletariado al que podamos apelar como el agente principal (mucho menos exclusivo) de la transformación histórica. No existe ningún campo proletario de una fantasía utópica marxista al que nos podamos retirar. Señalar la necesidad e inevitabilidad de la lucha de clases no quiere decir que la forma en que la clase se constituye está determinada o incluso sea determinable por adelantado. Los movimientos de clase se construyen a sí mismos, aunque no bajo condiciones de su elección, y el análisis demuestra que

dichas condiciones se han bifurcado en la actualidad en movimientos relacionados con la reproducción expandida, en la que la explotación del trabajo asalariado y las condiciones que definen el salario social son temas centrales, y en movimientos entorno de la acumulación por desposesión en los que, desde las formas clásicas de acumulación primitiva a través de prácticas destructoras de culturas, historias y medioambientes, hasta las depredaciones ejercidas por las formas contemporáneas del capital financiero, son el centro de la resistencia. Encontrar la relación orgánica entre estos movimientos de clase es una tarea teórica y práctica urgente, pero el análisis también demuestra que debe realizarse en una trayectoria histórico-geográfica de acumulación de capital que se basa en un aumento de la conectividad a través del espacio y del tiempo, pero marcada por desarrollos geográficos cada vez más desiguales. Esta desigualdad se debe entender como algo producido activamente y sostenido por procesos de acumulación de capital, sin fijarnos en la importancia que puedan tener las señales residuales de configuraciones pasadas establecidas en el paisaje cultural y en el mundo social.

Pero el análisis también destaca contradicciones explotables dentro de la agenda neoliberal. La distancia entre la retórica (para el beneficio de todos) y la realización (para el beneficio de una pequeña clase gobernante) aumenta en el espacio y el tiempo, y los movimientos sociales han hecho mucho por centrarse en ese hueco. La idea de que el mercado se centra en la competencia y la justicia está cada vez más negada por los hechos de una extraordinaria monopolización, centralización e internacionalización del poder empresarial y financiero. El aumento alarmante de las desigualdades de clase y regionales, tanto dentro de los estados (como en China, Rusia, India, México y Sudáfrica) como a nivel internacional, plantea un serio problema político que ya no se puede seguir encubriendo como algo «transitorio» en el camino hacia un mundo neolibe-

ral perfecto. El énfasis neoliberal en los derechos individuales y en el uso cada vez más autoritario de los poderes del estado para apoyar el sistema se convierte en foco de tensión y conflicto. Cuanto más se reconozca el neoliberalismo como un proyecto utópico fallido, si no hipócrita, que enmascara un intento exitoso de restauración del poder de clase, mayor será la base para la reaparición de movimientos de masas que planteen exigencias políticas igualitarias, busquen la justicia económica, el comercio justo y mayores seguridad económica y democratización.

Pero la naturaleza profundamente antidemocrática del neoliberalismo debería ser seguramente el foco principal de la lucha política. Instituciones con un poder enorme, como la Reserva Federal, están fuera de todo control democrático. Internacionalmente, la falta elemental de rendición de cuentas y, mucho menos, de control democrático sobre instituciones como el FMI, la OMC y el Banco Mundial, sin mencionar el enorme poder privado de instituciones financieras, convierten en una broma cualquier preocupación seria por la democratización. Volver a plantear las demandas de gobierno democrático y de la igualdad y la justicia económica, política y cultural no consiste en sugerir el regreso a una edad dorada, sino que significa que cada elemento se tiene que reinventar para gestionar las condiciones y potencialidades contemporáneas. El significado de la democracia en la antigua Atenas tiene poco que ver con el significado que le debemos otorgar en la actualidad en circunstancias tan diversas como São Paulo, Johannesburgo, Shanghái, Manila, San Francisco, Leeds, Estocolmo y Lagos. Pero por todo el globo, desde China, Brasil, Argentina, Taiwán, Corea hasta Sudáfrica, Irán, India y Egipto, desde las naciones en dificultades en Europa oriental hasta en el corazón del capitalismo contemporáneo, existen grupos y movimientos sociales activos que impulsan reformas que son expresión de alguna forma de valores democráticos.

Este es uno de los puntos centrales de muchas de las luchas que surgen en la actualidad. No obstante, cuanto mayor sea la claridad de los movimientos de oposición en el reconocimiento de que su objetivo central debe ser enfrentarse al poder de clase que se ha restaurado con tanta efectividad bajo la neoliberalización, más posibilidades tendrán de cohesionarse internamente. Arrancar la máscara neoliberal y denunciar su retórica seductora, utilizada con tanta eficacia para justificar y legitimar la restauración de dicho poder, tiene que jugar un papel significativo en dicha lucha. Los neoliberales tardaron muchos años en establecer y culminar su marcha victoriosa a través de las instituciones del capitalismo contemporáneo. No podemos esperar nada menos de una lucha que empuje en dirección contraria.

Referencias bibliográficas

- ALCALY, Roger y David MERMELSTEIN (1977). *The Fiscal Crisis of American Cities*. Nueva York: Vintage.
- ARMSTRONG, Philip, Andrew GLYNN y John HARRISON (1991). *Capitalism since World War II. The Making and Breaking of the Long Boom*. Oxford: Blackwell.
- BELLO, Walden (2002). *Deglobalization. Ideas for a New World Economy*. Londres: Zed Books.
- BRECHER, Jeremy, Tim COSTELLO y Brendan SMITH (2000). *Globalization from Below. The Power of Solidarity*. Cambridge: South End Press.
- COURT, Jamie (2003). *Corporateeering. How Corporate Power Steals your Personal Freedom*. Nueva York: Tarcher Putnam.
- CRAMPTON, Thomas (2003). «Iraqi official urges caution on imposing free market», *The New York Times*, 14 de octubre; p. C5.
- DICKEN, Peter (2003). *Global Shift. Reshaping the Global Economic Map in the 21st Century*. Nueva York: Guilford Press (4ª ed.).
- DUMÉNIL, Gérard y Dominique LÉVY (2004). *Neo-liberal Dynamics. A New Phase?*, en: K. van der Pijl, L. Assassi y D.

- Wigan (eds.). *Global Regulation. Managing Crises after the Imperial Turn*. Nueva York: Palgrave Macmillan; pp. 41-63.
- EDSALL, Thomas (1984). *The New Politics of Inequality* . Nueva York: Norton.
- FRANK, Thomas (2004). *What's the Matter with Kansas. How Conservatives Won the Heart of America*. Nueva York: Metropolitan Books.
- GILLS, Barry (ed.) (2001). *Globalization and the Politics of Resistance* Nueva York: Palgrave.
- HARVEY, David (2003). *The New Imperialism* . Oxford: Oxford University Press [trad. cast.: *El nuevo imperialismo* . Madrid: Akal, 2004].
- JUHASZ, Antonia (2004). «Ambitions of Empire: the Bush administration economic plan for Iraq (and beyond)», *LeftTurn Magazine*, 12 (febrero/marzo).
- MERTES, Tom (ed.) (2004). *A Movement of Movements* . Londres: Verso.
- ROY, Arundhati (2001). *Power Politics* . Cambridge: South End Press.
- STIGLITZ, Joseph (2002). *Globalization and its Discontents* . Nueva York: Norton [trad. cast.: *El malestar de la globalización* . Madrid: Punto de Lectura, 2003].
- TABB, William (1982). *The Long Default. New York City and the Urban Fiscal Crisis*. Nueva York: Monthly Review Press.
- TASK FORCE ON INEQUALITY AND AMERICAN DEMOCRACY (2004). *American Democracy in an Age of Rising Inequality* . American Political Science Association.
- VALDEZ, Juan (1995). *Pinochet's Economists. The Chicago School in Chile*. Nueva York: Cambridge University Press.
- WADE, Robert y Franck VENEROSO (1998). «The Asian crisis: the high debt model versus the Wall Street-Treasury-IMF complex», *New Left Review*, 228; pp. 3-23.
- WIGNARAJA, Ponna (ed.) (1993). *New Social Movements in the South. Empowering the People*. Londres: Zed Books.
- WILLIAMS, Raymond (1958). *Culture and Society, 1780-1850*. Londres: Chatto & Windus [trad. cast.: *Cultura y sociedad, 1780-1850*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2001].

WORLD COMMISSION (ON THE SOCIAL DIMENSION OF GLOBALIZATION) (2004). *A Fair Globalization. Creating Opportunities for All*. Ginebra: Organización Internacional del Trabajo.

YERGIN, Daniel y Joseph STANISLAW (1999). *The Commanding Heights. The Battle between Government and Market Place that is Remaking the Modern World*. Nueva York: Simon & Schuster.

David Harvey

Si Raymond Williams estuviera pensando hoy en las entradas para su conocido texto *Keywords*, seguramente incluiría la palabra «espacio». La podría muy bien haber incluido en aquella corta lista de conceptos como «cultura» y «naturaleza», y la describiría «como una de las palabras más complicadas de nuestro lenguaje» (Williams, 1985). ¿Cómo podríamos, entonces, clarificar la amplitud de significados que van unidos a la palabra «espacio» sin perdernos en un laberinto (en sí mismo una metáfora espacial interesante) de complicaciones?

Con frecuencia el «espacio» implica modificaciones. Las complicaciones surgen a veces de las modificaciones (que a menudo se omiten en el discurso oral o escrito), más que de la complejidad inherente en la propia noción de espacio. Cuando, por ejemplo, escribimos sobre el espacio «material», «metafórico», «liminal», «personal», «social» o «psíquico» (por citar solo algunos ejemplos), nos referimos a una variedad de contextos que apunta a temas que hacen que el significado del espacio dependa del contexto. De manera similar, cuando construimos frases como espacios del miedo, del juego, de la cosmología, de los sueños, de la ira, de las partículas físicas, del capital, de las tensiones geopolíticas, de la esperanza, de la memoria o de la interacción ecológica (de nuevo, solo por señalar unas pocas de las aparentemente infinitas áreas de aplicación del término), el terreno de aplicación define algo tan especial que cualquier definición genérica de espacio se convierte en una tarea desesperada. Sin embargo, en lo que sigue voy a de-

* Traducido por Núria Benach del original inglés: «Space as a key word», en: David Harvey (2006). *Spaces of Global Capitalism: Towards a Theory of Uneven Development*. Londres: Verso, 2006; pp. 119-148.

jar de lado estas dificultades e intentaré proponer una clarificación general del significado del término. Con ello espero disipar una parte de la niebla de mala comunicación que parece que complica el uso de la palabra.

El punto de entrada que hemos escogido para dicha reflexión, no obstante, no es inocente, porque inevitablemente define una perspectiva particular que resalta algunos temas por encima de otros. Por supuesto, normalmente se otorga un cierto privilegio a la reflexión filosófica, porque la filosofía aspira a elevarse por encima de los variados y divergentes campos de las prácticas humanas y sus conocimientos parciales, con el fin de asignar significados definitivos a las categorías que utilizamos. Tengo la impresión de que hay suficientes disensiones y confusión entre los filósofos sobre el significado del espacio como para que ello lo sea todo menos un punto de partida sin complicaciones. Más aún, como no estoy en ningún sentido cualificado para reflexionar sobre el concepto de espacio desde dentro de la tradición filosófica, parece que lo más adecuado es empezar por el punto que conozco mejor. Por eso empezaré desde el punto de vista del geógrafo, no porque sea un lugar privilegiado que de alguna manera tenga un derecho de propiedad (como parece que pretenden a veces algunos geógrafos) sobre el uso de los conceptos espaciales, sino porque resulta que ahí es donde realizo la mayor parte de mi trabajo. Es en este ámbito en el que me he enfrentado más directamente con la complejidad que puede abarcar la palabra «espacio». Por supuesto, a menudo me he basado en la obra de otros que han realizado su tarea en las diferentes ramas de la división del trabajo académica e intelectual, así como en la obra de muchos geógrafos (demasiados para citarlos a todos en un ensayo breve como este) que se han ocupado activamente de la exploración de estos problemas con sus propias y distintivas maneras. No intento hacer una síntesis de todos estos trabajos sino ofrecer una visión puramente personal de cómo han evolucionado (o

no) mis propios puntos de vista a medida que he buscado significados que funcionen, tan satisfactoriamente como sea posible, para los temas teóricos y prácticos que más me preocupan.

Empecé reflexionando sobre este problema hace muchos años. En *Social Justice and the City*, publicado en 1973, afirmé que era crucial repensar la naturaleza del espacio si queríamos comprender los procesos urbanos bajo el capitalismo. Basándome en ideas expuestas previamente en un estudio de la filosofía de la ciencia y parcialmente exploradas en *Explanation in Geography*, identifiqué una división tripartita de la manera en la que podemos comprender el espacio:

Si contemplamos el espacio como absoluto, se convierte en una «cosa en sí misma», con una existencia independiente de la materia. Entonces posee una estructura que podemos utilizar para clasificar o individualizar los fenómenos. La visión del espacio relativo propone que se entienda como una relación entre objetos que existen solo porque los objetos existen y se relacionan entre ellos. Existe otro sentido en el que el espacio se puede contemplar como relativo y decidí llamarlo espacio relacional: un espacio visto a la manera de Leibniz, como contenido en los objetos, en el sentido que se puede decir que un objeto existe solo en la medida que contiene y representa dentro de sí mismo relaciones con otros objetos. (Harvey, 1973: 13)

Creo que vale la pena mantener esta división tripartita. Así que vamos a empezar con una breve elaboración de lo que puede implicar cada una de estas categorías.

El espacio absoluto es fijo y registramos o planeamos acontecimientos dentro de este marco. Es el espacio de Newton y Descartes, y normalmente se le representa como una cuadrícula preexistente e inamovible, dispuesta para mediciones estandarizadas y que puede calcularse. Geométricamente, es

el espacio de Euclides y por eso es el espacio de todo tipo de mapas catastrales y de prácticas de ingeniería. Es un espacio primario de individualización (*res extensa*, en expresión de Descartes) y esto se aplica a todos los fenómenos separados y limitados que le incluyen a usted y a mí como personas individuales. Socialmente, es el espacio de la propiedad privada y de otras denominaciones territoriales limitadas (como estados, unidades administrativas, planos urbanos y tramas urbanas). Cuando el Descartes ingeniero contemplaba el mundo con sensación de dominio, se trataba de un mundo de espacio (y tiempo) absoluto del que se podían eliminar en principio todas las incertidumbres y ambigüedades, y en el que el cálculo humano podía desarrollarse sin inhibiciones.

La noción relativa del espacio se asocia principalmente con el nombre de Einstein y las geometrías no-euclidianas que se empezaron a construir más sistemáticamente en el siglo XIX. El espacio es relativo en un doble sentido: porque existen múltiples geometrías donde escoger y porque el marco espacial depende esencialmente de lo que se esté relativizando y por parte de quién. Cuando Gauss estableció por primera vez las reglas para una geometría esférica no-euclidiana para tratar los problemas que planteaba la medición precisa sobre la superficie curvada de la Tierra, también avaló la afirmación de Euler de que es imposible un mapa perfectamente escalado de ninguna porción de la superficie de la Tierra. Einstein llevó el argumento más lejos al señalar que toda forma de medida depende del marco de referencia del observador. Nos enseñó que se debía abandonar la idea de simultaneidad en el universo físico. Bajo esta formulación resulta imposible comprender el espacio independientemente del tiempo, y ello exige un cambio importante en el lenguaje, pasando del espacio y el tiempo al espacio-tiempo o espacio-temporalidad. Por supuesto, el hallazgo de Einstein fue descubrir los medios exactos para examinar fenómenos como la curvatura del espacio al examinar proce-

sos temporales que operan a la velocidad de la luz (Osserman, 1995). Pero en el esquema de Einstein el tiempo permanece fijo mientras que es el espacio el que se dobla, de acuerdo con ciertas reglas observables (de manera parecida a cómo Gauss concibió la geometría esférica como un medio preciso para medir la superficie curvada de la Tierra a través de la triangulación). Al nivel más mundano del trabajo geográfico, sabemos que el espacio de las relaciones de transporte tiene una apariencia y es muy diferente del espacio de la propiedad privada. La singularidad de la localización y la individualización definida por territorios limitados en el espacio absoluto da paso a una multiplicidad de localizaciones que son equidistantes de, supongamos, cierta localización urbana central. Podemos crear mapas completamente diferentes de localizaciones relativas diferenciando entre distancias medidas en términos de coste, tiempo, medio (coche, bicicleta o monopatín) e incluso afectar las continuidades espaciales al analizar redes, relaciones topológicas (la ruta óptima para que el cartero entregue las cartas) y otras por el estilo. Teniendo en cuenta las fricciones diferenciales de las distancias que encontramos sobre la superficie de la Tierra, sabemos que la distancia más corta (medida en términos de tiempo, coste, energía gastada) entre dos puntos no la marca necesariamente la línea recta. Más aún, la posición del observador juega un papel crítico. La típica visión del mundo del neoyorquino, como sugiere el famoso dibujo de Steinberg, se desvanece muy rápidamente si se piensa en los territorios al oeste del río Hudson o al este de Long Island. Es importante señalar que toda esta relativización no reduce o elimina necesariamente la capacidad de cálculo o de control, pero indica que se requieren reglas y leyes especiales para los fenómenos y procesos particulares bajo consideración. No obstante, las dificultades surgen cuando intentamos integrar conocimientos de campos diferentes en una visión más unificada. La espacio-temporalidad que se requiere para la representación precisa de

los flujos de energía a través los sistemas ecológicos, por ejemplo, puede no ser compatible con la de los flujos financieros a través de los mercados globales. La comprensión de los ritmos espacio-temporales de la acumulación de capital requiere un marco bastante diferente del que se necesita para comprender los cambios globales del clima. Semejantes disyuntivas, que resultan extremadamente difíciles para trabajar con ellas, no son necesariamente una desventaja dado que las reconocemos por lo que son. Las comparaciones entre diferentes marcos espacio-temporales pueden iluminar problemas de decisión política (por ejemplo, ¿favorecemos la espacio-temporalidad de los flujos financieros o la de los procesos ecológicos que aquellos suelen alterar?).

El concepto relacional del espacio se asocia frecuentemente con el nombre de Leibniz, el cual, en una famosa serie de cartas a Clarke (representando eficazmente a Newton) se opuso con firmeza a la visión absoluta del espacio y del tiempo esencial en las teorías de Newton (véase Harvey, 1996: cap. 10). Su objeción principal era teológica. Para Newton, hasta Dios parecía que se encontraba dentro de un espacio y un tiempo absolutos más que al mando de la espacio-temporalidad. Por extensión, la visión relacional del espacio sostiene que no existe nada llamado espacio o tiempo fuera de los procesos que los definen. (Si Dios creó el mundo entonces también decidió, de entre muchas otras posibilidades, crear el espacio y el tiempo de un tipo particular). Los procesos no ocurren *en* el espacio, sino que definen su propio marco espacial. El concepto de espacio está incrustado o es interno al proceso. Esta misma formulación implica que, como en el caso del espacio relativo, resulta imposible separar el espacio del tiempo. Por eso nos debemos concentrar en la relacionalidad del espacio-tiempo más que en el espacio aislado. La noción relacional de espacio-tiempo implica la idea de relaciones internas; las influencias externas se internalizan en procesos o cosas específicas a lo largo del tiem-

po (de la misma manera que mi mente absorbe todo tipo de informaciones y estímulos externos que dan lugar a extraños patrones de pensamiento, incluidos los sueños y las fantasías, así como intentos de cálculo racional). Un acontecimiento o una cosa en un punto del espacio no se puede comprender recurriendo solo a lo que existe en ese punto. Depende de todo lo demás que pase a su alrededor (de la misma manera que quien entra en una sala para participar en una conversación trae consigo una amplia variedad de datos experienciales acumulados en el mundo). Una gran variedad de influencias diferentes que se arremolinan en el espacio en el pasado, el presente y el futuro se concentran y se solidifican en cierto punto (por ejemplo, dentro de una sala de conferencias) para definir la naturaleza de dicho punto. Bajo esta argumentación, la identidad tiene un significado bastante diferente del sentido que le damos en el espacio absoluto. Así llegamos a una versión ampliada del concepto de Leibniz de la mónada.

Las mediciones se vuelven cada vez más problemáticas cuanto más nos acercamos a un mundo de espacio-tiempo relacional. Pero ¿por qué se tendría que suponer que el espacio-tiempo solo existe si es medible y cuantificable de ciertas maneras tradicionales? Esto nos lleva a algunas reflexiones interesantes sobre el fracaso (quizá se expresaría mejor como limitaciones) del positivismo y del empirismo para desarrollar una comprensión adecuada de los conceptos espacio-temporales más allá de los que se pueden medir. En cierto sentido, las concepciones relacionales del espacio-tiempo nos llevan al punto en el que las matemáticas, la poesía y la música convergen, si no es que se funden. Y eso, desde un punto de vista científico (en oposición a estético), es un anatema para todos los que tienen inclinaciones positivistas o crudamente materialistas. En este punto el compromiso kantiano de reconocer el espacio como real pero solo accesible mediante la intuición, intenta construir un puente entre Newton y Leibniz incorpo-

rando precisamente el concepto de espacio dentro de la teoría del Juicio Estético. Pero el aumento de la popularidad y la importancia de Leibniz no solo como el gurú del ciberespacio sino también como el pensador fundacional en relación con enfoques más dialécticos de los temas relacionados con la mente y el cerebro, y las formulaciones teóricas cuánticas, marca una especie de urgencia por superar los conceptos absolutos y relativos y sus cualidades más fácilmente medibles, así como por ir más allá del compromiso kantiano. Pero el terreno relacional es un terreno extremadamente exigente y difícil en el que trabajar. Hay muchos pensadores que, a lo largo de los años, han dedicado su talento a reflexionar sobre las posibilidades del pensamiento relacional. Alfred North Whitehead estaba fascinado por la necesidad de la visión relacional e hizo mucho por desarrollarla (Fitzgerald, 1979).¹ Del mismo modo, Deleuze aprovechó muchas de estas ideas en sus reflexiones tanto sobre Leibniz (con reflexiones sobre la arquitectura barroca y las matemáticas del pliegue que se encuentran en la obra de Leibniz) como sobre Spinoza (Deleuze, 1992).

Pero ¿por qué y cómo yo, un geógrafo en ejercicio, iba a encontrar útil el punto de vista relacional para acercarme al espacio-tiempo? La respuesta es bastante sencilla: existen ciertos temas, como el papel político de la memoria colectiva en los procesos urbanos, que solo se pueden investigar de esta manera. No puedo encajonar recuerdos políticos y colectivos en un espacio absoluto (y situarlos claramente en una trama o en un mapa) ni puedo comprender su circulación según las reglas, por muy sofisticadas que sean, del espacio-tiempo relativo. Si planteo la pregunta: ¿qué significan la plaza de Tiananmén o la «Zona Cero»? la única manera de buscar una respuesta es pensando en términos relacionales. Este fue el problema que abordé al escribir sobre la basílica del Sacré-Coeur en París

1. Intenté aproximarme a la visión de Whitehead en Harvey (1996).

(Harvey, 1979: 362-381). Y como mostraré en seguida, es imposible comprender la economía política marxiana sin adoptar perspectivas relacionales.

Entonces, ¿el espacio (espacio-tiempo) es absoluto, relativo o relacional? Simplemente no sé si existe una respuesta ontológica a esta pregunta. En mi propio trabajo pienso sobre él como si fuera los tres. Esta es la conclusión a la que llegué hace treinta años y no he descubierto ninguna razón (ni he escuchado ningún argumento) para cambiar de opinión. Esto es lo que escribí en aquel momento:

El espacio no es absoluto, relativo o relacional por sí mismo, pero se puede convertir en uno o en todos simultáneamente, dependiendo de las circunstancias. El problema de la conceptualización adecuada del espacio se resuelve a través la práctica humana con respecto a él. En otras palabras, no hay respuestas filosóficas a las preguntas filosóficas que surgen sobre la naturaleza del espacio: la respuesta radica en la práctica humana. Por eso, la pregunta «¿qué es el espacio» queda sustituida por la pregunta «¿cómo es que prácticas humanas diferentes crean y hacen uso de diferentes conceptualizaciones del espacio?». Las relaciones de propiedad, por ejemplo, crean espacios absolutos dentro de los cuales puede actuar el control monopolístico. El movimiento de personas, bienes, servicios e información tiene lugar en un espacio relativo porque se necesita dinero, tiempo, energía, etc. para superar la fricción de la distancia. Las parcelas de tierra también capturan beneficios porque contienen relaciones con otras parcelas... En la forma de renta el espacio relacional aparece por sí mismo como un aspecto importante de la práctica social humana. (Harvey, 1973: 13)

¿Existen reglas para decidir cuándo y dónde un marco espacial es preferible a otro? ¿O la elección es arbitraria, sujeta

a los caprichos de la práctica humana? La decisión de utilizar una u otra concepción depende desde luego de la naturaleza del fenómeno bajo investigación. La concepción absoluta puede ser perfectamente adecuada para temas de límites de propiedad y determinación de fronteras, pero no me ayuda en nada con la cuestión de lo que es la plaza de Tiananmén, la Zona Cero o la basílica del Sacré-Coeur. Por eso me parece útil (aunque solo sea como una comprobación interna) explicar las justificaciones de la elección de marco de referencia absoluto, relativo o relacional. Más aún, con frecuencia presumo en mis prácticas que existe una especie de jerarquía en juego entre ellos, en el sentido de que el espacio relacional puede abarcar el relativo y el absoluto, el espacio relativo puede abarcar el absoluto, pero el espacio absoluto es solo absoluto y nada más. Pero no presentaría este punto de vista con seguridad como un principio de trabajo y mucho menos intentaría defenderlo teóricamente. En principio me parece mucho más interesante mantener los tres conceptos en una tensión dialéctica entre ellos y reflexionar constantemente sobre la interrelación entre ellos. La Zona Cero es un espacio absoluto al mismo tiempo que es relativo y relacional en el espacio-tiempo.

Intentaré explicar todo esto en un contexto más próximo. Doy una charla en una sala. El alcance de mis palabras está limitado por el espacio absoluto de esas paredes en particular y restringido por el tiempo absoluto de la charla. Para escucharme, los asistentes tienen que estar dentro de ese espacio absoluto durante ese tiempo absoluto. Las personas que no pueden entrar quedan excluidas y las que lleguen tarde no me podrán escuchar. Los que están dentro se pueden identificar como individuos (individualizados) en el espacio absoluto, por el asiento que ocupan, durante ese tiempo. Pero también me encuentro en un espacio relativo con respecto a mi audiencia. Yo estoy aquí y ellos están allí. Intento comunicarme superando el espacio a través de un medio (la atmósfera) que refracta

mis palabras de una manera diferenciada. Hablo con suavidad y la claridad de mis palabras se va desvaneciendo a través del espacio: la última fila no oye nada. Si se ha establecido una retransmisión en vídeo en Aberdeen, me escucharán allí pero no en la última fila. Mis palabras se reciben de manera diferente en un espacio-tiempo relativo. La individualización es más problemática porque hay muchas personas en exactamente la misma localización relativa con respecto a mí en ese espacio-tiempo. Todas las personas en la cuarta fila están equidistantes de mí. Una discontinuidad en el espacio-tiempo surge entre los que me pueden escuchar y los que no. El análisis de lo que está ocurriendo en el espacio y tiempo absolutos de la charla ofrecida en esta sala tiene una apariencia muy diferente cuando se analiza a través de las lentes del espacio-tiempo relativo. Y luego, también está el componente relacional. Los individuos en la audiencia traen al espacio y tiempo absolutos de la charla todo tipo de ideas y experiencias recogidas del espacio-tiempo de sus trayectorias vitales y todo esto está co-presente en la sala: uno no puede dejar de pensar en la discusión durante el desayuno, otra no puede borrarse de la cabeza las terribles imágenes de muerte y destrucción en las noticias de la pasada noche. Algo en mi forma de hablar recuerda a alguien un acontecimiento traumático en el pasado y mis palabras le recuerdan a alguien más las reuniones políticas a las que solía asistir en la década de 1970. Mis palabras expresan cierta furia sobre lo que está pasando en el mundo. Y mientras hablo, me doy cuenta de que pienso que todo lo que estamos haciendo en esta sala es estúpido y trivial. En la sala se palpa la tensión. ¿Por qué no estamos ahí fuera derribando el gobierno? Me libero de todas estas relacionalidades, me retiro a los espacios absoluto y relativo de la sala e intento exponer el tema del espacio como palabra clave de una manera seca y técnica. La tensión se disipa y alguien en la primera fila da cabezadas. Sé dónde está todo el mundo en el espacio y el tiempo absolutos, pero no tengo ni idea, como

suele decirse, de «dónde tienen la cabeza». Puedo sentir que algunas personas están conmigo y otras no, pero nunca lo sé seguro. Pero, aun así, este es el elemento más importante de todos. Al fin y al cabo, así es como se cambian las subjetividades políticas. La relacionalidad es escurridiza cuando no imposible de identificar, pero esto no es lo más importante.

Con este ejemplo he querido mostrar que existe una limitación en la propia espacialidad porque estamos situados inexorablemente en los tres marcos a la vez, aunque no necesariamente de la misma manera. Podemos acabar, con frecuencia sin darnos cuenta, favoreciendo una u otra definición a través de nuestras acciones prácticas. En un modo absoluto, haré una cosa y llegaré a una serie de conclusiones; en un modo relativo, construiré mis interpretaciones de manera diferente y haré otra cosa; y si todo parece diferente a través de los filtros relacionales, entonces actuaré de una manera diferente. Lo que hacemos, tanto como lo que comprendemos, depende totalmente del marco espacio-temporal principal en el que nos situamos. Pensemos en cómo funciona todo esto en relación con el más espinoso de los conceptos sociopolíticos que llamamos «identidad». Todo está suficientemente claro en el espacio y el tiempo absolutos, pero las cosas se complican un poco cuando nos situamos en el espacio-tiempo relativo y se vuelven realmente difíciles en un mundo relacional. Pero solo es en este último marco donde podemos empezar a abordar muchos aspectos de la política contemporánea porque ese es el mundo de la subjetividad política y la conciencia política. Hace mucho tiempo, DuBois intentó afrontar este tema en términos de lo que llamó «doble conciencia»: ¿qué significa cargar con la experiencia de ser negro y norteamericano?, se preguntaba. Ahora seguimos complicando la cuestión al plantear: ¿qué significa ser norteamericana negra, mujer, lesbiana y de la clase trabajadora? ¿Cómo entran todas estas relacionalidades en la conciencia política del sujeto? Y cuando consideramos otras

dimensiones (migrantes, grupos en la diáspora, turistas y viajeros y todos aquellos que miran los medios de comunicación globales contemporáneos y filtran o absorben parcialmente su cacofonía de mensajes), entonces la cuestión principal con la que nos enfrentamos es comprender cómo todo este mundo relacional de experiencia e información se *internaliza* en un sujeto político en particular (aunque individualizado en el espacio y el tiempo absolutos) para apoyar tal o cual línea de pensamiento y de acción. En definitiva, no podemos comprender el terreno cambiante sobre el que se forman las subjetividades políticas y se producen las acciones políticas sin pensar en lo que ocurre en términos relacionales.

Si el contraste entre las concepciones del espacio absoluto, relativo y relacional fuera la única manera de desentrañar el significado del espacio como palabra clave, entonces podríamos dejar aquí el tema. Afortunada o desafortunadamente, existen otras maneras igualmente convincentes de afrontar el problema. En los últimos años, muchos geógrafos, por ejemplo, han señalado una diferencia clave en la aplicación del concepto de espacio como un elemento esencial de un proyecto materialista de comprensión de geografías tangibles sobre el terreno y la extendida apropiación de metáforas espaciales en la teoría social, literaria y cultural. Más aún, estas metáforas se han usado con frecuencia para cuestionar las llamadas metanarrativas (como la teoría marxiana) y aquellas estrategias discursivas en las que habitualmente prevalece la dimensión temporal. Todo esto ha provocado un inmenso debate sobre el papel del espacio en la teoría social, literaria y cultural. No pretendo entrar en una discusión detallada del significado del llamado «giro espacial» en general y en su relación con el postmodernismo en particular. Pero mi propia posición ha sido siempre muy clara: por supuesto, que la consideración adecuada del espacio y del espacio-tiempo tiene efectos cruciales en cómo se articulan y desarrollan las teorías y los conocimientos. Pero esto

no justifica en absoluto ningún alejamiento de todo intento de crear cualquier tipo de metateoría (el resultado final sería llevarnos de vuelta a la geografía tal como se practicaba en el mundo académico en la década de 1950, lo que resulta muy interesante porque es a donde se dirige en líneas generales alegremente, aunque sea de modo inconsciente, una parte significativa de la geografía británica contemporánea). Por eso el punto importante al trabajar con el espacio como palabra clave es identificar cómo este concepto se puede integrar mejor en las metateorías sociales, literarias y culturales que existen en la actualidad, y con qué efectos.

Cassirer, por ejemplo, establece una división tripartita de modos de experiencia espacial humana, distinguiendo entre espacios *orgánico*, *perceptivo* y *simbólico* (Cassirer, 1944; véase también Harvey, 1973: 28). Bajo el primero agrupa todas aquellas formas de experiencias espaciales de origen biológico (es decir, materializadas y percibidas a través de las características particulares de nuestros sentidos). El espacio percibido se refiere a las maneras como procesamos neurológicamente las experiencias espaciales físicas y biológicas, y las incorporamos al mundo del pensamiento. El espacio simbólico, por el otro lado, es abstracto (y puede llevar al desarrollo de un lenguaje simbólico abstracto como la geometría o la construcción de formas arquitectónicas o pictóricas). El espacio simbólico genera significados diferenciados a través de lecturas e interpretaciones. La cuestión de las prácticas estéticas se sitúa aquí en primera línea. En este terreno, Langer, por su parte, distingue entre «espacio real» y «espacio virtual». Este último, según su punto de vista, supone un «espacio creado construido con formas, colores, etc.» para producir las imágenes e ilusiones intangibles que constituyen el corazón de todas las prácticas estéticas. Afirma que la arquitectura «es un arte plástico y su primer logro es siempre, inconsciente e inevitablemente, una ilusión: algo puramente imaginario o conceptual traducido en

una impresión visual». Lo que existe en el espacio real se puede describir con bastante facilidad, pero para comprender el efecto que se produce por la exposición de la obra de arte debemos explorar el mundo del espacio virtual, que es muy diferente. Y esto, según ella, siempre nos proyecta en un dominio étnico diferenciado (Langer, 1953; véase también Harvey, 1973: 31). Este era el tipo de ideas que me encontré por primera vez en *Social Justice and the City*.

Fuera de esta tradición de pensamiento espacializado, Lefebvre (casi con toda seguridad partiendo de Cassirer) construye su propia división tripartita diferenciada de espacio material (el espacio de la experiencia y de la percepción se abre al tocamiento físico y la sensación), la representación del espacio (el espacio concebido y representado) y los espacios de representación (el espacio vivido de sensaciones, la imaginación, emociones y significados incorporados en cómo vivimos día a día) (Lefebvre, 1991 [1974]).

Si me centro aquí en Lefebvre no es porque, como parece que suponen tantos en la teoría cultural y literaria, Lefebvre señale el momento fundacional del que deriva todo el pensamiento sobre la producción del espacio (dicha tesis es manifiestamente absurda), sino porque me parece más conveniente trabajar con las categorías de Lefebvre que con las de Cassirer. El espacio material es, para nosotros los humanos, sencillamente el mundo de las interacciones táctiles y sensuales con la materia; se trata del espacio de la experiencia. Los elementos, momentos y acontecimientos de dicho mundo están formados de una materialidad que tiene ciertas cualidades. Cómo representamos este mundo es un tema completamente diferente, pero tampoco en este caso concebimos o representamos el espacio de manera arbitraria, sino que buscamos algunos reflejos apropiados, aunque no sean precisos, de las realidades materiales que nos rodean a través de representaciones abstractas (palabras, gráficos, mapas, diagramas, imágenes, etc.).

Pero Lefebvre, como Benjamin, insiste en que no debemos vivir como átomos materiales flotando en un mundo materialista; también tenemos imaginaciones, miedos, emociones, psicologías, fantasías y sueños (Benjamin, 1999). Estos espacios de representación son parte integral de la manera en que vivimos en el mundo. También podemos representar la manera en que se vive este espacio emotiva y afectivamente, así como materialmente, a través de imágenes poéticas, composiciones fotográficas y reconstrucciones artísticas. La extraña espacio-temporalidad de un sueño, una fantasía, un deseo oculto, un recuerdo perdido o incluso esa emoción peculiar o los escalofríos de miedo cuando paseamos por una calle se pueden representar a través de obras de arte que en última instancia siempre tienen una presencia mundana en el espacio y el tiempo absolutos. También Leibniz descubrió que eran de considerable interés todas las cuestiones relacionadas con los mundos espacio-temporales alternativos y los sueños.

Resulta tentador, como vimos con la primera división tripartita de los términos espaciales, tratar las tres categorías de Lefebvre como si estuvieran ordenadas jerárquicamente, pero también en este caso parece más apropiado mantener las tres categorías en una tensión dialéctica. La experiencia física y material de una ordenación espacial y temporal está hasta cierto punto mediatizada por la manera en que se representa el espacio y el tiempo. El oceanógrafo/físico que nada entre las olas las puede experimentar de una manera muy diferente que el poeta enamorado de Walt Whitman o que el pianista que ama a Debussy. La lectura de un libro sobre la Patagonia seguramente afectará la manera cómo experimentaremos el lugar cuando viajemos allí, aunque experimentemos una disonancia cognitiva considerable entre las expectativas generadas por las palabras escritas y cómo nos sentimos realmente sobre el terreno. Los espacios y los tiempos de representación que nos envuelven y nos rodean cuando seguimos con nuestra vida

cotidiana también afectan a nuestras experiencias directas y a la manera cómo interpretamos y comprendemos las representaciones. Es posible que ni siquiera nos demos cuenta de las cualidades materiales de la ordenación espacial incorporada en la vida cotidiana porque nos ceñimos a rutinas que no nos planteamos. Pero es a través de estas rutinas materiales diarias que adquirimos un cierto sentido de cómo funcionan las representaciones espaciales y construyen ciertos espacios de representación para nosotros mismos (por ejemplo, la instintiva sensación de seguridad en un vecindario familiar o de estar «en casa»). Solo nos damos cuenta cuando aparece algo que está totalmente fuera de lugar. Sugeriría que lo que realmente cuenta es la relación dialéctica entre las categorías, aunque resulte útil para comprenderlas que cristalicemos cada elemento como un momento diferenciado para experimentar el espacio y el tiempo.

Esta manera de pensar sobre el espacio me ayuda a interpretar obras de arte y la arquitectura. Un cuadro, como *El grito* de Munch, es un objeto material, pero funciona a partir de un estado psíquico (el espacio de representación o espacio vivido de Lefebvre) y, a través de una serie particular de códigos de representación (la representación del espacio o espacio concebido), intenta plasmarse en una forma física (el espacio material del cuadro se abre a nuestra experiencia física actual) que nos dice algo sobre las cualidades de cómo Munch vivía ese espacio. Parece que había tenido una especie de pesadilla terrible, del tipo que nos hace despertar con un grito. Y ha conseguido transmitir una parte de esa sensación a través del objeto físico. Muchos artistas contemporáneos, utilizando técnicas multimedia y cinéticas, crean espacios experimentales en los que se combinan muchos modos de experimentar el espacio-tiempo. Por ejemplo, así es como se describe en el catálogo la contribución de Judith Barry a la Tercera Bienal de Arte Contemporáneo de Berlín:

En sus obras experimentales, la videoartista Judith Barry investiga el uso, la construcción y la compleja interacción entre los espacios privados y públicos, los medios de comunicación, la sociedad y el género. Los temas de sus instalaciones y de sus escritos teóricos se sitúan en un terreno de observación que remite a la memoria histórica, la comunicación de masas y la percepción. En un reino entre la imaginación del espectador y la arquitectura generada por los medios, ella crea espacios imaginarios, representaciones alienadas de la realidad profana... En la obra *Voice Off...* el espectador penetra en la estrechez claustrofóbica del espacio de exhibición, penetra más en la obra y, obligado a moverse a través de la instalación, experimenta no solo sensaciones cinemáticas sino también cinestéticas. El espacio de proyección dividido ofrece la posibilidad de entrar en contacto con diferentes voces. El uso y la escucha de voces como una fuerza impulsora y la intensidad de la tensión física (especialmente en el lado masculino de la proyección) transmite el poder inherente de este objeto intangible y efímero. Las voces demuestran al espectador cómo se puede cambiar a través de ellas, cómo uno intenta controlarlas y la pérdida que se siente cuando ya no se las oye.

Barry, concluye el catálogo, «crea espacios estéticos de tránsito que dejan sin resolver la ambivalencia entre seducción y reflexión» (Tercera Bienal de Arte Contemporáneo de Berlín, 2004: 48-49).

Pero para captar en su totalidad esta descripción de la obra de Barry, debemos llevar los conceptos de espacio y espacio-tiempo a un mayor nivel de complejidad. Hay mucho en esta descripción que escapa a las categorías lefebvrianas, pero que nos lleva a las distinciones entre espacio y tiempo absolutos (la estrechez física de la estructura de la exhibición), espacio-

tiempo relativo (el movimiento secuencial del visitante a través del espacio) y el espacio-tiempo relacional (los recuerdos, las voces, la tensión física, la intangibilidad y lo efímero, así como la claustrofobia). Pero aun así tampoco podemos abandonar las categorías lefebvrianas. Los espacios construidos tienen dimensiones materiales, conceptuales y vividas.

Por tanto, propongo un salto especulativo en el que situemos la división tripartita de espacio-tiempo absoluto, relativo y relacional frente a la división tripartita del espacio experimentado, conceptualizado y vivido identificado por Lefebvre. El resultado es una matriz de tres por tres en la que los puntos de intersección sugieren diferentes modalidades de comprensión de los significados del espacio y el espacio-tiempo. Se puede objetar con toda razón que con ello estoy restringiendo las posibilidades porque una matriz como modo de representación está confinada en un espacio absoluto. Esta es una objeción perfectamente válida. Y mientras me encuentre ocupado en una práctica representacional (conceptualización), no puedo hacer justicia a las esferas de lo experimentado y de lo vivido de la espacialidad. En consecuencia, por definición, la matriz establecida y la manera en que la usemos tiene un poder revelador limitado. Pero teniendo en cuenta todo esto, considero que resulta útil considerar las combinaciones que surgen de las diferentes intersecciones dentro de la matriz. La virtud de la representación en el espacio absoluto es que nos permite individualizar los fenómenos con gran claridad. Y con un poco de imaginación es posible pensar dialécticamente los elementos dentro de la matriz, de manera que cada momento se imagine como una relación interna de todos los demás. Ilustro el tipo de cosas que tengo en mente (de una manera algo condensada, arbitraria y esquemática) en la Figura 1. Las entradas de la matriz son más sugestivas que definitivas (los lectores pueden disfrutar planteando sus propias entradas para dar algún sentido a lo que quiero decir).

Figura 1
Una matriz general de espacialidades

	Espacio material (espacio experimentado)	Representaciones del espacio (espacio conceptualizado)	Espacios de representación (espacio vivido)
Espacio absoluto	Muros, puentes, puertas, escaleras, pisos, techos, calles, edificios, ciudades, montañas, continentes, masas de agua, marcas de territorialidad, límites y barreras físicas, comunidades cerradas...	Mapas catastrales y administrativos; geometría euclidiana; descripción de paisajes; metáforas de confinamiento, espacio abierto, localización, situación y posicionalidad; (dominio y control relativamente sencillo) – <i>Newton y Descartes</i> .	Sentimientos de felicidad alrededor del hogar; sensación de seguridad o encierro por el cerramiento; sensación de poder por la propiedad, mando y dominio sobre el espacio; miedo a los demás «fuera de lo normal».
Espacio (tiempo) relativo	Circulación y flujos de energía, agua, aire, mercancías, personas, información, dinero, capital; aceleraciones y disminuciones en la fricción de la distancia.	Mapas temáticos y topológicos (por ejemplo, el sistema de metro de Londres); geometrías no-euclidiana y topología; dibujos en perspectiva, metáforas de conocimientos situados, de movimiento, movilidad, desplazamiento, aceleración, compresión y distanciamiento del espacio-tiempo; (dominio y control difícil que requieren técnicas sofisticadas) – <i>Einstein y Riemann</i> .	Ansiedad de no llegar a tiempo a clase; emoción de moverse por lo desconocido; frustración en un atasco de tráfico; tensiones o euforia por la compresión del tiempo-espacio, de la velocidad, del movimiento.
Espacio (tiempo) relacional	Flujos y campos de energía electromagnética; relaciones sociales; potencial económico y de rentas de las superficies; concentraciones de contaminación; energías potenciales; sonidos, olores y sensaciones llevadas por la brisa.	Surrealismo; existencialismo; psicogeografías; ciberespacio; metáforas de internalización de fuerzas y poderes (dominio y control extremadamente difícil: teoría del caos, dialéctica, relaciones internas, matemáticas cuánticas) – <i>Leibniz, Whitehead, Deleuze, Benjamin</i> .	Visiones, fantasías, deseos, frustraciones, recuerdos, sueños, fantasmas, estados psíquicos (por ejemplo, agorafobia, vértigo, claustrofobia).

Figura 2
Una matriz de espacialidades para la teoría marxiana

	Espacio material (espacio experimentado)	Representaciones del espacio (espacio conceptualizado)	Espacios de representación (espacio vivido)
Espacio absoluto	Mercancías útiles, procesos de trabajo concretos, billetes y monedas (¿monedas locales?), propiedad privada/límites estatales, capital fijo, fábricas, entornos construidos, espacios de consumo, piquetes, espacios ocupados (sentadas); asalto de la Bastilla o del Palacio de Invierno...	Valores de uso y trabajos concretos Explotación en el proceso de trabajo (Marx) frente al trabajo como juego creativo (Fourier); mapas de la propiedad privada y de la exclusión de clase; mosaicos de desarrollos geográficos desiguales.	Alienación frente a satisfacción creativa; individualismo aislado frente a solidaridades sociales; lealtades al lugar, la clase, la identidad, etc.; privación relativa; injusticia; falta de dignidad; ira frente a satisfacción.
Espacio (tiempo) relativo	Intercambios mercantiles; comercio; circulación y flujo de bienes, energía, fuerza de trabajo, dinero, crédito o capital; desplazamientos y migración; depreciación y degradación; flujos de información y agitación desde fuera.	Valores de cambio (valor en movimiento) Sistemas de acumulación; cadenas de bienes; modelos de migración y diáspora; modelos input-output. Teorías de «soluciones» espacio-temporales, aniquilación del espacio a través del tiempo, circulación de capital a través de entornos construidos, formación del mercado mundial, redes; relaciones geopolíticas y estrategias revolucionarias.	Dinero y fetichismo de las mercancías (deseos perpetuamente insatisfechos); ansiedad/euforia ante la comprensión del tiempo-espacio; inestabilidad; inseguridad; intensidad de acción y movimiento frente a reposo; «todo lo que es sólido se desvanece en el aire»...
Espacio (tiempo) relacional	Proceso de trabajo abstracto; capital ficticio; movimientos de resistencia; manifestaciones súbitas e irrupciones expresivas de movimientos políticos (contra la guerra, 1968, Seattle...); «se agita el espíritu revolucionario...».	Valores monetarios El valor como un tiempo de trabajo socialmente necesario; como trabajo humano solidificado en relación con el mercado mundial; leyes de valor en movimiento y el poder social del dinero (globalización); esperanzas y temores revolucionarios; estrategias de cambio.	Valores Hegemonía capitalista («no hay alternativa»); conciencia proletaria; solidaridades internacionales; derechos universales; sueños utópicos, multitudes; empatía con los demás; «otro mundo es posible».

Considero que es útil leer la matriz de categorías de lado a lado o de arriba abajo, e imaginar los complejos escenarios de combinaciones. Imaginen, por ejemplo, el espacio absoluto de una comunidad cerrada de ricos establecida en la costa de Nueva Jersey. Algunos de sus habitantes se mueven diariamente en el espacio relativo entrando y saliendo del distrito financiero de Manhattan, donde impulsan movimientos de crédito e invierten dinero de manera que afectan a la vida social de todo el globo, ganando así el inmenso poder monetario que les permite importar al espacio absoluto de su comunidad cerrada toda la energía, los alimentos exóticos y los objetos lujosos que necesitan para asegurar su estilo de vida privilegiado. No obstante, los habitantes se sienten vagamente amenazados, porque sienten que existe un odio visceral, indefinible e ilocalizable contra todo lo que los americanos provocan en el mundo exterior, y su nombre es «terrorismo». Dan su apoyo a un gobierno que promete protegerlos de esa amenaza difusa. Pero se vuelven cada vez más paranoicos por la hostilidad que sienten en el mundo que los rodea y cada vez intentan reforzar más su espacio absoluto para protegerse, construyendo muros más y más altos e incluso contratando a guardias armados para proteger sus fronteras. Mientras tanto, el derroche del consumo de energía para mover los todoterrenos blindados que los llevan cada día a la ciudad resulta ser la gota que colma el vaso del cambio climático. Los patrones de circulación atmosférica cambian radicalmente. Entonces, en la convincente pero poco precisa representación popular de la teoría del caos, una mariposa mueve sus alas en Hong Kong y un huracán devastador se abate sobre las costas de Nueva Jersey y arrasa la comunidad cerrada. Muchos residentes mueren porque tienen tanto miedo del exterior que ignoran los avisos de evacuación. Si esto fuera una producción de Hollywood, un científico solitario reconocería el peligro y rescataría a la mujer que ama, quien hasta ese momento lo había ignorado, pero que ahora se enamora agradecidamente de él...

Al explicar una historia de este tipo resulta imposible ceñirse a una sola modalidad de pensamiento espacial y espacio-temporal. Las acciones que tienen lugar en el espacio absoluto solo tienen sentido en términos relacionales. En consecuencia, lo que resulta aún más interesante es que se trata de la situación en la que los momentos en la matriz se encuentran en una tensión dialéctica más explícita. Vamos a ilustrarlo.

¿Qué principios espaciales y espacio-temporales se deberían desplegar en el rediseño del lugar conocido como «Zona Cero» en Manhattan? Se trata de un espacio absoluto que se puede reconstruir materialmente y para ello se deben realizar cálculos de ingeniería (fundados en la mecánica newtoniana) y diseños arquitectónicos. Hay muchas discusiones sobre muros de carga y la capacidad de carga del lugar. Una vez convertido en un objeto material de algún tipo, los juicios estéticos sobre cómo se vivirá y cómo se conceptualizará y experimentará también serán importantes (Kant daría su aprobación). El problema radica en disponer el espacio físico para producir un efecto emotivo al mismo tiempo que se cumplen ciertas expectativas (tanto comerciales como emotivas y estéticas) sobre la manera en que se debería vivir el espacio. Una vez construido, la experiencia del espacio se puede ver mediatizada por formas representacionales (como guías o planos) que nos ayuden a interpretar los significados que se pretendían mostrar en el lugar reconstruido. Pero moverse dialécticamente solo a través de la dimensión del espacio absoluto es mucho menos enriquecedor que las cuestiones que surgen cuando se recurre a los otros marcos espacio-temporales. Los promotores capitalistas son muy conscientes de la localización relativa del lugar y valoran sus perspectivas de desarrollo comercial según una lógica de relaciones de intercambio. Su centralidad y proximidad con las funciones de mando y control de Wall Street son atributos importantes y si se puede mejorar el acceso de los transportes en el transcurso de la reconstrucción, entonces mucho mejor

porque no hará sino aumentar el valor del terreno y de la propiedad. Para los promotores el lugar no existe meramente *en* el espacio-tiempo relativo: la remodelación de la zona ofrece la perspectiva de transformar el espacio-tiempo relativo de manera que aumente el valor comercial de los espacios absolutos (mejorando el acceso a los aeropuertos, por ejemplo). El horizonte temporal estará dominado por consideraciones sobre la tasa de amortización y la tasa de interés/descuento aplicada a las inversiones en capital fijo en el espacio construido.

Pero seguramente habrá objeciones populares, lideradas por las familias de los asesinados en el lugar, para que se piense y construya solo en función de un término espacio-temporal absoluto o relativo. Sea lo que sea que se construya en este lugar, tendrá que decir algo sobre la historia y la memoria. Probablemente también habrá presiones para decir algo sobre los significados de comunidad y nación, así como sobre las posibilidades futuras (quizás incluso una perspectiva de verdades eternas). El lugar tampoco puede ignorar el tema de la conectividad espacial relacional con el resto del mundo. Ni siquiera los promotores capitalistas se negarán a combinar sus mundanas preocupaciones comerciales con inspiradoras afirmaciones simbólicas (enfaticando el poder y la indestructibilidad del sistema político-económico del capitalismo global que recibió semejante golpe el 11-S), erigiendo, digamos, un símbolo en forma de torre fállica que lance un desafío. También ellos buscan expresar su poder en el espacio-tiempo relacional. Pero hay todo tipo de relacionalidades a explorar. ¿Qué queremos saber de los atacantes y hasta qué punto queremos conectar? El lugar tiene y tendrá una presencia relacional en el mundo sin importar lo que se construya allí y es importante reflexionar sobre cómo funciona esta presencia: ¿será vivida como un símbolo de la arrogancia de los Estados Unidos de América o como una señal de compasión y comprensión global? Afrontar estos temas requiere que asumamos una concepción relacional del espacio-tiempo.

Si, como afirma Benjamin, la historia (un concepto temporal relativo) no es lo mismo que la memoria (un concepto temporal relacional), entonces tenemos la opción de convertir en historia los acontecimientos del 11-S o de intentar convertirlos en memoria. Si el lugar simplemente se convierte en historia en el espacio relativo (con cierto tipo de monumentalidad), entonces esto impone una narración fija en el espacio. El efecto será impedir posibilidades e interpretaciones futuras. Ello reducirá el poder generativo de construir un futuro diferente. La memoria, por otro lado, es, según Benjamin, una potencialidad que puede «aparecer» de manera incontrolable en momentos de crisis para revelar nuevas posibilidades (Benjamin, 1968). La manera en que se pueda vivir el lugar por parte de aquellos que se encuentren en él se convierte entonces en impredecible e incierta. La memoria colectiva, un sentido difuso, pero sin embargo poderoso que impregna muchas escenas urbanas, puede jugar un papel significativo motivando a movimientos políticos y sociales. La Zona Cero no puede ser nada más que un sitio de memoria colectiva y el problema para los diseñadores es traducir esta sensibilidad difusa en un espacio absoluto de ladrillos, mortero, acero y vidrio. Y si, como dijo una vez Balzac, «la esperanza es una memoria que desea», entonces la creación de un «espacio de esperanza» en ese lugar requiere que allí se internalice la memoria al mismo tiempo que se dejan abiertas vías para la expresión del deseo (Harvey, 2003: cap. 1).

La racionalidad expresiva de la Zona Cero en sí misma plantea cuestiones fascinantes. Las fuerzas que convergieron en el espacio para producir el 11-S fueron complejas. Entonces, ¿cómo se puede dar cuenta de dichas fuerzas? ¿Algo que se ha experimentado como una tragedia local y personal se puede reconciliar con la comprensión de las fuerzas internacionales que se condensaron con tanta fuerza en esos devastadores momentos en un lugar en particular? ¿Podremos sentir en ese espacio el extendido resentimiento en el resto del mundo contra

la manera tan egoísta como se ejerció la hegemonía estadounidense en las décadas de 1980 y 1990? ¿Vamos a reconocer que la administración Reagan jugó un papel capital en la creación y el apoyo de los talibanes en Afganistán con el objetivo de socavar la ocupación soviética y que Osama bin Laden pasó de ser de aliado de los Estados Unidos a ser su enemigo por el apoyo americano al régimen corrupto de Arabia Saudí? ¿O solo vamos a aprender que «otros» cobardes, extraños y malvados que están ahí fuera odian a los Estados Unidos y buscan su destrucción porque sobre todo encarna los valores de libertad? La espacio-temporalidad relacional del acontecimiento y del lugar se pueden exhumar si se excava lo suficiente. Pero la manera de su representación y de su materialización es incierta. El resultado dependerá claramente de la lucha política. Y las batallas más feroces se tendrán que librar sobre qué espacio-tiempo relacional invocará la reconstrucción. Estos fueron los tipos de problemas que encontré cuando intenté interpretar el significado de la Basílica del Sacré-Coeur de París sobre el trasfondo de la memoria histórica de la Comuna de París.

Esto me lleva a algunas observaciones sobre la política del argumento. Reflexionar sobre las diferentes maneras en que el espacio y el espacio-tiempo se usan como palabras clave ayuda a definir ciertas condiciones de posibilidad para el compromiso crítico. También abre vías para identificar reivindicaciones en conflicto y posibilidades políticas alternativas. Nos invita a considerar las maneras en que modelamos físicamente nuestro entorno y las maneras en las que lo representamos y nos acostumbramos a vivir en él. Creo justo afirmar que la tradición marxista no ha estado demasiado comprometida con estos temas y que este fallo general (aunque existan, por supuesto, muchas excepciones) con mucha frecuencia ha significado una pérdida de posibilidades para ciertos tipos de políticas transformadoras. Si, por ejemplo, el arte realista socialista no consigue capturar la imaginación y si la monumentalidad alcanzada

bajo regímenes comunistas pasados estaba tan falta de inspiración, si las comunidades planificadas y las ciudades comunistas parecen con tanta frecuencia como muertas, entonces una forma de enfrentarse críticamente con este problema sería analizar los modos de pensar sobre el espacio y el espacio-tiempo, y el papel innecesariamente limitante y constrictivo que pudieron jugar en las prácticas de planificación socialistas.

No se han producido demasiados debates explícitos sobre estos temas en la tradición marxista. No obstante, el propio Marx es un pensador relacional. En situaciones revolucionarias, como la de 1848, Marx estaba preocupado porque el pasado podía pesar como una pesadilla en la mente de los vivos y planteó directamente la cuestión de cómo la poesía revolucionaria del futuro se podía construir allí y en aquel momento (Marx, 1967). En aquella época también discutió con Cabet para que no llevase al nuevo mundo a sus seguidores de ideas comunistas. Marx temía que lo único que harían los icarianos sería trasplantar las actitudes y las creencias internalizadas a partir de la experiencia de lo viejo. Marx aconsejaba que se debían quedar como buenos comunistas en Europa y luchar por la transformación revolucionaria en aquel espacio, aunque siempre existiera el peligro de que la revolución desencadenada «en nuestro pequeño rincón del mundo» pudiera caer víctima de las fuerzas globales que se alineaban contra ella (citado en Marin, 1984).

Lenin, claramente consternado por el modo de presentación idealista de Mach, intentó reforzar el punto de vista absoluto y mecanicista del espacio y del tiempo asociado con Newton, como la única base netamente materialista para la investigación científica. Lo hizo en el mismo momento en que Einstein estaba dando importancia a la visión relativista, pero igualmente materialista, del espacio-tiempo. La línea estricta de Lenin fue suavizada en cierto modo por el giro de Lukács hacia una visión más flexible de la historia y la tempo-

alidad. Pero la visión constructivista de Lukács de la relación con la naturaleza fue rechazada de plano por la afirmación de Wittfogel de un materialismo de la línea dura que se transformó en un determinismo ambiental. En las obras de Thompson, Williams y otros, por otro lado, encontramos diferentes niveles de apreciación, en especial de la dimensión temporal, aunque el espacio y el lugar también estén omnipresentes. En la novela de Williams *People of the Black Mountains* la relacionalidad del espacio-tiempo es central. Williams la utiliza para unir la narración y enfatiza directamente las diferentes maneras de conocimiento que acompañan los diversos sentidos del espacio-tiempo:

Si se buscan en serio las vidas y los lugares, entonces se requiere sin falta una vinculación poderosa a las vidas y a los lugares. El modelo de poliestireno y sus equivalentes textuales y teóricos siguen siendo diferentes de la sustancia que reconstruyen y simulan... En sus libros y mapas de la biblioteca, o en la casa en el valle, había una historia común que se podía traducir en cualquier lugar, en una comunidad de evidencia y de investigación racional. Pero tenía que trasladarse a las montañas para adquirir otro punto de vista; tercamente nativo y local, pero llegando más allá hasta alcanzar un flujo común mucho más amplio, donde tocar y respirar sustituía al registro y al análisis; no la historia como narración, sino historias como vidas. (Williams, 1989: 10-12)

Para Williams la relacionalidad toma vida caminando por las montañas. Presenta una sensibilidad y unos sentimientos completamente diferentes de los que se construyen en el archivo. Resulta interesante que Williams solo parece capaz de abordar este problema en sus novelas. Dentro de la tradición marxiana, con la excepción de Lefebvre y los geógrafos, se

echa en falta una comprensión creciente de la problemática del espacio y del tiempo. En consecuencia, ¿cómo se pueden integrar con mayor fuerza estas perspectivas sobre el espacio y el espacio-tiempo en nuestra lectura, interpretación y uso de la teoría marxiana? Dejaré de lado toda preocupación por advertencias y matices para presentar un argumento en los términos más simples posibles.

En el primer capítulo del *Capital*, Marx introduce los tres conceptos clave de valor de uso, valor de cambio y valor. Todo lo que pertenece al valor de uso se encuentra en el área del espacio y el tiempo absolutos (Figura 2). Trabajadores individuales, máquinas, mercancías, fábricas, carreteras, casas y los procesos de trabajo reales, gastos de energía y cosas así, se pueden individualizar, describir y comprender dentro del marco newtoniano de espacio y tiempo absolutos. Todo lo que pertenece al valor de cambio radica en el espacio-tiempo relativo porque el intercambio implica movimiento de mercancías, dinero, capital, fuerza de trabajo y personas en el tiempo y el espacio. Lo que cuenta es la circulación, el movimiento perpetuo. El intercambio, como observa Marx, rompe así todas las barreras del espacio y del tiempo (Marx, 1976: 209). Reforma perpetuamente las coordenadas dentro de las cuales vivimos nuestra vida cotidiana. Con la llegada del dinero, este «romper las barreras» define un universo aún más grande y fluido de relaciones de intercambio a través del espacio-tiempo relativo del mercado mundial (entendido no como una cosa sino como un continuo de movimiento e interacción). La circulación y la acumulación de capital ocurre en el espacio-tiempo relativo. Sin embargo, el valor es un concepto relacional. Por eso su referente es el espacio-tiempo relacional. El valor, afirma Marx (de modo algo sorprendente), es inmaterial pero objetivo. «Que ni un átomo de materia entre en la objetividad de las mercancías de valor». En consecuencia, el valor no «destaca con una etiqueta que describe lo que es» sino que oculta su

relacionalidad dentro del fetichismo de las mercancías (Marx, 1976: 167). La única manera de acercarnos es ese mundo peculiar en el que se establecen las relaciones materiales entre las personas (nos relacionamos a través de lo que producimos y comerciamos) y se construyen relaciones sociales entre las cosas (se fijan precios para lo que producimos y comerciamos). El valor es, en definitiva, una relación social. Como tal, es imposible medirlo excepto a través de sus efectos (intente medir directamente cualquier relación social y siempre fracasará). El valor internaliza toda la geografía histórica de innumerables procesos de trabajo establecidos bajo las condiciones de o en relación con la acumulación de capital en el espacio-tiempo del mercado mundial. Muchos se sorprenden al descubrir que el concepto más fundamental de Marx es «inmaterial pero objetivo» teniendo en cuenta que habitualmente es presentado como un materialista para el que todo lo inmaterial sería anatemático. Esta definición relacional del valor, señal de pasada, hace irrelevantes o deja de lado todos los intentos por encontrar alguna medida directa y esencialista del mismo. Las relaciones sociales solo se pueden medir por sus efectos.

Si mi caracterización de las categorías marxianas es correcta, entonces se demuestra que no se puede otorgar ninguna prioridad a ningún marco espacio-temporal. Los tres marcos espacio-temporales se deben mantener en una tensión dialéctica entre ellos de la misma manera que el valor de uso, el valor de cambio y el valor están dialécticamente vinculados en la teoría marxiana. No habría, por ejemplo, ningún valor en el espacio-tiempo relacional sin trabajos concretos realizados en innumerables lugares de los espacios y tiempos absolutos. Ni tampoco surgiría el valor como un poder inmaterial pero objetivo sin los innumerables actos de intercambio, los procesos continuos de circulación, que mantienen unido el mercado global en el espacio-tiempo relativo. En consecuencia, el valor es una relación social que internaliza toda la historia y la geo-

grafía de trabajos concretos en el mercado mundial. Es una expresión de las relaciones sociales (principal pero no exclusivamente de clase) del capitalismo construidas en el escenario mundial. Es importante destacar la temporalidad que implica, no solo por el significado del trabajo «muerto» pasado (el capital fijo que incluye todo lo que está incrustado en los entornos construidos), sino también por todos los rastros de la historia de la proletarización, de la acumulación primitiva, del desarrollo tecnológico que están internalizados en la forma de valor. Por encima de todo, debemos reconocer los «elementos históricos y morales» que entran siempre en la determinación del valor de la fuerza de trabajo (Marx, 1976: 275). Entonces vemos como la teoría de Marx funciona de una manera particular. La hilandera otorga valor (es decir, trabajo abstracto como una determinación relacional) a la tela al realizar una labor concreta en el espacio y el tiempo absolutos.

El poder objetivo de la relación de valor se registra cuando se obliga a la hilandera a que deje de crear la tela y a que la fábrica quede en silencio porque las condiciones del mercado mundial hacen que esta actividad en este espacio y tiempo absolutos no tenga ningún valor. Aunque todo esto pueda parecer obvio, el fracaso en reconocer la interrelación establecida entre los diferentes marcos espacio-temporales en la teoría marxiana, con frecuencia provoca confusión conceptual. Por ejemplo, gran parte de la discusión sobre las llamadas «relaciones global-local» se han convertido en un pantano conceptual a causa de la incapacidad para comprender las diferentes espacio-temporalidades que están implicadas. No podemos decir que la relación de valor provoque el cierre de la fábrica como si fuera una especie de fuerza abstracta externa. Es el cambio concreto en las condiciones de trabajo en China cuando está mediada a través de procesos de intercambio en el espacio relativo lo que transforma el valor como relación social de manera que provoca el cierre del proceso de trabajo concreto en México.

Hasta aquí, he centrado mayormente la atención en una lectura dialéctica de la teoría marxiana a lo largo de la columna izquierda de la matriz. ¿Qué ocurre cuando empiezo a leer la matriz al través? La materialidad de los valores de uso y de los trabajos concretos es lo suficientemente obvia. Pero ¿cómo se puede representar y concebir esto? Las descripciones físicas son fáciles de producir, pero Marx insiste en que también son cruciales las relaciones sociales bajo las que se ejecuta el trabajo. Bajo el capitalismo, el asalariado se conceptualiza (segunda columna) como un productor de plusvalía para el capitalista y esto se representa como una relación de explotación. Esto implica que el proceso de trabajo es vivido (tercera columna) como una alienación. Bajo relaciones sociales diferentes, por ejemplo, las del socialismo, el trabajo se podría vivir como una satisfacción creativa y se conceptualizaría como autorrealización a través de esfuerzos colectivos. Es posible que no sea siquiera necesario cambiar la materialidad para que se pueda reconceptualizar y vivir de una manera bastante diferente. Esta era, al fin y al cabo, la esperanza de Lenin cuando abogó por la adopción del fordismo en las fábricas soviéticas. Fourier, por su parte, creía que el trabajo debía ser un juego y la expresión de un deseo, y se debía vivir como una alegría sublime, para lo cual sería necesario reestructurar radicalmente las cualidades materiales de los procesos de trabajo. En este punto debemos reconocer una variedad de posibilidades diferentes. En su libro *Manufacturing Consent*, por ejemplo, Burawoy descubrió que los trabajadores de la fábrica que estudiaba en general no experimentaban el trabajo como alienación (Burawoy, 1982). Esto surgió porque sofocaron la idea de explotación al transformar el lugar de trabajo en un lugar para el juego y la representación (estilo Fourier). Los trabajadores ejecutaban el proceso de trabajo de una manera que les permitía vivir el proceso de una forma no alienada. En esto hay algunas ventajas para el capital, porque los trabajadores no alienados con frecuencia trabajan

con mayor eficiencia. Por eso los capitalistas han aceptado diversas medidas, como la calistenia, los círculos de calidad y otros por el estilo, para reducir la alienación y enfatizar la inclusión. También han generado conceptualizaciones alternativas que enfatizan las recompensas del trabajo duro y producen ideologías que niegan la teoría de la explotación. Mientras que la teoría marxiana de la explotación puede ser formalmente correcta, no se transforma siempre y necesariamente en alienación y resistencia política. Depende mucho de cómo se conceptualice. Las consecuencias para la conciencia política y la acción de la clase trabajadora son muy variadas. Una parte de la lucha de clases consiste en tomar conciencia del significado de la explotación como la conceptualización correcta de cómo los trabajos concretos se realizan bajo las relaciones sociales capitalistas. Repito que lo que importa realmente es la tensión dialéctica entre lo material, lo concebido y lo vivido. Si tratamos las tensiones de una forma mecánica entonces estamos perdidos.

Aunque reflexionar sobre estos temas por esta vía es útil, antes he argumentado que el «pensamiento matricial» ofrece unas oportunidades limitadas al menos que estemos preparados para analizar libre y dialécticamente todos los momentos de la matriz simultáneamente. Pongamos un ejemplo. La forma principal de representación del valor es a través del dinero. Este también es un concepto inmaterial con poder objetivo pero que debe tomar una forma material como un valor de uso real. Esto se consigue en primera instancia a través de la aparición de una mercancía dineraria (por ejemplo, el oro). No obstante, esta aparición ocurre a través de actos de intercambio en el espacio-tiempo relativo y esto es lo que permite que las formas tangibles del dinero se conviertan en una presencia activa en el espacio y el tiempo absolutos. Esto genera la paradoja de que un valor de uso material concreto (como el oro o el billete de dólar) debe representar la universalidad del valor,

del trabajo abstracto. Además, implica que personas privadas puedan apropiarse del poder social y, a partir de ahí, la posibilidad de que el dinero como capital se ponga en circulación en el espacio-tiempo relativo. Como señala Marx, hay muchas antinomias, antítesis y contradicciones en cómo se crea, se conceptualiza, circula y se usa el dinero, tanto como un medio tangible de circulación como una representación del valor en el mercado mundial. Precisamente porque el valor es inmaterial y objetivo, el dinero siempre combina cualidades ficticias con formas tangibles. Está sujeto a esa inversión que Marx describe en el fetichismo de las mercancías de manera que surgen relaciones materiales entre las personas y las relaciones sociales se inscriben entre los objetos. El dinero como objeto de deseo y como objeto de contemplación neurótica nos encarcela en fetichismos, mientras que las contradicciones inherentes a la forma del dinero producen inevitablemente no solo la posibilidad sino también la inevitabilidad de las crisis capitalistas. La ansiedad por el dinero es frecuente entre nosotros y tiene su propia localización espacio-temporal (el niño empobrecido que se detiene ante la enorme variedad de mercancías capitalistas que siempre están más allá de su alcance en el escaparate de la tienda). El espectáculo del consumo que cubre el paisaje en el espacio y el tiempo absolutos puede generar la sensación de una carencia relativa. Estamos rodeados por todas partes de manifestaciones del deseo fetichista por el poder del dinero como representación del valor en el mercado mundial.

Para los que no estén familiarizados con la teoría marxiana, sin duda todo esto les parecerá bastante misterioso. No obstante, lo importante es ilustrar cómo el trabajo teórico (y me gustaría sugerir que esto debería ser cierto para toda teoría, social, literaria y cultural) invariable y necesariamente implica incluso al nivel más básico moverse dialécticamente a través de todos los puntos de la matriz y después más allá. Cuanto más nos movamos mayor será la profundidad y el alcance de

nuestra comprensión. En este sistema hay cajas delimitadas y cerradas. Las tensiones dialécticas no solo se tienen que mantener intactas: se deben ampliar continuamente.

No obstante, voy a terminar con algunas advertencias. En los últimos años muchos académicos, geógrafos incluidos, han asumido los conceptos relacionales y su manera de pensar (aunque no de una manera demasiado explícita respecto a los del espacio-tiempo). Este gesto, tan importante como encomiable, se ha asociado hasta cierto punto al giro cultural y postmoderno. Pero de la misma manera que la geografía tradicional y positivista limitó su visión al concentrarse exclusivamente en lo absoluto y lo relativo y en los aspectos materiales y conceptuales del espacio-tiempo (apartando el vivido y el relacional), también existe un serio peligro de centrarse solo en lo relacional y lo vivido como si lo material y lo absoluto no importasen. Quedarse exclusivamente en la parte inferior derecha de la matriz puede ser tan erróneo, limitado y atrofiante como confinar la visión a la parte superior izquierda. La única estrategia que funciona realmente es mantener la tensión moviéndose dialécticamente a través de todas las posiciones en la matriz. Esto es lo que nos permite comprender mejor cómo los significados relacionales (como el valor) se internalizan en cosas materiales, acontecimientos y prácticas (como los procesos concretos de trabajo) construidos en el espacio y el tiempo absolutos. Para poner otro ejemplo, podemos debatir interminablemente todo tipo de ideas y diseños expresivos sobre la relacionalidad de la Zona Cero, pero en algún momento algo se debe materializar en el espacio y el tiempo absolutos. Una vez construido, el lugar adquiere una «permanencia» (un término de Whitehead) en forma física. Y aunque siempre está abierta la reconceptualización del significado de esa forma material para que la gente pueda aprender a vivirla de manera diferente, la misma materialidad de la construcción en el espacio y el tiempo absolutos conlleva su propio peso y autoridad.

Por la misma razón, los movimientos políticos que aspiran a ejercer algún poder en el mundo serán inefectivos hasta que no reivindicquen una presencia material. Está muy bien, por ejemplo, evocar concepciones relacionales como el proletariado en movimiento o las multitudes levantándose. Pero nadie sabe lo que esto significa hasta que cuerpos reales ocupan el espacio absoluto de las calles de Seattle, Quebec y Génova en un momento preciso del tiempo absoluto. Los derechos, como observa agudamente Don Mitchell, no significan nada sin la capacidad de concretarlos en el espacio y el tiempo absolutos:

Si el derecho a la ciudad es un grito y una demanda, entonces solo es un grito que se escucha y una demanda que tiene fuerza en la medida que existe un espacio a partir y dentro de la cual este grito y demanda se hacen visibles. En el espacio público (en las esquinas de las calles o en los parques, en las calles durante los disturbios y manifestaciones) las organizaciones políticas pueden presentarse ante una población más amplia y a través de esta representación dar alguna fuerza a sus gritos y demandas. Al reclamar el espacio en público, al crear espacios públicos, los propios grupos sociales se vuelven públicos.

El espacio público, como insiste acertadamente Mitchell, «es material» y «constituye un lugar real, una plaza, un terreno en el que y desde el cual fluye la actividad política» (Mitchell, 2003: 129-135). Solo cuando la racionalidad conecta con los espacios y tiempos absolutos de la vida social y material, la política cobra vida. Descuidar esta conectividad es llamar a la irrelevancia política.

Para la construcción de una imaginación distintivamente geográfica es crucial tener ideas claras sobre cómo es el espacio y cómo funcionan las diferentes espacialidades y espacio-temporalidades. Pero resulta que el espacio es una palabra clave

extraordinariamente complicada. Funciona como una palabra compuesta y tiene múltiples determinaciones de manera que ninguno de sus significados particulares se puede comprender adecuadamente aislado de todos los demás. Pero esto es precisamente lo que hace que el término, en especial cuando se une al tiempo, sea tan rico en posibilidades.

Referencias bibliográficas

- BENJAMIN, Walter (1968). *Illuminations*. Nueva York: Schocken [trad. cast.: *Iluminaciones*. Madrid: Taurus, 1972].
- BENJAMIN, Walter (1999). *The Arcades Project*. Cambridge: Belknap Press [trad. cast.: *El libro de los pasajes*. Madrid: Akal, 2005].
- BURAWOY, Michael (1982). *Manufacturing Consent. Changes in the Labor Process under Monopoly Capitalism*. Chicago: Chicago University Press.
- CASSIRER, Ernst (1944). *An Essay on Man*. New Haven: Yale University Press.
- DELEUZE, Gilles (1992). *The Fold. Leibniz and the Baroque*. Minneapolis: Minnesota University Press [trad. cast.: *El pliegue. Leibniz y el Barroco*. Madrid: Paidós, 1989].
- FITZGERALD, Janet (1979). *Alfred North Whitehead's Early Philosophy of Space and Time*. Nueva York: Rowman and Littlefield.
- HARVEY, David (1973). *Social Justice and the City*. Londres: Edward Arnold [trad. cast.: *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid: Siglo XXI, 1977].
- HARVEY, David (1979). «Monument and myth», *Annals of the Association of American Geographers*, 69; pp. 362-381.
- HARVEY, David (1996). *Justice, Nature and the Geography of Difference*. Oxford: Basil Blackwell.
- HARVEY, David (2003). *Paris. Capital of Modernity*. Nueva York: Routledge [trad. cast.: *París, capital de la modernidad*. Madrid: Akal, 2008].
- LANGER, S. (1953) *Feeling and Form. A Theory of Art*. Nueva York: Prentice Hall.

- LEFEBVRE, Henri (1991). *The Production of Space*. Oxford: Basil Blackwell [trad. cast.: *La producción del espacio* Madrid: Capitán Swing, 2013].
- MARIN, Louis (1984). *Utopics. A Spatial Play*. Atlantic Heights: Humanities Press.
- MARX, Karl (1963). *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte*. Nueva York: International Publishers [trad. cast.: *El 18 de Brumario de Luis Bonaparte* . Madrid: Fundación Federico Engels, 2003].
- MARX, Karl (1976). *Capital Vol. 1*. Nueva York: Viking Press [trad. cast.: *El Capital, tomo 1*. México: Fondo de Cultura Económica, 1959].
- MITCHELL, Don (2003). *The Right to the City. Social Justice and the Fight for Public Space*. Nueva York: The Guilford Press.
- OSSERMAN, Robert (1995). *The Poetry of the Universe*. Nueva York: Doubleday.
- Tercera Bienal de Arte Contemporáneo de Berlín (2004). *Catalogue. Judith Barry, Voice Off*. Berlín: Biennale; pp. 48-49.
- WILLIAMS, Raymond (1985). *Keywords. A Vocabulary of Culture and Society*. Oxford: Oxford University Press [trad. cast.: *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad* . Buenos Aires: Nueva Visión, 2000].
- WILLIAMS, Raymond (1989). *People of the Black Mountains. The Beginnings*. Londres: Chatto and Windus.

CRISIS, DISRUPCIONES GEOGRÁFICAS Y EL DESARROLLO DESIGUAL DE LAS RESPUESTAS POLÍTICAS*

David Harvey

Hay muchas explicaciones para la crisis del capital que se inició en 2007. Hay quien ve sus raíces en la naturaleza humana: se habla de codicia, arrogancia, ansia de dominio y poder, instinto depredador de los empresarios y comportamiento delirante de inversores y financieros. Versiones más sistémicas se centran en las expectativas y en los «espíritus animales», que tan vitales son para impulsar el crecimiento y la innovación pero que inevitablemente provocan oleadas especulativas de destrucción creativa (Partnoy, 2003; Akerlof y Shiller, 2009). Otros consideran que la crisis tiene sus orígenes en el fracaso institucional, en especial en el fracaso de la regulación estatal del sector financiero (a veces representado como «captura del regulador»); en las innovaciones financieras que condujeron a una pérdida, tanto interna como externa, de los controles sobre un «sistema bancario en la sombra»; y en fracasos de las políticas que animaban al «riesgo moral», en particular en instituciones que se consideran «demasiado grandes para caer» (Bookstaber, 2007; Authers, 2010). Además, hay aún otros que atribuyen la crisis a la creencia ciega en teorías erróneas. Por ejemplo, el estudioso de economía legal de Chicago Victor Posner (2010) ahora admite resueltamente (junto con Alan Greenspan), por ejemplo, que los mercados libres que una vez creyó inmaculados pueden fracasar porque no se autocorrigen y desobstruyen automáticamente, y que la «hipótesis

* Traducido por Núria Benach del original inglés «Crises, geographic disruptions and the uneven development of political responses», *Economic Geography*, 87(1), 2011, pp. 1-22.

del mercado eficiente», a la que ciegamente se adhieren muchos, se tiene que reformular. Algunos incluso llegan a decir que deberíamos haber escuchado desde el principio las teorías de Hyman Minsky sobre la inestabilidad financiera inherente y tomado en serio antes las advertencias de los que, como Warren Buffet y Paul Volcker, creían que los derivados y las obligaciones garantizadas por deuda podían ser «armas financieras de destrucción masiva» (Barbera, 2009). Economistas más convencionales analizan con pesadumbre los desequilibrios globales en el comercio, el endeudamiento, la falta de empleo y la escasa demanda; ven la crisis como una corrección violenta pero necesaria de los desequilibrios en una economía mundial que lleva mucho tiempo alejándose del crecimiento equilibrado (véase Fondo Monetario Internacional, 2009; Rajan, 2010). En esta historia, el desequilibrio comercial entre los Estados Unidos y China juega un papel central. Políticas torpes y un intervencionismo estatal perverso (cualquier cosa, desde la manipulación de su moneda por parte de China hasta la planificación del Estado de bienestar) se encuentran en el corazón del problema. La implicación es (tal como afirman tanto el Banco Mundial como los activistas del «Tea Party») que necesitamos más, y no menos, libre mercado para conseguir que el verdadero desarrollo capitalista vuelva al camino correcto (Banco Mundial, 2009; Harvey, 2009b). Los libertarios llegan incluso más lejos al sugerir que la abolición de la Reserva Federal y del Fondo Monetario Internacional es una precondition necesaria para salir de la crisis.¹

Finalmente, están aquellos que ven la crisis en términos culturales e incluso nacionalistas. Los políticos y la prensa popular en Alemania y Francia describieron la crisis como una

1. La petición de la abolición de la Reserva Federal, patrocinada por Rand Paul, se puede encontrar online en www.PetitionOnline.com/mod_perl/signed.cgi?fedres.

enfermedad distintivamente anglosajona, enraizada en una cultura de especulación financiera en Wall Street y en la City de Londres (prácticas que los banqueros alemanes supuestamente no tolerarían). La cultura del consumo personal de despilfarro que impulsa el endeudamiento en los Estados Unidos y Gran Bretaña (comparado con los altos niveles de ahorro personal en Alemania) jugó un papel muy característico. La crisis de la deuda soberana griega de 2010 se atribuyó a los defectos del carácter nacional griego. Muchos latinoamericanos rieron al ver cómo los Estados Unidos tenían que pasar por el equivalente a un programa de ajuste estructural del Fondo Monetario Internacional (FMI) del mismo tipo que habían tenido que padecer ellos durante las tres décadas precedentes. «Es su problema, no el nuestro», opinó inicialmente el presidente de Brasil Luis Ignácio Lula da Silva, suponiendo incorrectamente que era un producto del mundo blanco, de ojos azules, masculino y por encima del bien y del mal de Wall Street (Benoit y Tait, 2008; Watt, 2009; Stuttaford, 2010).

Cada una de estas explicaciones contiene parte de verdad. Algunos autores pueden transformar hábilmente cada una de ellas en una narración persuasiva, aunque profundamente errónea, de cómo y, lo más importante, de por qué nos hemos metido en el lío actual. Por supuesto, hubo un comportamiento delirante y una codicia insaciable, junto con fallos regulatorios. Pero estos factores estaban presentes desde hacía mucho tiempo. Entonces, ¿por qué se pudieron superar todas las restricciones sociales, políticas, culturales y regulatorias de la manera en que se hizo? Y, desde luego, las políticas públicas distorsionan los mercados. Pero no son solo los pérfidos chinos los que hacen estos trucos. ¿Cuál ha sido, por poner solo un ejemplo, el papel de la deducción impositiva de los intereses de las hipotecas en los Estados Unidos que no solo cuesta unos 100.000 millones de dólares al año en pérdidas de ingresos fiscales, sino que también proporciona un obsceno

subsidio a los ricos? Esta deducción fiscal inclina el mercado inmobiliario hacia la propiedad que, en consecuencia, se convierte en un valor cultural supuestamente incuestionable, la esencia del sueño americano (los Estados Unidos tenían cerca de un 70 % de propietarios de vivienda en 2007, comparado con Suiza, que solo tenía un 20 %). Estas políticas fiscales han cimentado el negocio lucrativo de la financiación hipotecaria en los Estados Unidos con un incentivo permanente para extralimitarse (como ocurrió en el mercado de las hipotecas *subprime*) y esparcir los riesgos. Cerca del 40 % de la deuda total en los Estados Unidos reside en el mercado hipotecario, y gran parte de ella se vendió por todo el mundo mediante estas obligaciones de deuda garantizada que ahora se han vuelto tóxicas. Teniendo en cuenta que la crisis ha tenido sus orígenes en el mercado inmobiliario de los Estados Unidos, entonces está claro que el culto a la propiedad de la vivienda debe haber tenido algo que ver con ella (véase Rajan, 2010: cap. 1, para una revisión sucinta de cómo las políticas públicas han impulsado el mercado inmobiliario y el crédito hipotecario a lo largo de los años en los Estados Unidos).

Pero que los alemanes pretendan que su altamente beneficioso comercio de exportación no dependa del derroche alimentado por la deuda del consumidor americano ya es demasiado. Es más, el deseo de los alemanes y los europeos del norte de tener segundas residencias en el litoral mediterráneo ha tenido mucho que ver con lo que está ocurriendo ahora con la deuda soberana en Grecia, Portugal y España (vayan a las Baleares o al sur de España y vean el desastre urbano que ha desencadenado este mercado de acceso a sitios soleados a través de la construcción de bloques de pisos). Y si los banqueros alemanes están por encima de todo esto, ¿cómo es posible que el Deutsche Bank haya recibido una cantidad tan grande de la ayuda financiera concedida a AIG, y cómo es posible que un buen porcentaje de ejecuciones de las propiedades en

Cleveland estén en manos del Deutsche Bank? Al tiempo que los ajustes de la moneda china son un problema, la compra china de bonos del Tesoro de los Estados Unidos para mantener bajo el tipo de cambio ha ayudado a financiar la deuda estadounidense y ha mantenido estables las tasas de interés del dólar a largo plazo, y por eso constituye un apoyo crítico para el capital global en un momento en el que parece que todo lo demás está fallando.

En todo esto hay algo que falta. La mejor pista sobre lo sucedido surgió cuando la reina Isabel visitó la London School of Economics y preguntó a sus prestigiosos economistas que cómo era que no habían visto venir la crisis. Como la reina Isabel es una monarca feudal en lugar de un mortal normal, el *establishment* académico británico sintió la obligación de responder. Tras seis meses de reflexión, los gurús económicos de la Academia Británica enviaron sus conclusiones. El asunto era que muchos economistas inteligentes y dedicados habían trabajado dura y continuamente en la comprensión de los microprocesos en marcha. Pero de alguna manera todos habían pasado por alto los «riesgos sistémicos». Un año después, un antiguo economista jefe del FMI afirmó: «De alguna manera conocíamos vagamente lo que era el riesgo sistémico y los factores que se relacionaban con él. Pero afirmar que se trata de una ciencia totalmente desarrollada en este momento es una exageración de la realidad.» En un documento formal, el FMI describía el estudio del riesgo sistémico como «en sus inicios» (Schneider, 2010).

En la teoría marxista, el «riesgo sistémico» se traduce en la contradicción fundamental de la acumulación de capital. El FMI se podría ahorrar un montón de problemas estudiándolo. Entonces, ¿de qué manera pueden estas contradicciones proporcionar una comprensión más profunda no solo de las particularidades de la crisis actual sino también del papel general de las crisis en la larga geografía histórica del desarrollo capitalista?

Una perspectiva histórico-geográfica

La crisis actual se originó en los pasos dados para resolver la crisis de estanflación y la amenaza política contra el poder de la clase capitalista en la década de 1970 en las regiones centrales del capitalismo (América del Norte y Europa Occidental). Como ya lo he explicado en otros textos (Harvey, 2005; Harvey, 2010a), aquí solo voy a resumir el argumento. Los pasos que se tomaron para resolver dicha crisis incluyeron lo siguiente:

1. El éxito del asalto político (dirigido por Ronald Reagan y Margaret Thatcher, y los golpes militares en América Latina) contra las organizaciones sindicales y sus instituciones políticas mientras se movilizaban los excedentes de trabajo global (a través de la inmigración y la deslocalización), se aplicaban cambios tecnológicos que ahorraban trabajo, y se maximizaba la competencia capitalista. Los mercados laborales (siempre fragmentados geográficamente) se organizaron en buena parte sobre una base nacional en el período 1945-1980 y estaban aislados de la competencia internacional a través de limitaciones en el flujo del capital internacional. Los estados-nación podían diseñar sus propias políticas fiscales y estas políticas podían recibir la influencia política de organizaciones sindicales y partidos políticos de izquierda. Tras el colapso del sistema de Bretton Woods a principios de la década de 1970 y la consiguiente desregulación financiera, se suavizaron las restricciones al flujo del capital internacional, y el capital empezó a ejercer una mayor disciplina sobre las políticas fiscales de los estados-nación. Los estados del bienestar se debilitaron, los salarios reales se estancaron o bajaron, y cayó la participación de los salarios en el producto interior bruto (PIB) en los países de la OCDE y China (Pollin, 2003).

El capital ganó acceso a una enorme reserva laboral disponible que vivía en condiciones marginales. A mediados de la década de 1980, el problema laboral que el capital había tenido que afrontar en las regiones principales (tanto en el mercado como en las zonas de producción), había desaparecido. Hubo restricciones salariales en casi en todas partes.

2. El capitalismo monopolístico basado en el Estado-nación (como se ejemplifica en la industria de la automoción de la década de 1960 en los Estados Unidos centrada en Detroit) quedó desmantelado al abrirse la industria del automóvil a una competencia internacional mucho más enconada (por ejemplo, la invasión en el mercado automovilístico de los Estados Unidos por parte de competidores japoneses y alemanes en la década de 1980). La intensificación de la competición global se tradujo en unos menores beneficios no financieros de las empresas (Bellamy Foster y Magdoff, 2009). Al final, esta situación generó un régimen de márgenes de beneficio bajos en casi todas las áreas de la producción convencional, incluso con estancamiento de los salarios reales. Con el desmantelamiento de los controles de capital sobre los movimientos internacionales, el desarrollo geográfico desequilibrado y la competencia interterritorial se convirtieron en los rasgos característicos del desarrollo capitalista, que siguió minando la autonomía fiscal de los estados nación. Esto marcó también el inicio del trasvase de poder hacia Asia oriental.
3. La desregulación y el fortalecimiento de la forma de capital más fluida y altamente móvil (capital monetario) para reubicar globalmente los recursos de capital (al final a través de los mercados electrónicos y un sistema bancario desregulado «a la sombra») impulsó la desindustrialización en las regiones centrales tradicionales. El capital aceleró su dependencia de una serie de «soluciones espaciales» para absorber la sobreacumulación de capital

(Harvey, 2001: cap. 14). Estos cambios geográficos estuvieron acompañados de nuevas formas (ultra-opresivas) de industrialización, y de extracción de recursos naturales y materias primas agrícolas en mercados emergentes. A ello le siguieron dos consecuencias. Una fue el aumento de la rentabilidad de las sociedades financieras frente al capital industrial y la búsqueda de nuevas formas de globalizar y supuestamente absorber los riesgos a través de la creación de mercados de capital ficticios (la tasa de apalancamiento de los bancos en los Estados Unidos subió del 3 al 30). Las empresas no financieras (como los fabricantes de coches) con frecuencia hacían más dinero a través de las manipulaciones financieras que no produciendo cosas. El otro impacto fue un aumento de la dependencia en la «acumulación por desposesión» como un medio para aumentar el poder de la clase capitalista. Las nuevas rondas de acumulación primitiva contra poblaciones indígenas y campesinas (en especial en Asia y América Latina) aumentaron con la pérdida de activos por parte de las clases más bajas en las economías centrales, como lo demuestra la pérdida de los derechos de pensión, así como la gran pérdida de activos en el mercado de vivienda *subprime* en los Estados Unidos.

4. La restricción salarial amenazó la demanda real, en especial en aquellas economías como la de los Estados Unidos en las que el 70 % de la fuerza motora del desarrollo capitalista se encuentra en el consumismo (mientras que en China solo es la mitad). La distancia entre la caída de salarios y el aumento de la demanda efectiva se cubrió llevando al límite el endeudamiento de la economía. La deuda en los hogares de los Estados Unidos se triplicó en tres décadas: he aquí el «keynesianismo oculto» del consumismo financiado con endeudamiento dentro de la práctica del neoliberalismo.

5. Las burbujas en el mercado de activos compensaban la falta de otras oportunidades de inversión. Estas burbujas estuvieron alimentadas por el capital financiero («ficticio») y se vieron facilitadas por las amplias innovaciones financieras (por ejemplo, derivados y obligaciones de deuda garantizadas). Muchas de estas deudas estaban asociadas a los mercados inmobiliarios y al desarrollo urbano. El mercado del suelo japonés estalló en 1990, seguido por una década o más de estancamiento económico; el sistema bancario nórdico se derrumbó tras la caída del mercado inmobiliario en 1992 (Suecia tuvo que nacionalizar sus bancos); la crisis de ahorro y de crédito en los Estados Unidos y la caída del mercado inmobiliario en el Reino Unido de 1986-92 provocaron grandes tensiones y exigieron rescates financieros; la crisis del Este y Sudeste Asiáticos de 1997-98 se inició con problemas inmobiliarios en Tailandia. En consecuencia, el colapso que se inició con las ejecuciones hipotecarias en 2007 en los Estados Unidos y las tensiones en el mercado inmobiliario británico no eran inusuales.

Las fuerzas políticas que permitieron y se movilizaron tras estas transiciones tenían un claro carácter de clase y se revistieron con la teoría neoliberal. La teoría descansaba sobre la idea del libre mercado, el libre comercio, la iniciativa personal y el espíritu emprendedor eran las mejores garantías de la libertad individual y que el paternalismo estatal se debía dismantelar y ser sustituido por la «responsabilidad personal». Pero la práctica neoliberal necesitaba que los Estados garantizaran la integridad de las instituciones financieras, de manera que introdujeron (empezando por la crisis de la deuda mexicana en 1982) un «riesgo moral» en el sistema financiero. El poder estatal (local y nacional) también se vio cada vez más comprometido a proporcionar un «buen clima de negocios» para atraer inversiones en un ambiente altamente competitivo. Si se producía

un conflicto entre los intereses del capital (en especial, el financiero) y los intereses de la población, se tenía que sacrificar a esta última (lo que se convirtió en práctica habitual de los programas de ajustes estructurales del FMI desde principios de la década de 1980). Con esto, los escalones superiores de la clase capitalista consolidaron una riqueza y un poder enormes, y la desigualdad social aumentó enormemente.²

Las condiciones varían considerablemente, por supuesto, dependiendo de la parte del mundo en que se vive, las relaciones de clase que prevalezcan, las tradiciones políticas y culturales, y cómo esté cambiando el equilibrio del poder político-económico. Las dinámicas espaciales y geográficas de dichos reajustes en la economía global son un tema sobre el que voy a volver.

Perspectivas teóricas

El capital, insistía Marx, es un proceso de circulación, no una cosa. Se trata fundamentalmente de poner el dinero en circulación para hacer más dinero. Hay varias maneras de hacerlo. Los financieros prestan el dinero a cambio de un interés; los comerciantes compran barato para vender caro; y los rentistas compran tierra, recursos, patentes y otras cosas por el estilo, que ceden a los demás a cambio de una renta. Pero la forma primaria de circulación de capital desde el punto de vista de Marx era la del capital productivo. El capital empieza con el dinero que se utiliza para comprar fuerza de trabajo y medios de producción, los cuales se combinan en un proceso laboral, bajo unas formas tecnológicas y organizativas determinadas, que dan como resultado una nueva mercancía que se vende en el mercado por el dinero inicial más un beneficio.

2. Thomas Picketty y Emmanuel Saez realizan un seguimiento sistemático de la desigualdad social en los Estados Unidos (véase <http://elsa.berkeley.edu/~saez>).

Después, se tiene que capitalizar una parte del beneficio y ponerlo en circulación para conseguir aún más beneficios. Por tanto, el capital está comprometido a una tasa compuesta de crecimiento. La cantidad de bienes y servicios globales que se comercializan a través del mercado (que ahora son unos 55 billones de dólares) ha crecido a una tasa media de un 2,25 % desde alrededor de 1750 (Maddison, 2007). En algunos lugares y momentos ha sido mucho más alta y en otros mucho más baja. Este registro histórico encaja con la opinión habitual de que una tasa de crecimiento del 3 % es el nivel mínimo aceptable para que un capitalismo «saludable» pueda operar satisfactoriamente. Casualmente, la tasa media de crecimiento global de 2000 a 2008 fue también exactamente del 3 % (con grandes variaciones locales). Todo lo que esté por debajo del 3 % es problemático, mientras que un crecimiento cero o negativo define una crisis que, si se prolonga, como en la década de 1930, define una depresión. Así que el problema del capital es encontrar un camino para un crecimiento compuesto mínimo continuo del 3 %.

En los *Grundrisse*, Marx (1973) señalaba que el capital no puede permitir límites a la acumulación (véase también Harvey 2010a: cap. 2-4). Cuando encuentra límites, decía, los convierte en barreras que se deben superar o rodear. Entonces, ¿cuáles son los límites potenciales para esta tasa compuesta de crecimiento? Como el capital es un proceso y no una cosa, la continuidad del proceso (junto con su velocidad, adaptabilidad geográfica y movilidad) se convierte en un rasgo crucial para sostener el crecimiento compuesto. Cualquier bloqueo en el flujo de capital provocará una crisis. Si se detiene nuestro flujo sanguíneo, morimos. Si el flujo de capital se detiene, el cuerpo político de la sociedad capitalista muere. Esta sencilla regla quedó perfectamente demostrada a raíz de los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001. En aquel momento, los procesos normales de circulación se detuvieron en seco en y

alrededor de la ciudad de Nueva York, con grandes ramificaciones para la economía global. Al cabo de cinco días, el alcalde Rudy Giuliani estaba suplicando a todo el mundo que sacasen las tarjetas de crédito y fueran a comprar, a los restaurantes y a los espectáculos de Broadway (¡había asientos disponibles!), y poco después el presidente de los Estados Unidos George W. Bush hizo algo sin precedentes: apareció en un anuncio colectivo de las líneas aéreas pidiendo a la gente que volviera a volar. Cuando los bancos dejaron de prestar y congelaron el crédito después del colapso de Lehman Brothers el 15 de septiembre de 2008, la supervivencia del capitalismo estuvo amenazada y el poder político adoptó medidas extraordinarias para suavizar las restricciones. Era un tema de vida o muerte para el capital, como reconocieron todos los que estaban en el poder.

Un examen de la circulación del capital revela, no obstante, una serie de puntos de bloqueo potenciales, cada uno de los cuales puede provocar una crisis al limitar el flujo de capital. A continuación, se describen cada uno de estos puntos.

Puntos de bloqueo potenciales

Reunión del capital inicial

La acumulación de capital supone que se pueden reunir las cantidades adecuadas de dinero en el lugar correcto y en el momento preciso para poner el dinero en circulación como capital. Marx, casi siempre trató este problema del capital inicial en términos de acumulación primitiva (el robo del dinero del resto del mundo). Esta visión es inadecuada porque, como había señalado con anterioridad Henri de Saint-Simon, es necesaria la asociación de muchos capitales (que se consigue en última instancia a través de la forma corporativa, los mercados de valores, etc.) para emprender proyectos a gran escala como ferrocarriles, canales e incluso empresas industriales de grandes dimensiones. La tarea del sistema financiero (que casi

invariablemente incorpora los poderes estatales) consiste en reunir los ahorros de pequeña escala y redistribuir el dinero así acumulado entre una serie de proyectos potencialmente beneficios. Los hermanos Pereire, por ejemplo, formados en la escuela de pensamiento de Saint-Simon, crearon nuevas instituciones de crédito para facilitar la reconstrucción de París tras la crisis de 1848 para absorber los excedentes de capital y de trabajo. Muy pronto descubrieron que no era necesario que se ocuparan de la producción, porque el apalancamiento (pedir prestado al 3% y prestar al 5%) podía conseguir grandes beneficios (Harvey, 2003). La creación de un sistema financiero hipotecario moderno en los Estados Unidos se remonta a la década de 1930 (cuando un tercio del desempleo era atribuible a la depresión en el sector de la construcción) y este sistema sentó las bases del boom suburbano después de la Segunda Guerra Mundial, que jugó un papel tan importante que evitó que los Estados Unidos volvieran a caer en la depresión.

Las continuas innovaciones financieras han sido cruciales para la supervivencia del capitalismo. Pero las finanzas y el dinero capitalista también exigen su parte en el excedente de valor que se produce. Por ello, la existencia de un poder excesivo dentro del sistema financiero se puede convertir en un problema, generando un conflicto entre capital financiero y capital productivo. Además, las instituciones financieras siempre se han integrado en los aparatos del Estado para formar lo que yo llamo un «nexo Estado-finanzas» (Bonney, 1999). Este nexo se encuentra habitualmente en segundo plano excepto en una crisis, como ocurrió en los Estados Unidos tras el derrumbe de Lehman Brothers: el secretario del Tesoro (Henry Paulson) y el presidente de la Reserva Federal (Ben Bernanke) tomaron todas las decisiones importantes (al presidente Bush casi no se le vio). En la medida en que el poder estatal favoreció las finanzas de la City de Londres por encima del capital productivo en Gran Bretaña después de la Primera Guerra

Mundial, contribuyó al deterioro de la producción industrial de la misma manera que las finanzas de Wall Street ayudaron a la desindustrialización de los Estados Unidos desde mediados de la década de 1970. Las crisis se han centrado con frecuencia en el sector financiero y en los poderes estatales asociados porque las finanzas están demasiado reguladas o no son lo suficientemente innovadoras, provocando lo que se llama una «represión financiera» (McKinnon, 1973) (un término que se usó con frecuencia en la década de 1970 para describir un serio punto de bloqueo para la acumulación de capital), o porque son demasiado poderosas y demasiado incontrolables para el buen funcionamiento del sistema (como se afirma ahora con frecuencia).

El mercado laboral

Cuando el trabajo es escaso o está demasiado bien organizado, puede constituir un bloqueo para la libre circulación de capital. Los salarios crecen a expensas de los beneficios. La larga historia de la lucha de clases por los niveles salariales, las condiciones contractuales (duración de la jornada laboral, la semana laboral y la vida laboral), junto con la lucha por los niveles de prestación social (el salario social), son un testimonio de la importancia de este límite potencial a la acumulación de capital. Esta constricción fue clara en las regiones centrales del capitalismo a finales de la década de 1960 y ya he mencionado los medios por los cuales fue superada a mediados de la década de 1980. Sin embargo, resulta necesario volver a remarcar un punto de esta historia: para el capital, el problema laboral no se podía superar sin las innovaciones financieras que sirvieron para dismantelar las barreras a los flujos de capital transfronterizos.

La disponibilidad de medios de producción

En relación con el acceso a los medios de producción adecuados surgen toda una serie de temas técnicos. Los cuellos de

botella en el suministro pueden producirse con facilidad, a veces por razones sistémicas en las que no podemos profundizar aquí (véase Morishima (1973) para una exploración exhaustiva de la teoría de Marx sobre los desequilibrios sistémicos). Pero por debajo de estos bloqueos habitualmente temporales en la cadena de suministros está la existencia de los llamados límites naturales de los suministros de materias primas y de la capacidad del medioambiente de absorber los residuos. La historia del capitalismo ha estado repleta de muchas fases en las que la «naturaleza» se suponía que iba a ser un límite definitivo para el crecimiento. Pero el escenario malthusiano nunca ha llegado realmente a producirse. Esta historia es un buen ejemplo de cómo el capital, cuando encuentra límites, exhibe un considerable ingenio para convertirlos en barreras que se pueden superar o rodear. Que el capital lo haya conseguido con éxito en el pasado, no significa necesariamente, por supuesto, que esté destinado a hacerlo para siempre. Ni tampoco implica que los episodios pasados de supuestos límites naturales se puedan sortear con suavidad y sin crisis. La situación actual en lo referente a suministro de energía y a absorción de residuos está obligando a todo tipo de ajustes y adaptaciones. Sea o no un momento en el que lo que O'Connor (1997) llamó «la segunda contradicción del capitalismo» (la relación con la naturaleza en oposición a la relación capital-trabajo, que es lo que privilegian habitualmente los marxistas) se sitúe en el primer plano como la principal barrera a la acumulación sostenida, es un tema para el debate. En el pasado, las soluciones a dichos problemas abrieron nuevos espacios para la acumulación o recursos complejos nuevos y más abundantes para superar la escasez propia de lo viejo.

Pero exactamente de la misma manera en que los financieros a veces han conseguido demasiado poder y han provocado una crisis general al perseguir sus propios intereses, los terratenientes y los rentistas pueden hacer lo mismo, tal como ocu-

rrió cuando el cártel del petróleo, la OPEP, añadió combustible (¡en realidad cerró el grifo!) a la crisis de la década de 1970 o cuando los especuladores subieron el precio del petróleo en el verano de 2008. Una excesiva manipulación política y de los precios en los mercados de materias primas, en las rentas producidas por los derechos de propiedad intelectual, o en el entorno construido pueden amenazar la acumulación continuada de capital. Cuando el rentista es el Estado (como ocurre con frecuencia en el caso del petróleo), entonces las luchas geopolíticas también pueden generar barreras y límites para la entrada de los llamados recursos naturales en la circulación de material. Escribo «llamados» porque los recursos son siempre valoraciones tecnológicas, culturales y económicas, que, bajo la forma de entorno construido (a veces llamado «segunda naturaleza»), son producidos activamente como un nuevo paisaje para la acumulación. La escasez que amenaza al crecimiento compuesto es, en gran medida, un producto social.

Formas tecnológicas y organizativas

La manera en que la fuerza laboral y los medios de producción se reúnen depende de las formas tecnológicas y organizativas que están a disposición de los capitalistas en un tiempo y un lugar determinados. La historia del capitalismo se ha visto profundamente afectada por las maneras en que se han alcanzado mejoras en la productividad. Las nuevas formas organizativas, como los sistemas *just-in-time*, la subcontratación, el uso de una planificación óptima, etc., han sido tan importantes como la maquinaria nueva, la robotización y la automatización para conseguir aumentos en la productividad y en disciplinar el trabajo en las áreas de producción. Hay que destacar aquí dos puntos generales. El primero es que una innovación excesiva puede generar crisis al desplazar la fuerza laboral con demasiada rapidez o provocar que los sistemas de producción queden obsoletos mucho antes de amortizar la inversión. En segundo

lugar, la innovación puede decaer cuando «las leyes coercitivas de la competencia» fallan a causa de la monopolización (la teoría de las crisis capitalistas de Arrighi de 1978 remarca este aspecto). El equilibrio entre monopolio y competencia es, por tanto, un factor crucial en la determinación de la tasa de innovación, la cual, a su vez, afecta a la capacidad del capital para disciplinar el trabajo a través del desempleo inducido por la tecnología. El aumento de la competencia a partir de la década de 1970 desencadenó una oleada de innovaciones que mejoró el control del capital sobre el trabajo. La planta de Bethlehem Steel en Baltimore empleaba casi 30.000 trabajadores en 1970 pero dos décadas después producía aproximadamente la misma cantidad de acero con 5.000 trabajadores (Harvey, 2000: 151).

El proceso de trabajo

El proceso de trabajo es donde se origina el beneficio y se produce el capital. Por eso, lo que ocurre en las fábricas, en los campos o en las obras de construcción es esencial para la acumulación. La disciplina y la cooperación del trabajador son esenciales para la acumulación. La falta de disciplina y de colaboración por parte de los trabajadores es una amenaza perpetua que se tiene que superar mediante cooptación y persuasión (la creación de círculos de calidad, la movilización de la lealtad empresarial y el orgullo en el trabajo) o por coerción (amenazas de pérdidas de empleo o, en algunas circunstancias, violencia física). Los movimientos de delegados sindicales, los consejos de fábrica y todas las demás formas de organización en el lugar de trabajo fortalecen al trabajo, mientras que los capitalistas tienen que negociar o luchar para conseguir un mínimo de disciplina laboral. El capital utiliza con gran habilidad las diferencias de género, etnia, raza e incluso religión para dividir y gobernar en el lugar de trabajo si le resulta posible. Aunque es obvio que dichas diferencias también han jugado un papel

crucial en el mercado de trabajo, es en el centro de producción donde adquieren toda su importancia. Hacia finales de la década de 1960 y bien entrada la década de 1970, el problema de la disciplina laboral fue muy importante en las regiones centrales del capitalismo. La deslocalización hacia regiones con trabajadores más dóciles resultó útil para el capital, como también lo fue la disponibilidad de inmigrantes y de trabajadores indocumentados. Pero como insisten los marxistas autonomistas, la disciplina laboral nunca se puede garantizar del todo. Siempre es un punto potencial de resistencia revolucionaria (Cleaver, 1979). No obstante, en la actualidad los capitalistas disfrutan de una ventaja definitiva sobre el trabajo, precisamente por el fácil acceso a enormes reservas de trabajo.

Demanda y demanda efectiva

La nueva mercancía producida debe venderse por el dinero inicial más un beneficio. Alguien, en algún sitio, debe necesitar, querer o desear el producto y tener dinero suficiente para pagar por él. El capitalismo exhibe una historia sorprendente de producción de nuevas necesidades y deseos, en parte a través de la producción de nuevos estilos de vida (pensemos en lo que se necesita para mantener un estilo de vida suburbano) pero también a través de un bombardeo incesante de anuncios y otros medios subliminales para manipular la psique humana por razones comerciales. No todos esos intentos tienen éxito (la historia está llena de nuevos productos que nunca encontraron un mercado), pero en un mundo en el que el consumo es responsable de más de las dos terceras partes de la fuerza impulsora de la acumulación de capital, al menos en las regiones centrales de la acumulación de capital, entonces los límites humanos para querer, necesitar y desear constituyen una barrera potencial de la que el capital se debe preocupar constantemente para conseguir el crecimiento compuesto. Pero la otra cuestión es encontrar consumidores con di-

nero suficiente para pagar. El crecimiento compuesto supone que a fin de cuentas hay más dinero disponible del que había al inicio, y la gran pregunta es: ¿de dónde procede el dinero extra? Hay tres respuestas básicas. La primera opción es introducir en el sistema el dinero que tienen los sectores no capitalistas. Las «reservas de oro» de las clases feudales jugaron un papel importante en los primeros años del capitalismo. Extraídas a través de la usura y de otras formas de endeudamiento, así como por las prácticas normales del mercado, esta fuente de demanda efectiva ha disminuido mucho (aunque la Iglesia católica aún tendrá que fundir buena parte de sus vasijas de oro para pagar por los pecados de sus sacerdotes). La segunda opción, que destaca Rosa Luxemburg (1913/2003), es el uso de las reservas de oro y plata de los países que están en gran parte fuera de la órbita del desarrollo capitalista. El imperialismo y el colonialismo han jugado un papel habitualmente violento en la abertura de nuevos mercados (por ejemplo, las guerras del opio en China), para drenar la riqueza de regiones, en su momento ricas, de China, India, África y América Latina (Luxemburg, 1913/2003). Pero con la integración de muchas de estas regiones en la plena circulación de capital, estas formas de demanda efectiva son en la actualidad insuficientes para sostener el crecimiento compuesto de la acumulación de capital. La tercera opción es generar una demanda efectiva desde dentro de la dinámica capitalista. La suma total de los salarios es insuficiente y en cualquier caso ha estado cayendo en relación con el PIB durante los últimos 30 años. El consumo capitalista, por llamativo que sea, tampoco lo puede conseguir. La respuesta es que el dinero gastado en la expansión de las inversiones de mañana constituya la demanda efectiva para cubrir la expansión del producto que se creó ayer. El crecimiento de mañana genera la demanda efectiva para el producto desarrollado ayer. El problema de la demanda efectiva se convierte hoy en el problema de encon-

trar nuevas oportunidades de inversión provechosa mañana, lo que explica por qué el crecimiento compuesto es en la actualidad tan esencial para la perpetuación del capitalismo.

Aquí se plantean tres cuestiones. La primera es que se tiene que cubrir el hueco temporal entre el producto de ayer y la reinversión de mañana, lo que implica el uso de dinero como unidad de cuenta. Los capitalistas financieros vuelven a intervenir como jugadores esenciales para operar no solo al principio de la secuencia de circulación del capital, sino también al final. Por ejemplo, los financieros prestan a los promotores inmobiliarios que contratan a trabajadores para construir casas que son compradas por los trabajadores con préstamos hipotecarios con frecuencia de los mismos financieros. Dicho sistema es inherentemente especulativo y suele provocar burbujas inmobiliarias del tipo que ya hemos señalado.

Pero los financieros no son los únicos que lo hacen. Los capitalistas comerciales y mercantiles compran de los productores y se especializan en comercializar para los consumidores. Los capitalistas comerciales, como los financieros y los rentistas, extraen una tasa de rentabilidad por sus propios esfuerzos y pueden llegar a ejercer un poder independiente como facción de clase, que con frecuencia ha jugado un papel significativo en la formación de las crisis. La presión ejercida sobre los productores por las organizaciones capitalistas mercantiles como Walmart, Carrefour y toda una serie de cadenas de supermercados, junto con organizaciones mercantiles como Benetton, Gap y Nike, se sitúa en el primer plano de lo que es la circulación de capital, tanto en la eliminación de barreras potenciales como en la creación de concentraciones de poder económico potencialmente peligrosas. Como ocurre con terratenientes y rentistas, el interés propio de la clase capitalista mercantil no está necesariamente en consonancia con el de toda la clase capitalista. Cuando se analiza lo que le ocurre al precio del azúcar, por ejemplo, al trasladarse

desde los campos de caña de la República Dominicana a los supermercados de los Estados Unidos, se puede ver que los productores reales reciben menos del 5 % del precio final de venta al público. La mayor parte del beneficio queda en manos de los intermediarios.

La tercera cuestión resulta menos fácil de identificar, aunque adquiriera cada vez más importancia en la manera de funcionar de la circulación de capital. Cuando el capital producía sobre todo objetos de larga duración, siempre estaba en peligro de saturar los mercados. Yo sigo utilizando la cubertería de plata producida en Sheffield que adornaba la mesa de mi abuela. Por eso, la vida de los productos de consumo se debía acortar si el capital quería sobrevivir. Lo hace hasta cierto punto con el recurso de la moda, con la obsolescencia programada y haciendo que los objetos se rompan con facilidad, con la innovación continua (del iPod al iPad), etc. En los últimos años, esta presión ha provocado un cambio de la producción de objetos a la producción de espectáculos: un cambio que Guy Debord (1967/2000) intuyó proféticamente cuando escribió *La sociedad del espectáculo* en 1967. Consideremos lo que implica la producción de los Juegos Olímpicos, no solo las nuevas infraestructuras físicas, sino la cantidad de empleos y recursos necesarios para la ceremonia de inauguración (recordemos el espectáculo de Barcelona y después el asombroso espectáculo de Beijing). Por eso, cada vez circula más capital en la producción de este tipo de acontecimientos efímeros con toda clase de consecuencias para el consumismo, así como para la vida urbana. Pero las producciones de este tipo se financian invariablemente con deuda y, como demuestra con claridad la historia de los Juegos Olímpicos, encontrar después el dinero para pagar las deudas es con frecuencia un problema. Quizá no sea un accidente que Grecia, que acogió los Juegos en 2004, sea ahora protagonista de la crisis a causa de su deuda soberana.

La circulación de capital como un todo

Cuando la circulación de capital se contempla en su conjunto, se ven toda una serie de puntos de bloqueo potenciales, cada uno de los cuales tiene la capacidad de ser la fuente de una crisis. No existe una sola teoría de la formación de las crisis en este sistema, y es tarea del análisis materialista histórico enfrentarse con la cuestión de determinar los puntos de bloqueo primarios que existen ahora y cómo el capitalismo se puede enfrentar a dichos límites y convertirlos en barreras que pueda superar o rodear. No obstante, también se da el caso de que las soluciones adoptadas en un punto concreto tienen implicaciones en todo lo que ocurre en la circulación de capital. El problema del trabajo que fue esencial a finales de la década de 1960 en las regiones centrales no se pudo superar hasta que no se relajaron las leyes coercitivas de la competencia a través de un espacio global, y para hacerlo fue necesaria una revolución en la arquitectura del sistema financiero mundial. Pero estas soluciones provocaron limitaciones en la demanda efectiva en otras partes y un poder excesivo concentrado principalmente en los financieros, pero también en los comerciantes y los rentistas. Además, una economía de bajos salarios y bajos beneficios condujo a la búsqueda de otras formas de beneficio a través de la compraventa de activos. Y los mercados de activos siempre tienen un carácter Ponzi (sin ningún Bernie Madoff a la cabeza): la inversión inmobiliaria provoca la subida de precios, lo que anima a realizar más inversiones *ad infinitum* hasta que explota la burbuja.

La conclusión teórica fundamental es esta: *el capital no resuelve nunca sus tendencias a la crisis; solo las mueve de un lado para otro*. Esto es lo que nos dice la teoría y es de esto de lo que ha ido la historia de los últimos 40 años. Ahora nadie afirma que el poder excesivo del trabajo es la fuente del problema actual, como ocurría en la década de 1970. En realidad, el problema es que el capital, en general, y el capital financiero,

en particular, son demasiado poderosos, y que el Estado no puede intervenir para reequilibrar la situación porque es cautivo, política y económicamente, de los intereses financieros, rentistas, productivos y comerciales de la clase capitalista.

Disrupciones geográficas

El capital desplaza sus tendencias a la crisis tan geográfica como sistémicamente. Cómo lo ha hecho durante los últimos 40 años debería ser, con toda seguridad, el objeto de estudio del trabajo colectivo en geografía económica. Aquí me detengo un momento para ensalzar el magnífico logro de Peter Dicken (1986/2010) en sus seis ediciones actualizadas de *Global Shift*. En estos volúmenes, Dicken ha reunido un conjunto sorprendentemente rico de transformaciones geográficas que han ocurrido en la actividad capitalista durante el último cuarto de siglo. Forman el mejor material de base de que disponemos para analizar el papel del desarrollo geográfico desigual en la perpetuación y la transformación del capitalismo como sistema socioeconómico.

Desgraciadamente, y creo que Dicken sería el primero en estar de acuerdo, la velocidad actual de la adaptación espacial deja atrás las fotos instantáneas. Si pudiéramos cartografiar el movimiento continuo del capital por todo el globo, la imagen se parecería probablemente a las que toman los satélites desde el espacio de las borrascas girando por todo el planeta Tierra. El movimiento parece caótico e impredecible. Pero una observación y un análisis atentos revelan patrones dentro de ese caos giratorio. También se pueden detectar los cambios a largo plazo en las señales climáticas. Climatólogos y meteorólogos pueden comprender las fuerzas de la dinámica de fluidos subyacente, las bolsas de calor y todo lo que impulsa gran parte de estos movimientos cuando se apartan de la teoría del caos para reflexionar sobre los detalles. Incluso pueden avanzar algo,

aunque nunca de modo perfecto, en la predicción de los patrones climáticos a corto plazo y aventurar cambios a largo plazo, como el calentamiento global. En cualquier caso, han llegado a un punto en el que la comprensión retrospectiva de lo que ha ocurrido es bastante convincente.

El geógrafo económico se enfrenta a problemas similares para descubrir algunos patrones distintivos y señales de cambio a largo plazo, dentro del caos giratorio de la actividad social, económica y política. Un mapa sinóptico de la actividad económica en la década de 1980, por ejemplo, habría podido mostrar una serie de edificios altos alrededor de la costa del Pacífico de la mayor parte del Este y el Sudeste de Asia (de Japón a Hong Kong), así como a lo largo de la Costa Oeste de los Estados Unidos. Habría mostrado la mayor parte de América Latina estancada pero inclinada a violentos levantamientos políticos y económicos, y una serie de depresiones profundas recorriendo el valle del Ohio y Pennsylvania, pasando por el corazón industrial británico y llegando al valle del Ruhr en Alemania. Pero el sol luciría sobre Baviera, la Toscana, Silicon Valley y toda una serie de distritos industriales más pequeños. En el amanecer brumoso de un renacimiento de Asia oriental, ya se podría vislumbrar la isla de calor de China. Sin embargo, la gran diferencia con el estudio del tiempo y del clima es que, mientras que las leyes de la dinámica de fluidos se pueden considerar constantes a lo largo del tiempo, las leyes de la acumulación de capital evolucionan constantemente a medida que el comportamiento y las instituciones humanas se adaptan reflexivamente a las nuevas circunstancias.

El arte y la ciencia del análisis geográfico y de la predicción de la evolución económica siguen estando lamentablemente subdesarrolladas en comparación, por ejemplo, con el esfuerzo dedicado a comprender el clima del mundo. Con frecuencia, las ciencias sociales vuelven colectivamente la espalda a este problema. En general (y siempre hay, por supuesto, excepcio-

nes), los antropólogos prefieren contemplar el desorden de lo global como algo intratable para poder justificar su atención exclusiva en las etnografías locales; la mayoría de los sociólogos (con la excepción de los que trabajan en la tradición de los sistemas mundiales o los inspirados por el trabajo sobresaliente de Giovanni Arrighi de 1994) se concentran en algo llamado comunidad o confinan sus estudios dentro de las fronteras estatales; y los economistas habitualmente sitúan la actividad económica en la punta de un alfiler. La compleja geografía de todo esto, de lo local a lo global, se ignora en su mayor parte cuando no se reduce a una versión banal del determinismo geográfico físico (del tipo difundido recientemente por Jared Diamond en su *Guns, Germs and Steel* de 1997 o, sobre una base ocasional y oportunista, por el economista Jeffrey Sachs, con Gallup y Mellinger, 1999). Pero aún peor, expertos en relaciones internacionales como Robert Kaplan (2009) reviven peligrosas teorías (porque algunas veces se autocumplen) de la lucha darwinista entre Estados por la dominación geopolítica en un contexto del determinismo geográfico de la vieja escuela. Paul Krugman (1991) al menos intenta introducir un análisis de la dinámica económica en su versión de una nueva geografía económica y, con ello, persuadió a economistas normales, que parecen creer firmemente que si algo no se puede reducir a un modelo matemático no existe, que las sinergias geográficas y las economías de aglomeración son importantes en la actualidad y capaces de integrarse en modelos. Pero, como muestra el más reciente de los Informes de Desarrollo del Banco Mundial sobre geografía económica (2009), esto se ha convertido ahora en un predecible dogma neoliberal. Según ellos, la urbanización, en general, y el uso de la tierra y los recursos, en particular, se deben dejar a las fuerzas de un mercado supuestamente «libre», ignorando por completo el impacto sobre las desigualdades sociales o la degradación ambiental, sin caer en la cuenta de que las crisis capitalistas con frecuencia han surgido de las

oleadas especulativas sin regulación en el ámbito inmobiliario y del desarrollo urbano (Harvey, 2010a).

El resultado de todo esto es una laguna doblemente seria. No comprendemos bien lo que ocurre: quién, por qué y cómo unos acontecimientos de aquí afectan a las condiciones en cualquier otra parte. Ni podemos establecer con facilidad hasta qué punto depende la reproducción del capital de las formas aparentemente caóticas del desarrollo geográfico desigual. En consecuencia, aún tenemos menos idea de qué hacer con todo esto en medio de una crisis, aunque colectivamente nos encontremos en una posición potencial para cambiar las leyes de la reproducción social y de la acumulación de capital a través de la acción deliberada. Durante la década de 1980, los economistas regionales (como Bennett Harrison) colaboraron activamente con muchos geógrafos económicos en un esfuerzo colectivo para comprender estas dinámicas. Fue de este caldo de cultivo (Bluestone y Harrison, 1988; Scott y Storper, 1992; Harrison, 1997) de donde surgió inicialmente la obra de Peter Dicken (1986/2010). Pero, tristemente, ese esfuerzo colectivo se esfumó en la década de 1990. Un nuevo relato deprimente sobre los impactos de una creciente e inevitable desindustrialización parecía redundante. Aunque aún fueron peores los insustanciales trabajos del tipo de Richard Florida para una «nueva» geografía económica basada en las supuestamente florecientes industrias culturales y del conocimiento. A medida que los fondos para la investigación se dedicaron a apoyar trabajos de este último tipo, las catástrofes acaecidas por todas partes a lo largo del sistema urbano simplemente se convirtieron en material para productos culturales, como *The Wire*. Ha llegado el momento de revivir el esfuerzo colectivo de aquella época.

En definitiva, ¿cuál es la historia geográfica de esta crisis? Sabemos que la crisis del capital (frente a la de muchos propietarios de sus hogares y trabajadores que llevaban mucho

tiempo preocupados) se inició en los mercados inmobiliarios del sur de California, Arizona, Nevada y Florida en 2007. Este fue el epicentro primario de la crisis (Bardhan y Walker, 2010). Pero ¿por qué allí y por qué en ese momento? La crisis se extendió rápidamente de las compañías de crédito hipotecario (como Countrywide en los Estados Unidos) a las grandes instituciones financieras (como Bear Stearns), que seguían conservando una buena parte de lo que se convirtieron en deuda hipotecaria titulizada «tóxica». A continuación, se extendió a otras instituciones que tenían deuda (como Fannie Mae y Freddie Mac), invertían en deuda (cualquiera que invirtiese en obligaciones de deuda garantizada), o aseguraban la deuda u otras transacciones financieras (como AIG). La quiebra paralela de Northern Rock en Gran Bretaña indicaba que había problemas latentes en los mercados inmobiliarios de otros lugares (como se demostró en última instancia en España e Irlanda, en particular). Entonces las instituciones financieras ubicadas en Nueva York y Londres se convirtieron en el epicentro de la crisis. La estabilización de la situación recayó en gran medida en los gobiernos estadounidense y británico, junto con la Reserva Federal de los Estados Unidos y el Banco de Inglaterra.

La quiebra de Lehman Brothers en septiembre de 2008 provocó un contagio global (¿fue esto un movimiento deliberado para transformar la crisis de escala local a escala global, una concesión a las presiones populistas para castigar a los pecadores de Wall Street, o solo un gran error?). Probablemente la crisis estaba destinada a convertirse en global, de todos modos, teniendo en cuenta la interdependencia dentro de las redes financieras globales. En todas partes los bancos habían comprado deuda tóxica (por ejemplo, en Alemania y Francia), al igual que los gobiernos municipales y estatales, y los fondos de pensiones, desde Noruega hasta Florida. Todos ellos sintieron el impacto. No importaba dónde estuvieran localizados,

los propietarios de deuda tóxica estaban en apuros. Las instituciones financieras canadienses y del este asiático, por otro lado, casi no se vieron afectadas porque estaban muy poco expuestas.

Pero tras la quiebra de Lehman Brothers, todo el sistema de crédito global (en el que es crucial el préstamo interbancario) quedó congelado, lo que representó inmediatamente el bloqueo primario para la continuidad del flujo de capital. Empresas perfectamente sanas se encontraron de repente en dificultades porque no podían refinanciar sus deudas. Muchas empresas se rescataron a sí mismas despidiendo masivamente a sus trabajadores e intensificando la rebaja de salarios. El consumismo y la demanda efectiva impulsados por la deuda se detuvieron, la confianza del consumidor se despenó y el desempleo aumentó, aunque con tasas radicalmente diferentes dentro y entre países: compárese, por ejemplo, Minnesota y Ohio en los Estados Unidos, o España (19%) y los Países Bajos (4%) en Europa en febrero de 2010 (Saltmarsh, 2010). Las grandes economías exportadoras sufrieron el impacto entonces, cuando el comercio mundial se contrajo en un tercio a principios de 2009 (Norris, 2009), generando grandes dificultades para los negocios y un enorme aumento del desempleo en el este de Asia, así como en Alemania, Brasil y otros países. Un boom anterior en los precios de las materias primas (en especial, el petróleo), que resultó ser en gran parte especulativo, también se colapsó ante la caída del crecimiento. Los productores de materias primas tenían problemas. La economía global se dirigía claramente hacia una gran depresión, a menos que actuaran los gobiernos.

La búsqueda de soluciones

Lo que siguió a continuación dependió sobre todo de los imperativos, la habilidad y la voluntad de los diferentes gobier-

nos para usar sus poderes dentro del nexo Estado-finanzas (ya fuera individual o colectivamente) para enfrentarse a la crisis. Teniendo en cuenta la amenaza de una depresión de la escala de la década de 1930, se produjo un clamor creciente para resucitar soluciones de estilo keynesiano. La respuesta inmediata tras la debacle de Lehman Brothers fue rescatar, estabilizar y, en última instancia, reformar la arquitectura financiera (a nivel local y global) y crear un estímulo, financiado con deuda, para enfrentarse al colapso de la demanda efectiva. No obstante, los Estados Unidos no podían actuar solos, así que el G8 fue sustituido por el G20, una coalición de los principales Estados que representaban la mayor parte de la actividad económica mundial basada en el mercado. Sin embargo, la búsqueda de una salida sistémica de la crisis se vio obstaculizada por una serie de dificultades insalvables, entre las cuales se encontraban las diferencias en ideologías políticas, necesidades y las configuraciones de las fuerzas de clase y los intereses especiales dentro de los Estados del G20.

Los Estados Unidos, por ejemplo, ya estaban profundamente endeudados con el resto del mundo.³ Pero aunque el «lugar seguro» de los activos denominados en dólares posiblemente iba a conseguir un flujo sostenible de dólares en un previsible futuro, aun así era peligroso para los Estados Unidos intentar un estímulo a una escala lo suficientemente grande para que funcionase a nivel interno, y mucho más arrastrar al resto del mundo de vuelta a una senda de crecimiento compuesto (como lo había hecho después de 1945). En los Estados Unidos también se planteaban fuertes objeciones políticas por parte de un Partido Republicano que se hacía eco de los temores histéricos y populistas de su ala derecha sobre una intervención excesiva del gobierno y veía su oposición a seguir fi-

3. El argumento que sigue, ahora actualizado, se planteó por primera vez a principios de 2009 (Harvey, 2009a).

nanciando el déficit como un medio para evitar cualquier recuperación que pudiera redundar en una ventaja electoral para el presidente Barack Obama y el Partido Demócrata. Cualquier estímulo que se pudiera aplicar también fue empujado, por razones ideológicas, hacia el recorte de impuestos a una clase que podía no gastar frente a grupos de población necesitada que sí estaban dispuestos a hacerlo. Finalmente, la mejor forma de estímulo radicó en la provisión de infraestructuras sociales y físicas que aumentasen la productividad y mejoraran la eficiencia dentro del espacio nacional. Pero los Estados Unidos no tenían en mente proyectos claros de ninguno de los dos tipos. La negativa de los republicanos a apoyar la ayuda a las finanzas estatales y locales indicaba su determinación para recortar en los servicios sociales en lugar de ampliarlos (una decisión que se vio compensada en parte por fondos para el estímulo a corto plazo de la educación). Y las infraestructuras físicas debían estar «preparadas para empezar», lo que significaba que, en su mayor parte, eran una continuación de las inversiones en el desarrollo urbano y suburbano que habían conducido a la crisis, más que un cambio innovador hacia una política nacional de desarrollo urbano que habría ayudado al país a salir de la crisis a largo plazo (como ahorrando energía en lugar de aumentar su demanda). La única innovación fue un débil apoyo a las fuentes alternativas de energía. Finalmente, muchos aspectos esenciales de un programa totalmente keynesiano no se pusieron sobre la mesa; de ellos, uno de los más importantes era el fortalecimiento del trabajo como una manera de revertir la desigualdad crónica de los ingresos. La mitigación de las grandes desigualdades sociales que habían surgido en la década de 1920 se percibió en la década de 1930 como una vía para estimular la demanda efectiva. La política neoliberal de las décadas de 1980 y 1990 había provocado desigualdades en riqueza e ingresos que no se habían visto desde la década de 1920 y necesitaban una reversión similar. Pero el desequili-

brio de poder entre capital y trabajo no se podía afrontar por miedo a ser calificado y descalificado de «socialista» o «comunista» por una poderosa máquina de propaganda derechista. Las fuerzas de la clase dominante (el «Partido de Wall Street») con una gran influencia en ambos partidos políticos se negaron rotundamente a aceptar un reajuste de los poderes relativos del capital y del trabajo dirigido por el Estado. El desequilibrio de poder que se encontraba en la raíz de la crisis no se tocó.

Tras una fase inicial de recuperación en la que se veían «brotes verdes» por todas partes en el paisaje económico, la economía de los Estados Unidos volvió a un crecimiento lento y un desempleo alto en la primavera de 2010, con pocas perspectivas de una revitalización rápida. Los beneficios empresariales y el mercado de valores empezaron a revivir, pero bajo condiciones de retorno más bajas y salvajes recortes de los costes, en especial en el terreno de los salarios. La revitalización se produjo a expensas de un aumento, en lugar de una reducción, de los recortes salariales, y tuvo efectos negativos sobre la confianza de los consumidores y la demanda efectiva interna (las concesiones salariales obtenidas por los obreros de la automoción en el rescate financiero de GM son un ejemplo excelente). Este no era un camino hacia el crecimiento sostenible. Si apuntaba hacia algún sitio era hacia la deflación. Un tipo de recuperación más robusta debía llegar desde algún otro sitio.

En posesión de grandes plusvalías y de un sistema bancario que no se había visto perturbado y era fácilmente manipulable por el gobierno central, China tenía los medios para actuar de una manera más keynesiana. La quiebra de las industrias orientadas a la exportación y la amenaza de desempleo masivo y de malestar a principios de 2009 obligó a actuar al gobierno. El paquete de estímulo que se diseñó tenía dos pilares. Se invirtieron cerca de 600.000 millones de dólares, principalmente en proyectos de infraestructuras: una construcción de auto-

pistas a una escala que empequeñece el sistema de autopistas interestatales de los Estados Unidos de la década de 1960, aeropuertos nuevos, grandes proyectos hidráulicos, líneas de ferrocarril de alta velocidad e incluso ciudades totalmente nuevas (Richburg, 2010). En segundo lugar, el gobierno central obligó a los bancos a conceder créditos a la administración local y a los proyectos privados.

La gran pregunta es si estas inversiones aumentarán la productividad nacional. Teniendo en cuenta que la integración espacial de la economía china está muy lejos de completarse, hay razones para creer que lo harán. Pero si se pagarán las deudas a su debido tiempo o si China se convertirá más tarde en el epicentro de otra crisis capitalista global es una cuestión que sigue abierta. Un efecto negativo ha sido una renovación de la especulación en el mercado inmobiliario al doblarse los precios de las propiedades en Shanghái en 2009. Existen otras señales preocupantes de sobrecapacidad en la manufactura y en las infraestructuras, y se rumorea que muchos bancos están desbordados. Pero los chinos han gestionado antes créditos de difícil cobro, que alcanzaron un 40 % de los activos a finales de la década de 1990. Entonces usaron sus reservas de divisas extranjeras para cubrir estos préstamos de difícil cobro. A diferencia del programa TARP en los Estados Unidos, que fue aprobado por un Congreso reticente y que provocó una gran animadversión pública, los chinos pueden emprender acciones inmediatas para recapitalizar su sistema bancario.

Los chinos también adoptaron otros aspectos del programa keynesiano: la estimulación del mercado interno mediante el empoderamiento del trabajo y afrontando las desigualdades sociales. El gobierno central pareció de repente capaz de tolerar o incapaz de resistirse a las huelgas espontáneas (no organizadas por los sindicatos oficiales controlados por el Partido Comunista) en grandes productores como Toyota, Honda y FoxConn. Estas huelgas tuvieron como resultado aumentos

significativos de los salarios (del orden del 20 al 30%). Se re-
virtió la política de contención salarial. El gobierno aumentó
las inversiones en atención sanitaria y en servicios sociales, y
presionó con fuerza para desarrollar tecnologías ambientales
hasta el punto de que China es en la actualidad un líder mun-
dial. El miedo a ser tildado de socialista o comunista que obs-
tacliza la acción política en los Estados Unidos es obviamente
tan solo un chiste para los chinos. Pero existen señales peligro-
sas de inflación y presiones serias (tanto internas como exter-
nas) para revalorizar el renminbi. Al aumentar los salarios, el
capital se está deslocalizando hacia sitios con salarios bajos en
Bangladesh, Camboya y otras partes del Sudeste Asiático.

China ha salido de la crisis con mayor rapidez y éxito que
ningún otro país, con tasas de crecimiento que han vuelto
con celeridad al 8% o incluso al 10% (Arora y Vamvakidis,
2010). El aumento de la demanda efectiva interna no solo ha
funcionado dentro de China, sino que ha arrastrado a otras
economías, en especial a los productores de materias primas.
Australia, por ejemplo, ha prosperado. General Motors pro-
duce más coches y beneficios en China que en ningún otro
sitio. China ha estimulado una recuperación parcial del comer-
cio internacional y de la demanda para sus propios productos
de exportación (el comercio con América Latina se ha mul-
tiplicado por diez desde 2000, por ejemplo). Las economías
orientadas a la exportación, en general, particularmente en la
mayor parte del Este y el Sudeste de Asia, junto con América
Latina, se han recuperado con mayor rapidez que las demás.
Las inversiones de China en deuda de los Estados Unidos han
ayudado a sostener allí una demanda efectiva para sus produc-
tos de bajo coste. El efecto ha sido una alteración del equilibrio
del poder económico que ha provocado un cambio de la hege-
monía dentro de la economía global.

La recuperación de las economías orientadas a la exporta-
ción ha llegado a Alemania. Pero esta recuperación nos lleva al

problema que plantean las problemáticas respuestas a la crisis en la Unión Europea. Tras un impulso inicial de las políticas de estímulo, Alemania asumió el liderazgo, arrastrando tras de sí a una Francia reticente, para imponer en la eurozona una política monetaria de reducción del déficit a través de draconianas reducciones del gasto público. Esta política ha tenido eco en la nueva coalición dirigida por los conservadores en Gran Bretaña. Estas políticas coinciden con el deterioro repentino de las finanzas públicas en todas partes. Los llamados PIGS (Portugal, Irlanda, Grecia y España) se encontraron inmersos en graves problemas financieros, en parte a causa de su mala gestión, pero de modo aún más significativo, porque sus economías eran especialmente vulnerables al colapso del crédito y al repentino declive del mercado inmobiliario y el turismo. A falta de una base industrial fuerte, como en Alemania, no podían responder adecuadamente a la crisis fiscal que les amenazaba.

Entonces la gran cuestión es esta: ¿se ha estabilizado la crisis financiera a expensas de crear una crisis fiscal de los estados capitalistas (con una California que parece cada vez más uno de los grandes estados fallidos del mundo)? Corrían rumores sobre el estado de las finanzas británicas, y el hecho de que otros muchos estados más débiles (como Letonia y Hungría) ya estuvieran contra las cuerdas indicaba la existencia de serios problemas subyacentes en las finanzas del estado que, en algún momento, incluso podía afectar a la sostenibilidad del déficit de los Estados Unidos. Fue en este clima que la mayor parte del mundo capitalista desvió su atención a la reducción del déficit en lugar de a financiar los estímulos mediante déficit del tipo keynesiano. En cuanto la crisis pasó de ser una crisis financiera en el sector bancario a ser una crisis fiscal del Estado, surgió inmediatamente la oportunidad política de aplicar otro recorte salvaje a lo que quedaba del Estado de bienestar. Se había salvado a los bancos y, a la manera neoliberal clásica,

había llegado evidentemente el momento de hacérselo pagar al pueblo mediante una austeridad draconiana, en lugar de con medidas de estímulo. Como consecuencia, las líneas de las divisiones políticas volvieron en muchos lugares a formas más clásicas de lucha de clases a medida que los sindicatos (en especial en el sector público) y las poblaciones afectadas como los estudiantes y los jubilados desde California hasta Grecia se enfrentaron a la austeridad. ¿Por qué tenía que pagar el pueblo por los errores y la corrupción de una clase capitalista que sigue consolidando su riqueza y poder?

Pero existían y existen muchas variaciones tanto en el impacto como en las respuestas. El Líbano estaba tan ocupado recuperándose del bombardeo israelí de 2006 que casi no notó el estallido de la crisis financiera global (aunque sufría una crisis política de su propia cosecha). Brasil se recuperó con rapidez, en parte arrastrado por el comercio chino, pero también como consecuencia del aumento de la demanda interna basada en las políticas redistributivas de Lula hacia los pobres (la *bolsa familia*). India quedó relativamente aislada de la crisis porque su principal exportación de servicios se vio menos afectada y su sistema financiero estaba relativamente sano. Ciertos estados, como Kerala, sufrieron con la pérdida de remesas de los estados del Golfo, pero por todas partes un *boom* creciente, en especial en la construcción, sostuvo unas tasas de crecimiento altas. El número de multimillonarios indios se dobló en 2009. Haití, por el otro lado, sufrió una seria pérdida de las remesas de los Estados Unidos y después se colapsó totalmente como resultado del terremoto de 2010 y sus terribles consecuencias.

El movimiento de la crisis alrededor del mundo, tanto en forma como en intensidad, creó una dinámica de efectos geográficos en cascada hasta el punto de que no se podía predecir nada con facilidad. Desde el epicentro en el sudoeste de los Estados Unidos y Florida hasta el derrumbe de Dubái World

pasando por la crisis de la deuda soberana griega, nadie podía predecir con facilidad o anticipar dónde se iba a producir la siguiente réplica y hasta qué punto sería importante el impacto o cuál sería la respuesta política. De la misma manera, la rápida recuperación de China, India y Brasil ha sido sorprendente. La geografía de todo esto, con mucho esfuerzo, se puede reseguir, pero no predecir con facilidad. Aunque las vulnerabilidades dentro del sistema global están claras. Un colapso en el mercado inmobiliario y un aumento de la inflación en China, una caída en los precios del petróleo que golpee a Rusia con dureza, junto con Venezuela y los países del Golfo; un aumento de las protestas políticas desde Grecia hasta España, Francia, Gran Bretaña y California; o simplemente una caída más de la confianza de los consumidores en los Estados Unidos o de los inversores extranjeros en la viabilidad de la deuda de este país es muy posible que vuelva a lanzar a todo el sistema a una caída en picado o a tambalearse hacia una configuración diferente del poder global que vea como una mitad del mundo (casi con toda seguridad, Asia) crece rápidamente a expensas de la otra mitad.

La alternativa de izquierdas

Muchos llevan tiempo soñando con una alternativa a la (i)racionalidad capitalista a la que se pueda llegar racionalmente a través de la movilización de las pasiones humanas en la búsqueda colectiva de una vida mejor para todos. Estas alternativas (llamadas históricamente socialismo o comunismo) se han intentado en diversos momentos y lugares. En otras épocas, como en la década de 1930, la visión de una u otra proporcionó un rayo de esperanza. Las prácticas que surgieron a partir de ellas salvaron, sin lugar a dudas, el capitalismo en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial. Pero en la época más reciente, ambas alternativas han perdido su encanto, no solo a

causa del fracaso de los experimentos históricos con el comunismo para hacer realidad sus promesas y del lastre de los regímenes comunistas a causa de sus errores con la represión, sino también por sus presunciones supuestamente erróneas sobre la naturaleza humana y sobre el perfeccionamiento potencial de las instituciones humanas. La protesta política de inspiración izquierdista ha sido desigual, aunque en algunos casos ruidosa. La exigencia de una alternativa se puede escuchar, planteando la cuestión de cuál es la mejor manera de articularla (Harvey, 2010b).

Vale la pena señalar la diferencia entre el socialismo y el comunismo. El socialismo pretende gestionar y regular el capitalismo democráticamente de manera que se calmen sus excesos y se redistribuyan sus beneficios para el bien común. Se trata de repartir la riqueza a través de una fiscalidad progresiva, mientras que las necesidades básicas (como la educación, la atención sanitaria e incluso la vivienda) se proporcionan socialmente fuera del alcance de las fuerzas del mercado. Muchos de los logros principales del socialismo redistributivo en el período posterior a 1945, no solo en Europa sino más allá, están socialmente tan asumidos que son muy resistentes al asalto neoliberal. Incluso en los Estados Unidos, la seguridad social y el Medicare son programas tan extremadamente populares que las fuerzas de derechas tienen muchos problemas para suprimirlos. Los thatcheristas en Gran Bretaña no pudieron tocar el sistema nacional de salud excepto en sus márgenes. La protección social en Escandinavia y en la mayor parte de Europa Occidental parece ser una roca inamovible del orden social.

El comunismo, por el otro lado, intenta desplazar al capitalismo mediante la creación un modo completamente diferente tanto de producción como de distribución de bienes y servicios. En la historia del comunismo existente en la realidad, el control social sobre la producción, los intercambios y la distribución significaba un control estatal y una planificación

estatal sistemática. A largo plazo, este sistema no tuvo éxito, aunque resulta interesante señalar que su conversión en China (y su adopción anterior en lugares como Singapur) ha tenido mucho más éxito que el modelo puramente neoliberal para generar un crecimiento capitalista. Los intentos actuales de revivir la hipótesis comunista habitualmente abjurán del control estatal y buscan otras formas de organización social colectiva para desplazar las fuerzas del mercado y la acumulación de capital como bases para la organización de la producción y la distribución (Badiou, 2010). En lugar de mandos jerárquicos, los sistemas de coordinación en redes horizontales entre colectivos autónomamente organizados y auto-gobernados de productores y consumidores se consideran esenciales para una forma nueva de comunismo. Las tecnologías contemporáneas de la comunicación hacen que dicho sistema sea posible (Hart, 2000). Se pueden encontrar por el mundo todo tipo de experimentos a pequeña escala en los que se construyen nuevas formas económicas y políticas. En esto es posible que se dé una convergencia de algún tipo entre las tradiciones marxista y anarquista (aunque obstaculizada, como siempre, por el purismo ideológico) que regrese a la situación de amplia colaboración entre ambos en la Europa de la década de 1860.

Es posible que 2009 marque el inicio de una sacudida prolongada en la que la cuestión de las grandes alternativas y de largo alcance al capitalismo salgan poco a poco a la superficie en una u otra parte del mundo. Cuanto más se prolongue la incertidumbre y la miseria, más quedará cuestionada la manera actual de hacer las cosas y mayor será la demanda para construir algo diferente. Las reformas radicales, frente a reformas provisionales para parchear el sistema financiero, parecerán cada vez más necesarias. Pero en su conjunto no hay señales de un movimiento anticapitalista decidido y suficientemente unido para enfrentarse adecuadamente a la reproducción de la clase capitalista y a la perpetuación de su poder. Ni existe una

manera obvia de atacar los bastiones de privilegio de las élites capitalistas o para limitar su desmesurado poder financiero, su potencia militar y su poder ideológico y represivo.

La famosa pregunta de Lenin «¿Qué hacer?» no se puede responder sin una idea de quién debe hacerlo y dónde.⁴ Desgraciadamente, no parece probable que surja un movimiento anticapitalista global sin que exista una visión ilusio-nante de lo que se debe hacer y por qué. Existe un bloqueo doble: la falta de una visión alternativa evita la formación de un movimiento de oposición, mientras que la ausencia de dicho movimiento obstaculiza la articulación de una alternativa. Entonces, ¿cómo se puede rodear o superar este obstáculo?

El problema central que se debe abordar está suficientemente claro: *no es posible un crecimiento compuesto que dure siempre*. Los problemas que han asolado el mundo durante los últimos 30 años señalan que se acerca un límite a la acumulación continua de capital que no se puede superar sino es a través de la creación de ficciones que no pueden durar. Añadamos a esta situación el hecho de la cantidad de personas en el mundo que viven en abyectas condiciones de pobreza, que la degradación ambiental está fuera de control y que se atenta a la dignidad en todas partes, al tiempo que los ricos siguen acumulando más riqueza a expensas de todos los demás. Mientras tanto, las teclas del poder político, institucional, judicial, militar y mediático están bajo un control político tan férreo que son incapaces de hacer nada más que perpetuar el *statu quo* y un descontento frustrante.

Una política revolucionaria que tome el toro por los cuernos de la interminable acumulación del capital compuesto y que lleve a acabar con el poder de clase que la impulsa como el motor primario de la historia humana, requiere una sofisticada comprensión de cómo se produce el cambio social. Se deben

4. Lo que sigue se basa en Harvey (2010a: cap. 8).

evitar los errores de iniciativas del pasado en la construcción de un socialismo o un comunismo duraderos. Pero también se debe reconocer la necesidad absoluta de un movimiento revolucionario anticapitalista coherente. El objetivo fundamental de dicho movimiento debe ser asumir el mando social tanto de la producción como de la distribución de plusvalías y la abolición del poder de clase.

Entonces, ¿cómo debe ser una teoría revolucionaria explícita para nuestro tiempo? El análisis de Marx de cómo el capitalismo surgió del feudalismo encarna una «teoría correvolucionaria» (Harvey, 2010a: cap. 5). Según Marx, el cambio social surge a través del desarrollo dialéctico de las relaciones entre siete momentos dentro del cuerpo político del capitalismo:

1. formas tecnológicas y organizativas de producción, intercambio y consumo;
2. relación con la naturaleza;
3. relaciones sociales entre personas;
4. concepciones mentales del mundo que abarquen conocimientos y comprensiones culturales y creencias;
5. procesos de trabajo y la producción de bienes, geografías, servicios o afectos específicos;
6. acuerdos institucionales, legales y gubernamentales; y
7. la conducta de la vida cotidiana y las actividades de reproducción social.

Cada uno de estos momentos es internamente dinámico, marcado por tensiones y contradicciones (solo tenemos que pensar en nuestras concepciones mentales del mundo), pero todos ellos son codependientes y coevolucionan en relación entre ellos dentro de una totalidad, comprendida como un «conjunto» lefebvriano o un «ensamblaje» deleuziano de momentos. La transición al capitalismo implicó un movimiento de apoyo mutuo a través de todos estos siete momentos dentro

de la totalidad. Las nuevas tecnologías no se podían identificar y aplicar sin nuevas concepciones mentales del mundo (incluyendo las de la relación con la naturaleza y de las relaciones sociales).

Los teóricos sociales han tenido la costumbre de tomar uno solo de estos momentos y considerarlo como el detonante que provocó todos los cambios. Tenemos deterministas tecnológicos (Tom Friedman), deterministas ambientales (Jared Diamond), deterministas de la vida cotidiana (Paul Hawken), deterministas del proceso de trabajo (los autonomistas), deterministas de la lucha de clases (la mayoría de los partidos políticos marxistas), institucionalistas y muchos más (Held, 1995; Diamond, 1997; Holloway, 2005; Friedman, 2006; Hawken, 2007). Todos están equivocados. Lo que cuenta realmente es el movimiento dialéctico a través de todos estos momentos, aunque se produzca un desarrollo desequilibrado en ese movimiento.

Cuando el propio capitalismo atraviesa una de sus fases de renovación, lo hace precisamente coevolucionando todos los momentos, obviamente no sin tensiones, enfrentamientos, luchas ni contradicciones. Pero consideremos cómo estos siete momentos estaban configurados alrededor de 1970 antes del auge neoliberal y consideremos el aspecto que tienen ahora, y veremos que todos ellos han cambiado de manera que redefinen las características operativas del capitalismo en su conjunto.

Un movimiento político anticapitalista puede y debe empezar en cualquier parte (en los procesos de trabajo, en torno a concepciones mentales, en relación con la naturaleza, en las relaciones de clase o en otras relaciones sociales, en el diseño de tecnologías y de formas organizativas revolucionaria, en la vida cotidiana, o a través de intentos de reforma institucional y de las estructuras administrativas, incluyendo la reconfiguración de los poderes estatales). El truco consiste en mantener el des-

plazamiento del movimiento político de un momento a otro de manera que se refuercen mutuamente. Así fue como el capitalismo surgió del feudalismo y así es como algo radicalmente diferente llamado comunismo, socialismo o lo que sea puede surgir del capitalismo. Los intentos previos de crear una alternativa comunista o socialista fallaron estrepitosamente al mantener en movimiento la dialéctica entre los diferentes momentos, y fracasaron en asumir de la impredecibilidad y las incertidumbres del movimiento dialéctico entre ellos. El capitalismo ha sobrevivido precisamente por mantener en marcha el movimiento dialéctico entre los momentos y asumir constructivamente las tensiones inevitables, incluidas las crisis, que se desprenden de él.

No obstante, debe existir cierto consenso básico sobre unos objetivos comunes en cualquier movimiento de transición. Se pueden establecer algunas normas generales que sirvan como guía. Estas normas pueden incluir el respeto por la naturaleza, el igualitarismo radical en las relaciones sociales, los acuerdos institucionales basados en cierto sentido del interés común y de la propiedad común, los procedimientos administrativos democráticos (en oposición a la farsa monetaria que existe en la actualidad), los procesos de trabajo organizados por los productores directos, la vida cotidiana como la exploración libre de nuevos tipos de relaciones sociales y de modos de vida, las concepciones mentales que se centran en la autorrealización al servicio de los demás, y las innovaciones tecnológicas y organizativas que se orientan a la consecución del bien común en lugar de apoyar el poder militarizado, la vigilancia y la codicia empresarial. Estos pueden ser los puntos co-revolucionarios alrededor de los cuales puede converger y girar la acción social.

Por supuesto, ¡esta idea es utópica! ¡Pero qué más da! No podemos permitirnos no ser utópicos. Marx, que no se sentía en absoluto inclinado a abrazar el idealismo filosófico, sostenía que las ideas son una fuerza material en la historia. El desafío que se plantea a los académicos es trabajar en concepciones

mentales y conseguir una mejor comprensión de las potencialidades actuales en el mundo, en alianza con los que son capaces y tienen la voluntad de trabajar a través de los otros momentos. Las concepciones mentales profundamente arraigadas que se asocian a las teorías neoliberales y a la neoliberalización y corporatización de las universidades y de los medios de comunicación han jugado un papel más que trivial en la producción de la crisis actual. Deben ser rebatidos y desmantelados.

Marx y Engels afirman en *El Manifiesto Comunista* que los comunistas no tienen partido político (Harvey, 2008). Simplemente se constituyen en todos los tiempos y en todos los lugares como los que comprenden los límites, los fracasos y las tendencias destructivas del orden capitalista, así como las innumerables máscaras ideológicas y falsas legitimaciones que los capitalistas y sus apologistas (en especial los medios de comunicación) producen para perpetuar su singular poder de clase. Los comunistas son los que trabajan sin descanso para generar un futuro diferente al que pretende el capitalismo. Mientras que el comunismo tradicional institucionalizado está bien muerto y enterrado, existen, por definición, millones de comunistas *de facto* activos entre nosotros, dispuestos a actuar según sus conocimientos, dispuestos a seguir creativamente los imperativos anticapitalistas. Si, como declaró el movimiento alternativo a la globalización de finales de la década de 1990, «otro mundo es posible», entonces ¿por qué no decir que «otro comunismo es posible»? Las circunstancias actuales del desarrollo capitalista exigen la adopción de este planteamiento si es que se quiere alcanzar cambios fundamentales.

Bibliografía

AKERLOF, George y Robert SHILLER (2009). *Animal Spirits. How Human Psychology Drives the Economy and why it Matters for Global Capitalism*. Princeton: Princeton University Press.

- ARORA, Vivek y Athanasios VAMVAKIDIS (2010). *China's Economic Growth. International Spillovers* . Washington D.C.: IMF Working Papers.
- ARRIGHI, Giovanni (1978). «Towards a Theory of Capitalist Crisis», *New Left Review*, 1/111; pp. 3-24.
- ARRIGHI, Giovanni (1994). *The Long Twentieth Century. Money, Power and the Origins of our Times*. Londres: Verso [trad. cast.: *El largo siglo XX*. Madrid: Akal, 1999].
- AUTHERS, John (2010). *The Fearful Rise of Markets. Global Bubbles, Synchronized Meltdowns, and how to Prevent them in the Future*. Upper Saddle River: FTPress.
- BADIOU, Alain (2010). *The Communist Hypothesis*. Londres: Verso.
- BARBERA, Robert (2009). *The Cost of Capitalism. Understanding Market Mayhem and Stabilizing our Economic Future*. Nueva York: McGraw-Hill.
- BARDHAN, Ashok y Richard WALKER (2010). *California, Pivot of the Great Recession* . Berkeley: Institute for Research on Labor and Employment, University of California, Berkeley; Working Paper Series.
- BELLAMY FOSTER, John y Fred MAGDOFF (2009). *The Great Financial Crisis. Causes and Consequences*. Nueva York: Monthly Review Press.
- BENOIT, Bertrand y Nikki TAIT (2008). «Merkel criticizes US over crisis», *Financial Times*, 27 noviembre.
- BLUESTONE, Barry y Bennett HARRISON (1988). *The Great U-turn. Corporate Restructuring and the Polarization of America* Nueva York: Basic Books.
- BONNEY, Richard (ed.) (1999). *The Rise of the Fiscal State in Europe, c.1200-1815*. Oxford: Oxford University Press.
- BOOKSTABER, Richard (2007). *A Demon of our own Design. Markets, Hedge Funds and the Perils of Financial Innovation*. Nueva York: Wiley.
- CLEAVER, Harry (1979). *Reading Capital Politically* . Austin: University of Texas Press.
- DEBORD, Guy ([1967]2000). *The Society of the Spectacle* . Detroit: Black and Red Books [trad. cast.: *La sociedad del espectáculo* . Buenos Aires: La Flor, 1974].

- DIAMOND, Jared (1997). *Guns, Germs, and Steel. The Fates of Human Societies*. Nueva York: W.W. Norton.
- DICKEN, Peter ([1986]2010). *Global Shift*. Nueva York: Guilford Press (6a ed.).
- FRIEDMAN, Thomas (2006). *The World is Flat. A Brief History of the Twenty-first Century*. Nueva York: Farrar, Strauss and Giroux.
- HARRISON, Bennett (1997). *Lean and Mean. Changing Landscape of Corporate Power in an Age of Flexibility*. Nueva York: Basic Books.
- HART, Keith (2000). *Money in an Unequal World*. Londres: Profile Books.
- HARVEY, David (2000). *Spaces of Hope*. Edinburgo: Edinburgh University Press [trad. cast.: *Espacios de esperanza*. Madrid: Akal, 2003].
- HARVEY, David (2001). *Spaces of Capital. Towards a Critical Geography*. Edinburgo: Edinburgh University Press [trad. cast.: *Espacios del capital*. Madrid: Akal, 2007].
- HARVEY, David (2003). *Paris, Capital of Modernity*. Nueva York: Routledge [trad. cast.: *París, capital de la modernidad*. Madrid: Akal, 2008].
- HARVEY, David (2005). *A Brief History of Neoliberalism*. Oxford: Oxford University Press [trad. cast.: *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal, 2007].
- HARVEY, David (2008). «Introduction» a Karl Marx y Frederic Engels, *The Communist Manifesto*. Londres: Pluto Press.
- HARVEY, David (2009a). «Why the stimulus package is bound to fail». [online] Accesible en: <http://DavidHarvey.org>
- HARVEY, David (2009b). «Reshaping economic geography. The World Development Report 2009», *Development and Change*, 40; pp. 1269-1278.
- HARVEY, David (2010a). *The Enigma of Capital and the Crises of Capitalism*. Londres: Profile Books [trad. cast.: *El enigma del capital*. Madrid: Akal, 2012].
- HARVEY, David (2010b). «Organizing for the anti-capitalist transition», [online] Accesible en: <http://DavidHarvey.org>.
- HAWKEN, Paul (2007). *Blessed Unrest. How the Largest Movement in the World Came into Being and Why no one Saw it Coming*. Nueva York: Viking.

- HELD, David (1995). *Democracy and the Global Order. From the Modern State to Cosmopolitan Governance* . Londres: Polity Press.
- HOLLOWAY, John (2005). *Change the World without Taking Power*. Londres: Pluto Press [trad. cast.: *Cambiar el mundo sin tomar el poder*. Caracas: Vadell, 2005].
- International Monetary Fund (2009). *Global Financial Stability Report. Navigating the Financial Challenges Ahead*. Washington D.C.: International Monetary Fund.
- KAPLAN, Robert (2009). «The revenge of geography», *Foreign Policy*, mayo-junio; pp. 96-105 [trad. cast.: *La venganza de la geografía*. Barcelona: RBA, 2013].
- KRUGMAN, Paul (1991). *Geography and Trade* . Cambridge: MIT Press [trad. cast.: *Geografía y comercio* . Barcelona: Antonio Bosch, 1993].
- LUXEMBURG, Rosa ([1913]2003). *The Accumulation of Capital*. Nueva York: Routledge, 2a ed. [trad. cast.: *La acumulación del capital* . Edicions Internacionals Sedov, accesible online: <http://grupgerminal.org/?q=system/files/LA+ACUMULACIÓN+DEL+CAPITAL.pdf>].
- MADDISON, Angus (2007). *Contours of the World Economy, 1-2030 AD: Essays in Macro-economic History*. Oxford: Oxford University Press.
- MARX, Karl ([1973]). *The Grundrisse* . Londres: NLR Books [trad. cast.: *Grundrisse*. Madrid: Siglo XXI, 1976].
- MCKINNON, Ronald (1973). *Money and Capital in Economic Development*. Washington D.C.: Brookings Institution Press.
- MORISHIMA, Michio (1973). *Marx's Economics* . Cambridge: Cambridge University Press.
- NORRIS, Floyd (2009). «Trade is falling fast across the globe», *The New York Times*, 10 abril; p. B5.
- O'CONNOR, James (1997). *Natural Causes. Essays in Ecological Marxism*. Nueva York: Guilford Press.
- PARTNOY, Frank (2003). *Infectious Greed. How Deceit and Risk Corrupted Financial Markets*. Nueva York: Times Books.
- POLLIN, Robert (2003). *Contours of Descent*. Londres: Verso.
- POSNER, Richard (2010). *The Crisis of Capitalist Democracy* Cambridge: Harvard University Press.

- RAJAN, Raghuram (2010). *Fault Lines. How Hidden Fractures still Threaten the World Economy*. Princeton: Princeton University Press.
- RICHBURG, Keith (2010). «China's stimulus spending creates infrastructure projects that may not be needed», *Washington Post* (Business Section), 18 junio; pp. 1-3.
- SACHS, Jeffrey, John GALLUP y Andrew MELLINGER (1999). «Is geography destiny?», en: Boris Pleskovic y Joseph Stiglitz (eds.). *World Bank Annual Conference on Development Economics 1998*, Washington D.C.: World Bank; pp. 127-178.
- SALTMARSH, Matthew (2010). «Unemployment and inflation rise in Europe», *The New York Times*, 1 abril; p. B3.
- SCHNEIDER, Howard (2010). «'Systemic risk' is the new buzz word as officials try to prevent another bubble», *The Washington Post*, 26 julio.
- SCOTT, Allen y Michael STORPER (eds.) (1992). *Pathways to Industrialization and Regional Development*. Nueva York: Routledge.
- STUTTAFORD, Andrew (2010). «Scapegoating les Anglo-Saxons», *Weekly Standard*, 15(38).
- WATT, Nicholas (2009). «'Blue-eyed bankers' to blame for crash, Lula tells Brown», *The Guardian*, 26 marzo; p. 5.
- World Bank (2009). *World Development Report 2009. Reshaping Economic Geography*. Washington D.C.: The World Bank.

IV. TEXTO INÉDITO

REFLEXIONES SOBRE UNA VIDA ACADÉMICA

*David Harvey**

A lo largo de mi carrera académica, he escrito unos cuantos libros, desde *Explanation in Geography* (1969) hasta, más recientemente, *Marx, Capital and the Madness of Economic Reason* (2018). A menudo me preguntan cuál considero el más importante de todos ellos. Invariablemente, mi respuesta es *Limits to Capital* (1982) y *Paris, Capital of Modernity* (2003), el primer esbozo del cual pareció en *Consciousness and the Urban Experience* (1985). ¿Por qué señalo esos dos trabajos en vez de otros que, como *The Condition of Postmodernity* (1989) o *A Brief History of Neoliberalism* (2005) son, con diferencia, mis trabajos más citados?

La respuesta reside en lo que para mí ha sido el motor, la motivación central, para pensar, leer y escribir desde finales de los años 1960 hasta hoy. Durante los años 1960 ya había dejado atrás la perspectiva particularista y nominalista de la geografía regional tradicional que dominaba la disciplina en favor de un enfoque teórico y universalizador más «científico». En ello me ayudó el ascenso de un enfoque más cuantitativo de la geografía (vigorosamente propugnado por Dick Chorley y Peter Haggett durante mis años de investigación doctoral en Cambridge), incorporando métodos estadísticos y más positivistas. Fue con ese espíritu (y en gran medida bajo su influencia) que escribí *Explanation in Geography*. En la conclusión de aquel trabajo terminé con la optimista consigna utópica «por

* Traducido por Núria Benach del original inglés.

nuestras teorías nos conoceréis». Creo que aquella consigna es hoy más relevante que nunca.

Pero también me preocupaba la posibilidad de que una nueva ortodoxia «científica» excluyente se hiciera con el poder. Por ello insistí en la diferencia entre metodologías científicas que proporcionan herramientas fundamentales para la investigación y lo que entonces calificué como «perspectivas filosóficas» guiadas por preocupaciones sociales y la búsqueda de significado y verdad social. Intenté unir las preocupaciones éticas de la justicia social y las metodologías geográficas en *Social Justice and the City* (1973). Este fue un libro peculiar para el estándar de la época porque, bajo la cubierta de Escher, proponía perspectivas duales (liberal *vs.* socialista). Muchos comentaristas creyeron ver en este libro la señal de una ruptura epistemológica en mi trabajo y aún hoy me preguntan a menudo sobre ello. Pero no es así cómo yo lo viví ni lo concebí. *Explanation* trataba sobre métodos y la aplicación de metodologías científicas. *Social Justice* trataba sobre las cualidades de las relaciones sociales, sobre la relevancia, la ética y el significado humano. Estas dos perspectivas (pensaba entonces y aún lo creo hoy) deben complementarse y no entrar en conflicto, incluso cuando exista una inevitable tensión productiva entre ellas. Esta debería ser seguramente la postura de todos los geógrafos sensibles a la materia de estudio de una disciplina que se centra en la diversidad y las cualidades de la vida humana en el planeta Tierra. Es cierto que, mientras escribía los ensayos que conformaron el texto de *Social Justice and the City*, llegué a rechazar «la tendencia a contemplar los hechos como separados de los valores, los objetos como independientes de los sujetos, las “cosas” como poseedoras de una identidad separada de la percepción y la acción humana, y el proceso “privado” de descubrimiento como separado del proceso “público” de comunicación de los resultados». Rechazaba, en definitiva, la estrecha y excluyente definición de la ciencia positivista y sus

modos de teorizar que de modo creciente constituían la ortodoxia «científica» del momento. Concedí mucha importancia a los argumentos de Thomas Kuhn en *The Structure of Scientific Revolutions* que desafiaban a esa ortodoxia y postulaban la existencia de paradigmas «alternativos» para la explicación científica. Busqué esas alternativas y encontré la dialéctica (gracias al trabajo de Bertell Ollman) y una diversidad de diferentes métodos de investigación, algunos de los cuales, aunque no todos, derivaban del materialismo histórico de Marx. Estas formulaciones alternativas eran muy interesantes; habían demostrado ser útiles para la investigación empírica, en la que yo estaba inmerso entonces, sobre el fracaso de los mercados de vivienda en Baltimore para proporcionar a cada cual (pero en especial a la población negra que vivía en condiciones de acusada discriminación) «una vivienda decente en un entorno decente», que la legislación del Congreso nos aseguraba que era un derecho de todo ciudadano norteamericano. La tensa relación entre valores de uso y de cambio en los mercados de la vivienda resultó ser una persuasiva manera para descifrar lo que sucedía en la provisión de vivienda.

En *Social Justice and the City* inicié un diálogo inacabable entre las investigaciones sobre las leyes del movimiento de capital basadas en los escritos de Marx y la dinámica de la urbanización y del desarrollo geográfico desigual en múltiples escalas (de la local a la global). A veces se dice que estuve fuertemente influido por Henri Lefebvre cuando escribí *Social Justice*, cosa que no es, para nada, verdad. Su gran trabajo *La production de l'espace* no se publicó en francés hasta 1974, y solo descubrí *La révolution urbaine* (1970) y *La pensée marxiste et la ville* (1972) cuando los diversos ensayos que conformaban el núcleo de *Social Justice* ya estaban listos para su publicación (mi francés rudimentario tampoco hubiera dado para mucho). Gran parte de mi pensamiento en aquel momento estaba influido por el debate crítico, y a veces áspero, que existía enton-

ces sobre espacialidad y urbanización, y que provenía de geógrafos como Bill Garrison, Brian Berry, Richard Morrill, Bill Bunge, Torsten Hägerstrand, Allan Pred, Gunnar Olsson, y de la teoría de la planificación en la que dominaba todo un grupo de remarcables profesionales como John Friedmann, Mel Webber, Jack Dyckman, Britt Harris junto a la inconformista crítica Jane Jacobs. También influyó la iniciativa de la Ciencia Regional que giraba en torno a Walter Isard (cuya dedicación paralela a la «investigación pacifista» era notable). El breve comentario sobre la naturaleza del espacio en *Social Justice* que aquella tumultuosa conversación inspiró aún me resulta fundamental. Allí argumenté en primer lugar que «el espacio no es absoluto, relativo o relacional *por sí mismo*, pero se puede convertir en uno o en todos simultáneamente dependiendo de las circunstancias», al que añadí el comentario de inspiración histórico-materialista de que «el problema de la conceptualización adecuada del espacio se resuelve a través de la práctica humana al respecto». Si existe una influencia filosófica externa en las formulaciones que se ha desarrollado mayormente fuera de la práctica de los geógrafos humanos, científicos regionales y planificadores urbanos, esta reside en Ernst Cassirer, Susan Lager y Jean Piaget, junto con el trabajo antropológico sobre la naturaleza cultural y social del espacio de Irving Hallowell, al que ya había apelado en *Explanation*.

Todo ello me llevó a la determinación de investigar la espacialidad de la urbanización y el desarrollo geográfico desigual, junto a una exploración crítica de los procesos sociales, económicos y políticos que modelan el capitalismo en general, y la evolución de las relaciones sociales a través de sistemas espaciales en particular. Esto último implicó de modo creciente una reconstrucción y elaboración de la teoría de Marx que él llamó «las leyes del movimiento del capital», ya que estas eran manifiestas en el espacio y el tiempo. La circulación y acumulación del capital a través de la urbanización y la producción

del espacio, del lugar y de la naturaleza, se convirtieron cada vez más en el centro de mi trabajo. Inicialmente había deseado fundir el trabajo teórico con la investigación del proceso urbano en todo su cruento detalle histórico, tal como estaba teniendo lugar en Baltimore o en Nueva York, donde la crisis fiscal de 1975 proporcionaba una gloriosa oportunidad para el tipo de estudio que tenía en mente (ya había hecho algún trabajo preliminar sobre el tema por aquel entonces).

Pero luego pasé un frustrante año sabático en París en 1975-76. Fui allí con el objetivo de tener una mejor comprensión de la teoría marxista, para escuchar devotamente a los grandes exponentes del pensamiento marxista, pero me encontré con el obstáculo de mi débil conocimiento de la lengua, el dogmatismo del Partido Comunista (que en aquel momento incluía incluso la prohibición de hablar con académicos de Norteamérica) y la arrogancia de la izquierda francesa (con la gran excepción de Manuel Castells, Christian Topalov y Edmond Préteceille, a los que estaré eternamente agradecido) que veía a todos los que venían de Norteamérica como ignorantes políticos que de ningún modo podían comprender las clases ni, aún menos, la lucha de clases. Habiendo leído *El 18 de brumario de Luis Bonaparte* y *La guerra civil en Francia* de Marx, pensé que sería fascinante leer más sobre lo que sucedió en París entre la revolución de 1848 y la Comuna de 1871. Quedé particularmente impresionado por el edificio y el simbolismo de la Basílica del Sacré-Coeur y empecé su estudio, más bien como algo secundario y placentero. Estar dentro del edificio tenía algo de aterrador y estaba decidido a averiguar qué era. Y así fue como el estudio histórico-geográfico paralelo de la urbanización que había planeado se desplazó al París del Segundo Imperio, aunque también fui progresando poco a poco con mi estudio de Marx. El proyecto de París se convirtió en un trabajo realizado con amor, en un respiro del mundo, en especial cuando todo lo demás parecía ir muy mal. Disfruté

pasando veranos en París leyendo todo tipo de informes y documentos en el museo de historia de París (el increíblemente bello Musée Carnavalet) en el Marais.

Así llegué al centro de mis intereses: redireccionar y avanzar en la exploración teórica de las leyes del movimiento de capital de Marx en relación con la investigación materialista histórico-geográfica de la transformación de París entre 1848 y 1871. El trabajo de París siempre estaba presente mientras escribía *Limits*, al igual de *Limits* estaba en el fondo de mi mente cuanto exploraba lo que había sucedido en el París del Segundo Imperio. Saltar atrás y adelante entre las dos perspectivas fue una experiencia intelectual apasionante. El «salto» era, en parte, entre teoría y práctica, pero fue mucho más allá: estaba anclado en el sentimiento de una unidad contradictoria entre las relaciones sociales sobre el terreno en constante transformación, y los extraños procesos de acumulación y sobreacumulación de capital que rigen el sistema económico como abstracciones reales. Cuando aprendí cómo hacer entrar en diálogo esas dos aproximaciones, escribir *The Condition of Postmodernity* fue increíblemente fácil. Lo que aprendí de esa experiencia ha formado la base de mi trabajo desde entonces.

Me llevó mucho tiempo y un gran esfuerzo escribir *Limits*. En parte se debía a que necesitaba dominar el modo de investigación dialéctico como práctica intelectual más que como un principio idealista abstracto (proveniente de Hegel). Aprendí mi dialéctica sumergiéndome en cómo Marx produjo y presentó sus hallazgos especialmente a través de *El Capital*. Lo pude hacer mediante la enseñanza del curso sobre *El Capital* de Marx (normalmente el volumen 1) por lo menos una vez al año (algunos años lo impartí dos o tres veces) durante más de cuarenta años. Me parecía que cada año aprendía algo nuevo y diferente. Pero también necesitaba intentar resolver aquellos aspectos del trabajo de Marx que generalmente quedaban desatendidos. El estudio de la urbanización requería una com-

prensión de la circulación y la acumulación del capital a través del suelo y los mercados de la propiedad, a través de las infraestructuras incrustadas en el suelo, a través de las inversiones en transporte y comunicaciones, y a través de la existencia de economías de aglomeración y otras economías implicadas en la producción del espacio, el lugar y la naturaleza. La cuestión de la circulación del capital fijo resultó ser bastante problemática desde el punto de vista teórico, más aún cuando ello implicaba «capital fijo de un tipo independiente» incrustado en el suelo. También era importante cómo el capital a interés fluía hacia el capital fijo y hacia lo que Marx llamó el «fondo de consumo» (lo que permitía la compra de artículos costosos como viviendas o coches mediante el uso del crédito). La relación entre los flujos de capital a interés y los mercados del suelo (y en especial, la especulación que conlleva) sobresalía como algo que necesitaba una mejor teorización en la literatura marxista. Lo que hizo de *Limits* un texto tan especial es que iba más allá de las representaciones al uso de la economía política de Marx y buscaba cómo integrar capital fijo, finanzas y crédito, la circulación del capital a interés, así como las cuestiones de la renta del suelo y los mercados de propiedad junto a la producción de la naturaleza y las configuraciones espaciales. También remarcaba la importancia de la aceleración de los tiempos de rotación y la progresiva «aniquilación del espacio mediante el tiempo» en la teoría de la circulación y acumulación del capital.

Realicé un estudio tan exhaustivo como pude de todo lo que Marx tenía que decir sobre estas cuestiones, con atención especial a la geografía de la acumulación de capital (que resultó ser mucho). Busqué llenar el vacío con la ayuda de una teoría geográfica de la producción de los espacios, lugares y entornos como parte de la dinámica de la acumulación de capital. Empecé a teorizar en términos de lo que llamé «solución espacial» (que explicaba cómo la sobreacumulación de capital en

un territorio quedaba aliviada por el movimiento del capital a otra economía entonces subdesarrollada en algún otro lugar. Me encontré cada vez más involucrado (junto a muchos sociólogos radicales, sobre todo Manuel Castells y aquellos que publicaban en el recién creado *International Journal of Urban and Regional Research*) en el estudio de cómo los movimientos sociales en general y los movimientos sociales urbanos en particular se relacionaban con la dinámica de la lucha de clases. Pronto decidí que, en la lucha de clases, había mucho más que los movimientos formados en torno al trabajo de fábrica, y que los movimientos sociales debían tener un sitio, incluso cuando era claro que la naturaleza de las luchas urbanas conllevaba relaciones sociales diferentes de las que habitualmente se trataban en la literatura marxista convencional. ¿Cómo cambiaba el análisis, pues, cuando el antagonismo principal era entre arrendatarios y propietarios que extraían rentas (y cómo es que una de las primeras medidas a la Comuna de París fue una moratoria en los pagos de las rentas)? Me alegró la publicación de *The City and the Grassroots* de Castells pero no pude entender por qué esto le parecía una ruptura radical con las formulaciones teóricas marxistas. Con toda seguridad, estas debían ser ampliadas y reformuladas, pero era erróneo, a mi parecer, abandonar las ideas que se podían obtener de la lectura de *El Capital* y las políticas que se derivaban de ahí. Y en la medida en que los estudios sobre el entorno construido no podían separarse de los estudios sobre temas ambientales en general, necesitaba atención la cuestión que Marx llamó «la relación metabólica con la naturaleza» (incluyendo la «segunda naturaleza» producida por la acción humana). Para los geógrafos no era difícil tomar cartas en este asunto, como demostró Neil Smith en su brillante trabajo sobre la producción de la naturaleza *Uneven Geographical Development* (1984). Sobre este último punto debería señalar que una buena parte de la izquierda marxista convencional de los años 1970 consi-

deró el trabajo sobre temas ambientales como sentimentalismo pequeñoburgués cuando no romanticismo burgués. Llevó muchos años que desapareciera aquella hostilidad. El énfasis de Jim O'Connor en «la segunda contradicción del capital» en la revista que él fundó *Capitalism, Nature, Socialism* fue al final más aceptable y fue seguido por profundos estudios sobre las consecuencias destructivas del capital para las condiciones medioambientales en los círculos marxistas dominantes (como *Monthly Review*).

En este contexto llevé a cabo la redacción de *Justice, Nature and the Geography of Difference* (1996) como ejemplo de lo que había llegado a entender como materialismo histórico-geográfico. Este fue un libro escrito bajo cierta presión. De entrada, cuando volví a Baltimore en 1993 después de seis años en Oxford, encontré que la Universidad Johns Hopkins (y el departamento al que yo pertenecía) era un ambiente mucho más hostil de lo que lo había sido durante mis primeros años allí (con la excepción de Giovanni Arrighi y Beverly Silver en sociología, que fueron magníficos compañeros intelectuales). La caída del comunismo con el fin de la Unión Soviética y su imperio llevó a muchos a afirmar que el marxismo estaba muerto, de modo que mi continuado interés por explorar los intersticios del pensamiento de Marx parecía cada vez más anacrónico. El giro académico post-estructuralista y la política de identidad en el mundo angloparlante se articuló a menudo (de modo equivocado bajo mi minoritario punto de vista, incluso en el caso de Foucault) como una impugnación de las perspectivas marxistas. Tenía muy pocos estudiantes en mi clase de *El Capital*. Lo que era más raro era que las cambiantes transformaciones materiales del capitalismo bajo el neoliberalismo hacían que el análisis de Marx fuera más, en vez de menos, relevante en aquellos años. Las descripciones de las condiciones de explotación extrema del trabajo en todo el mundo (que sostenía negocios como The Gap y Walmart) que en los años 1990

circulaban ampliamente en la prensa hegemónica eran dignas del capítulo de Marx sobre «La jornada laboral» en *El Capital* sin que se pudiera percibir gran diferencia. El mundo laboral se parecía cada vez más al de *El Capital, volumen 1*, cosa que no era así cuando empecé a enseñarlo a principios de los 1970. En aquellos años, un capitalismo regulado junto a fuertes bases de un Estado del bienestar hacían que las condiciones de trabajo y de vida fueran aceptables, por lo menos para los segmentos privilegiados de una clase trabajadora masculina y mayormente blanca en los países de capitalismo avanzado (aunque en cierta medida sostenido por un extractivismo imperialista y colonialista). Aún más extraño era, desde un punto de vista puramente intelectual, que el giro post-estructuralista invocara con frecuencia la espacialidad en su refutación de la universalidad de Marx, cuando yo me había estado esforzando enormemente para llevar perspectivas teóricas sobre el espacio, el lugar y el medio ambiente a algún tipo de convergencia con las contribuciones teóricas de Marx. Fue mi irritación con todo esto lo que me llevó a trabajar duro en la elaboración de *Justice, Nature and the Geography of Difference*.

El método adoptado era dialéctico en términos generales, pero fui viendo cada vez más que el método de Marx (o por lo menos, mi interpretación del mismo) era una interesante combinación de lógica dialéctica abstracta (con fuerte influencia de la *Logic* de Hegel) y una filosofía basada en el proceso que contemplaba todas las cosas como contingentes a los procesos (como la incesante circulación y acumulación de capital) que las crean, sostienen y finalmente las disuelven. Cuando Marx estudia la circulación del capital y se detiene en cuestiones como el tiempo de rotación, la circulación del capital fijo y la aniquilación del espacio por el tiempo (lo que produce compresiones espacio-temporales para el funcionamiento del capital global), apela al pensamiento relacional basado en el proceso más que en Hegel. Una vez que entré en ello, encontré

un mundo fascinante, y en muchos aspectos fantástico, en el que la propuesta de Marx de los flujos de circulación y acumulación de capital podían ser reestructurados en términos que no estuvieran regidos por las rigideces que demasiado a menudo derivaban de la lógica hegeliana. Mi anterior estudio del pensamiento relacional de Ollman ahora tuvo un desarrollo en una lectura más atenta del pensamiento basado en el proceso tal como aparece en las reconstrucciones filosóficas de Alfred North Whitehead del espacio, el tiempo y la naturaleza, la revisión de la teoría cuántica de David Bohm y, por encima de todo, los razonamientos presentados en la exposición marxista de Levins y Lewontin en *Dialectical Biology*. La liberación de mi interpretación de Marx de los rastros de las lecturas mecánicas o incluso hegelianas tuvo grandes efectos. El hecho de que la filosofía del proceso proliferara en investigaciones científicas y filosóficas (incluso por parte de rancios pensadores conservadores como Whitehead), abrazando la física y la biología, hacía que los hallazgos fueran aún más interesantes. Abría, por ejemplo, la posibilidad de integrar mejor la relación metabólica de la naturaleza y la producción de la naturaleza en el corpus general de la teoría de Marx. Al mismo tiempo, la caída del comunismo realmente existente significó que las circunstancias eran las adecuadas para explorar un marxismo no dogmático, tras los experimentos comunistas que difícilmente podían considerarse un modelo de emancipación humana a pesar de sus valiosos logros materiales concretos. Las cualidades de las relaciones sociales y su potencial transformación pasaron al centro de atención sin caer en la trampa del humanismo idealista que fue la base de las primeras exploraciones de Marx sobre la alienación en los *Manuscritos económicos y filosóficos* de 1844.

Mi profunda preocupación por el significado de los flujos y los procesos ocurría en un momento de mi vida en el que los flujos vitales de mi propio cuerpo estaban fallando, des-

embocando en 1996 en una grave operación de *bypass* de corazón que sin duda me salvó la vida. A veces pienso que había una preocupación cuerpo-mente oculta en mis flujos internos durante esos meses. De modo que la presión con la que estaba escribiendo era tanto física como profesional, intelectual y política. *Justice, Nature and the Geography of Difference* fue, después de *Limits*, el libro más difícil que he escrito y además particularmente difícil de terminar. Mi buen amigo Neil Smith y mi editor y amigo John Davey (que ha estado editorialmente implicado en los más de quince libros que he publicado, del primero al último) leyeron el original y me hicieron ver que el libro ya estaba de hecho tan terminado como podía estar, y que por tanto debía dejarlo ahí, aunque sintiera que había mucho más que decir.

Después de la operación, mi cardiólogo me advirtió de la posibilidad de un cambio de personalidad. Recuerdo que en aquel tiempo pensaba que no era mala idea. Fantaseaba sobre la clase de persona en que me gustaría convertirme si fuera mi decisión. Sabía que esa gratificación diferida en una afección cardíaca era del todo absurda. Pero si tenía algo más que decir, entonces tenía que hacerlo lo antes posible. Como resultado, he publicado bastantes libros desde 1996.

Hubo también un giro no del todo inesperado en el contenido de *Justice, Nature and the Geography of Difference*. Me había sorprendido que algunos círculos describían *Limits* como un texto cerrado y determinista, cuando yo había argumentado explícitamente al final que el método dialéctico exigía una abertura perpetua. «Un trabajo de este tipo no admite conclusión. El modo dialéctico de pensar, al menos tal como yo lo interpreto, impide el cierre del argumento». Afirmaba allí que había dos áreas próximas que requerían mucha más atención: una teoría del Estado y de la acción del Estado que fuera mejor y más sólida, y una teoría de la reproducción social más adecuada, especialmente en lo referente a la reproducción de la

fuerza de trabajo. En este último caso, el punto de partida «no es la mercancía, sino un suceso simple: el nacimiento de una criatura de clase obrera». En el estudio de París dediqué especial atención a ello, y ofrecí un análisis detallado del género y del cambiante papel de las mujeres. Claramente, estos temas merecían mayor atención. Las fuertes, y en ocasiones estridentes, críticas de algunas feministas a mi falta de sensibilidad por la cuestión de género en *The Condition of Postmodernity* también apuntaban a la necesidad de incorporar perspectivas feministas y de género, aunque no me sentí muy afectado por lo que a veces intuí como intentos de culpabilizarme personalmente de los evidentes pecados de siglos de dominio patriarcal masculino. La feminización de las clases trabajadoras y de la pobreza en todo el mundo evidentemente no podían ser ignoradas como tampoco el largo menosprecio de las perspectivas feministas en gran parte de la academia. Las feministas que conocí en la Johns Hopkins, como Nancy Hartsock, Donna Haraway, Emily Martin y Katherine Verdery, me influyeron mucho. En la actualidad admiro del trabajo de Silvia Federici, Nancy Fraser y Cinzia Arruzza, entre otras.

Por otra parte, necesitaba llegar a ser más explícito en cómo las perspectivas geográficas podían ser integradas de modo preciso en el estudio de las leyes del movimiento del capital. Ello requería una exploración teórica y conceptual más profunda del papel del espacio, el lugar y el medio ambiente en relación con las formulaciones de Marx, así como, de modo más general, a todas las ciencias sociales. La mayoría de las ciencias sociales ignoran esas dimensiones e, incluso cuando se presta atención a estas cuestiones como en el trabajo de Paul Krugman sobre economía espacial, siempre me parecía que se perdía algo muy importante y poderoso. Lo mismo sucedía con una parte importante del trabajo en las humanidades, en la que existía una fuerte preferencia por ignorar los procesos político-económicos y la circulación de

capital que estaban transformando el lugar, el espacio y la naturaleza en favor de un tipo de investigación más simbólica o psicoanalítica. Dado el método dialéctico relacional y basado en el proceso que yo estaba adoptando, no podía cerrarme a esas cuestiones. Al tiempo que se podían generar nuevas interpretaciones y estimulantes perspectivas, todo quedaba abierto para incorporar más ideas y exploraciones prácticas. No cerrar *Justice, Nature and the Geography of Difference* fue frustrante, pero ahora reconozco que la abertura del método y del libro lo hace particularmente fuerte y atractivo. En todo caso, ampliar la base de referencia no debilitó, sino que fortaleció el ámbito de aplicación de lo yo quería conseguir. El estudio de los enfoques hermenéuticos a la filosofía del lugar, por ejemplo, conllevaba una implicación crítica con la tradición heideggeriana así como con la amplia literatura sobre el significado del lugar en un mundo en el que los lugares estaban en proceso de disolución a través de la desindustrialización provocada por la dinámica de la acumulación y la devaluación del capital en el espacio y el tiempo.

Este libro, quizá más que ningún otro, es el más abierto, exploratorio e imaginativo, aunque no sea desde luego fácil de enfrentarse a su contenido ya que pone el acento en la importancia de la teoría. Creo que compensa estudiarlo cuidadosamente, ya no por lo que dice, sino por lo que deja abierto. Intenté hacer aterrizar la teoría en hechos reales. Ello me llevó a un examen detallado de un devastador incendio en una planta de procesado de aves en Hamlet (Carolina del Norte) en 1991, en el contexto de los movimientos por la justicia ambiental y la transformación reaganiana del aparato del estado en un sistema de abandono neoliberal. Esto último quedó desafortunadamente amplificado por la creciente tendencia, en el mundo académico radical, de ignorar el sufrimiento de las mujeres negras pobres a favor de la lucha por la discriminación racial y de género evidente en las clases medias y altas.

Aun así, hubo algo extraño en la recepción de *Justice, Nature and the Geography of Difference*. Yo creía que aquellos marxistas que se habían convertido a la exploración de las cuestiones ambientales apreciarían mi contribución. Por el contrario, o bien recibí una reacción negativa (como ejemplifica el intercambio con John Bellamy Foster en *Monthly Review*) (Harvey, 1998), o bien el trabajo fue más bien ignorado. Sospecho que esta respuesta fue en parte el resultado de la baja reputación de la geografía como disciplina, pero también de mi rechazo a aceptar una lectura apocalíptica de la situación ambiental global. El capital, afirmaba yo, puede continuar prevaleciendo como relación social y como modo de acumulación incluso a pesar de las formas directas y menos deseadas de transformación ambiental que provoca. El problema no es que el capital no tenga la posibilidad de sobrevivir, sino que las condiciones sociales, económicas, políticas y materiales que esa supervivencia conlleva, devastarán grandes sectores de la población mundial mientras que los ultra-ricos continuarán felizmente con sus estilos de vida elitistas y seguros. Yo me tomo las cuestiones ambientales muy en serio, pero es imposible hacerlo, a mi modo de parecer, sin ser anticapitalista.

Los años 1990 fueron el punto álgido de una ola neoliberal que produjo el «Consenso de Washington» junto al supuesto «fin de la historia» definitivo de Fukuyama y con el aparente triunfo total del liberalismo de libre mercado alineado con la democracia parlamentaria. Pero a mí me parecía doblemente descabellado sobre esta base abandonar o rechazar abiertamente el estudio de las sugestivas y fecundas teorías críticas de Marx de cómo funcionaba el capital. Vivíamos en una época en la que las propuestas críticas de Marx eran llanamente más relevantes que nunca. Y también vivíamos en un tiempo en el que había la posibilidad (y esto es lo que *Justice, Nature and the Geography of Difference* pretendía explorar) de superar las limitaciones políticas tradicionales de la teoría marxista y

de extenderla a través de horizontes totalmente nuevos. Por supuesto que había también barreras internas en un mundo universitario crecientemente corporativista y neoliberal en su gobernanza y orientación. Pero también había barreras internas dentro de la tradición marxista que derivaban de un dogmatismo tradicionalista que solo puede describirse como un conservadurismo innato.

Fue en este estado de ánimo en el que empecé de trabajar en lo que en retrospectiva llamo «el proyecto Marx». Digo «en retrospectiva» porque nunca imaginé, cuando empecé, que sería un proyecto tan duradero (casi veinte años y aún sigue). El punto inicial era obvio. Nadie se preocupaba mucho de leer, ya no digamos estudiar, Marx en un momento en el que el análisis que ofrecía Marx daba justo en el clavo. Además, desde mi punto de vista existían serias equivocaciones de interpretación y de lectura, tanto por parte de detractores como de defensores, a propósito de cómo debía leerse e interpretarse Marx en relación con las condiciones contemporáneas.

La súbita irrupción de un descontento masivo, tal como simbolizaron los hechos del encuentro de la Organización Mundial del Comercio en Seattle, desencadenó un montón de preguntas dentro del «movimiento antiglobalización» con respecto al éxito del Consenso de Washington para resolver los problemas de pobreza, democracia y degradación ambiental a escala mundial. Reconozco que existían barreras para leer Marx que había que superar. Su trabajo es a menudo difícil de comprender. Pero muchos de los planteamientos inspirados por su pensamiento lo hacen más complicado de lo que realmente es. Yo quería una exposición que fuera la más simple posible, aunque «no más simple», tal como dijo una vez Einstein. Tras casi cuarenta años a mis espaldas enseñando el Volumen 1 de *El Capital* a diferentes públicos, seguro que tenía suficiente experiencia para hacerlo. Gran parte del trabajo de Marx es especulativo, tentativo e incompleto, pero me había

forzado a enfrentarme a ello y, en ocasiones, a superar parte del problema en el curso de mis estudios urbanos. Sabía cómo hacer y completar tentativamente los comentarios teóricos de Marx de maneras que fueran relevantes para lo que estaba pasando a nuestro alrededor. Las aproximaciones relaciones y basadas en el proceso que había trabajado en *Justice, Nature and the Geography of Difference* me permitía «saltar escalas» y ampliarlas hacia afuera tanto conceptual como práctica e incluso imaginativamente.

Pero nada de esto habría importado si no hubiera salido del ambiente crecientemente tóxico de la Johns Hopkins (de hecho, estuve físicamente enfermo y mentalmente angustiado) y me hubiera mudado al maravillosamente acogedor Graduate Center de la City University of New York, en 2001. Neil Smith y Cindi Katz, amigos íntimos los dos, estaban ahí. Recibí respaldo institucional a todos los niveles (desde el Departamento de Antropología al presidente del Graduate Center: solo los geógrafos eran hostiles, tal como lo habían sido anteriormente con Neil Smith cuando llegó de Rutgers unos años atrás; no les importaba el tipo de geografía que hacíamos, lo que explica por qué tanto Neil como yo ¡acabáramos en Antropología!). Y me encontraba en un ambiente activista con estudiantes que, particularmente después de Seattle, la recesión económica del 2000 y, por supuesto, los hechos del 11 de setiembre, estaban comprometidos en un amplio debate dentro de un grupo de estudiantes graduados altamente politizado (muy diferente del grupo de estudiantes graduados típico de instituciones elitistas como la Johns Hopkins). De golpe, mi clase de *El Capital* se inundó de seguidores. Al cabo de unos pocos años, Chris Caruso, un talentoso y dedicado estudiante con grandes habilidades digitales, se ofreció para poner el curso de Marx en línea con la ayuda de algunos voluntarios (algunos de los cuales viajaron desde Filadelfia para la filmación y edición). Al principio me resistí, pensando que nadie tendría realmen-

te mucho interés, pero al final accedí. El sitio web, que abrió en 2007, ha tenido un éxito notable. Fue el producto de una colaboración creativa entre los contenidos, a mi cargo, y las increíbles habilidades técnicas de Chris. Luego aquello llevó a la publicación, por invitación de Verso, de los dos *Companions to Marx's Capital* (2010, 2013). También me llevó a escribir lo que esperaba que fuesen ejemplos del pensamiento de Marx en acción en relación a la situación contemporánea, tanto en forma narrativa (como en *The New Imperialism* (2003) y en *A Brief History of Neoliberalism* (2005), ambos populares) como más analítica, como en los textos subsiguientes: *The Enigma of Capital* (2008), *Seventeen Contradictions and the End of Capitalism* (2014) y, más recientemente, *Marx, Capital and the Madness of Economic Reason* (2017). A partir de la diferente recepción de estos textos, he llegado a la conclusión de que hay una fuerte preferencia por la forma narrativa por encima de la analítica. También continué publicando sobre cuestiones urbanas: *Spaces of Hope* (2000), la versión revisada del texto de París (2003), *Rebel Cities* (2013), y *Abstract from the Concrete* (2016) que focalicé en China.

La perturbación económica de 2007-08 generó numerosas cuestiones a propósito de la estabilidad y la evolución futura del capitalismo global. Incluso en círculos académicos burgueses se reconocía que Marx era preeminentemente un teórico de las crisis y que tal vez tuviera algo que decir al respecto, aunque los economistas, sociólogos y politólogos más convencionales, particularmente en los Estados Unidos, no tuvieran ni idea de qué. Era de esperar, no obstante, algún resurgimiento del interés por Marx. Pero en el mundo anglófono el trabajo sobre una interpretación marxista de las contradicciones internas se limitaba a un pequeño submundo de analistas, pensadores, estudiantes curiosos, líderes de movimientos sociales y políticos clave. Resultaba difícil, aunque no imposible, escapar del gueto marxista, pero después de algunos años, hay

algunas señales de progreso. Las cuestiones de identidad e interseccionalidad ahora son, desde luego, las preponderantes. En los últimos años en particular, el ataque de la derecha a las poblaciones negras y otros grupos minoritarios (por ejemplo, la población indígena y la dependiente de asistencia social) así como a las mujeres y a los derechos LGBTI ha generado fuertes respuestas como «Black Lives Matter» y «Me-too» en los Estados Unidos, que se han propagado por todo el mundo. El ascenso del protagonismo de una derecha populista contraria a la inmigración, y a menudo xenófoba, en muchas partes del mundo (incluyendo los Estados Unidos), siguiendo la pérdida de legitimidad neoliberal tras la crisis financiera, ha generado problemas políticos que requieren respuestas inmediatas. Aunque sería utópico pensar que no existen problemas en las relaciones entre el marxismo, la izquierda socialista tradicional y las políticas de la identidad, la interseccionalidad y el medio ambiente, hay suficiente evidencia de formación de alianzas y de voluntad para explorar la unidad dentro de las diferencias para crear un potencial momento crítico para una refundación de una política de izquierdas más amplia, aunque sobre bases algo diferentes de las del pasado. Sigue la búsqueda, como siempre, de algún tipo de aglutinante político que conecte una inmensa diversidad de movimientos opositores sin suprimir sus diferencias. Mi propia elección es explorar el tema del anticapitalismo.

No adopto esta posición por ningún defecto en mi ADN. Ni tampoco soy anticapitalista por haber sido criado como «hijo de rojos» o haber sido intelectualmente seducido por alguna secta de izquierdas en mi influenciable juventud. La verdad es que no empecé a leer a Marx hasta que tuve 35 años. Siempre había simpatizado con los que luchan contra las injusticias sociales y las múltiples formas de opresión. En seguida me sentí atraído por los sueños del socialismo utópico y esa predilección nunca me ha dejado del todo (se convirtió

en explícita en la «Edilia» de *Spaces of Hope*). Me convertí en anticapitalista durante la actividad del proyecto Marx porque mi serena y cuerda evaluación de cómo funciona el capital en nuestros tiempos (y sí, confío cada vez más en los análisis de Marx como lo mejor que existe) lleva inexorablemente a conclusiones anticapitalistas.

Pero en esto, casi seguro que soy también bastante ingenuo. Creo que los mejores argumentos racionales al final salen victoriosos, mientras que, como muchos críticos se apresuran a señalar, es el afecto y el inconsciente y las astutas estrategias de la subjetividad política lo que realmente determina los resultados políticos. Chantal Mouffe afirma que aquellos que utilizan categorías abstractas como «capital» fracasan «en movilizar la dimensión afectiva para motivar a la gente a actuar políticamente [...] La retórica anticapitalista no encuentra ningún eco en los grupos cuyos intereses pretende representar. Por ello, siempre se quedan en posiciones marginales» (Mouffe, 2018). Bueno, tal vez sí. Los argumentos racionales sobre, por ejemplo, el cambio climático no han sido en ninguna parte lo efectivos que se podía desear (aunque los anteriores argumentos sobre CFC y el agujero de ozono dieron lugar al protocolo de Montreal). Pero ello no es motivo para rechazar lo argumentos racionales. Sin ellos sería difícil llegar a defender nada. Los argumentos racionales pueden no ser suficientes para la acción política, pero son absolutamente necesarios. La cuestión de por qué deberíamos ser todos anticapitalistas es sumamente importante como una base absolutamente necesaria para la acción política, aunque, me rindo, está claro que no es suficiente.

Prefiero el término «anticapitalista» más que el de socialista, comunista, anarquista, populista o ningún otro porque invita a todo el mundo que ha sido afectado negativamente de algún modo por la circulación y acumulación de capital a unirse alrededor de la causa de encontrar un modo alternativo

de producción, circulación, distribución y consumo, diferente del que tenemos ahora mismo. Al suscribir un proyecto como este, no se obliga a nadie a aceptar ningún fundamento esencialista de la política como el propuesto por la formación de un proletariado de vanguardia, un partido de vanguardia, una ideología concreta de libertad individual, democracia, igualdad o libertad, una teoría concreta de sociedad justa a alcanzar. Lo único que se requiere es trabajar conjuntamente por un futuro común en el que el sistema económico actual sea reemplazado por formas sociales de organización que faciliten la producción y la distribución de los valores de uso suficientes para que todos tengamos perspectivas de una vida decente. El reino de la libertad, dijo Marx, empieza cuando el reino de la necesidad queda atrás. La tarea es simple. Todo el mundo debería poder vivir del modo que quiera más allá del reino de la necesidad. En el mundo actual tenemos claramente la capacidad productiva y la capacidad organizativa para hacer posible esa ambición. Solo las clases capitalistas, las instituciones capitalistas y las estructuras de intercambio de mercado se interponen.

La virtud de esta posición anticapitalista es que puede atraer a todo tipo de grupos e intereses diferentes que hayan estado afectados negativamente por la explotación, la desposesión, la apropiación y la extracción dirigida por los mecanismos capitalistas de dominación. Incluye a la propietaria de un restaurante familiar que trabaja todas las horas del mundo y que paga mal a sus trabajadoras, al tiempo que tiene que dar casi todo lo que gana a los bancos, a los propietarios que generan rentas con un abrir y cerrar de ojos, al Estado en forma de impuestos, ya que los valores de la propiedad van inexorablemente al alza por las fuerzas de mercado. Puede animar a inquilinos que no solo se enfrentan a la amenaza del desahucio, sino que cada vez están más mortificados por el crecimiento de una industria crecientemente capitalizada como Airbnb que llena los bloques de apartamentos con turistas borrachos

y ruidosos. Une a los residentes negros pobres de los centros de las ciudades con los granjeros rurales blancos ya que ambos han pasado por el trauma de las ejecuciones hipotecarias de sus propiedades por parte de instituciones financieras que les atrajeron a la trampa del crédito con brillantes promesas de un futuro de color de rosa. Junta a trabajadores precarios con maestros de escuela sindicalizados, pero verdaderamente mal pagados. Abarca a todos aquellos desposeídos de un empleo de calidad y de su sustento por la desindustrialización, la automatización y ahora la inteligencia artificial. Proporciona un espacio y un papel activo para los grupos indígenas que luchan contra la destrucción de su cultura por el extractivismo capitalista. En resumen, puede atraer a todos los alienados de la Tierra.

¿Cuál es, por tanto, el problema básico que lleva al anticapitalismo como respuesta lógica? En *Seventeen Contradictions* finalizaba con tres contradicciones peligrosas, la primera de las cuales hace que el proyecto anticapitalista sea especialmente convincente. El capital tiene que acumular y tiene que hacerlo con una tasa de crecimiento compuesto (por ejemplo, del 3 % anual). Un crecimiento compuesto del 3 % significa un crecimiento exponencial que habitualmente empieza lentamente hasta que alcanza un punto de inflexión en el que empieza a acelerarse antes de dispararse a una tasa cada vez más imposible. Cuando la economía de producción capitalista global se limitaba a Gran Bretaña, Europa occidental y la costa Este de Estados Unidos de América con lazos mercantiles en todo el mundo, como era el caso cuando Marx escribía, entonces el crecimiento compuesto no era un gran problema. Los argumentos del socialismo residían en objeciones a los niveles de pobreza y explotación de una clase por otra. Pero para cuando la economía industrial había crecido como lo había hecho en el período tras la Segunda Guerra Mundial en los países de las economías capitalistas avanzadas hasta el punto de saturación

y sobreacumulación, se requería algún tipo de expansión radical. Después de 1970 la incorporación de China, el imperio exsoviético y grandes zonas del mundo postcolonial a través de la globalización neoliberal sostuvieron el crecimiento global aunque a niveles algo más bajos que los de la «era dorada» de postguerra. La fuerza de trabajo asalariada global aumentó drásticamente, pasando de dos a más de tres mil millones de personas entre 1980 y 2010. Era una expansión única que no podría volver a repetirse. La globalización como medio de disciplinar a la fuerza de trabajo dependía de la fluidez del movimiento del capital en el mundo. El dinero es, con diferencia, la forma de capital más móvil geográficamente. El abandono del patrón oro por parte del dólar estadounidense abrió el mundo a una creación ilimitada de dinero y a flujos de dinero sin obstrucciones en todo el mundo que forjó la relocalización global de la actividad industrial. El aumento de la fuerza de trabajo global significó la expansión de la producción, del mercado, y de la extracción de mineral, energía y recursos agrícolas a un ritmo acelerado. Aunque no existen límites fijos evidentes, las tensiones que implica el crecimiento compuesto sostenido son visibles en todas partes.

Por esta razón, me he estado fijando con atención en lo que está sucediendo en China en los últimos años porque allí es donde las contradicciones más evidentes de sostener el capitalismo se muestran ante nuestros propios ojos. El capital global se salvó de una gran depresión en 2007-08 gracias a la enorme expansión de las inversiones urbanas y en infraestructuras en China. Ello estimuló tal demanda masiva de materias primas que los productores en Latinoamérica, Asia meridional y Australia pudieron escapar muy rápidamente de las condiciones de la crisis. Del mismo modo que Haussmann había ayudado a Luis Bonaparte a resolver los problemas económicos de 1848-50 a través de la reconstrucción de París, y Robert Moses había hecho lo propio para Estados Unidos después de

1945 creando regiones metropolitanas con fuertes procesos de suburbanización, los chinos hicieron algo similar, pero a una escala sin precedentes, que los ha hecho consumir más cemento entre 2012-14 del que consumieron los Estados Unidos en los cien años precedentes. La hiperurbanización de China se inició a mediados de los años 1990. Conllevó la concesión de derechos de propiedad privada a los hogares, nuevas estructuras e instituciones financieras, una transformación radical de los estilos de vida y muchos otros ajustes sociales, políticos y económicos similares a aquellos que habían caracterizado episodios anteriores de rescatar el capital (como el del París del Segundo Imperio), aunque fuera temporalmente, mediante la urbanización, las inversiones infraestructurales y la producción de espacio, lugares y segunda naturaleza. Cuando la crisis financiera golpeó en 2007-08 y las industrias de exportación de China entraron en crisis junto a la contracción del mercado de consumo en Estados Unidos, las autoridades simplemente intensificaron el proceso de urbanización y de inversión infraestructural que ya estaba en marcha para compensar las pérdidas casi de la noche a la mañana. Pero entonces, del mismo modo que el proyecto de Haussmann se estrellaba en 1867 y el gran proyecto de Moses para el Nueva York metropolitano fracasaba gradualmente desde 1968, el proyecto de China ha estado tambaleándose adelante y atrás entre dosis de estímulos seguidos de intentos por contener la sobreacumulación y los excesos especulativos a partir de 2014. La futura estabilización del capitalismo está claramente bajo amenaza incluso si China buscar tratar sus problemas recurriendo a una «solución espacial» de su sobreacumulación de capital colonizando otras tierras en Asia central, África o Latinoamérica.

En los últimos treinta años, China ha salvado más de 800 millones de sus habitantes de la pobreza y en la actualidad planea eliminar toda la pobreza en el país hacia 2022. La esperanza de vida es alta. Las relaciones espaciales internas se

han revolucionado con la construcción de más de 20.000 millas de red de ferrocarril de alta velocidad en diez años. Creo que nadie en China querría volver a 1978. China planea una sociedad plenamente socialista (caracterizada por igualdad, democracia, bienestar y armonía entre las personas y la naturaleza) para 2050. China, que ahora es la segunda mayor economía del mundo, ha contribuido más al crecimiento global desde 2012 que Norteamérica, Europa y Japón juntos. Pero, por otro lado, China ha pasado de ser uno de los países más igualitarios del mundo a uno de los que lo son menos. Ha acumulado temas ambientales crónicos de casi todos los tipos a casi todos los niveles. El desarrollo geográfico desigual está desenfrenado. Las «máquinas de crecimiento» locales están fuera de control. Las estructuras de gobierno son autoritarias, a menudo arbitrarias y proclives a la corrupción. Las tasas de crecimiento que una vez fueron de doble dígito ahora están cercanas al 6 %. La deuda acumulada es ahora una de las más altas del mundo (cercanas al 300 %) con relación al PNB. ¿Qué le sucederá al capitalismo global si el crecimiento chino baja aún más? ¿Cómo se redimirá la deuda? Y, por si fuera poco, las protestas populares (contra las condiciones del empleo y las desposesiones) han escalado pese a que el partido (con unos 90 millones de miembros) consolida su poder. Las contradicciones del caso chino están incontroladas y merecen ser vigiladas con atención.

Este es, no obstante, otro caso más en el que el futuro del capital depende de la interconexión de los procesos de urbanización y de inversión en infraestructuras que conlleva revolucionar las relaciones espaciales, los lugares y las segundas naturalezas, pero esta vez a una escala y a una velocidad (tiempo de rotación) que es casi imposible de comprender sino es a través del poder de abstracción con el que afortunadamente Marx nos legó. Por un lado, parece que hay una enorme distancia entre el proyecto de Haussmann en el París del Segundo Imperio y la

urbanización contemporánea de China. Pero cuando nos abstraemos de las especificidades y contemplamos la forma, vemos similitudes notables. Esto es lo que la teoría puede revelar. También vuelve a señalar la continuidad del dilema humano: la «unidad contradictoria entre las relaciones sociales en constante transformación sobre el terreno, y los procesos extraños de acumulación de capital y sobreacumulación que rigen el sistema económico como abstracciones reales». *Explanation/Social Justice, Paris/Limits*: esta unidad contradictoria es lo que me ha preocupado todo el tiempo, como bellamente ilustra la reciente recopilación *Ways of the World* (2015). Sin embargo, como académico, no soy consciente de la gratitud que W.B. Yeats expresó a sus instructores desconocidos:

Lo que empezaron a hacer
lo llevaron a puerto;
todo se suspende como una gota de rocío
sobre una hoja de hierba.

De hecho, Yeats tenía algo más que añadir, algo que parece bien apropiado para nuestros convulsos y turbulentos tiempos:

Las cosas se derrumban, el centro ya no se sostiene;
la anarquía pura anda suelta por este mundo,
la condenada marea de sangre se desata, y por doquier
se ahoga la ceremonia de la inocencia.
Los mejores carecen de convicción, mientras que los peores
rebotan intensidad apasionada.

Aunque el sentimiento se asemeja a una observación general, me gusta pensar que no he perdido mi apasionada intensidad, y que aún es posible esforzarse por ser de los mejores.

Referencias bibliográficas

- HARVEY, David (1969). *Explanation in Geography*. Londres: Edward Arnold y Nueva York: St. Martin's Press [trad. cast.: *Teorías, leyes y modelos en geografía*. Madrid: Alianza Editorial, 1983].
- HARVEY, David (1973). *Social Justice and the City*. Londres: Edward Arnold y Baltimore: Johns Hopkins University Press [trad. cast.: *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid: Siglo XXI, 1977].
- HARVEY, David (1982). *The Limits to Capital* . Oxford: Basil Blackwell y Chicago: University of Chicago Press [trad. cast.: *Los límites del capitalismo y la teoría marxista* . México DF: Fondo de Cultura Económica, 1990].
- HARVEY, David (1985). *Consciousness and the Urban Experience. Studies in the History and Theory of Capitalist Urbanization, 1*. Oxford: Basil Blackwell y Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- HARVEY, David (1989). *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Change*. Oxford: Basil Blackwell [trad. cast.: *La condición de la posmodernidad: investigación sobre los orígenes del cambio cultural* . Buenos Aires: Amorrortu, 1998].
- HARVEY, David (1997). *Justice, Nature and the Geography of Difference*. Oxford: Wiley-Blackwell [trad. cast.: *Justicia, naturaleza y la geografía de la diferencia* . Quito: IAEN, 2018 y Madrid: Traficantes de Sueños, 2018].
- HARVEY, David (1998). «Marxism, metaphors, and ecological politics», *Monthly Review. An Independent Socialist Magazine*, 49(11); pp. 17-31.
- HARVEY, David (2000). *Spaces of Hope* . Berkeley: University of California Press y Edinburgo: Edinburgh University Press [trad. cast.: *Espacios de esperanza*. Madrid: Akal, 2005].
- HARVEY, David (2003a). *Paris, Capital of Modernity* . Nueva York: Routledge [trad. cast.: *París, capital de la modernidad* . Madrid: Akal, 2008].
- HARVEY, David (2003b). *The New Imperialism* . Oxford: Oxford University Press [trad. cast.: *El nuevo imperialismo* . Madrid: Akal, 2004].

- HARVEY, David (2005). *A Brief History of Neoliberalism* . Oxford: Oxford University Press [trad. cast.: *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal, 2007].
- HARVEY, David (2010a). *A Companion to Marx's Capital* . Nueva York/Londres: Verso [trad. cast.: *Guía de El Capital de Marx. Libro Primero*. Madrid: Akal, 2014].
- HARVEY, David (2010b). *The Enigma of Capital and the Crisis of Capitalism* . Londres: Profile Books y Oxford: Oxford University Press [trad. cast.: *El enigma del capital y las crisis del capitalismo*. Madrid: Akal, 2012].
- HARVEY, David (2012). *Rebel Cities: From the Right to the City to the Urban Revolution*. Nueva York/Londres: Verso [trad. cast.: *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Madrid: Akal, 2013].
- HARVEY, David (2013). *A Companion to Marx's Capital, Volume 2*. Nueva York/Londres: Verso [trad. cast.: *Guía de El capital de Marx. Libro Segundo*. Madrid: Akal, 2016].
- HARVEY, David (2014). *Seventeen Contradictions and the End of Capitalism*. Londres: Profile Books y Oxford: Oxford University Press [trad. cast.: *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*. Quito: IAEN, 2014 y Madrid: Traficantes de Sueños, 2014].
- HARVEY, David (2016a). *Abstract from the Concrete* . Cambridge: Harvard University (Graduate School of Design) coeditado con Berlín: Stenberg Press.
- HARVEY, David (2016b). *The Ways of the World*. Londres: Profile Books, 2017, y Oxford: Oxford University Press, 2016 [trad. cast.: *Senderos del mundo*. Madrid: Akal, 2018].
- HARVEY, David (2017). *Marx, Capital and the Madness of Economic Reason*. Londres: Profile Books y Oxford: Oxford University Press.
- MOUFFE, Chantal (2018). *For a Left Populism*. Londres: Verso.

V. DAVID HARVEY: DIÁLOGO ABIERTO ENTRE LA ABSTRACCIÓN TEÓRICA Y LA GEOGRAFÍA DE LA URBANIZACIÓN

Núria Benach y Abel Albet

Por nuestras teorías nos conoceréis

DAVID HARVEY, *Explanation in Geography*, 1969

*El modo dialéctico de pensamiento, al menos
tal como yo lo interpreto, impide cerrar el
razonamiento en un momento determinado*

DAVID HARVEY, *Limits to Capital*, 1982

El objetivo de este capítulo es poner de relieve algunas cuestiones que puedan ayudar a situar mejor los argumentos de la extensa y rica obra de David Harvey. No se trata aquí de un estudio exhaustivo de sus libros; existen ya numerosos trabajos que permiten ahondar críticamente en ellos.¹ En cambio, hemos elegido focalizarnos en los grandes ejes que, a nuestro parecer, estructuran su trabajo y que, a su vez, van a constituir los apartados de este capítulo: la relevancia de la perspectiva geográfica para interpretar la dinámica del capitalismo; la propuesta de aplicación de un método dialéctico en el que la teoría y el análisis de situaciones concretas se alimentan mutuamente; la propuesta teórica de una interpretación marxista de la dinámica del capitalismo bajo una lógica espacial; las eventuales limitaciones de dicha interpretación a través de la críticas re-

1. Véase la selección bibliográfica sobre David Harvey al final de este libro.

cibidas; y, finalmente, sus implicaciones y aplicaciones en la práctica política.

La geografía es demasiado importante

En su conocido y muy citado manifiesto materialista histórico de 1984, David Harvey afirmaba contundentemente que «La Geografía es demasiado importante para dejarla a los geógrafos. Pero con mayor razón es demasiado importante para dejarla a los generales, los políticos y los ejecutivos de las grandes compañías» (Harvey, 1984). Con ello se refería al crucial componente espacial de la organización y dinámica de capitalismo, así como a la necesaria perspectiva geográfica para comprenderlo. A lo largo de toda su obra y trayectoria, Harvey ha reflexionado repetida e incesantemente sobre este potencial explicativo del conocimiento geográfico, remarcando, además, que este no debería confinarse de ningún modo solo a la disciplina geográfica, sino que debería ser central en toda disciplina social. Afirma que «desde que me empecé a interesar por Marx y el marxismo a principios de los setenta, me pareció que parte de mi misión era ayudar a los marxistas a ser mejores geógrafos» (Harvey, 2017a). El problema, afirma, es que, al considerar los conceptos de espacio y de lugar en toda su profundidad, las proposiciones centrales de la teoría social dominante se tambalean y, por ello, tienden a ser soslayadas cuando no rechazadas: «el conocimiento geográfico tiende a ser mostrado como algo aparte, a ser marginado, o incluso a ser desestimado, porque crea problemas incómodos e incluso complicados para las formas convencionales de conocimiento disciplinar» (Harvey, 2000a: 81). Añadía jocosamente que en aquel momento era más fácil introducir perspectivas marxistas en la geografía (y a hacerlas relevantes y a contribuir a hacerlas inteligibles ha dedicado la mayor parte de su dilatada carrera)

que lograr que los marxistas se tomaran en serio los aspectos geográficos.

El objetivo omnipresente en sus numerosísimos trabajos es el de construir un marco interpretativo del capitalismo, una «guía de los turbulentos paisajes del capitalismo moderno» en expresión de Derek Gregory, en la que el conocimiento geográfico juegue un papel clave para producir conceptos y teorías de una representación sistemática y ordenada del mundo suficientemente poderosa (Gregory, 2006: 1).

La producción de teorías ha sido, precisamente, la aspiración central del trabajo de Harvey desde sus inicios. Si en 1969 lo hizo con una obra que respondía a, y en cierto modo culminaba, los dictados del neopositivismo que se había abierto camino en la disciplina geográfica durante la década de los 1960 (Harvey, 1969), desde principios de los 1970 lo hace desde una óptica que progresivamente ha ido profundizando en la aportación de una dimensión espacial a la teoría marxista (Harvey, 1973). Desde entonces, insiste incansablemente tanto en la relevancia de la dimensión espacial del capitalismo como también en proponer, difundir y estimular la adopción de una perspectiva materialista histórico-geográfica dentro de la geografía.

Aunque las historias del pensamiento geográfico más reconocidas insisten en señalar la existencia de una ruptura radical entre su pensamiento de finales de los sesenta y el de después, otros autores, y él mismo (véase la entrevista mantenida con el autor o el artículo inédito en este volumen), coinciden en señalar una fuerte continuidad en lo que a su aproximación metodológica se refiere. Durante su etapa positivista, la aspiración era dejar de considerar los hechos como únicos para buscar conceptos y teorías explicativas. Pero la insatisfacción de lo producido por aquel conocimiento geográfico ante las acuciantes situaciones que la década de los setenta había traído consigo, llevó a Harvey a proclamar la necesidad de una revolución en el pensamiento geográfico (Harvey, 1972). Pero

tal vez se malentendió la naturaleza de la revolución científica que Harvey pedía, que derivaba de la necesidad de relevancia del conocimiento producido y que debía nutrirse de métodos adecuados para ello. En cambio, tendió a interpretarse en términos de alternancia de paradigmas científicos según la cual las ideas científicas dominantes en un periodo son reemplazadas por otras cuando la sociedad y la comunidad científica están maduras para ello (Kuhn, 1975). Richard Peet dio en el clavo cuando señalaba la importancia de haber empezado a pensar en términos teóricos: «en 1969 Harvey nos enseñó la necesidad de la teoría, pero inmediatamente se dio cuenta de que era la teoría equivocada» (Peet, 1998).² Ello no significaba, obviamente, como toda su trayectoria posterior demuestra, que renunciara a la teoría, sino justamente todo lo contrario.

Trevor Barnes se ha referido específicamente a esta cuestión en un trabajo significativamente titulado «Between deduction and dialectics» (Barnes, 2006), siendo la primera (la deducción) la característica definitoria del método positivista y la segunda (la dialéctica) la del marxista. Para Barnes, pese a que se acostumbre a dar por sentado la existencia de una ruptura epistemológica entre el Harvey de 1969 y el que se empieza a desplegar a partir de 1972, y aunque existan obvias diferencias entre esas «dos mitades» de su vida intelectual, hay también continuidades que merecen ser destacadas: su compromiso con la geografía, con la política y también, y lo que no es menos relevante, con la teoría. Aunque eso, sí, desde una perspectiva materialista-dialéctica, la teoría no puede existir de forma independiente y desligada de la realidad que pretende explicar.

2. Richard Peet, como muchos otros geógrafos de su misma generación, siguió una trayectoria similar. Siguiendo la estela de Harvey, pasó de realizar trabajos bajo la enseña del neopositivismo a hacerlo bajo la del marxismo. El ensayo que dedicamos a señalar su contribución en el libro de esta colección dedicada a Peet lo titulamos precisamente «El marxismo como positivismo radical» (Benach, 2012).

El método: la abstracción en relación dialéctica con la realidad tangible

En sus escritos, Harvey se refiere infatigablemente al poder de una aproximación dialéctica entre la «totalidad» de capitalismo y las situaciones particulares, entre lo abstracto y las observaciones empíricas. A menudo se sirve de su propia experiencia personal para enfatizar más esa conexión, ya sea a través de situaciones concretas o exponiendo las circunstancias personales, sociológicas y académicas de cada lugar que tuvieron relevancia en sus obras (ver, por ejemplo, el texto inédito en este capítulo). Por poner un ejemplo sencillo, entre centenares de otros más complicados que encontraríamos, en uno de sus últimos trabajos, *Seventeen Contradictions and the End of Capitalism*, abre su contradicción número 1 del siguiente modo:

Nada podría ser más simple. Entro en un supermercado con dinero en el bolsillo y con él compro algunos artículos alimenticios. No me puedo comer el dinero, pero sí esos artículos, de forma que la comida me es útil en formas en que el dinero no lo es. Los alimentos son pronto usados y consumidos, mientras que los trozos de papel y las monedas que son aceptadas como dinero siguen circulando indefinidamente (Harvey, 2014: 31).

Algo tan cotidiano que da paso, en el segundo párrafo, a poner las piezas básicas de la teoría marxista:

En una sociedad capitalista, todas las mercancías que compramos tienen un valor de uso y un valor de cambio. La diferencia entre ambas formas de valor es significativa, y en la medida en que a menudo se enfrentan una con otra constituyen una contradicción que puede dar lugar ocasionalmente a una crisis (Harvey, 2014: 31).

Más allá del valor didáctico que sin duda tiene poner nombre de cosas conocidas a la teoría, en Harvey la relación entre lo «abstracto» y lo «tangible» es un método de trabajo. Lo desgana con detalle en su introducción a la lectura de *El Capital*, a partir del método de investigación del propio Marx:

El método de investigación de Marx comienza con todo lo que existe: con la realidad tal como es experimentada, así como con las descripciones disponibles de esas experiencias descritas por los economistas, políticos, filósofos, novelistas, etc. Somete ese material a una crítica rigurosa a fin de descubrir algunos conceptos simples pero robustos que iluminen cómo funciona la realidad. Eso es lo que llamamos el método del descenso [...]. Equipados con esos conceptos fundamentales podemos comenzar a esforzarnos por volver a la superficie (el método del ascenso) y descubrir o engañoso que puede ser el mundo de las apariencias (Harvey, 2010a[2014: 8]).

En la particular versión del método dialéctico de Marx, ese objetivo se alcanza estableciendo relaciones entre los elementos del sistema, capturando la fluidez y el movimiento. El objetivo es entender el capitalismo o, mejor dicho, la dinámica del capitalismo: todo está en proceso, todo está en movimiento. Y lo está, añadirá Harvey, precisamente gracias al uso del espacio, a la contradicción entre lo fijo y lo dinámico en el espacio o, si se prefiere, al desarrollo geográfico desigual y sus contradicciones, que aparece, en lo que seguramente sea la principal contribución de Harvey, como uno de los elementos claves para la supervivencia del capital (véase el apartado siguiente).

Lo abstracto y lo tangible, lo fijo y lo dinámico... Trevor Barnes se ha referido a la fascinación de Harvey por los términos oximorónicos: «abstracción concreta», «destrucción creativa», «capital simbólico»... (Barnes, 2006: 38), lo cual es una

muestra de esa voluntad explícita de fundir de modo inseparable lo abstracto y lo concreto, lo fijo y lo dinámico. El mismo Harvey lo expresó con meridiana claridad: «En el centro de mi teorización geográfica, está el concepto de la dialéctica [...] Se apoya en la idea de una relación dinámica entre los procesos y las cosas» (Harvey, 2000a: 187).

En su propia trayectoria se encuentra el mejor ejemplo de esas tensiones. Si Barnes se ha referido a las «dos mitades» de David Harvey para aludir a sus etapas positivista y radical, podríamos bien aquí referirnos a sus «otras dos mitades», la abstracta y la concreta, la de la formulación teórica y la del estudio histórico-geográfico de un caso concreto. En varias ocasiones, Harvey ha puesto en relación dialéctica a las que considera sus dos mejores obras: *Limits to Capital* y *Paris, Capital of Modernity* (por ejemplo en Harvey (2000a) o en el mismo texto inédito en este volumen). La coincidencia en el espacio-tiempo hizo que Harvey invirtiera su año sabático en el curso 1975-76 en París intentando aprender teoría marxista (algo que, como él mismo ha explicado, no se produjo tal como había planeado) al tiempo que quedaba fascinado por los sucesos en París entre la revolución de 1848 y la comuna de París de 1871. Los dos campos de estudio dieron lugar a *Limits to Capital* en 1982 y al primer esbozo del que sería su trabajo posterior sobre París, el artículo «Monument and myth» (Harvey, 1979). Eran dos trabajos de naturaleza muy diferente, casi antitética: hacer avanzar la abstracta propuesta teórica de Marx, por un lado, y una investigación histórico-geográfica de un periodo concreto, por el otro. Pero Harvey afirma haber producido estos dos trabajos en diálogo mutuo:

El trabajo de París siempre estaba presente mientras escribía *Limits*, al igual de *Limits* estaba en el fondo de mi mente cuanto exploraba lo que había sucedido en el París del Segundo Imperio. Saltar atrás y adelante entre las dos

perspectivas fue una experiencia intelectual apasionante. El «salto» era en parte entre teoría y práctica, pero fue mucho más allá: estaba anclado en el sentimiento de una unidad contradictoria entre las relaciones sociales en constante transformación sobre el terreno, y los procesos extraños de acumulación de capital y sobreacumulación que rigen el sistema económico como abstracciones reales [...] Lo que aprendí de esa experiencia ha formado la base de mi trabajo desde entonces. (texto inédito, este volumen)

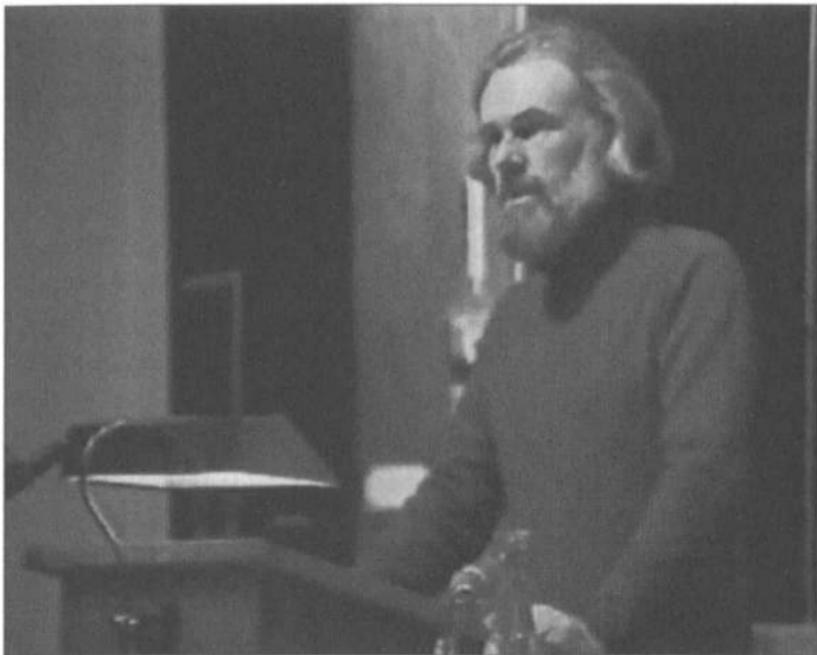
El «salto» entre teoría y práctica seguramente no es fácil. Richard Walker señalaba que Harvey se mueve mucho mejor en el campo de lo teórico; según relata, el mismo Harvey le había confesado que no se sentía tan cómodo en el momento de conectar la alta teoría con la realidad evidente, y que la razón es que eso es «endiabladamente difícil» (Walker, 2004: 442). Quizá consciente de esa dificultad, Harvey parece no haber escatimado esfuerzos para acercarse a ese objetivo. Y a lo largo de su trayectoria, los resultados son más que sugerentes, y el razonamiento resulta convincente. Nos propone una atractiva y fructífera manera de investigar, esa que, según él mismo afirma, aprendió leyendo *El Capital* con sus alumnos, año tras año a lo largo de cuatro décadas. Y como él mismo explica tal vez para estimular su adopción, una vez se entra en la lógica, todo es de una coherencia extrema, todo parece fluir de manera casi natural.

Los «límites del capital»: desvelando la lógica espacial del proceso de acumulación del capital

Como ya se ha señalado en el capítulo biográfico, Harvey llega a Marx buscando herramientas para explicar las raíces de la convulsa situación social que se vivía en las ciudades nor-

teamericanas a finales de los años 1960. La preocupación, el compromiso, y la ansiedad por adecuar el trabajo académico a la intensa situación que se vivía en las grandes ciudades era común entre los entonces jóvenes geógrafos. Pero no todos eligieron a Marx, y los que lo hicieron fue en buena parte siguiendo el camino señalado por Harvey, que se había interesado por Marx por un conjunto de razones, entre las cuales no era la menor la demanda de los propios estudiantes de la Johns Hopkins University en Baltimore a la que había llegado procedente de Bristol. Años de detenido y cuidadoso estudio de las obras de Marx dieron sus frutos, hasta culminar en 1982 con una obra de inaudito alcance, *The Limits to Capital*, sin duda la mayor exposición de su compromiso con la teoría marxista.

Aunque en un principio «tan solo» se trataba de llenar algunos vacíos de las teorizaciones de Marx como preludeo para un análisis histórico del proceso de urbanización capitalista, el proyecto se hizo tan complejo y creció de tal modo que Harvey acabó por convertirlo en una inmersión en la abstracta teoría de Marx tal como quedó expuesta mayormente en *El Capital*, y en una ampliación con nuevos instrumentos, conceptos y perspectivas. Era un proyecto de una ambición desmesurada que solo la aplicación del propio método dialéctico de Marx justificaba: la teoría necesita modificarse y adaptarse a los contextos políticos, geográficos e históricos específicos. Los «límites» aludían a los de *El Capital* (por no haber abordado aspectos geográficos sustanciales) y a los del capitalismo (abocado ineludiblemente a crisis de reestructuración para sobrevivir). Y, por otro lado, según afirma el propio Harvey, la realización de este trabajo también puso a prueba sus propios «límites», con el trabajo más difícil de todos cuantos ha realizado, «el trabajo más importante que jamás he escrito y escribiré» (Harvey, 2000a) aunque, para su decepción, tuviera escasa repercusión en su momento (sin duda tuvo que ver en ello el descrédito en el que había caído el marxismo a mediados de la década de los 1980).



Harvey en el Departamento de Geografía de la Universidad de Durham (Reino Unido) impartiendo, en enero de 1984, la conferencia «The history and present condition of Geography: an historical materialist manifesto». Esta presentación se convertiría en un hito tanto por lo que supuso de difusión del ideario harveyano como por el hecho de enmarcarse en los años más duros del gobierno Thatcher y justo cinco semanas antes de iniciarse la huelga general de mineros que afectaría de manera especialmente contundente Durham y el noreste de Inglaterra. Entre los asistentes a dicha conferencia se encontraban los más destacados geógrafos británicos del momento, lo que generó una muy interesante discusión moderada por Jim Lewis y con intervenciones de, entre otros, Tom Elkins, Ronald Johnston, David Slater o Neil Smith. Fotograma extraído del vídeo de IGU Channel <https://www.youtube.com/watch?v=rDoIMT-Dbyo>.

Harvey se propuso trabajar en los intersticios de Marx, tocar aquellos aspectos que habían sido pasado por alto sin que nadie pareciera haber reparado en ello, lo que visto desde hoy puede parecer hasta sorprendente. Marx no había prestado mucha atención a las cuestiones geográficas y para los marxistas, el capitalismo podía entenderse de una manera completamente

geográfica, de modo que Harvey se propuso la ingente tarea de demostrar que los fenómenos geográficos desempeñaban un papel constitutivo en procesos fundamentales, asumiendo la «ambición épica» de demostrar que un conjunto de fenómenos geográficos (regiones urbanas, estados-nación, redes de transporte...) eran parte integral del funcionamiento del sistema económico que domina en el mundo (Castree, 2008).

Y para ello, Harvey toma los temas centrales de la perspectiva geográfica (el espacio, la construcción del lugar y el medio ambiente), y los introduce en la comprensión de las «leyes de movimientos del capital», tal como las llamaba Marx. De modo que *The Limits to Capital* se convirtió en una exploración de las dimensiones geográficas de la teoría de acumulación de capital de Marx, al tiempo que realizaba aportaciones propias de gran relevancia en el campo del papel del capital financiero y el sistema de crédito, la producción del espacio construido, el desarrollo desigual, la globalización, etc. Y, además de señalar los límites de Marx en *El Capital*, Harvey mostró también los límites del capitalismo como sistema económico, al desarrollar el componente geográfico de la teoría de las crisis. Seguramente esta sea la mayor contribución original de Harvey, al explicitar cómo las particularidades geográficas tanto son una restricción a la acumulación como su solución espacial (*spatial fix*³) al ofrecer nuevas oportunidades para la acumulación.

El razonamiento es el siguiente. Los capitalistas individuales, actuando en su propio interés y esforzándose por maximizar sus ganancias bajo la presión coercitiva de la competencia, tienden inevitablemente a la sobreacumulación, la cual se ma-

3. El término «spatial fix» que Harvey propone, y que aquí traducimos como «solución espacial» juega con varios sentidos. En inglés «fix» significa ajustar (la solución espacial) pero también fijar (el capital se fija en el espacio). Así, el término señala por sí mismo una de las grandes contradicciones espaciales del capitalismo: la necesidad del capital de fijarse en el espacio para poder acumular, y a la vez la necesidad de moverse para enfrentar la inevitable tendencia a la crisis.

nifiesta en la sobreproducción de mercancías (que saturan los mercados), en la caída de la tasa de ganancia (al verse obligados a bajar los precios y a aumentar de la tasa de explotación de la fuerza e trabajo) o en la formación de un excedente de capital «ocioso» ante la ausencia de oportunidad productivas de inversión con el consiguiente aumento del desempleo. El capitalismo tiene, pues, inevitablemente, una tendencia permanente a la crisis, que no tiene solución permanente, aunque sí temporal. La contribución que Harvey realiza en *The Limits of Capitales* precisamente señalar que las reestructuraciones de la geografía del capital son una manera particularmente efectiva de absorber este exceso de capital y de fuerza de trabajo. Esto es lo que Harvey llama la «solución espacial», una solución que funciona a corto plazo, aunque, a largo plazo, está destinada irremisiblemente a ampliar y aumentar el problema, porque cuando sobreviene la inevitable crisis de sobreacumulación, el capital desplaza (sin resolver) sus contradicciones a nuevos espacios. Así, el proceso de acumulación de capital va construyendo un espacio acorde con sus necesidades, que es, a cada paso y por su propia necesidad, geográficamente desigual.

Además de la desviación geográfica de las inversiones en el circuito productivo (el «circuito primario del capital»), otra forma de «solución espacial» a la sobreacumulación, que Harvey exploró con detenimiento en obras posteriores (Harvey, 1985a; 1985b) es la desviación de flujos de capital hacia el espacio construido (*built environment*), lo que Harvey denominará el «circuito secundario del capital», en todo tipo de infraestructuras físicas que darán soporte a nuevas acumulaciones de capital, y que implican grandes inversiones a largo plazo, que no serían realizables sin el concurso y la mediación del sistema crediticio, operado por instituciones financieras y estatales que controlan el proceso. Desviación de capitales que se hace también manifiesta en ocasiones en el continuo proceso de destrucción y nueva construcción de las ciudades, el proceso de «destrucción creati-

va». Así, la «solución espacial» se expresa de modo dual y aparentemente contradictorio: expandiendo las inversiones de capital a lo largo de todo el planeta, y concentrándose intensamente en ciertos lugares, el doble proceso que Henri Lefebvre había expresado con la metáfora de «explosión-implosión» (Lefebvre, 1983) y que Neil Brenner ha explorado y aplicado recientemente a las tendencias urbanas actuales (Brenner, 2014).

De nuevo, la teoría abstracta debe ponerse al servicio de las situaciones concretas que la fundamentan y la alimentan. En la conferencia que impartió en la Harvard University Graduate School of Design en 2016, significativamente titulada «Abstract from the concrete» (Harvey, 2016), se sirve del llamativo dato del consumo de cemento⁴ de China en el periodo 2011-13 (superior en un 45 % al consumo de Estados Unidos a lo largo de todo el siglo XX) para dar cuenta de cómo la inversión masiva en urbanización y creación de infraestructuras fue la estrategia del gobierno chino para salir, momentáneamente, de la crisis originada por el colapso del mercado de consumo en Estados Unidos a raíz de la crisis financiera de 2007. El análisis detallado de las circunstancias, implicaciones y consecuencias de dicha estrategia fundamenta y alimenta con gran fuerza su teoría de la tendencia a la crisis del capitalismo y a su desplazamiento a otros sectores y áreas geográficas. Cuando la demanda de materias primas de China aflojó en 2014, gran parte de Latinoamérica entró en crisis; incluso la misma Alemania, exportadora de máquinas de alta tecnología se resintió.

De esta manera, la tendencia a la crisis del capital se va desplazando. Aquí es cuando la macroteoría demuestra ser útil. Nos ayuda entender por qué la tendencia a la crisis necesariamente se desplaza geográficamente de una parte del mundo a otra, y sectorialmente de una industria a otra (Harvey, 2016: 53).

4. Nótese el juego de palabras: en inglés *concrete* puede traducirse como el adjetivo «concreto» o como el sustantivo «hormigón».

Más recientemente, vistas las características y modos de operación del capitalismo en las décadas recientes, David Harvey ha propuesto un nuevo término para referirse al análisis de otras formas de desarrollo geográfico desigual: la acumulación por desposesión (Harvey, 2003b). Generalizando la noción de «acumulación primitiva» de Marx, Harvey hace ahora hincapié en las características del capitalismo actual, en el que los problemas crónicos de sobreacumulación de capital han llevado a activar, intensificar e introducir nuevos medios de acumulación. Junto a la creación de plusvalías surgidas del proceso de producción capitalista, se trata ahora de capturar, extraer o expropiar la riqueza ya producida por medios no capitalistas: la privatización de lo público, las condiciones del crédito inmobiliario, la apropiación de recursos naturales... además de un concepto capaz de retratar la crueldad y la injusticia del capitalismo actual hacia los menos favorecidos, es, en el plano teórico, una nueva muestra de que los conceptos y las teorías deben ser continuamente reelaborados o ampliados para explicar los virajes y nuevas vueltas de tuerca del capitalismo. La conexión entre teoría y condiciones concretas hace de nuevo su aparición, y las críticas que antaño se le hicieron por esquematizar y generalizar en exceso (por ejemplo exagerando la violencia de la que la clase capitalista necesariamente debe hacer uso tal como le recriminó en una ocasión Peter Hall (Hall, 1987: 354) han quedado desmentidas por si solas en tiempos de un capitalismo voraz, creador de desigualdades social y espaciales extremas, y particularmente destructivo con el medio ambiente.

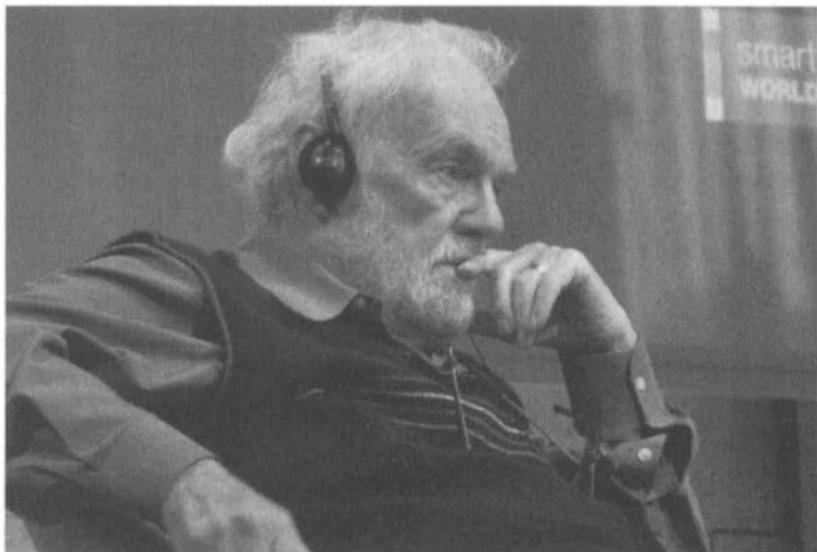
Visto en perspectiva, se ha señalado que *The Limits to Capital* necesita verse en el contexto de otros libros de Harvey, en especial de los que le siguieron, para ser plenamente comprendido (Hudson, 2004: 415) aunque, en cierto modo, lo contrario también es cierto; se comprende mucho mejor su obra posterior, teniendo *The Limits* como punto de partida. Tras aquel gran titánico esfuerzo de elaboración teórica, Harvey si-

túa de nuevo el eje central de su trabajo en la economía política de la urbanización en Norteamérica y Europa, y las dos obras que publicó en 1985 de algún modo le devolvieron al terreno urbano en el que había iniciado su tránsito al marxismo a principios de los 1970. Es importante recordar aquí que, aunque Harvey es a menudo más conocido por sus trabajos sobre lo urbano, el mismo señala que focalizarse en la urbanización no significa que la considere un objeto de análisis teóricamente diferente y separado de lo que es el capitalismo, sino «un momento activo de la geografía histórica de la lucha de clases y la acumulación de capital» y un proceso privilegiado en el que examinar (y combatir) la dinámica del capitalismo.

En sus dos volúmenes publicados en 1985, *The Urbanization of Capital* y *Consciousness and the Urban Experience*, que Harvey plantea como dos partes de un todo, combina de nuevo teoría y estudio histórico desplazando explícitamente el foco a la ciudad, donde las reestructuraciones geográficas y las soluciones espaciales se manifiestan con especial intensidad, y también donde se gestan mayormente las resistencias y las alternativas políticas al capitalismo. De nueva aparecen aquí «las otras dos mitades» de David Harvey, la abstracta y la concreta. Mientras que el primero de los dos volúmenes se centra en la teoría marxista de la urbanización y retoma sus planteamientos teóricos anteriores (desde *Social Justice and the City* a *The Limits to Capital*), el segundo volumen consiste en una investigación empírica, centrada en elaborar una geografía histórica de la ciudad en el siglo XIX, en la que se vuelca en el papel de la clase obrera en el París del Segundo Imperio y el episodio de la Comuna de 1870-71.

En *The Urbanization of Capital*, que retoma, como decíamos, trabajos ya publicados sobre el tema elaborados desde mediados de los setenta, aborda los temas inseparables de las leyes de la acumulación capitalista y la lucha de clases. Y lo hace a través del tratamiento de un conjunto de cuestiones clave como la renta del suelo y el mercado de la vivienda, la geografía

de la acumulación capitalista y sus reestructuraciones espacio-temporales, la diferenciación residencial y la estructura de clases, y la ideología de la planificación urbana. En *Consciousness and the Urban Experience*, por el contrario, se centra, a través del caso de París, y retomando algunos de sus trabajos anteriores en la política urbana como el mencionado «Monument and myth» (Harvey, 1979) explorando la construcción de percepciones y creencias sociales. El libro, sin embargo, es mucho más que el contrapunto empírico de la teoría. Aborda lo que no queda objetivado en el paisaje urbano, aunque no por ello deje de ser real; para Harvey, lo político, lo cultural, lo social es más difícil de fundamentar teóricamente y debe nutrirse del estudio detallado de la experiencia histórico-geográfica. Pero, en todo caso, no debería desligarse una cosa de la otra. Después de todo, «el capitalismo ha sobrevivido no solo construyendo un tipo particular de medio construido sino también creando un cierto tipo de consciencia humana» (Feagin, 1987: 420).



Harvey durante una conferencia impartida en el Centre de Cultura Contemporània de Barcelona en noviembre de 2016. Foto: Abel Albet.

Críticas y debates: el marxismo (y más allá)

La década de 1980 fue una época singular que marcó un punto de inflexión en la historia económica y social de mundo. El mismo David Harvey se encargó de desgranar los entresijos del período en *A Brief History of Neoliberalism* (Harvey, 2005a). El ascenso implacable del neoliberalismo (Margaret Thatcher era elegida en 1979 y Ronald Reagan en 1980), de la desregulación económica a todos los niveles y de la avasalladora máquina de propaganda neoliberal en todo el mundo occidental, a la que se sumaría la progresiva caída en pedazos del bloque socialista y del muro de Berlín en 1989. Malos tiempos para el marxismo en lo político, reducido por las nuevas huestes neoliberales al fracaso cuando no al ridículo histórico. Y malos tiempos también para la teoría marxista en lo intelectual, ante la entrada en tromba de las corrientes postestructuralistas y postmodernas, que cuestionaban la posibilidad de explicaciones teóricas globales, que proclamaban la inutilidad de los grandes relatos y las metanarrativas (el manifiesto postmoderno de Lyotard de 1979 era traducido al inglés en 1984), entre las cuales la teoría marxista quedaba puesta de relieve en primer plano las más de las veces. En esa atmósfera hostil, no obstante, Harvey continuó proclamándose marxista y continuó defendiendo, con plena consciencia de hallarse a contracorriente, la utilidad de la teoría marxista. En el debate publicado en la revista *Environment and Planning D: Society and Space* en 1987 (Harvey, 1987a) y en el que se plantearon posiciones encontradas, Harvey se defendía con uñas y dientes de los ataques al señalar que «nunca como ahora ha sido más apropiada la aplicación del aparato conceptual de Marx para entender los procesos de desarrollo y transformación capitalista» y al discutir, uno por uno, lo que llamó los tres mitos creados para atacar la teoría marxista en los estudios urbanos: su supuesta identificación con un estructuralismo burdo identificado, erróneamente, con Althusser; la inca-

pacidad de las abstracciones de la teoría marxista para explicar las especificidades históricas y geográfica, algo que para Harvey no reflejaba sino una deficiente lectura de Marx; y la presentación del marxismo como un discurso totalizante a rehuir, ante lo cual Harvey señala que debería diferenciarse entre un discurso totalizante y la pretensión de entender la totalidad del mundo contemporáneo (Harvey, 1987a: 369-375). En aquel debate, el lugar de honor para los que defendían posiciones alternativas estaba ocupado por la sensibilidad al lugar, a lo particular, a lo diferente... Nada que objetar diría Harvey, siempre y cuando no se echase por la borda irresponsablemente el potente arsenal explicativo de la teoría marxista para caer en brazos de un mero empiricismo (Harvey, 1987a: 376).

Pero el empuje de las «nuevas» perspectivas, que bajo multiplicidad de etiquetas, se presentaban como alternativas al marxismo (postmodernas, posestructuralistas, feministas, postcoloniales...) iba ganando terreno y el descrédito de la teoría marxista iba en aumento. Entonces Harvey pareció dar un golpe de timón. En 1989, Harvey lanza *The Condition of Postmodernity*. Se trata de su gran éxito editorial, su libro más vendido, uno de los cincuenta libros de no ficción más importantes desde 1945 según el *Independent* londinense. Pero también el libro, en aquel contexto social, ideológico e intelectual, que despertó mayores críticas. Escrito durante su difícil estancia en Oxford, afirma que el libro fue «el más fácil de escribir de todos los que he hecho». Quiso demostrar que el marxismo no estaba muerto, que era útil para explicar los cambios del mundo postmoderno, pero resultó una provocación en toda regla para muchos postmodernistas y especialmente, para algunas geógrafas feministas que se lanzaron con fiereza contra él, a menudo compartiendo blanco con Edward Soja que había publicado su *Postmodern Geographies* el mismo 1989; por ejemplo (Rose, 1991; Massey, 1991).

The Condition of Postmodernity se construye sobre la tesis central que Fredric Jameson formuló sobre el postmodernis-

mo como la lógica cultural del capitalismo avanzado (Jameson, 1984). Aquí Harvey retoma sus tesis sobre las contradicciones inherentes a la acumulación de capital, y la reestructuración necesaria en las últimas décadas del siglo XX, marcadas por la flexibilización (del mercado, del trabajo, financiera, todo ello facilitado por lo que el llamó «compresión espacio-temporal») y que dio lugar al fin del régimen postfordista de acumulación. Ello iría acompañado por cambios culturales:

La estética relativamente estable del modernismo ha dado paso a la agitación, la inestabilidad y las cualidades fugaces de una estética postmodernista que celebra la diferencia, lo efímero, el espectáculo, la moda, y la mercantilización de las formas culturales. (Harvey, 1989 [1998: 156])

Para sus críticos, Harvey estaba poniendo de manifiesto la prioridad de las cuestiones económicas sobre las culturales y acentuaba su perspectiva «totalizante» que primaba la explicación en términos de acumulación de capital y de clases. Se mostraba «insensible» a las nuevas formulaciones intelectuales que ponían el acento en la diferencia, el género, etc. Ello desencadenó un debate encendido, acre y que resultaría muy propio del momento y casi sobrante tres décadas más tarde, si no fuera porque el debate continúa dando coletazos casi en los mismos términos.⁵ En 1991, tanto Rosalyn Deutsche (Deutsche, 1991) como Doreen Massey (Massey, 1991) se mostraron particularmente agresivas con Harvey, fundamentalmente por no haberse hecho eco en su trabajo de la tradición crítica feminista, en la

5. Como muestra de que el debate no se ha dado por zanjado del lado de algunas feministas, el editorial de Natalie Oswin en *Environment and Planning D: Society and Space* (de hecho dirigido contra Neil Brenner y su tesis de la «urbanización planetaria» que se enmarca de algún modo en la perspectiva marxista) retomaba el mismo tono acre y ensalzaba las posiciones de Deutsche y Massey de 1991 como «un hito de la corriente crítica» (Oswin, 2018: 614).

que existían suficientes argumentos para poner en tela de juicio el fundamento básico de su trabajo, supuestamente economista, realizado bajo una perspectiva masculina, y en la que el patriarcado no era nunca mencionado. Harvey se vio obligado a contestar (Harvey, 1992). Se lamentaba de la virulencia innecesaria de los ataques, no sin un manifiesto intercambio de golpes, a la vez que entonaba un cierto *mea culpa*, reconociendo que debía haber integrado más algunas aportaciones del feminismo a su trabajo. Harvey argumenta, acertadamente, que el feminismo no es en absoluto homogéneo y que hay versiones que son perfectamente compatibles con su argumentación global. Los nombres de referencia para Harvey son, sobre todo, Donna Haraway y Nancy Hartsock (con posterioridad, también incluiría como referentes a Iris Marion Young, Nancy Fraser, Gayatri Spivak o Julia Kristeva). En su respuesta a las críticas recibidas, Harvey flexibiliza posiciones; por ejemplo, se siente particularmente interpelado por la idea feminista de «conocimiento situado», siempre y cuando no caiga en versiones burdas y esencialistas, y toma de Haraway su idea de la importancia de la «diferencia significativa». Y señala con razón, tal como le habían reconocido también sus críticas más mordaces, que en las últimas páginas de *The Condition of Postmodernity* ya había propuesto temas que debían necesariamente integrarse para comprender la dinámica del capitalismo:

El tratamiento de la diferencia y la alteridad como fundamentales, el reconocimiento de que la producción de imágenes y discursos es importante, que el espacio y el tiempo deben entenderse mejor, y que un enfoque metateórico no es, de ningún modo, sobrante para entender las diferencias, los discursos, y las dimensiones del tiempo y el espacio, siempre y cuando entendamos todo el potencial y abertura perpetua de la argumentación dialéctica. (Harvey, 1992: 305)

Harvey parecía abrir su perspectiva sin renunciar a sí mismo. Y es que, en el fondo, no veía que las críticas recibidas fueran realmente sustantivas. «Aún tengo que encontrar críticas que puedan cambiar algo más que la apariencia de mi argumento y no su fundamento» (Harvey, 1992: 305). Hay que señalar también que en el debate se mezclaban muchos temas, y no eran menores las tensiones desencadenadas por la posición en el poder académico y la situación de indefensión de los que (supuestamente) no lo tenían. Sin embargo, después de 1989, en trabajos posteriores, los intereses teóricos de Harvey se amplían ostensiblemente para incluir el significado de la diferencia por sí misma. Ya no dará por sentada la relevancia de la experiencia de clase como el terreno común para la acción y la solidaridad (Wright, 2006: 81-82). Pero al no abandonar nunca la preeminencia de la teoría marxista de su perspectiva, se continuará cuestionando su «tozudez» y poca cintura para integrar otros tipos de teoría. Cindi Katz se debatía entre la crítica y el aprecio intelectual y personal, pero reclamaba:

Solo quiero que David Harvey dedique la brillante fuerza de su análisis a las articulaciones e intersecciones mutuamente constitutivas del capitalismo, el patriarcado, el imperialismo y el racismo. También quiero que se tomen en serio otras maneras de hacer teoría, de trabajar con la realidad, y de comprender la opresión, la explotación, el dominio y el poder de modo más amplio. (Katz, 2006: 239)

Como fuere, *The Condition of Postmodernity* fue un libro de gran impacto, dentro y fuera de la disciplina geográfica. Se ha señalado que el libro contribuyó enormemente a hacer más claro el vínculo entre lo económico y lo cultural, que aunque existía en abundancia en la teoría crítica (de la mano de Edward P. Thompson, Raymond Williams, Theodor Alonso o Stuart Hall) no se había desplegado en geografía, con la excepción

de Denis Cosgrove (Cosgrove, 1984) o el mismo análisis del Sacré-Coeur de David Harvey de 1979 (Woodward y Jones III, 2008). Además, señalan estos últimos autores, el libro presagia el interés por la ética y la responsabilidad, y por teorizar la relación entre la cultura y el medio natural, que aparecerá con mayor claridad en su siguiente obra.

El debate abierto, y la posición que Harvey iba adoptando, tomó forma en el siguiente libro, *Justice, Nature and the Geography of Difference* (Harvey, 1996), uno de los libros que Harvey reconoce haber escrito en circunstancias especialmente adversas. A su vuelta a Baltimore en 1993 se encontró con una doble hostilidad: la de su departamento y la del ambiente académico y universitario hacia la teoría marxista. En ese libro Harvey quiso responder de modo más calmado y reflexivo al desafío abierto por el feminismo, la teoría crítica sobre la raza, la teoría postcolonial y, en general, por las posiciones que en sentido amplio se identificaban como postestructuralistas. Quiso también, como muestra el mismo título del libro, revisar las tradicionales dificultades del marxismo para incorporar las cuestiones ambientales. Algunos pudieron interpretar el paso como una mera adaptación a las nuevas tendencias, tal vez buscando nuevos aliados en el terreno de los temas identitarios o ambientales. Otros lo vieron, en cambio, como un serio paso para ampliar la base de su perspectiva procesual y dialéctica (Mathewson, 1997). Sea como sea, Harvey no pierde en absoluto sus señas de identidad y continúa trabajando en la elaboración conceptos centrales, con la voluntad de que sean útiles para la comprensión y la transformación del mundo. Pero su proyecto es ahora demostrar que el enfoque marxista es compatible con esas otras perspectivas como el género, la diferencia, la postcolonialidad, etc. que ya admite como necesarias.

El libro tiene un planteamiento complejo. Reúne consideraciones diversas sobre el método dialéctico, sobre la «naturaleza del medio ambiente», intentando conectar dialécticamente

las ideas y valoraciones sobre el medio con el cambio social y realizar su propuesta de «proyecto ecosocialista», teoriza también sobre los conceptos de justicia, diferencia y política para con un capítulo sobre mundos urbanos posibles que abre las consideraciones relacionados con el utopismo que tratará en su siguiente obra, *Spaces of Hope*. Quizá por ello, las reacciones suscitadas tendieron a centrarse en aspectos parciales del libro.

Uno de los conceptos polémicos con los que abre el libro es, siguiendo a Raymond Williams, el de «particularismo militante». Aquí Harvey se sirve de la historia de su implicación en la lucha contra el cierre de una planta automovilística en Oxford y de cómo se vio atrapado en el dilema de las exigencias a corto plazo (el mantenimiento de los puestos de trabajo) que era la prioridad de los líderes sindicales (el particularismo militante), con una perspectiva global a largo plazo del tema como la que él podía sostener (la lucha contra la precarización laboral en vez de por el mantenimiento de empleos basura, el deterioro ecológico, la producción innecesaria de automóviles a escala europea). Describe con detalle las tensiones del proceso de «negociación» sobre cómo debía abordarse el tema. Finalmente, Harvey decidió ceder lógicamente el protagonismo y las decisiones a los más directamente implicados en la lucha sindical, pero el tema despertó algunas cuestiones interesantes que, a propósito de la dialéctica entre abstracción y realidad concreta, ahora añadía la cuestión de los diferentes puntos de vista:

De modo que, ¿qué nivel y qué tipos de abstracción deben utilizarse? ¿Y qué significa ser leal a las abstracciones en vez de a la gente real? [...] ¿Qué es lo que constituye una posición privilegiada para el conocimiento y cómo podemos juzgar, entender, adjudicar y quizá negociar a través de diferentes conocimientos construidos a diferentes niveles de abstracción bajo condiciones materiales radicalmente diferentes? (Harvey, 1996 [2018: 23])

Es interesante observar aquí que, para Harvey, ese «particularismo militante» resta importancia a la identidad personal y centra la atención en el terreno social; no permite en ningún momento que meras cuestiones de identidad desplacen al poder social, económico o político (Wright, 2006: 93). Y, por otra parte, un Dave Featherstone especialmente molesto con la «cerrazón» que mostraba Harvey ante el potencial transformador de los movimientos sociales, señalaba la debilidad de Harvey para relacionar las luchas locales y la imaginación política general. Si bien era cierto que una lucha obrera concreta, como la de Cowley, no conducía necesariamente a una política socialista o transformadora como Harvey afirmaba, este quedaba corto en su razonamiento al no considerar en profundidad «alternativas en marcha», ejemplos de luchas concretas existentes que sí estaban mostrando planteamientos políticos más amplios (Featherstone, 1998).

Justice, Nature and the Geography of Difference es, ciertamente, un libro de envergadura en el que se tratan «todos los grandes temas». El mismo Harvey así lo reconocía en su respuesta a sus críticos en el número especial de *Annals of the Association of American Geographers* (con aportaciones de Nancy Hartsock, Bruce Braun y Laura Pulido), cuando se autocomparaba, en cuanto a enfoque holístico se refiere, con el mismo Humboldt, el gran naturalista que publicó su gran obra a mediados del XIX:

[*Justice, Nature and the Geography of Difference*] es un libro geográfico muy tradicional. ¿Qué podría ser más tradicional, después de todo, que una exploración exhaustiva de los temas de medio ambiente (interacciones naturaleza-humanos), relaciones espaciales, y la profundidad temporal de las experiencias y prácticas humanas que constituyen los distintos lugares (o más convencionalmente, «regiones»? (Harvey, 1998: 723)

Y es a partir de esa afirmación holística que vuelve a la carga defendiendo su versión de la investigación dialéctica como base del conocimiento geográfico, en una digresión brillante que fue convenientemente alabada (Hartsock, 1998). Pero al pasar del conocimiento a la práctica política, es cuando empiezan las dificultades (por lo menos, los debates más sonoros). Harvey insistirá en que no reniega de la importancia ni de los movimientos sociales, ni de cuestiones relacionadas con el género, la raza, la postcolonialidad o la ecología. Pero justifica sus reservas a propósito de que estas nuevas perspectivas por sí solas nos lleven muy lejos. Pensando en Marx (incluso en Humboldt) afirma casi lapidariamente: «de dónde aprendemos es tan importante como desde dónde observamos» (Harvey, 1998: 729). En definitiva, tal como remarcaba Sharon Zukin, «aunque Harvey ha incorporado nuevos elementos a lo largo de los años, su visión permanece notablemente consistente. Los esfuerzos por integrar el género la cultura y el ambientalismo en el análisis no ha cambiado su persistente énfasis en el poder del capital para construir y reconstruir el espacio urbano» (Zukin, 2006: 104).

La combinación de la preocupación relacionada con el «particularismo militante» (y de cómo trasladar las especificidades locales de los espacios más personales como el cuerpo a lucha política global) junto con su interés por el utopismo como estrategia política de pensamiento político colectivo lo guiaron precisamente en su siguiente libro *Spaces of Hope* (Harvey, 2000b), una obra que, como la mayor parte de lo que escribió desde entonces, obtuvo una gran difusión. El mismo Harvey afirma que, con la excepción de *The Condition of Postmodernity*, la mayor parte de mis «escritos realmente influyentes» se han publicado en los últimos diez años (Harvey, 2017a). Podría decirse que desde *Spaces of Hope*, Harvey inicia un esfuerzo continuado por proporcionar artillería teórica ante la desmoralización política de la izquierda ante el neoliberalismo y su «no hay alternativas». Aquí lo hará por una doble

vía: señalando de nuevo la relevancia del análisis marxista, e insistiendo en que las preocupaciones de los intelectuales postestructuralistas pueden encajar con cierta facilidad en el anterior. En el trayecto se detiene en algunas de las utopías clásicas para demostrar que siempre hay posibilidades de reconstruir lo construido, si las propuestas utópicas son entendidas como auténticas maneras de desafiar a la producción capitalista del espacio (lo que explica por qué experimentos utópicos espaciales fracasaron en el pasado). En este libro aparece de nuevo la gran preocupación y ambición de Harvey: la conexión entre el materialismo histórico-geográfico, donde tan cómodo sea mueve, con la conciencia, la intención y la práctica política. La idea es clara y parece bien fundamentada. Puesta en práctica, mucho más compleja. Aquí ni siquiera un buen aliado y amigo como Richard Peet olvida por un momento su duro tono habitual:

Harvey, como muchos que han hecho el camino antes, no consigue un análisis dialéctico convincente que conecte lo material, lo mental y o motivacional [...] El problema central de un marxismo reflexivo perdura: cómo imaginar la imaginación de un modo teórico que esté basado material, cultural e históricamente. (Peet, 2002: 62)

Ante la violencia neoliberal: más marxismo (y no menos)

En los últimos 15 años, mas o menos desde que su vida se vio amenazada seriamente por graves problemas de salud, Harvey ha continuado publicando a un ritmo endiablado (véase la selección bibliográfica final). Y es el periodo, tal como él mismo señala, en que sus obras (y añadimos su figura intelectual) han alcanzado mayor relevancia y proyección en ámbitos menos especializados. Podríamos afirmar que, durante estos años, el

trabajo de Harvey ha girado sobre tres ejes: la divulgación de la obra de Marx, el análisis del neoliberalismo y las ciudades como escenarios de lucha anticapitalista.

En 1987, cuando el marxismo se daba por muerto y finiquitado, no solo políticamente son también en los ambientes intelectuales y ya no digamos académicos, Harvey se sintió obligado a declarar solemnemente que «los tiempos nunca han sido más adecuados para al aplicación del apartado conceptual de Marx para entender los procesos de desarrollo y transformación capitalista» (Harvey, 1987b: 367). Desde entonces, la naturaleza cada vez más agresiva y desacomplejadamente voraz de dichos procesos no han hecho sino hacer esa declaración aun más justificada. En 2004, también Ray Hudson intuía con claridad que esa perspectiva se iba haciendo más y más relevante:

Primero, las relaciones sociales del capital han penetrado de maneras sin precedentes en la vida de todos nosotros, con una creciente mercantilización del cuerpo, la casa, etc. Segundo se ha producido una explosión de nuevas formas de dinero, crédito y finanzas. [...] Tercero, se han abierto nuevos espacios al capital, de modo notable en Europa central y oriental, y China, mientras que el socialismo de estado se colapsaba. Ello ha proporcionado nuevos espacios para «soluciones espaciales». (Hudson, 2004: 416)

Y en 2018, en el bicentenario del nacimiento de Marx, atendiendo a la cantidad de noticias, artículos y libros que han salido a la luz en poco tiempo, parecería que Marx vuelve a estar de moda, como si sus aportaciones fueran hoy más relevantes que nunca. Eso mismo afirma naturalmente Harvey, con la diferencia de que, efectivamente, él puede presumir de llevar más de cuatro décadas afirmándolo.

Su curso sobre *El Capital*, que ha impartido presencialmente a lo largo de todas esas décadas se convirtió, gracias a

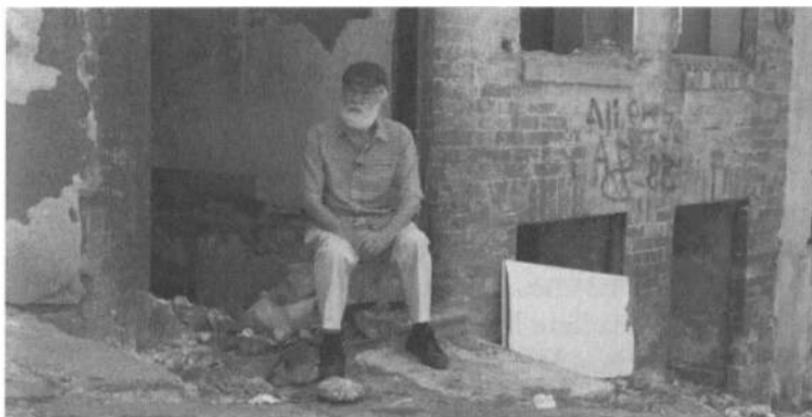
la tenacidad de uno de sus colaboradores y a Youtube, en un curso *online* sobre la obra de Marx en el que Harvey explica paso a paso, y con enormes dotes didácticas, la obra de Marx. El proyecto tuvo tanto éxito que incluso el mundo editorial se interesó por publicarlo en forma escrita (Harvey, 2010a; 2013). Harvey comparte su profundo conocimiento (e incluso la fruición que se percibe de su lectura de los tres densos volúmenes de *El Capital*) y ponerlo al alcance de los que quieren poner algo de empeño en él. Cita a Einstein para recordar que nuestra misión intelectual es «explicar las cosas con sencillez, pero sin simplificarlas». Diríamos que eso es justamente lo que ha pretendido, no solo en su lectura de *El Capital* sino en obras recientes como *Seventeen Contradictions and the End of Capitalism* (Harvey, 2014) o la más reciente, *Marx, Capital and the Madness of Economic Reason* (Harvey, 2017b).

En segundo lugar, Harvey ha dedicado varias obras a analizar extensivamente el surgimiento y difusión del capitalismo neoliberal global: *The New Imperialism* (Harvey, 2003b), *A Brief History of Neoliberalism* (Harvey, 2005a), *Spaces of Global Capitalism: Towards a Theory of Uneven Geographical Development* (Harvey, 2005b) y *The Enigma of Capital and the Crises of Capitalism* (Harvey, 2010b). En estas obras Harvey examina con cuidado detenimiento la relación de las crisis del capitalismo con sus manifestaciones en forma de neoliberalismo y globalización. La connivencia de los estados, el papel desempeñado por el complejo industrial militar, la debilidad de la izquierda política y el despliegue a sus anchas de la derecha y, en especial, la explicación mediante su poderoso concepto de «acumulación por desposesión» de los procesos emprendidos por esta nueva (o vieja) forma de capitalismo consistente en desposeer a las poblaciones de sus espacios y recursos sobre los que tienen derechos.

En *Rebel Cities. From the Right to the City to the Urban Revolution* (Harvey, 2012), Harvey se hace eco de cómo las desigualdades del capitalismo neoliberal se ceban especialmente en

las ciudades y, en un tono abiertamente lefebvriano incluso en el mismo título de la obra (que juega con los títulos de dos de los libros más celebrados de Henri Lefebvre) de cómo estas se alzan en el lugar para resistir y confrontar el neoliberalismo. En el plano teórico, el libro le permite no solo revisar el concepto de «derecho a la ciudad» de Lefebvre sino también, como no podía ser de otro modo, abordar las raíces urbanas de las crisis capitalistas. En la segunda parte, Harvey explora la capacidad de las «ciudades rebeldes» para hacerle frente analizando diversos movimientos de lucha urbana anticapitalista e instigando a la movilización colectiva ante la brutalidad mostrada por el neoliberalismo:

¿De qué lado nos pondremos cada uno de nosotros como individuos? ¿Qué calle ocuparemos? Solo el tiempo lo dirá. Pero lo que sí sabemos es que ahora es el momento. El sistema no solo está roto y al descubierto, sino que es incapaz de ninguna otra respuesta que la represión. De modo que nosotros, el pueblo, no tenemos otra alternativa sino luchar por el derecho colectivo de decidir cómo se reconstruirá el sistema y a imagen de quién. (Harvey, 2012 [2013: 164])



Harvey durante una entrevista realizada en el barrio de Tarlabasi (Estambul, Turquía) en 2012. Foto: extraída del vídeo realizado por www.tarlabasiistanbul.com.

En resumen, a lo largo de un extenso proyecto intelectual que le ha ocupado varias décadas, Harvey se propone cómo entender mejor la compleja espacio-temporalidad del capitalismo para imaginar cómo puede ser un futuro más justo. Pero él mismo reconoce que nunca ha sido modelo de intelectual-activista. Aduce diversas razones para ello, incluso relacionadas con su propia personalidad. Y no es que no admire a quien trabaja en esa línea (por ejemplo, a menudo recuerda a William Bunge, coetáneo suyo en el despertar de la geografía radical en los años 1960 y que destacó por su proyecto de expediciones geográficas que requería trabajar codo a codo con los afectados)⁶ pero la implicación en la calle no es parte esencial de su proyecto intelectual. En la polémica que mantuvo con Simon Springer a propósito del anarquismo en geografía (Springer, 2014), Harvey se servía de las palabras del geógrafo anarquista francés Elisée Réclus para justificar su posición:

Un gran entusiasmo y compromiso llevado al punto de arriesgar la propia vida no es la única manera de servir a la causa. El revolucionario consciente no es solo una persona emocional sino también racional, para quien todo esfuerzo por promover la justicia y la solidaridad descansa sobre el conocimiento preciso y sobre un amplio conocimiento de la historia, la sociología y la biología. (citado en Harvey, 2017a)

Harvey se reafirma a menudo en que, para cambiar el mundo, primero hay que saber entenderlo. A eso ha dedicado los últimos cincuenta años. Una tarea necesariamente incompleta (e imperfecta añadirán los que creen que Harvey olvida mucho y tal vez a muchos/as en el trayecto) pero que nos deja no solo

6. Sobre William Bunge y su proyecto de expediciones geográficas, véase el volumen 10 de la colección Espacios Críticos (Benach, 2017).

instrumentos teóricos para comprender mejor el mundo, sino potentes herramientas para la lucha política: conceptos como desarrollo geográfico desigual o la «solución espacial», la acumulación por desposesión, y su reconsideración del derecho a la ciudad son lúcidas expresiones de esa «imaginación geográfica» de la que la teoría social está tan frecuentemente faltada, y a la vez fundamentos sólidos para una práctica política anticapitalista. En palabras del propio David Harvey:

El capitalismo nunca caerá por sí mismo. Habrá que empujarlo. La acumulación de capital nunca se detendrá. Habrá que pararla. La clase capitalista nunca querrá ceder su poder. Habrá que desposeerla. (Harvey, 2010b [2012: 260])

Referencias

- BARNES, Trevor (2006). «Between deduction and dialectics: David Harvey on knowledge», en: Noel Castree y Derek Gregory (eds.). *David Harvey. A Critical Reader*. Oxford: Blackwell; pp. 26-46.
- BENACH, Núria (ed.) (2012). *Richard Peet. Geografía contra el neoliberalismo*. Barcelona: Icaria.
- BENACH, Núria (ed.) (2017). *William Bunge. Las expediciones geográficas urbanas*. Barcelona: Icaria.
- BRENNER, Neil (2014). *Implosions/Explosions. Towards a Study of Planetary Urbanization*. Baerlín: Verlag.
- CASTREE, Noel (2008). «The Limits to Capital (1982). David Harvey», en: Phil Hubbard, Rob Kitchin y Gill Valentine (eds.). *Key Texts in Human Geography*. Londres: Sage; pp. 61-70.
- COSGROVE, Denis E. (1984). *Social Formation and Symbolic Landscape*. Londres: Croom Helm.
- DEUTSCHE, Rosalyn (1991). «Boys town», *Environment and Planning D: Society and Space*, 9; pp. 5-30.
- FEAGIN, Joe R. (1987). «Bringing space back into urban social science: The work of David Harvey», *Sociological Forum*, (2); pp. 417-422.

- FEATHERSTONE, Dave (1998). «Some versions of militant particularism: A review article of David Harvey's *Justice, Nature and the Geography of Difference*», *Antipode*, 30(1); pp. 19-25.
- GREGORY, Derek (2006). «Introduction: Troubling geographies», en: Noel Castree y Derek Gregory (eds.). *David Harvey. A Critical Reader*. Oxford: Blackwell; pp. 1-25.
- HALL, Peter (1987). «*The Urbanization of Capitaland Consciousness and the Urban Experience*: Studies in the history and theory of capitalist urbanization by David Harvey», *Economic Geography*, 63(4); pp. 354-356.
- HARTSOCK, Nancy (1998). «Moments, margins, and agency», *Annals of the Association of American Geographers*, 88(4); pp. 707-712.
- HARVEY, David (1969). *Explanation in Geography*. Londres: Edward Arnold y Nueva York: St. Martin's Press (reimpresión, Nueva Delhi: Rawat Publications, 2003) [trad. cast.: *Teorías, leyes y modelos en geografía*. Madrid: Alianza Editorial, 1983].
- HARVEY, David (1972). «Revolutionary and counter-revolutionary theory in geography and the problem of ghetto formation», *Antipode*, 4(2); pp. 1-13 [trad. cast.: «Teoría revolucionaria y contrarrevolucionaria en geografía y el problema de la formación del ghetto», *Geo-crítica*, 4; pp. 5-16; 1976].
- HARVEY, David (1973). *Social Justice and the City*. Londres: Edward Arnold y Baltimore: Johns Hopkins University Press (nueva edición con una introducción de Ira Katnelson, Londres: Blackwell, 1992; edición revisada: *Social Justice and the City*. Athens: University of Georgia Press, 2009) [trad. cast.: *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid: Siglo XXI, 1977].
- HARVEY, David (1979). «Monument and myth», *Annals of the Association of American Geographers*, 69(3); pp. 362-381.
- HARVEY, David (1984). «On the history and present condition of geography: An historical materialist manifesto», *The Professional Geographer*, 36(1); pp. 1-11 [trad. cast.: «Sobre la historia y la condición actual de la geografía», en: Maria Dolors Garcia-Ramon (ed.). *Teoría y método en la geografía humana anglosajona*. Barcelona: Ariel, pp. 149-163; 1985].
- HARVEY, David (1985a). *Consciousness and the Urban Experience. Studies in the History and Theory of Capitalist Urbanization*,

1. Oxford: Blackwell y Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- HARVEY, David (1985b). *The Urbanization of Capital. Studies in the History and Theory of Capitalist Urbanization*, 2. Oxford: Blackwell y Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- HARVEY, David (1987a). «Reconsidering social theory: A debate», *Environment and Planning D: Society and Space*, 5(4); pp. 367-434.
- HARVEY, David (1987b). «Three myths in search of a reality in urban studies», *Environment and Planning D: Society and Space*, 5; pp. 367-376.
- HARVEY, David (1989). *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Change*. Oxford: Blackwell [trad. cast.: *La condición de la posmodernidad: investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu, 1998].
- HARVEY, David (1992). «Postmodern morality plays», *Antipode*, 24(4); pp. 300-326.
- HARVEY, David (1996). *Justice, Nature and the Geography of Difference*. Oxford: Wiley-Blackwell [trad. cast.: *Justicia, naturaleza y la geografía de la diferencia* . Quito: IAEN, 2018 y Madrid: Traficantes de Sueños, 2018].
- HARVEY, David (1998). «The Humboldt connection», *Annals of the Association of American Geographers*, 88(4); pp. 723-730.
- HARVEY, David (2000a). «Souvenirs et désirs», en: Peter Gould y Antoine Bailly (eds.). *Mémoires de géographes* París: Anthropos.
- HARVEY, David (2000b). *Spaces of Hope* . Berkeley: University of California Press y Edinburgo: Edinburgh University Press [trad. cast.: *Espacios de esperanza*. Madrid: Akal, 2005].
- HARVEY, David (2003a). *Paris, Capital of Modernity* . Nueva York: Routledge [trad. cast.: *París, capital de la modernidad* . Madrid: Akal, 2008].
- HARVEY, David (2003b). *The New Imperialism* . Oxford: Oxford University Press (edición revisada y con un nuevo epílogo: Oxford: Oxford University Press, 2005) [trad. cast.: *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal, 2004].
- HARVEY, David (2005a). *A Brief History of Neoliberalism* . Oxford: Oxford University Press [trad. cast.: *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal, 2007].

- HARVEY, David (2005b). *Spaces of Neoliberalization: Towards a Theory of Uneven Geographical Development* (2004 Hettner Lectures, Department of Geography, Heidelberg). Wiesbaden: Franz Steiner Verlag (Reeditado como *Spaces of Global Capitalism: Towards a Theory of Uneven Geographical Development*. Nueva York/Londres: Verso, 2006).
- HARVEY, David (2010a). *A Companion to Marx's Capital* . Nueva York/Londres: Verso [trad. cast.: *Guía de El Capital de Marx. Libro Primero*. Madrid: Akal, 2014].
- HARVEY, David (2010b). *The Enigma of Capital and the Crisis of Capitalism* . Londres: Profile Books y Oxford: Oxford University Press [trad. cast.: *El enigma del capital y las crisis del capitalismo*. Madrid: Akal, 2012].
- HARVEY, David (2012). *Rebel Cities: From the Right to the City to the Urban Revolution*. Nueva York/Londres: Verso [trad. cast.: *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Madrid: Akal, 2013].
- HARVEY, David (2013). *A Companion to Marx's Capital, Volume 2*. Nueva York/Londres: Verso [trad. cast.: *Guía de El capital de Marx. Libro Segundo*. Madrid: Akal, 2016].
- HARVEY, David (2014). *Seventeen Contradictions and the End of Capitalism* . Londres: Profile Books y Oxford: Oxford University Press [trad. cast.: *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo* . Quito: IAEN, 2014 y Madrid: Traficantes de Sueños, 2014].
- HARVEY, David (2016). *Abstract from the concrete* . Cambridge: Harvard University (Graduate School of Design) coeditado con Berlín: Stenberg Press.
- HARVEY, David (2017a). «'Listen Anarchist!' A personal response to Simon Springer's 'Why a radical geography must be anarchist'», *Dialogues in Human Geography*, 7(3); pp. 233-250 [trad. cast.: «¡Escucha, anarquista!» <https://abandazos.files.wordpress.com/2016/06/c2a1escucha-anarquista-david-harvey.pdf>].
- HARVEY, David (2017b). *Marx, Capital and the Madness of Economic Reason*. Londres: Profile Books y Oxford: Oxford University Press.

- HUDSON, Ray (2004). «Reflection on *The Limits to Capital*, 20 years on», *Antipode*, 36(3); pp. 414-419.
- JAMESON, Fredric (1984). «Postmodernism, or the cultural logic of late capitalism», *New Left Review*, 146; pp. 53-92 [trad. cast.: *El postmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Barcelona: Paidós, 1991].
- KATZ, Cindi (2006). «Messing with “the Project”», en: Noel Castree y Derek Gregory (eds.). *David Harvey. A Critical Reader*. Oxford: Blackwell; pp. 234-246.
- KUHN, Thomas (1962). *The Structure of Scientific Revolutions*. Chicago: The University of Chicago Press [trad. cast.: *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1975].
- LEFEBVRE, Henri (1970). *La révolution urbaine*. París: Gallimard [trad. cast.: *La revolución urbana*. Madrid: Alianza, 1983].
- MASSEY, Doreen (1991). «Flexible sexism», *Environment and Planning D: Society and Space*, 9; pp. 31-57.
- MATHEWSON, Kent (1997). «Reviewed Work: *Justice, Nature and the Geography of Difference* by David Harvey», *Geographical Review*, 87(4); pp. 554-557.
- OSWIN, Natalie (2018). «Society and space, here and now», *Environment and Planning D: Society and Space*, 36(4); pp. 613-616.
- PEET, Richard (1998). *Modern Geographical Thought*. Oxford: Blackwell.
- PEET, Richard (2002). «Book review. *Spaces of Hope* by David Harvey», *Contemporary Sociology*, 31(1); pp. 61-62.
- ROSE, Gillian (1991). «Book review. *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Change*. David Harvey», *Journal of Historical Geography*, 17(1); pp. 118-121.
- SPRINGER, Simon (2014). «Why a radical geography must be anarchist», *Dialogues in Human Geography*, 4(3); pp. 249-270.
- WALKER, Richard (2004). «The spectre of Marxism: The return of *The Limits to Capital*», *Antipode*, 36(3); pp. 434-443.
- WOODWARD, Keith y John Paul JONES III (2008). «*The Condition of Postmodernity* (1989)», en: Phil Hubbard, Rob Kitchin y Gill Valentine (eds.). *Key Texts in Human Geography*. Londres: Sage; pp. 125-134.

- WRIGHT, Melissa (2006). «Differences that matter», en: Noel Castree y Derek Gregory (eds.). *David Harvey. A Critical Reader* . Oxford: Blackwell; pp. 80-101.
- ZUKIN, Sharon (2006). «David Harvey on cities», en: Noel Castree y Derek Gregory (eds.). *David Harvey. A Critical Reader* . Oxford: Blackwell; pp. 102-120.

Abel Albet y Núria Benach

Selección de libros y monografías

- HARVEY, David (1965). *Monte Carlo Simulation Models*. Uppsala: Forskningsrapporter Kulturgeografiska Institutionen Uppsala Universitet.
- HARVEY, David (1967). *Behavioural Postulates and the Construction of Theory in Human Geography*. Bristol: University of Bristol; Seminar Papers, Series A-6.
- HARVEY, David (1969). *Explanation in Geography*. Londres: Edward Arnold y Nueva York: St. Martin's Press (reimpresión, Nueva Delhi: Rawat Publications, 2003). [trad. cast.: *Teorías, leyes y modelos en geografía*. Madrid: Alianza Editorial, 1983].
- HARVEY, David (1972). *Society, the City and the Space-economy of Urbanism*. Washington DC: Association of American Geographers, Commission on College Geographers, Resource Paper, 18.
- HARVEY, David, Lata CHATTERJEE, M. WOLMAN y J. NEWMAN (1972). *The Housing Market and Code Enforcement in Baltimore*. Baltimore: Baltimore Urban Observatory.
- MERRY, Marcia y David HARVEY (1972). *People, Poverty and Wealth. The Geography of Development*. Glasgow: Collins.
- HARVEY, David (1973). *A Question of Method for a Matter of Survival*. Reading: University of Reading, Geographical paper, 23.
- HARVEY, David (1973). *Social Justice and the City*. Londres: Edward Arnold y Baltimore: Johns Hopkins University Press (nueva edición con una introducción de Ira Katnelson, Londres: Blackwell, 1992; edición revisada: *Social Justice and the City*.

- Athens: University of Georgia Press, 2009). [trad. cast.: *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid: Siglo XXI, 1977].
- CHATTERJEE, Lata, David HARVEY y Lawrence KLUGMAN (1974). *PHA Policies and the Baltimore City Housing Market*. Baltimore: Baltimore Urban Observatory.
- HARVEY, David (1982). *The Limits to Capital*. Oxford: Blackwell y Chicago: University of Chicago Press (edición revisada -1999- y con una nueva introducción: Londres/Nueva York: Verso, 2007). [trad. cast.: *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*. México DF: Fondo de Cultura Económica, 1990].
- HARVEY, David (1985). *Consciousness and the Urban Experience. Studies in the History and Theory of Capitalist Urbanization, 1*. Oxford: Blackwell y Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- HARVEY, David (1985). *The Urbanization of Capital. Studies in the History and Theory of Capitalist Urbanization, 2*. Oxford: Blackwell y Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- HARVEY, David (1989). *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Change*. Oxford: Blackwell. [trad. cast.: *La condición de la posmodernidad: investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu, 1998].
- HARVEY, David (1989). *The Urban Experience*. Oxford: Blackwell y Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- HAYTER, Teresa y David HARVEY (eds.) (1993). *The Factory and the City: The Story of the Cowley Automobile Workers in Oxford*. Londres/Brighton: Mansell.
- HARVEY, David (1996). *Justice, Nature and the Geography of Difference*. Oxford: Wiley-Blackwell. [trad. cast.: *Justicia, naturaleza y la geografía de la diferencia*. Quito: IAEN, 2018 y Madrid: Traficantes de Sueños, 2018].
- HARVEY, David (2000). *Possible Urban Worlds. Megacities Lecture 4*. La Haya: Megacities Foundation / Amersfoort: Twynstra Gudde Management Consultants. [trad. cast. del capítulo 1: «Mundos urbanos posibles», en: Ángel Martín Ramos (ed.). *Lo urbano en 20 autores contemporáneos*. Barcelona: Edicions UPC, 2004; pp. 177-198].
- HARVEY, David (2000). *Spaces of Hope*. Berkeley: University of California Press y Edinburgo: Edinburgh University Press. [trad. cast.: *Espacios de esperanza*. Madrid: Akal, 2005].

- HARVEY, David (2001). *Spaces of Capital: Towards a Critical Geography*. Nueva York: Routledge y Edinburgo: Edinburgh University Press. [trad. cast.: *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*. Madrid: Akal, 2007].
- HARVEY, David (2003). *Paris, Capital of Modernity* . Nueva York: Routledge. [trad. cast.: *París, capital de la modernidad* . Madrid: Akal, 2008].
- HARVEY, David (2003). *The New Imperialism* . Oxford: Oxford University Press (edición revisada y con un nuevo epílogo: Oxford: Oxford University Press, 2005). [trad. cast.: *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal, 2004].
- HARVEY, David (2005). *A Brief History of Neoliberalism* . Oxford: Oxford University Press. [trad. cast.: *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal, 2007].
- HARVEY, David (2005). *Spaces of Neoliberalization: Towards a Theory of Uneven Geographical Development (2004 Hettner Lectures, Department of Geography, Heidelberg)*. Wiesbaden: Franz Steiner Verlag (Reeditado como *Spaces of Global Capitalism: Towards a Theory of Uneven Geographical Development*. Nueva York/Londres: Verso, 2006).
- HARVEY, David (2009). *Cosmopolitanism and the Geographies of Freedom*. Nueva York: Columbia University Press. [trad. cast.: *El cosmopolitismo y las geografías de la libertad* Madrid: Akal, 2017].
- HARVEY, David (2010). *A Companion to Marx's Capital* . Nueva York/Londres: Verso (en 2018 se reedita, juntamente con *A Companion to Marx's Capital, Volume 2*, como *A Companion to Marx's Capital, The Complete Edition*. Nueva York/Londres: Verso). [trad. cast.: *Guía de El Capital de Marx. Libro Primero*. Madrid: Akal, 2014].
- HARVEY, David (2010). *The Enigma of Capital and the Crisis of Capitalism*. Londres: Profile Books y Oxford: Oxford University Press. [trad. cast.: *El enigma del capital y las crisis del capitalismo* Madrid: Akal, 2012].
- HARVEY, David (2012). *Rebel Cities: From the Right to the City to the Urban Revolution*. Nueva York/Londres: Verso. [trad. cast.: *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Madrid: Akal, 2013].

- HARVEY, David (2013). *A Companion to Marx's Capital, Volume 2*. Nueva York/Londres: Verso (en 2018 se reedita, juntamente con *A Companion to Marx's Capital*, como *A Companion to Marx's Capital, The Complete Edition*. Nueva York/Londres: Verso). [trad. cast.: *Guía de El capital de Marx. Libro Segundo*. Madrid: Akal, 2016].
- HARVEY, David (2014). *Seventeen Contradictions and the End of Capitalism*. Londres: Profile Books y Oxford: Oxford University Press. [trad. cast.: *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*. Quito: IAEN, 2014 y Madrid: Traficantes de Sueños, 2014].
- HARVEY, David (2016). *Abstract from the Concrete*. Cambridge: Harvard University (Graduate School of Design) coeditado con Berlín: Stenberg Press.
- HARVEY, David (2016). *The Ways of the World*. Oxford: Oxford University Press, y Londres: Profile Books, 2017. [trad. cast.: *Senderos del mundo*. Madrid: Akal, 2018].
- HARVEY, David (2017). *Marx, Capital and the Madness of Economic Reason*. Londres: Profile Books, y Oxford: Oxford University Press.
- HARVEY, David (2018). *A Companion to Marx's Capital, The Complete Edition*. Nueva York/Londres: Verso.

Selección de aportaciones a obras colectivas

- HARVEY, David (1967). «Models of the evolution of spatial patterns in human geography», en: Richard J. Chorley y Peter Haggett (eds.), *Models in Geography*. Londres: Methuen; pp. 549-608.
- HARVEY, David (1969). «Conceptual and measurement problems in the cognitive-behavioral approach to location theory», en: Kevin R. Cox y Reginald G. Golledge (eds.). *Behavioral problems in geography: a symposium*. Evanston: Northwestern University Press; pp. 35-68.
- HARVEY, David (1971). «Social processes, spatial form, and the re-distribution of real income in an urban system», en: Michael Chisholm (ed.). *Regional Forecasting*. Londres: Butterworth Scientific Publications, 267-300.

- HARVEY, David (1972). «Social justice and spatial systems», en: Richard Peet (ed.). *Geographical Perspectives on American Poverty*. Worcester: Antipode Monographs in Social Geography 1; 87-106.
- HARVEY, David (1972). «The role of theory», en: Norman Graves (ed.). *New Movements in the Study and Teaching of Geography*. Philadelphia: Temple Smith; pp. 29-41.
- HARVEY, David (1975). «Class structure in a capitalist society and the theory of residential differentiation», en: Ronald Peel, Michael Chisholm y Peter Haggett (eds.). *Processes in Physical and Human Geography: Bristol Essays*. Londres: Heinemann; pp. 354-369.
- HARVEY, David (1975). «The political economy of urbanization in advanced capitalist societies: the case of the United States», en: Gary Gappert y Harold Rose (eds.). *The Social Economy of Cities*. Beverly Hills: Sage; pp. 119-163.
- HARVEY, David (1977). «Government policies, financial institutions and neighborhood change in U.S. cities», en: Michael Harloe (ed.) *Captive Cities. Studies in the Political Economy of Cities and Regions*. Chichester: John Wiley; pp. 123-139.
- HARVEY, David (1978). «On planning the ideology of planning», en: Robert Burchell y George Sternlieb (eds.). *Planning Theory in the 1980s: A Search for Future Directions*. New Brunswick: Rutgers University Press; pp. 213-233.
- HARVEY, David (1981). «Rent control and a fair return», en: John Gilderbloom (ed.). *Rent Control: A Source Book*. San Francisco: Foundation for National Progress; pp. 80-82.
- HARVEY, David (1982). «Marxist geography» y «Mode of production», en: Ronald Johnston (et al.) (eds.). *The Dictionary of Human Geography*. Oxford: Blackwell.
- HARVEY, David (1984). «Geography» y «Urbanisation» en: Tom Bottomore (ed.). *A Dictionary of Marxist Thought*. Oxford: Blackwell.
- HARVEY, David y Neil SMITH (1984). «Geography: From capitals to capital», en: Bertell Ollman y Edward Vernoff (eds.). *The Left Academy. Marxist Scholarship on American Campuses* (vol. 2). Nueva York: Praeger, 99-121.

- HARVEY, David (1985). «The geopolitics of capitalism», en: Derek Gregory y John Urry (eds.). *Social Relations and Spatial Structures*. Londres: Macmillan; pp. 128-163.
- HARVEY, David (1987). «Urban housing», en: *New Palgrave Dictionary*. Londres: Macmillan.
- HARVEY, David (1988). «Foreword» en: Sharon Zukin, *Loft Living: Capital and Culture in Urban Change*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- HARVEY, David (1988). «The geographical and geopolitical consequences of the transition from Fordist to flexible accumulation», en: George Sternlieb y James Hughes (eds.). *America's New Market Geography: Nation, Region and Metropolis*. Rutgers: Center for Urban Policy Research; pp. 101-134.
- HARVEY, David (1988). «Urban places in the “global village”: Reflections on the urban condition in late twentieth century capitalism», en: Luigi Mazza (ed.). *World Cities and the Future of the Metropolis*. Milán: Electa; pp. 21-31.
- HARVEY, David (1989). «From models to Marx: Note on the project to “re-model” contemporary geography», en: Bill Macmillan (ed.). *Remodelling Geography*. Oxford: Blackwell; pp. 211-216.
- HARVEY, David y Allen SCOTT (1989). «The practice of human geography: Theory and empirical specificity in the transition from Fordism to flexible accumulation», en: Bill Macmillan (ed.). *Remodelling Geography*. Oxford: Blackwell; pp. 217-229.
- HARVEY, David (1990). «Looking backwards on postmodernism», en: Andreas C. Papadakis (ed.). *Postmodernism on trial*. London: Academy Editions; pp. 10-12.
- HARVEY, David (1991). «A geographer's guide to dialectical thinking», en: Andrew D. Cliff, Peter Gould, Anthony Hoare y Nigel Thrift (eds.). *Diffusing Geography: Essays presented to Peter Haggett*. Oxford: Wiley-Blackwell; pp. 3-21.
- HARVEY, David (1991). «The urban face of capitalism», en: John F. Hart (ed.). *Our Changing Cities*. Baltimore: Johns Hopkins University Press; pp. 227-249.
- HARVEY, David (1991). «The view from Federal Hill», en: Elizabeth Fee, Linda Shopes y Linda Zeidman (eds.). *The Baltimore Book*:

New Views on Local History. Philadelphia: Temple University Press, 232-247.

- HARVEY, David (1993). «Class relations, social justice and the politics of difference», en: Judith Squires (ed.). *Principled Positions. Postmodernism and the Rediscovery of Value*. Londres: Lawrence and Wishart; pp. 85-120 (publicado también en Michael Keith y Steve Pile (eds.). *Place and the Politics of Identity* . Londres: Routledge, 1993; pp. 41-66).
- HARVEY, David (1993). «From space to place and back again: reflections on the conditions of postmodernity», en: Jon Bird, Barry Curtis, Tim Putnam, George Robertson y Lisa Tickner (eds.). *Mapping the Futures: Local Cultures, Global Change*. Londres: Routledge; pp. 3-29. [trad. cast. en este libro: «Del espacio al lugar y de regreso: reflexiones sobre la condición de la postmodernidad»].
- HARVEY, David (1994). «The invisible political economy of architectural production», en: Ole Bouman y Roemer van Toorn (eds.). *The Invisible in Architecture* . Londres: Academy Editions; pp. 420-427.
- HARVEY, David (1995). «On architects, bees and possible urban worlds», en: Cynthia C. Davidson (ed.). *Anywise*, Seúl: Anyone, y Cambridge: MIT Press, 1996; pp. 216-227.
- HARVEY, David (1996). «Acumulación flexible, prácticas espaciales e clases sociales», en: Petros Petismeris (ed.). *As redes urbanas: unha nova xeografía das cidades*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela; pp. 55-64.
- HARVEY, David (1996). «Poverty and greed in American cities», en: William Saunders (ed.). *Reflections on Architectural Practices in the Nineties* . Nueva York: Princeton Architectural Press; pp. 104-112.
- HARVEY, David (1998). «Perspectives urbanes per al segle XXI», en: Joan Nogué (ed.). *La ciutat. Visions, anàlisis i reptes*. Girona: Universitat de Girona y Ajuntament de Girona; pp. 113-130.
- HARVEY, David (1998). «Spaces of insurgency / Espais d'insurrecció», en: John Beverley, Phil Cohen y David Harvey. *Subculture and Homogenization / Subcultura i homogeneïtzació*. Barcelona: Fundació Antoni Tàpies; pp. 53-92 / 169-207.

- HARVEY, David (1998). «What's green and makes the environment go round?», en: Frederic Jameson y Masao Miyoshi (eds.). *The Cultures of Globalization*. Durham: Duke University Press; pp. 327-355.
- HARVEY, David (1999). «Considerations on the environment of justice», en: Nicholas Low (ed.). *Global Ethics and Environment*. Londres: Routledge; pp. 109-130.
- HARVEY, David (1999). «Social movements and the city: A theoretical positioning», en: Giok Ling Ooi (ed.). *Model Cities. Best Urban Practices, vol. 2*. Singapur: Urban Redevelopment Authority y Institute of Policy Studies; pp. 104-115.
- HARVEY, David (1999). «The work of postmodernity: The laboring body in global space», en: Joseph Davis (ed.). *Identity and Social Change*. New Brunswick: Transaction Press; pp. 27-50.
- HARVEY, David (2001). «The cartographic imagination: Balzac in Paris», en: Vinay Dharwadker (ed.). *Cosmopolitan Geographies. New Locations in Literature and Culture*. Nueva York: Routledge; pp. 63-87.
- HARVEY, David (2001). «The spaces of utopia», en: David Goldberg, Michael Mushenyo y Lisa Bower (eds.). *Between Law and Culture. Relocating Legal Studies*. Minneapolis: University of Minnesota Press; pp. 95-121.
- HARVEY, David (2002). «Cracks in the edifice of the Empire State», en: Michael Sorkin y Sharon Zukin (eds.). *After the World Trade Center. Rethinking New York City*. Nueva York: Routledge; pp. 57-67.
- HARVEY, David (2002). «Memories and desires», en: Peter Gould y Forrest R. Pitts (eds.) *Geographical Voices: Fourteen Autobiographical Records*. Syracuse: Syracuse University Press, 149-188 (Una versión reducida apareció publicada como «Memories and desires», en: Stuart Aitken y Gill Valentine (eds.). *Approaches to Human Geography*. Londres: Sage, 2006; pp. 184-190).
- HARVEY, David (2003). «City future in city past: Balzac's cartographic imagination» en: Joan Ramon Resina y Dieter Ingenschay (eds.). *After-Images of the City*. Ithaca: Cornell University Press; pp. 23-48.

- HARVEY, David (2003). «The city as a body politic», en: Jane Schneider y Ida Susser (eds.). *Wounded Cities: Destruction and Reconstruction in a Globalized World*. Oxford: Berg; pp. 25-46.
- HARVEY, David (2004). «Geographical knowledges/political powers», en: John Morrill (ed.). *The Promotion of Knowledge*. Oxford: Oxford University Press/The British Academy; pp. 96-112.
- HARVEY, David (2005). «The political economy of public space», en: Setha Low y Neil Smith (eds.). *The Politics of Public Space*. Nueva York: Routledge; pp. 17-34.
- HARVEY, David (2006). «The right to the city», en: Richard Scholar (ed.). *Divided Cities*. Oxford: Oxford University Press; pp. 83-103; nueva versión en: «The right to the city», *New Left Review*, 53(2008); pp. 23-40. [trad. cast.: «El derecho a la ciudad», *New Left Review* (edición en español), 53 (2008); pp. 23-39].
- HARVEY, David (2007). «The freedom of the city», en: Mark Swenarton, Igea Troiani, Helena Webster (eds.). *The Politics of Making*. Londres: Routledge; pp. 15-24.
- HARVEY, David (2008). «Introduction», Karl Marx y Friedrich Engels, *The Communist Manifesto*. Londres: Pluto y Chicago: The University of Chicago Press; pp. 1-30 (Aparece como «Epilogue» en la edición de 2017). [trad. cast.: «Epílogo», *Manifiesto Comunista*. Madrid: Akal, 2018].
- HARVEY, David (2008). «Utopies dialèctiques», en: Eulàlia Bosch (ed.). *Educació i vida urbana: 20 anys de Ciutats Educadores*. [Barcelona]: Associació Internacional de Ciutats Educadores; pp. 41-47.
- HARVEY, David (2009). «Epílogo», en: Vladímir I. Lenin y John A. Hobson, *Imperialismo*. Madrid: Capitán Swing.
- HARVEY, David (2010). «Foreword», en: Neil Smith, *Uneven Development: Nature, Capital, and the Production of Space*. Londres: Verso (3a ed.); pp. vii-x.
- HARVEY, David (2014). «Foreword», en: Marina Sitrin y Dario Azzellini (eds.). *They can't represent us! Reinventing Democracy from Greece to Occupy*. Londres: Verso; pp. v-viii.
- HARVEY, David (2014). «The crisis of planetary urbanization», en: Pedro Gadanho (ed.). *Uneven Growth: Tactical Urbanisms for*

Expanding Megacities. Nueva York: The Museum of Modern Art; pp. 26-31.

HARVEY, David (2018). «Foreword», en: Abel Albet y Núria Benach (eds.). *Gentrification as a Global Strategy*. Neil Smith and Beyond. Londres: Routledge; pp. xxi-xxiii.

Selección de artículos

HARVEY, David (1963). «Locational change in the Kentish hop industry and the analysis of land use patterns», *Transactions and Papers. Institute of British Geographers*, 33; pp. 123-140.

HARVEY, David (1964). «Fruit growing in Kent in the nineteenth century», *Archaeologia Cantiana*, 79; pp. 95-108.

HARVEY, David (1966). «Geographical processes and the analysis of point patterns: testing models of diffusion by quadrat sampling», *Transactions of the Institute of British Geographers*, 40; pp. 81-95.

HARVEY, David (1966). «Theoretical concepts and the analysis of land use patterns», *Annals of the Association of American Geographers*, 56(3); pp. 361-374.

HARVEY, David (1967). «The problem of theory construction in geography», *Journal of Regional Science*, 7(2); pp. 211-216.

HARVEY, David (1968). «Pattern, process and the scale problem in geographical research», *Transactions of the Institute of British Geographers*, 45; pp. 71-78.

HARVEY, David (1968). «Some methodological problems in the use of the Neyman Type A and negative binomial probability distributions for the analysis of spatial point patterns», *Transactions of the Institute of British Geographers*, 44; pp. 85-95.

HARVEY, David (1970). «Social processes and spatial form: an analysis of the conceptual problems of urban planning», *Papers of the Regional Science Association*, 25; pp. 47-69.

HARVEY, David (1972). «A commentary on the comments», *Antipode*, 4(2); pp. 36-41. [trad. cast.: «Un comentario de los comentarios», *Geo-crítica*, 5; 1976].

HARVEY, David (1972). «On obfuscation in geography; a comment on Gale's heterodoxy», *Geographical Analysis* 4(3); pp. 323-330.

- HARVEY, David (1972). «Revolutionary and counter-revolutionary theory in geography and the problem of ghetto formation», *Antipode*, 4(2); pp. 1-13. [trad. cast.: «Teoría revolucionaria y contrarrevolucionaria en geografía y el problema de la formación del ghetto», *Geo-crítica*, 4; pp. 5-16; 1976].
- HARVEY, David (1974). «Class-monopoly rent, finance capital and the urban revolution», *Regional Studies*, 8; pp. 239-255.
- HARVEY, David (1974). «Ideology and population theory», *International Journal of Health Services*, 4; pp. 515-537.
- HARVEY, David (1974). «Population, resources, and the ideology of science», *Economic Geography*, 50(3); pp. 256-277.
- HARVEY, David (1974). «What kind of geography for what kind of public policy?», *Transactions of the Institute of British Geographers*, 63; pp. 18-24.
- BERRY, Brian J. L. y David HARVEY (1974). «D. Harvey, *Social justice and the city*: Review and discussion», *Antipode*, 6(2); pp. 142-149.
- HARVEY, David y Lata CHATTERJEE (1974). «Absolute rent and the structuring of space by governmental and financial institutions», *Antipode*, 6(1); pp. 22-36.
- HARVEY, David (1975). «Some remarks on the political economy of urbanism», *Antipode*, 7(1); pp. 54-61.
- HARVEY, David (1975). «The geography of capitalist accumulation: A reconstruction of the Marxian theory», *Antipode*, 7(2); pp. 9-21. [trad. cast. «La geografía de la acumulación capitalista: una reconstrucción de la teoría marxista», *Documents d'Anàlisi Metodològic [sic] en Geografia*, 1 (1977); pp. 109-142].
- HARVEY, David (1976). «Labor, capital and class struggle around the built environment in advanced capitalist societies», *Politics & Society*, 6(3); pp. 265-295. [trad. cast.: «Trabajo, capital y lucha de clases en torno al medio construido en las sociedades capitalistas avanzadas», *Documents d'Anàlisi Metodològic [sic] en Geografia*, 1 (1977); pp. 143-180].
- HARVEY, David (1976). «The Marxian theory of the state», *Antipode*, 8(2); pp. 80-89.
- HARVEY, David (1978). «On countering the Marxian myth – Chicago style», *Comparative Urban Research*, 6(2/3); pp. 28-45.

- HARVEY, David (1978). «The urban process under capitalism: a framework for analysis», *International Journal of Urban and Regional Research*, 2(1-3); pp. 101-132.
- HARVEY, David (1979). «Monument and myth», *Annals of the Association of American Geographers*, 69(3); pp. 362-381.
- HARVEY, David (1981). «The spatial fix: Hegel, von Thunen and Marx», *Antipode*, 13(3); pp. 1-12.
- HARVEY, David (1982). «Land rent and the transition to the capitalist mode of production», *Antipode*, 14(3); pp. 17-25.
- HARVEY, David (1983). «Owen Lattimore: A memoir», *Antipode*, 15(3); pp. 3-11.
- HARVEY, David (1984). «On the history and present condition of geography: An historical materialist manifesto», *The Professional Geographer*, 36(1); pp. 1-11. [trad. cast.: «Sobre la historia y la condición actual de la geografía», en: Maria Dolors Garcia-Ramon (ed.). *Teoría y método en la geografía humana anglosajona*. Barcelona: Ariel, pp. 149-163; 1985].
- HARVEY, David (1985). «Revolutionary and counter-revolutionary theory in geography», *Antipode*, 17(2-3); pp. 24-27.
- HARVEY, David (1987). «Flexible accumulation through urbanization: Reflections on “post-modernism” in the American city», *Antipode*, 19(3); pp. 260-286.
- HARVEY, David (1987). «Reconsidering social theory: A debate», *Environment and Planning D: Society and Space*, 5(4); pp. 367-434.
- HARVEY, David (1987). «The representation of urban life», *Journal of Historical Geography*, 13(3); pp. 317-321.
- HARVEY, David (1987). «The world systems theory trap», *Studies in Comparative International Development*, 22(1); pp. 42-47.
- HARVEY, David (1987). «Three myths in search of a reality in urban studies», *Environment and Planning D: Society and Space*, 5; pp. 367-376.
- HARVEY, David (1988). «The production of value in historical geography», *Journal of Historical Geography*, 14(3); pp. 305-306.
- HARVEY, David (1989). «From managerialism to entrepreneurialism: The transformation in urban governance in late capitalism», *Geografiska Annaler*, 71B; pp. 3-17.

- HARVEY, David (1990). «Between space and time: reflections on the geographical imagination», *Annals of the Association of American Geographers*, 80(3); pp. 418-434.
- HARVEY, David (1991). «Flexibility: Threat or opportunity?», *Socialist Review*, 21(1); pp. 65-78.
- HARVEY, David (1992). «Capitalism: the factory of fragmentation», *New Perspectives Quarterly*, 9; pp. 42-45.
- HARVEY, David (1992). «Postmodern morality plays», *Antipode*, 24(4); pp. 300-326.
- HARVEY, David (1992). «Social justice, postmodernism and the city», *International Journal of Urban and Regional Research*, 16(4); pp. 588-601.
- HARVEY, David (1993). «The nature of environment: The dialectics of social and environmental change», *Socialist Register*, 29; pp. 1-51.
- HARVEY, David (1995). «Globalization in question», *Rethinking Marxism. A Journal of Economics, Culture & Society*, 8(4); pp. 1-17.
- HARVEY, David (1995). «Militant particularism and global ambition: the conceptual politics of place, space and environment in the work of Raymond Williams», *Social Text*, 42; pp. 69-98.
- HARVEY, David y Donna HARAWAY (1995). «Nature, politics and possibilities: A debate with David Harvey and Donna Haraway», *Environment and Planning D: Society and Space*, 13(5); pp. 507-527.
- HARVEY, David (1996). «Cities or urbanization?», *City*, 1(1-2); pp. 38-61.
- HARVEY, David (1997). «The new urbanism and the communitarian trap», *Harvard Design Magazine*, 1; pp. 68-69. [trad. cast.: «El nuevo urbanismo y la trampa comunitaria», *La Vanguardia*, 26 de noviembre de 2000; pp. 34-35].
- HARVEY, David (1998). «An anniversary of consequence and relevance», *Environment and Planning D: Society and Space*, 16(4); pp. 379-385.
- HARVEY, David (1998). «Marxism, metaphors, and ecological politics», *Monthly Review. An Independent Socialist Magazine*, 49(11); pp. 17-31.

- HARVEY, David (1998). «The body as an accumulation strategy», *Environment and Planning D: Society and Space*, 16(4); pp. 401-421.
- HARVEY, David (1998). «The geography of class power», *Socialist Register*, 34; pp. 49-74.
- HARVEY, David (1998). «The Humboldt connection», *Annals of the Association of American Geographers*, 88(4); pp. 723-730.
- HARVEY, David (1999). «Frontiers of insurgent planning», *Plurimondi*, 1(2); pp. 269-286.
- HARVEY, David (1999). «Los espacios de utopía (I)», *Mientras Tanto*, 75; pp. 106-127.
- HARVEY, David (1999). «On fatal flaws and fatal distractions», *Progress in Human Geography*, 23(4); pp. 557-566.
- HARVEY, David (1999). «The body as referent», *The Hedgehog Review*, 1(1); pp. 41-46.
- HARVEY, David (2000). «Cosmopolitanism and the banality of geographical evils», *Public Culture*, 12(2); pp. 529-564.
- HARVEY, David (2000). «Los espacios de utopía (II)», *Mientras Tanto*, 76; pp. 41-58.
- HARVEY, David (2001). «Globalization and the “spatial fix”», *Geographische Revue*, 2; pp. 23-30.
- HARVEY, David, Talal ASAD, Cindi KATZ, Neil SMITH, Ida SUSSER (2001). «Local Horror/Global Response», *International Journal of Urban and Regional Research*, 25(4); p. 901.
- HARVEY, David (2002). «Ciudad y justicia = City and justice», *Quaderns d'arquitectura i urbanisme*, 234; pp. 38-47.
- HARVEY, David (2002). «The art of rent: Globalization, monopoly and the commodification of culture», *Socialist Register*, 38; pp. 93-110. [trad. cast.: «El arte de la renta: la globalización y la mercantilización de la cultura», en: David Harvey y Neil Smith. *Capital financiero, propiedad inmobiliaria y cultura*. Barcelona/Bellaterra: Museu d'Art Contemporani de Barcelona/Servei de Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona, 2005; pp. 29-57.
- HARVEY, David (2003). «The right to the city», *International Journal of Urban and Regional Research*, 27(4); pp. 939-941.
- HARVEY, David (2004). «Retrospect on *The Limits to Capital* », *Antipode*, 36(3); pp. 544-549.

- HARVEY, David (2004). «The “New” Imperialism: Accumulation by dispossession», *Socialist Register*, 40; pp. 63-87. [trad. cast.: «El “nuevo” imperialismo: acumulación por desposesión», *Socialist Register*, [40] 2004; pp. 99-129].
- HARVEY, David (2005). «“For a ruthless criticism of everything existing”: Jim Blaut’s contribution to geographical knowledge», *Antipode*, 37(5); pp. 927-935.
- HARVEY, David (2005). «The sociological and geographical imaginations», *International Journal of Politics, Culture and Society*, 18(3-4); pp. 211-255.
- HARVEY, David (2006). «Neo-liberalism as creative destruction», *Geografiska Annaler B*, 88(2); pp. 145-158. [trad. cast.: «El neo-liberalismo como destrucción creativa», *Apuntes del CENES*, 27(45), 2008; pp. 10-34; y en este libro].
- HARVEY, David (2009). «Interview to Giovanni Arrighi: The winding paths of capital», *New Left Review*, 56; pp. 61-96. [trad. cast.: «Entrevista a Giovanni Arrighi: Las sinuosas sendas del capital», *New Left Review*, 56(2009); pp. 55-86].
- HARVEY, David (2009). «Reshaping economic geography. *The World Development Report*», *Development and Change*, 40(6); pp. 1269-1277.
- HARVEY, David (2010). «Organizing for the anti-capitalist transition», *Interface: A Journal for and About Social Movements*, 2(1); pp. 243-261.
- HARVEY, David (2011). «Crises, geographic disruptions and the uneven development of political responses», *Economic Geography*, 87(1); pp. 1-22. [trad. cast. en este libro: «Crisis, interrupciones geográficas y el desarrollo desigual de las respuestas políticas»].
- HARVEY, David (2011). «The future of the commons», *Radical History Review*, 109; pp. 101-107.
- HARVEY, David (2012). «History versus theory: A commentary on Marx’s method in *Capital*», *Historical Materialism*, 20(2); pp. 3-38.
- HARVEY, David (2012). «The urban roots of financial crises: Reclaiming the city for anti-capitalist struggle», *Socialist Register*, 48; pp. 1-35.
- HARVEY, David (2017). «‘Listen Anarchist!’ A personal response to Simon Springer’s ‘Why a radical geography must be anarchist’»,

Dialogues in Human Geography, 7(3); pp. 233-250. [trad. cast.: «¡Escucha, anarquista!» <https://abandazos.files.wordpress.com/2016/06/c2a1escucha-anarquista-david-harvey.pdf>].

Selección de entrevistas y textos sobre David Harvey

- ALBET, Abel (1995). «Justicia social, postmodernisme i medi. David Harvey disset anys després», *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 27; pp. 117-131.
- [ANDERSON, Perry] (2000). «Reinventing geography. An interview with David Harvey», *New Left Review*, 4; pp. 75-97. [trad. cast.: «Reinventar la geografía. Entrevista con David Harvey», *New Left Review* (edición en español), 5; pp. 107-126; 2000].
- BARNES, Trevor (2004). «“The background of our lives”: David Harvey’s *The Limits to Capital*», *Antipode*, 36; pp. 407-413.
- BARUFFALO, Raymond, Eugene MCCANN, Caedmon STADDON (1997). «Interview. David Harvey. The politics of social justice», *disclosure: A Journal of Social Theory*, 6: 125-143.
- CARLOS, Ana Fani Alessandri (2008). «De la “geografía de la acumulación” a la “geografía de la reproducción”: un diálogo con Harvey», *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 270(143).
- CASTREE, Noel (2004). «David Harvey», en: Phil Hubbard, Rob Kitchin y Gill Valentine (eds.). *Key Thinkers in Human Geography*. Londres: Sage; pp. 181-188.
- CASTREE, Noel (2007). «David Harvey: Marxism, capitalism and the geographical imagination», *New Political Economy*, 12(1); pp. 97-115.
- CASTREE, Noel (2008). «*The Limits to Capital* (1982): David Harvey», en: Phil Hubbard, Rob Kitchin y Gill Valentine (eds.). *Key Texts in Human Geography*. Londres: Sage; pp. 61-70.
- CASTREE, Noel, Jürgen ESSLETZBICHLER y Neil BRENNER (coords.) (2004). «Symposium: David Harvey’s *The Limits to Capital: Two Decades On*», *Antipode*, 36(3); pp. 383-549.
- CASTREE, Noel y Derek GREGORY (eds.). (2006). *David Harvey: A Critical Reader*. Londres: Blackwell.
- CONSTENLA, Xosé (2004). «La condición de la Geografía: una

- introducció a la obra geogràfica de David Harvey», *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 44; pp. 131-148.
- FOLCH-SERRA, Mireia (1994). «La polèmica feminista i postmodernista al voltant de David Harvey: un assaig crític», *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 24; pp. 59-73.
- FOLCH-SERRA, Mireia (1997). «Estancia de David Harvey en Girona, del 3 al 14 de junio de 1996», *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 30; pp. 197-201.
- GARCIA, Gemma y Sergi PICAZO (2016). «David Harvey: “Hem de resistir. Les ciutats no poden ser un lloc on invertir, sinó un lloc on viure”», *Crític / laDirecta*, 30 novembre. [<http://www.elcritic.cat/hemeroteca/david-harvey>]. [reproducido en: Sergi Picazo (ed.). *Ciutats. Dossier Crític*. Barcelona: Crític/Pol-len, 2018; pp. 14-20].
- GARCÍA HERRERA, Luz Marina (1984). «A propósito de *The Limits to Capital* de David Harvey», *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 4; pp. 117-130.
- JOHNSTON, Ron (2008). «*Explanation in Geography* (1969): David Harvey», en: Phil Hubbard, Rob Kitchin y Gill Valentine (eds.). *Key Texts in Human Geography*. Londres: Sage; pp. 25-32.
- JONES III, John Paul (2006). *David Harvey: Live theory*. Nueva York: Continuum.
- LLADÓ, Bernat (2010). «David Harvey: estètica i política urbana», en: Jordi F. Fernández (ed.). *De l'estètica a la política*. [Terrassa]: Grup d'Estètica i Política Segle XXI y Amic de les Arts i Joventuts Musicals; pp.101-125.
- MERRIFIELD, Andy (2002). «David Harvey. The geopolitics of urbanization», en: Andy Merrifield, *Metromarxism. A Marxist Tale of the City*. Nueva York: Routledge; pp. 133-155.
- PATERSON, John L. (1984). *David Harvey's Geography*. Londres: Routledge.
- PEAKE, Linda y Peter JACKSON (1988). «“The restless analyst”: An interview with David Harvey», *Journal of Geography in Higher Education*, 12(1); pp. 5-20.
- WOODWARD, Keith y John Paul JONES III (2008). «*The Condition of Postmodernity* (1989): David Harvey», en: Phil Hubbard, Rob Kitchin y Gill Valentine (eds.). *Key Texts in Human Geography*. Londres: Sage; pp. 125-134.

- WOODWARD, Keith y John Paul JONES III (2009). «Harvey, D.», en: Rob Kitchin y Nigel Thrift (eds.). *The International Encyclopedia of Human Geography*, vol. 5. Oxford: Elsevier; pp. 24-27.
- ZUSMAN, Perla (2003). «Entre el Imperialismo y la Utopía. David Harvey en España», *Asociación de Geógrafos Españoles. Temas de actualidad*. [http://age.ieg.csic.es/temas/03-05-david_harvey.htm].